3 1761 04645075 5

Pruno 29. Ritter

EL POETA. Ensayo de R. W. Emerson. Traducido por Pedro Umbert. :-: :-: :-:

PQ
7083
P7

BVENOS-AIRES.

LIBRARY
NOV 13 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

EDICIONES MÍNIMAS.
BVENOS AIRES - MCMXXI.

El Poeta

Un niño fantástico y locamente sabio,
seguía el juego con ojos alegres,
los cuales como meteoros, elegían su camino
y hendían la oscuridad con sus propios rayos.
Traspasaron el límite del horizonte
que escudriñaban por el privilegio de Apolo;
a través del hombre, la mujer, el mar y la estrella,
veían la danza de la naturaleza en lo porvenir;
a través de los mundos, las razas, las palabras y
los tiempos,
veían el orden armonioso y las rimas parecidas.

Bardos olímpicos que cantaron
ideas divinas aquí abajo,
que siempre nos encuentran jóvenes
y siempre nos dejan lo mismo.

(Traducción de
Siro García del Mazo)

XIII

Fantástica criatura, sabia a la vez que loca,
Seguía de sus ojos el juego alborozado,
Que, como meteoros, buscaban su camino
Y hendían las tinieblas con radiaciones íntimas:
Del horizonte el límite lejano ya excedían,
Y escudriñábanlo ávidos con permisión de Apolo;
Miraban al través de la mujer y el hombre,
Del mar y de la estrella, la evolución y danza
De la naturaleza ya en días venideros;
Y a través de los mundos, los tiempos y las razas,
Vieron el orden rítmico con acopladas rimas.

¡Oh, bardos, que cantárais
Las ideas divinas aquí bajo,
Mantenednos y halladnos siempre jóvenes!

AQUELLOS a quienes solemos tomar por árbitros del gusto, son a menudo gentes que han adquirido cierto conocimiento de las pinturas o esculturas célebres y que sienten inclinación por todo lo elegante; pero cuando tratáis de inquirir la hermosura de su alma y si sus actos tienen la belleza de las obras de arte, averiguáis que son egoístas y sensuales. Su educación es parcial, y como el leño que, frotado contra otro, no puede producir chispa más que en un solo punto, es incapaz de inflamarse su ser entero.

Su conocimiento de las bellas artes consiste en el estudio de algunas reglas y de algunas particularidades, o en un juicio limitado de los colores y de las formas, ejercido por vanidad y desahogo del ánimo. Una prueba de la mezquindad de la doctrina de lo bello en el espíritu de nuestros apasionados, es que parecen haber perdido la percepción de que la forma depende estrechamente del alma. No hay doctrina de la forma en la actual filosofía, la cual parece creer que hemos sido arrojados en nuestros cuerpos como ascuas encendidas que se echan

en un recipiente para transportarlas; que no hay en nosotros todavía ninguna adaptación bien exacta del órgano al espíritu, y, por lo menos en general, que el órgano no puede ser considerado la floración, la germinación del espíritu. Asimismo, a propósito de otras formas, hay hombres inteligentes que no creen que el mundo material dependa del pensamiento o de la volición. Hay teólogos cuya opinión es que la significación simbólica de un buque, de una nube, de una ciudad o de un contrato, es una metáfora muy decorativa, y prefieren volver al terreno sólido de la evidencia histórica; los mismos poetas se contentan con vivir de un modo vulgar y llano, conforme al de sus vecinos, y desde luego confeccionan su poema con arreglo a su imaginación, a saludable distancia de su propia experiencia. Pero los espíritus más elevados de este mundo jamás cesaron de explorar por sí mismos la doble significación — ¿qué digo? — la cuádruple, la céntuple significación de todo hecho sensacional: testigos Orfeo, Empedocles, Heráclito, Platón, Plutarco, Dante, Swedenborg y todos los maestros de la escultura, de la pintura, de la poesía.

No somos vehículos del fuego, ni antorcheros, sino hijos del fuego, hechos de su substancia; fuímos creados por él, somos esa divinidad misma, no estamos distantes de ella, tal vez más que dos o tres grados, en el momento en que menos lo pensamos. Y esa verdad oculta, esto es, que las fuentes de donde fluyen el tiempo y todas sus criaturas son intrínsecamente ideales y bellas, nos lleva a considerar la naturaleza y las funciones del Poeta — o sea el hombre de lo Bello, — los medios y los materiales de que se sirve y el aspecto general del arte en nuestra época.

El problema es vasto, pues el poeta es un representante. Entre otros hombres incompletos, él es el hombre completo, y no nos da cuenta sólo de su propia riqueza, sino de la riqueza común. El joven venera a los hombres de genio, porque, a decir verdad, son más que él de lo que él es en sí mismo. Participan del alma universal como él, pero

más que él. A los hombres amantes de la Naturaleza, les parece ésta más bella cuando creen que un poeta la goza al mismo tiempo que ellos. El poeta está aislado en medio de sus contemporáneos por la verdad y por su arte, pero puede consolarse pensando que ese arte atraerá tarde o temprano a los hombres, pues todos ellos viven de verdad y experimentan la necesidad de expresarlo. En el amor, en el arte, en la avaricia, en la política, en el trabajo, en el juego, esforzámonos en articular nuestro penoso secreto. El hombre no es más que una mitad de sí mismo. La otra mitad es su expresión.

Pese a esa necesidad de darse a conocer, la expresión exacta no es rara. No comprendo por qué motivo tenemos necesidad de un intérprete; diríase que la gran mayoría de los hombres se compone de menores que no están aún en posesión de sus bienes, o de mudos que no pueden dar cuenta de sus conversaciones con la naturaleza. No hay hombre que no espere descubrir en el sol, en las estrellas, en la tierra, en el agua, una utilidad sobrenatural. Parece que estas cosas van a prestarle un servicio particular. Pero una obstrucción cualquiera, algún exceso de flema en nuestra constitución, les impide producir su efecto. Las impresiones de la naturaleza ahondan poco en nosotros para convertirnos en artistas. Cada golpe debería hacernos vibrar. Todo hombre debiera ser lo suficientemente artista para expresar por medio de su conversación lo que experimenta. Y sin embargo, nuestra experiencia nos prueba que hay rayos que con fuerza bastante para llegar a nuestros sentidos, no la tienen para herirnos en lo vivo y obligarnos a reproducirlos por la palabra. El poeta es aquel hombre en quien están equilibradas estas facultades, el hombre a quien ninguna debilidad ni dolencia le impide expresarse, que ve y maneja las cosas en que los demás sueñan tan sólo, que atraviesa toda la escala de la experiencia, que representa al hombre entero, porque posee el mayor poder de recibir y de devolver.

El Universo tiene tres hijos, nacidos el mismo

día, que reaparecen bajo diferentes nombres en todo sistema de pensar: llámaseles causa, operación, efecto, o más poéticamente, Júpiter, Plutón, Neptuno, o teológicamente, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; nosotros les llamaremos el que *sabe*, el que *obra*, el que *dice*. Representan respectivamente el amor de lo verdadero, el amor del bien, el amor de lo bello. Esas tres cosas son iguales. Cada una es lo que es, por su esencia, de modo que no se puede ni excederla, ni analizarla, y cada una de esas tres cosas contiene de un modo latente el poder de las otras dos y su afirmación propia.

El poeta es aquel que *dice*, el que nombra y representa lo bello. Es soberano, ocupa un centro, pues el mundo no fué pintado ni adornado, era bello desde sus comienzos. Dios no creó varias cosas bellas; la belleza fué creadora del universo. De suerte que el poeta no es un potentado constitucional, es emperador por derecho propio. La crítica está infestada de una jerga de materialismo que parece afirmar que la destreza y la actividad manuales son los mayores méritos de todos los hombres y de cada uno en particular, y menosprecia a los que no poseen esa destreza y no *hacen* nada; ignora el hecho de que ciertos hombres — los poetas — son por lo común locuaces y *decidores*, enviados al mundo con un fin de expresión; confúndelos con aquellos cuyo papel era la acción, pero que la abandonaron para imitar a los *decidores*. Pero a Homero, las palabras de Homero le parecen tan preciosas, tan admirables como las victorias de Agamenón lo son para Agamenón. El poeta no aguarda para escribir haber visto al héroe y al sabio; pero, así como ellos producen y piensan con arreglo a su primer instinto, él escribe, según su primer instinto también, lo que quiere ser escrito, lo que debe ser escrito; estimando que el instinto de los otros, aunque primero y espontáneo asimismo, no es, con relación a él, sino secundario y accesorio; considéralos como modelos en el estudio de un pintor o como auxiliares que aportan materiales de construcción a un arquitecto.

Toda poesía fué escrita antes que el tiempo existiese, y cuando uno de nosotros está lo suficientemente bien organizado para penetrar en esas regiones donde el aire es música, oye y comprende aquellos murmurios primitivos y procura interpretarlos; pero pierde aquí y allí una palabra o un verso sustituye alguna cosa de su cosecha, y ya queda falseado, echado a perder el poema. Los que tienen el oído más fino escriben más fielmente esas cadencias, y esas transcripciones, aunque imperfectas, se convierten en los cantos de las naciones. La naturaleza es tan bella o tan buena como se la pondera, y debe brillar — ser vista y admirada — tanto como es conocida, y tanto como se la "mueve" o pone en acción. Los hechos y las palabras son indiferentemente los modos de acción de la energía divina. Las palabras son también acciones y las acciones son a modo de palabras.

El signo en que se conoce al poeta es éste: anuncia lo que nadie ha predicho antes que él. El es el único sabio verdadero; él sabe, y dice; él solo nos enseña algo nuevo, pues era el único que estaba presente en las manifestaciones íntimas de las cosas que describe. Es un contemplador de ideas; enuncia lo mismo las cosas que existen de toda necesidad, como las cosas eventuales, pues no hablo aquí de los hombres que tienen talento poético o cierta habilidad para acoplar rimas, sino del verdadero poeta.

No hace mucho, tomé parte en una conversación acerca del autor de ciertas poesías líricas contemporáneas; hombre de sutil espíritu, cuya cabeza parece una caja de música llena de ritmos y de sonidos encantadores y delicados: no nos cansábamos de alabar su maestría en el manejo de la lengua. Pero cuando se trató de decidir si era no solamente un lírico sino a la vez un poeta, vímonos obligados a declarar que aquel hombre duraría sólo algunos días, que no era un inmortal. No excede el límite ordinario de nuestro horizonte. No es un monte gigantesco cuyos pies estén cubiertos de una flora tropical y que todos los climas del globo rodeen

sucesivamente con su vegetación, formando en sus rugosos flancos un cinturón de hierbas de todas las latitudes; no, su genio es el jardín o el parque de una casa moderna, adornado con fuentes y estatuas, con floridos senderos por los que se pasean personas bien educadas. Entre la armonía de esa música variada, discernimos el tono dominante de la vida convencional. Nuestros poetas son hombres de talento que cantan, no son hijos de la música. Para ellos el pensamiento es cosa secundaria; la afinación, la cinceladura de los versos es lo principal.

No son los ritmos, sino el pensamiento, creador del ritmo, lo que constituye el poema; un pensamiento tan apasionado, tan vivo, que, como el espíritu de una planta o de un animal, *tiene una arquitectura que le es propia*, adorna la naturaleza con nuevas galas. En el orden del tiempo, el pensamiento y su forma son iguales. En el orden genésico, el pensamiento precedió a la forma. El poeta tiene un pensamiento nuevo, una nueva experiencia para desarrollar; él nos dirá qué caminos ha recorrido y enriquecerá a los hombres con sus conocimientos, pues cada nuevo período demanda nueva confesión, otro modo de expresión, y el mundo parece aguardar siempre a su poeta. Acuérdome de la emoción que experimenté siendo joven, oyendo decir que el genio había inspirado a un joven, compañero mío de mesa. Había abandonado su trabajo y marchado errante, nadie sabía a dónde; había escrito centenares de líneas, pero no le era posible afirmar si expresaban lo que sentía dentro de sí; no podía decir sino que todo estaba cambiado, hombres, bestias, cielo, tierra y mar. ¡Cuánto nos deleitábamos escuchándole! ¡Qué credulidad la nuestra! Nos parecía que desde aquel punto y hora, nada tenía que enseñarnos ya la Sociedad. Contemplábamos la aurora de un astro que haría palidecer todas las estrellas. Boston nos parecía dos veces más lejos de nosotros que el día precedente. Mucho más lejos aún, ¿qué era Roma? Plutarco y Shakespeare estaban entre las hojas muertas y ya nun-

ca más se oiría hablar de Homero. Es una gran cosa pensar que cerca de vosotros, bajo vuestro techo, se ha escrito hoy verdadera poesía. ¡Cómo! ¿No ha muerto ese maravilloso espíritu de la poesía? Esos monumentos que nos parecían petrificados largo tiempo hacía, ¿están al contrario animados y resplandecientes? Creía que todos los oráculos habían caído para siempre en eterno silencio; pero la naturaleza derrama sus resplandores, y mirad: toda la noche esas bellas auroras han surgido de todos sus poros. Más o menos, todo el mundo está interesado en el advenimiento de un poeta, y nadie sabe qué provecho podrá reportarle. Sabemos que el secreto del mundo es profundo; pero ¿qué hombre, qué cosa será intérprete nuestro? Lo ignoramos. Un paseo por la montaña, un rostro de nuevo tipo, una persona todavía desconocida, pueden darnos la ansiada clave. Naturalmente que el valor que un genio tiene para nosotros, descansa en la sinceridad de sus interpretaciones. El talento puede retozar y hacer mil juegos habilidosos; el genio realiza y acumula. La humanidad pensante ha llegado a tal punto de conocimiento de sí misma, que el explorador más avanzado anuncia lo que ha descubierto. Dice la palabra más verdadera — entre todas las pronunciadas — y su frase será la más oportuna, la más musical, la más infalible de las voces de la tierra en este momento.

Todo lo que llamamos historia sagrada atestigua que el nacimiento de un poeta es el principal acontecimiento de la cronología. El hombre, tan a menudo burlado, aguarda no obstante siempre la llegada de un Hermano que pueda adherirle a una verdad y mantenerle en ella hasta que se la haya apropiado. ¡Con qué goce empiezo la lectura de un poema donde espero encontrar inspiración! Mis cadenas van a romperse; subiré más alto que esas nubes, que ese aire opaco en cuyo seno vivo — opaco por más que parezca transparente, — y desde lo alto del cielo de la verdad, observaré, comprenderé cuanto me rodea, cuanto se refiera a mí. Esto me reconciliará con la vida, renovará mi na-

turaleza, al ver todas esas nonadas animadas por una tendencia, y al saber lo que hago. La vida no será ya vano ruido; en adelante, reconoceré a los verdaderos hombres, a las verdaderas mujeres, sabré por qué signos puedo distinguirlos de los dementes y de los malvados. Ese día valdrá más que el de mi nacimiento: convertíme entonces en animal; hoy estoy invitado a gustar de la ciencia de lo real. Esta, por lo menos, es mi esperanza; pero ¡cuántas veces su realización queda pospuesta!

Sucede a menudo que ese alado espíritu que quisiera arrebatarme hasta los cielos, me arrastra entre las nieblas y salta conmigo de una a otra nube, afirmando siempre que se dirige hacia el cielo; y yo, novato aún, tardo en advertir que desconoce ese camino y que procura sólo exhibirme su destreza en elevarse por los aires, ni más ni menos que un ansarón o un pez volador, vanagloriosos de alzarse menguado trecho sobre el suelo; pero ese hombre no habitará jamás el aire transparente, translúcido, que se nutre del cielo. Pronto caigo de nuevo en mis viejas manías, llevo como en lo pasado una vida colmada de exageraciones, y he perdido la fe en la posibilidad de encontrar un guía que me conduzca a donde quisiera ir.

Pero abandonemos esas víctimas de la vanidad; observemos con nueva esperanza cómo la naturaleza, por impulsiones más fuertes y mejores, asegura la fidelidad del poeta a su papel de profeta y de afirmador; asegura su sinceridad rodeándole de belleza, de una belleza que se ennoblece por la expresión. La naturaleza le ofrece todas sus criaturas para ser las imágenes de su lengua. El objeto empleado como tipo adquiere un segundo y maravilloso valor, bien superior a su valor primitivo; así la cuerda tirante del carpintero, acariciada por la brisa, produce sones musicales que percibimos acercando el oído. "Cosas más excelentes que todas las imágenes, dice Jámblico, suelen expresarse por imágenes". Las cosas pueden ser tomadas como símbolos porque la naturaleza en sí misma es un símbolo, en su totalidad y en cada una de

sus partes. Cada línea que trazamos en la arena tiene su expresión, y no hay persona que no tenga su espíritu o su genio propio. Toda forma es uno de los efectos del carácter de una cosa; toda condición, un efecto de la manera de vivir; toda armonía, un efecto de salud (y por esta razón la percepción de lo Bello sería sensible sólo para los *buenos*). Lo Bello descansa sobre las bases de lo Necesario (1).

El alma hace el cuerpo, como dice el viejo Spenser:

"Cuanto más puro un espíritu, más luz divina contiene, más embellece el cuerpo que le sirve de morada, y lo colma de atractivos. El cuerpo toma la forma del alma, pues el alma es forma y modela el cuerpo".

Vednos llegados de repente, no a una especulación del espíritu, sino a un lugar sagrado, en el que debe caminarse lentamente y con respeto. Nos encontramos ante el secreto del Mundo, allí donde el Ser se convierte en Apariencia, y la Unidad en Variedad.

El Universo es la "exteriorización" del Alma. Por todas partes donde hay Vida, resplandece este hecho en las apariencias que le rodean. Nuestra ciencia es sensual y, por lo tanto, superficial. Trataremos de un modo sensual la tierra, los cuerpos celestes, la física, la química, como si tales cosas existiesen por sí mismas, cuando no son más que la continuación del Ser que tenemos. "El gran cielo, dice Proclo, muestra, por sus transfiguraciones, claras imágenes del esplendor de las percepciones intelectuales, pues se mueve en conjunción con los períodos invisibles de las naturalezas intelectuales". Por esto la ciencia corre parejas con la elevación del hombre, y marcha al compás de la religión y de la metafísica; o, si queréis, la ciencia indica el grado de conocimiento que tenemos de nosotros mismos. Desde el momento en que todo en la na-

---

(1) Lo Bello es la purgación de toda superfluidad. — MIGUEL ANGEL.

turaleza responde a un poder moral, si algún fenómeno permanece obscuro, es porque en el observador, la facultad que corresponde a ese fenómeno no está aún activa.

No es, pues, de admirar, ya que esas aguas son tan profundas, que las observemos con perplejidad respetuosa. La belleza de la fábula prueba la importancia de su significación; lo prueba al poeta y a todos los demás; o, si lo preferís de otro modo, todo hombre es lo suficiente poeta para ser sensible a esos encantos de la naturaleza, pues todos los hombres tienen en sí las ideas que se realizan en el universo. A mi modo de ver, la fascinación reside en el símbolo. ¿Quién ama a la naturaleza, o, más bien dicho, quién no la ama? Los poetas, los hombres desocupados y de refinada educación, ¿son los únicos en amarla? No; los cazadores, los labradores, los carreteros, los matarifes, ámanla también, aunque expresen su afecto con más o menos burdas frases. El escritor se pregunta qué aprecian el cochero o el cazador en la equitación, los caballos y los perros. No serán cualidades superficiales. Si habláis con él, las avaluará en un tipo tan insignificante como acaso las justipreciaríais vosotros. Su culto es pura simpatía; no tiene ninguna definición, pero es imperiosamente atraído por la naturaleza, por el poder vivo que su percepción le revela que está presente en estas cosas. Ninguna imitación, ninguna representación de ellas llegará a satisfacerle. El ama la seria realidad del viento norte, de la lluvia, de la piedra, de la madera y del hierro. Una belleza que no se puede explicar nos es más cara que una belleza cuya definición conocemos. Es la naturaleza-símbolo, la naturaleza afirmando lo sobrenatural — cuerpo inundado de vida, — al que adora por medio de groseros pero sinceros ritos.

La intimidád y el sentido misterioso de este gusto por la naturaleza incitan a los hombres de toda clase a servirse de emblemas. Las escuelas de filosofía y los poetas no están más inficionados de sus símbolos, que lo está el pueblo de los suyos.

¡Observad el poder de expresión de los emblemas nacionales! Estrellas, flores de lis, leopardos, medias lunas, leones, águilas o cualquier otro signo adoptado, sabe Dios por qué, estampado sobre un viejo trapo flotando a todos los vientos en un fuerte, al otro cabo del mundo, hará hervir la sangre en las venas del hombre más grosero o del más convencional. ¡Esas gentes creen detestar la poesía, y son todos poetas y místicos!

Después de haber consignado esa universalidad del lenguaje simbólico, vémonos forzados a reconocer cuanto hay divino en esa interpretación superior de las cosas, que convierte el mundo en templo de emblemas, de imágenes y de mandatos de la divinidad. Oblíganos a ello el hecho de que no hay cosa alguna en la naturaleza que no traiga con ella, en ella, el sentido de la naturaleza entera; y las distinciones que aplicamos a los sucesos y a los asuntos tratándolos de cosas elevadas o degradantes, decorosas o indecorosas, desaparecen cuando tomamos la naturaleza por símbolo. El pensamiento se sirve de todo. El vocabulario de un hombre que supiese cuanto hay que saber, comprendería las palabras y las imágenes proscritas de la conversación culta. Lo que parecería bajo y aun obsceno a los espíritus impuros, tórnase grande e ilustre si se le hace objeto de un nuevo pensamiento. La piedad de los poetas hebreos, hace olvidar su rudeza y grosería. La circuncisión es un ejemplo del poder de que dispone la poesía para idealizar cosas groseras o vergonzosas. Hay cosas triviales, ínfimas, que sirven lo mismo que grandes símbolos. Cuanto más vil es el término que tipifica y expresa una ley, más fuerza tiene y más perdura en la memoria de los hombres, absolutamente como si eligiésemos la más pequeña caja o la menor subdivisión de ella en la cual cupiese, para llevarlo, un utensilio necesario. Basta a veces una simple lista de palabras, para excitar a un espíritu fértil y dotado de imaginación. Así se dice de lord Chatam, que se entregaba a la lectura del diccionario de Bailey antes de pronunciar sus discursos en el Parla-

mento. Por lo demás, la memoria más pobre basta cuando se trata de dar cuerpo a un pensamiento. ¿Por qué envidiar y desear el conocimiento de nuevos hechos? El día, la noche, la casa, el jardín, algunos libros, algunas acciones, pueden servirnos tan bien como otro espectáculo cualquiera. Estamos lejos de haber agotado la significación de los escasos símbolos de que nos servimos. Podríamos llegar a utilizarlos con terrible sencillez. Un poema no tienen necesidad de ser largo. Cada palabra fué antiguamente un poema. Cada generalización, cada relación nueva de las cosas entre sí, crea un nuevo vocablo. Aun los defectos y las deformidades nos sirven para simbolizar usos sagrados, expresando así nuestro sentimiento íntimo que nos dice que los defectos no parecen tales sino a los ojos defectuosos. Obsérvase que en la vieja mitología atribúyense ciertos defectos a los dioses, como la ceguera a Cupido, la cojera de un pie a Vulcano, para significar la exuberancia de esas cosas.

Como es una dislocación, una separación de la vida divina lo que hace feas las cosas, el poeta que todo lo refiere a la naturaleza y al conjunto — relacionando aun las cosas artificiales y las violaciones de las leyes con las leyes mismas, por una visión más profunda, — el poeta dispone muy fácilmente de los hechos más desagradables. Hay lectores de versos que al ver las fábricas y las vías férreas invadiendo los campos, se figuran que la poesía del paisaje campestre queda destruída porque esos trabajos del arte y de la industria no los han consagrado aún los autores a quienes leen. Pero el poeta ve que esas cosas entran en el gran orden, lo mismo que la colmena de las abejas o la tela geométrica de la araña. La Naturaleza las adopta pronto y las hace penetrar en sus círculos vivientes, porque ama esa escurridiza ringle de carros como si le perteneciesen. Además, para un espíritu centralizado, el número de máquinas o su refinamiento nada significa. El hecho de la mecánica queda siempre el mismo, inalterable bajo sus mil aplicaciones. El hecho espiritual está ahí, y

no hay altura de montaña que pueda cambiar la curva de la esfera. Un inteligente campesinillo llega a la ciudad por vez primera, y veja al complaciente habitante de la urbe que observa la escasez de entusiasmo manifestada por el muchacho. No es que éste desdeñe los bellos edificios que mira; sabe que nunca los vió ni remotamente parecidos, pero dispone de ellos en su espíritu con tanta facilidad como el poeta dispone de la vía férrea. El mayor valor de un hecho nuevo es ilustrar y hacer resaltar ese gran hecho constante de la vida, a cuyo lado toda circunstancia, sea la que fuere, queda muy empequeñecida, y a cuyo lado la pampanilla del salvaje y el comercio de América entera son cosas iguales a poca diferencia.

Siendo el mundo para el espíritu como un montón de verbos y de nombres, sólo al poeta le es dado articular estos nombres y estos verbos. Porque, aunque la vida sea grande y nos fascine y absorba, y aunque todos los hombres comprendan los símbolos que la expresan, no todos pueden de pronto servirse de tales símbolos. Somos símbolos y de símbolos vivimos; obreros, trabajos, herramientas, palabras y cosas, nacimiento y muerte, todo es emblema; pero no queremos simpatizar sino con los símbolos, e infatuados del uso económico o cotidiano de las cosas, no advertimos que son ideas.

El poeta, por una percepción intelectual superior, da a las cosas un poder que hace olvidar su antiguo uso, y presta ojos, lengua a cada objeto inanimado y mudo. Percibe la independencia del pensamiento para con el símbolo, la estabilidad de este pensamiento, lo fugaz y frágil del símbolo. Parecido a Linceo cuyos ojos atravesaban la masa del globo, el poeta ve el universo como si fuese transparente y nos muestra las cosas en su verdadero orden, pues gracias a su más fina percepción, toca las cosas más de cerca y las ve desvanecerse, metamorfosearse; percibe que el pensamiento es multiforme; que en la forma de cada criatura existe una fuerza que la impele a elevarse hacia una forma mejor, y, sin apartarse de ese percepción, utili-

za formas que expresan aquella vida que circula, y su lenguaje fluye de la corriente de la naturaleza. Todos los hechos de la economía animal — sexo, nutrición, gestación, nacimiento, crecencia, — simbolizan el paso del mundo en el alma del hombre; cámbianse en ella en un hecho nuevo, cada vez más elevado. El poeta toma las formas por lo que contienen de vida, no por sí mismas. Esta es la verdadera ciencia. Sólo el poeta conoce la astronomía, la química, la vegetación, la animación, porque no se detiene en estos hechos, pero los emplea como signos. El sabe por qué la llanura o pradera del espacio fué sembrada de esas flores que llamamos soles, lunas y estrellas; por qué adornan el abismo animales, hombres, dioses, pues a cada palabra que pronuncia cabalga sobre esas cosas que se convierten en corceles de su pensamiento.

En virtud de semejante ciencia, el poeta es *aquel que llama*, el hacedor de lenguaje, el que nombra a veces las cosas según su apariencia, a veces según su esencia, dando a cada una su nombre propio y no otro, con regocijo del espíritu, que ama las definiciones, las separaciones, las distinciones o límites. El poeta crea todas las palabras, lo que hace que las lenguas sean los archivos de la historia, y, si conviene decirlo, una especie de tumba de las Musas. Bien que el origen de la mayor parte de las palabras esté olvidado, cada vocablo fué primitivamente un rasgo de genio y obtuvo curso porque por el momento simbolizaba el mundo (o una parte del mundo) a los ojos del orador y de su interlocutor. El etimologista descubre que las palabras más incoloras fueron antiguamente brillantes pinturas. El lenguaje es poesía fosilizada. Como la cal del continente, que consiste en una infinidad de conchas animales, así el lenguaje está compuesto de imágenes, de tropos, que en su uso secundario cesaron, largo tiempo ha, de recordarnos su poético origen. Pero el poeta nombra las cosas porque las ve, o porque se acerca a ellas un paso más que la generalidad. Esa expresión o acción de nombrar no es el arte, sino una segunda naturaleza, que emerge

de la primera, como una hoja sale del arbol. Lo que llamamos *naturaleza* es cierto movimiento y cambio que se regula por sí mismo (1); la naturaleza lo hace todo por sus propias manos, no dejándose bautizar por los demás, sino bautizándose a sí misma, y esto por medio de nuevas metamorfosis. Recuerdo que cierto poeta me la describió así:

"El genio es la actividad que lleva remedio a la caducidad de las cosas, sean entera o parcialmente de especie material o finita. La naturaleza en todos sus dominios se ocupa por sí misma de su "seguro sobre la vida"; nadie se digna sembrar el pobre helecho, y de una sola de sus hojas la naturaleza sacude innumerables cápsulas llenas de gran cantidad de esporos que germinarán hoy o mañana. A los últimos esporos les cabe una suerte que no tuvieron jamás sus padres. Son transportados algunos pasos más lejos, donde varios quedan al abrigo de los accidentes que destruyeron la planta madre. La naturaleza hace el hombre, y cuando éste llega a madurez, para no arriesgar de una vez la pérdida de semejante maravilla, desprende de él una nueva personalidad, a fin de que la especie esté al abrigo de los accidentes que pueden alcanzar al individuo. Y cuando el alma del poeta contiene un pensamiento maduro, despréndense de ella poemas, cantos, una progenie inacabable, inmortal, no expuesta a los accidentes de ese enojoso reinado del tiempo; retoños vivarachos, audaces, revestidos de alas que (tal es la fuerza del alma de que emanaron) les llevan lejos, rápidamente y les fijan de manera irrevocable en el corazón de los hombres. Estas alas son: la belleza de alma del poeta. Los cantos, remontando inmortales el vuelo lejos de sus mortales padres, van precedidos de un enjambre de clamores zumbones, en mucho mayor número que los vástagos del poeta, y que amenazan devorarles. Pero no son alados. Tras un salto muy corto, caen pesadamente, no habiendo tenido fuerzas para darles alas las almas de que salieron.

---

(1) Self-regulated change or motion.

"En cambio las melodías del poeta ascienden y atraviesan las profundidades del tiempo infinito".

Así habló el bardo en su libre lenguaje. Pero la naturaleza, al producir un nuevo individuo, lo hace con un fin superior al de la conservación de la especie, y ese fin es la *ascensión* o el paso del alma a formas más elevadas. Conocí a un escultor incapaz de expresar de un modo directo lo que le hacía dichoso o desdichado; pero podía darlo a entender de una manera maravillosamente indirecta. Un día que, según su costumbre, se levantó antes de la aurora, vió asomar por entre los arreboles del alba la mañana, grande como la eternidad de donde surgía; probó de interpretar aquella realidad, y su cincel desprendió del mármol la forma de aquel bello adolescente, Fósforo, cuyo aspecto es tal, que cuantos le contemplan permanecen, a lo que se dice, silenciosos. El poeta, a su vez, debe también someterse a su propia manera de ver, y ese pensamiento que le agitó, acabará por expresarlo, pero *alter idem*, de un modo totalmente nuevo.

La nueva expresión de esa idea es orgánica; es el nuevo tipo que revisten las cosas cuando se libran del yugo a que estuvieron sujetas. Como los objetos que, en pleno sol, se pintan en la retina, así esas expresiones nuevas, participando de la aspiración del universo entero, tienden a imprimir en el espíritu una imagen más delicada de su esencia. La transformación de un pensamiento en poema, es parecida a la metamorfosis de las cosas en formas orgánicas superiores. Por encima de cada cosa ciérnese su demonio, o su alma, y como la forma de una cosa la reflejan los ojos, así el alma de esta cosa queda reflejada por el poema o la melodía. El mar, la cordillera, el Niágara, las flores preexisten o existen de un modo superior en cantos que aun no han sido proferidos y que se ciernen en el aire como perfumes; si alguien tiene el oído suficientemente fino, oye esas significaciones y prueba de anotarlas sin introducir cambio en ellas ni prolongarlas. En esto consiste la legitimación de la crítica: en esa fe del espíritu en que los poemas son

una versión corrompida de algún texto de la naturaleza con la cual deben concordar. Los ritmos de nuestros sonetos no debieran ser menos gratos que los reflejos continuos del nácar o que los diversos matices de un grupo de flores. El apareamiento de los pájaros es un idilio menos pesado que nuestros idilios; una tempestad es una oda ruda, sin falsedad ni declamación; un verano con su cosecha sembrada, recolectada y almacenada, es un canto épico, ¡y con qué lujo de partes admirablemente ejecutadas!

¿Por qué la simetría y la verdad que modelan esas cosas, no han de deslizarse en nuestros espíritus, y por qué no participaremos de los inventos de la naturaleza?

Esa intuición que se expresa por la palabra imaginación, es una manera de ver muy elevada; no se adquiere por el estudio sino por la transformación, por decirlo así, del espíritu en dicha cosa observada, transformación del espíritu que sigue la marcha de las cosas a través de las formas, haciéndolas por este medio translúcidas para los demás espíritus. El curso de las cosas es silencioso. ¿Sufrirán que un ser parlante las siga? No tolerarán ningún espía; pero un amante, un poeta es la trascendencia de su propia naturaleza, y a éste lo sufrirán. La condición para que encuentre el poeta el verdadero nombre de las cosas, es someterse a la divina esencia que atraviesa las formas y seguirla.

Todo hombre intelectual descubre tarde o temprano ese secreto que, por encima de la energía de su espíritu, consciente y reflejado, posee mucha mayor fuerza — como un espíritu que se duplicase — cuando se abandona a la naturaleza de las cosas; que, además de su poder individual, tiene en sí un gran poder, por decirlo así público o universal, en el cual puede apoyarse abriendo (a expensas suyas los peligros) las puertas de su ser a esa fuerza, para dejar que le atraviese el flujo y el reflujo. Entonces se ve arrastrado en la vida del universo, su palabra es un rayo, su pensamiento una ley y sus discursos tan inteligibles como las imágenes uni-

versales de animales y plantas. El poeta sabe que habla de una manera adecuada cuando no lo hace con afectación, o habla a "flor de espíritu"; no cuando echa mano del espíritu activo e investigador empleado como órgano, sino cuando lo deja en reposo y se abandona a la corriente divina que en sí tiene; o, para hablar como los antiguos, no con la inteligencia sola, sino con la inteligencia iluminada por el néctar. Como el viajero que ha perdido el camino y echa las riendas al cuello del caballo, fiándose del instinto del animal para orientarse, así debemos proceder con el animal divino que nos lleva a través del mundo, pues si de una o de otra manera podemos estimular ese instinto, se abrirán ante nosotros, en la naturaleza, nuevos pasos, atravesará el espíritu las cosas más condensadas y más elevadas, y será posible la metamorfosis.

Por esto aman los bardos el vino, el hidromel, los narcóticos, el café, el te, el opio, el humo del sándalo y del tabaco, todo lo que procura una exaltación nerviosa. Todos los hombres buscan cuantos medios les son posibles para añadir ese poder extraordinario a su poder normal; con este fin alaban y aprecian las conversación, la música, la pintura, la escultura, la danza, el teatro, los viajes, la guerra, las multitudes, el incendio, el juego, la política o el amor, la ciencia o la intoxicación animal, medios cuasi mecánicos y más o menos refinados para reemplazar el verdadero néctar que es el entusiasmo del espíritu al averiguar un hecho desconocido. Esas cosas son los auxiliares de la tendencia centrífuga del hombre, de su paso al aire libre, y ellas le ayudan a escapar de la prisión de ese cuerpo que le retiene y de esas relaciones individuales que obstruyen su camino. De ahí proviene también que gran número de esos que profesionalmente expresaban lo Bello — pintores, poetas, músicos, actores, — hayan disipado, más a menudo que la generalidad, la vida entre placeres; puede decirse que todos, excepto los que hallaron el verdadero néctar, buscaron otro artificial. Cada vez que la libertad se alcanzaba de una manera

torcida, no por la emancipación del espíritu aspirando a bañarse en la luz del claro día que desciende de los cielos, sino por la licencia en cosas viles, cada vez la ventaja así obtenida compensábase por una disipación y derroche de fuerzas.

No es posible, sin embargo, quitar jamás una ventaja a la naturaleza por medio de un subterfugio. El espíritu del mundo, la grande y serena presencia del Creador, nunca se evoca por las hechicerías del opio y del vino. La sublime visión se revela al alma sencilla y pura que habita un cuerpo casto. Lo que debemos a los narcóticos no es inspiración, sino falsa excitación y furia. Milton dice que el poeta lírico puede beber vino y vivir generosamente; pero que el poeta épico, el que canta los dioses y su advenimiento entre los hombres, debe beber agua en escudilla de madera. La poesía no es el "vino del diablo" sino el vino de Dios.

Sucede con esto como con los juguetes. Llenamos las manos y los aposentos de nuestros hijos con toda clase de muñecas, tambores, caballos, desviando sus ojos de los sencillos objetos de la naturaleza, sol, luna, animales, agua, piedras, que deberían ser sus juguetes, y les bastarían. Así la manera de vivir del poeta habría de ser tan sencilla, que las más ordinarias influencias le sirviesen de regocijo. Su alegría debiera reconocer por causa la aparición de un rayo de sol, el aire bastar para inspirarle, y el agua colmar todas sus embriagueces.

Ese espíritu, que basta a los corazones apacibles, que surge para ellos de cada montón de hierba seca, de la menor piña, de la piedra semi-oculta que dora el sol de Marzo, ese espíritu se manifiesta en los pobres, en los famélicos, en aquellos cuyos gustos son sencillos. Si llenas tu cerebro con los ruidos de la ciudad de Boston, de Nueva York, de la moda, de la envidia, si estimulas tus sentidos fatigados por medio del vino o del café, no encontrarás en los grandes pinares la radiosa sabiduría que se oculta en sus desiertas profundidades.

Si la imaginación exalta al poeta, no está inacti-

va en los demás hombres. Las metamorfosis producen en los espectadores gratas emociones. El uso de los símbolos tiene sobre todos los hombres cierto poder de emancipación y cierta alegría. No parece sino que nos toquen con una varilla para que saltemos y dancemos ni más ni menos que los muchachos. Somos como gentes que salen de una cueva y se encuentran de pronto al aire libre. Este es el efecto que en nosotros hacen los tropos, las fábulas, los oráculos y todas las formas poéticas. Los poetas son, pues, dioses libertadores. Los hombres han adquirido realmente un nuevo sentido, hallan otro mundo en su mundo, un nido de mundos, pues una vez han visto la metamorfosis, adivinan que debe continuar.

No quiero entretenerme en considerar ahora cómo la imaginación constituye el atractivo de las matemáticas, del álgebra, que también tienen sus tropos; pero se la siente en cada definición, como cuando Aristóteles dice que el *espacio* es un buque inmóvil en el cual las cosas están contenidas, o cuando dice Platón que una línea es un punto que vuela, o que una "figura" es un conjunto de sólidos, etc. ¡Qué plácido sentido de libertad experimentamos sabiendo que Vitrubio, según la antigua opinión de los artistas, afirma que un arquitecto no puede edificar bien una casa si no conoce algo de anatomía, y también cuando Sócrates, en *Charmides*, nos dice que el alma se cura de sus enfermedades por medio de ciertos sortilegios, que son a manera de razonada belleza, engendradora de la templanza; cuando Platón llama al mundo un animal, y Timeo asegura que las plantas son también animales; o cuando da por cierto que el hombre es un árbol divino creciendo por sus raíces, que son su cabeza, y hundiéndolas en el cielo; cuando Orfeo habla de los cabellos blancos como de la "blanca flor que señala la extrema vejez"; cuando Proclo apellida al universo la "estatua de la inteligencia"; cuando Chaucer, en su elogio de

la nobleza (*Gentilesse*) (1) compara la buena sangre caída en condición servil, al fuego que, llevado a la más obscura casa, no alumbraría por esto menos; cuando Juan, en el *Apocalipsis*, ve la ruina del mundo por el mal y caer estrellas del cielo como precoces higos de la sacudida higuera; cuando Esopo nos cataloga las relaciones de la vida ordinaria bajo la ficción de pájaros y animales; entonces aceptamos la gozosa insinuación de la inmortalidad de nuestra esencia, comprendemos a los bohemios, que dicen de sí mismos: "¡En vano es que se les ahorque; no pueden morir!".

Así pues, los poetas son dioses libertadores. Los antiguos bardos bretones intitulábanse: "los que son libres en el mundo entero". Son libres y hacen libros a otros. Un libro de imaginación nos presta muchos más servicios en el primer momento, cuando nos estimula por medio de sus figuras, que más tarde, cuando desentrañamos la intención precisa del autor. Opino que en los libros nada tiene valor si no es lo trascendente y lo extraordinario. Si un hombre está enardecido, llevado por su pensamiento hasta el punto de olvidar autores y público, y no escucha sino el sueño que se apodera de él como una locura, entonces dadme a leer lo que escribe, y lo preferiré a vuestros argumentos históricos y críticos. Todo el valor que atribuimos a Pitágoras, Paracelso, Cornelio Agrippa, Cardan, Kepler, Swendenborg, Schelling, Oken o cualquier otro que introdujo hechos dudosos en su cosmogonía — ángeles, diablos, magia, astrología, quiromancia, mesmerismo, etc., — todo el valor que atribuimos a esos espíritus es una prueba de que percibimos la brecha que abren en la rutina; sentimos que son nuevos testigos de nuestra antipatía por ella. Esa magia de libertad es asimismo el mayor encanto de una conversación, porque parece poner el mundo, como una pelota, en nuestras manos. ¡Cuán poca cosa parece entonces la libertad! ¡cuán

(1) En inglés antiguo.

vano el estudio cuando una emoción ha procurado a la inteligencia el poder de socavar y levantar la naturaleza! ¡Qué inmensa perspectiva! Las naciones, los tiempos, los sistemas entran y desaparecen como hilos en una tapicería de grandes figuras y colores múltiples; un sueño nos conduce a otro, y en tanto la embriaguez dura, venderíamos nuestra cama, nuestra filosofía y nuestra religión, al nadar en la opulencia.

Hay buenas razones para que apreciemos esa emancipación. La suerte del pobre pastor, cegado y extraviado por una racha de nieve y que perece a pocos pasos de su choza, es un emblema del estado del hombre. Morimos miserablemente a orillas de las aguas de vida y de verdad. Todo pensamiento, salvo aquel en el cual vivimos, nos es extrañamente inaccesible. Si os acercáis a él, os encontráis tan lejos como cuando no lo buscábais. Todo pensamiento es también una prisión, lo mismo que lo es todo cielo; por esto amamos al poeta, al inventor, que, bajo una forma cualquiera, con una oda, con una acción, con una mirada, nos da un nuevo pensamiento. Rompe las cadenas que nos aherrojan y nos abre nuevas perspectivas.

Semejante emancipación es cara a todos los hombres, y como el poder de comunicarla debe provenir de una gran profundidad o capacidad de pensamiento, esto da la medida de un espíritu. Así todos los libros de imaginación que se elevan a esa verdad, esto es, predominando la naturaleza sobre el escritor, perdurarán. Cada verso o cada frase que posea esa virtud de expresar la naturaleza, creará su propia inmortalidad. Las religiones del mundo son las eyaculaciones de algunos hombres de imaginación.

La cualidad de la imaginación consiste, sin embargo, en fluir, no en congelarse. El poeta no se detiene en la forma ni en el color, ni aun en su significación, y los mismos objetos expresan una idea nueva. Es la diferencia que existe entre el poeta y el místico; éste da un símbolo a una significación, verdadera por un momento, pero que pron-

to se trueca en vieja y falsa, pues todo símbolo es elástico (*fluxional*); todo lenguaje es transitorio y vehicular, y sirve como los barcos y los caballos para transportarnos de uno a otro punto, pero no como las granjas y las casas, para detenerse en ellas. El misticismo descansa en el error que hace tomar un símbolo accidental o individual por un símbolo universal. La aurora es el fenómeno favorito de Jacobo Behmen, representa para él la verdad y la fe, y cree que lo mismo debería significar para todos y cada uno de sus lectores. Estos preferirán, y es natural, el símbolo de una madre con su hijo, de un jardinero y su planta o de un joyero puliendo una piedra. Cada uno de esos símbolos y miríadas de otros son perfectamente buenos para aquellos a cuyo juicio significan algo. No conviene sin embargo cobrarles mucho apego, sino saber cambiarlos por términos equivalentes empleados en vez de otros. Y es necesario decirle seriamente al místico: todo esto que habláis, sería asimismo verdadero sin el uso estimulante que hacéis de ese símbolo con que lo acompañáis siempre. Pongamos un poco de álgebra en vez de esa retórica trivial, procurémonos signos universales en lugar de esos símbolos de aldehuela, y todos ganaremos con el cambio. La historia de las jerarquías parece probar que todos los errores religiosos provienen del exceso de importancia y solidez concedida a los símbolos, y, en último lugar, de un abuso o exageración del órgano del lenguaje.

En la época moderna, Swedenborg representa eminentemente a los traductores de la naturaleza en pensamiento. No conozco hombre en la historia para quien las frases representen tan uniformemente cosas. La metamorfosis retoza de continuo ante él. Cada cosa en que su vista se detiene, obedece al impulso de una naturaleza moral. Los higos truécanse en uvas mientras él los come. Cuando uno de sus ángeles afirmaba una verdad, el laurel que sostenía, iba floreciendo en su mano a los ojos de Swedenborg. El ruido que, de lejos, pa-

reciales rechinar de dientes o una refriega a puñetazos, era la voz de dos individuos discutiendo. En una de sus visiones, ciertos hombres tenían aire de dragones y parecían agazaparse en la obscuridad; pero uno con otro, esos hombres parecían hombres, y cuando la luz celeste penetró en sus madrigueras, cególes, y clamaron que cerrasen las puertas para poder ver.

Tenía la percepción — que hace del poeta o del vidente objeto de terror — de que el mismo hombre o la misma sociedad de hombres pueden ofrecer diferente aspecto para sí mismos como para otros, para inteligencias superiores, por ejemplo.

Ciertos sacerdotes, que conversaban doctamente, reunidos en cierto paraje, parecíanles a unos niños que jugaban por los alrededores, caballos muertos. Instantáneamente se pregunta uno, ante semejantes transformaciones de apariencia, si el pez que se ve cruzar bajo el puente, si el buey que se observa en la pradera son inmutablemente peces o bueyes, si ellos no se creen otra cosa, y si uno mismo podrá ser un hombre a los ojos de todo el mundo. Los brahmanes y Pitágoras hicieron la misma pregunta, y si un poeta fué testigo de una transformación de ese género, impuesta a su espíritu por una visión súbita, la encontró seguramente en armonía con otros hechos bien conocidos. Todos hemos visto considerables cambios en el trigo, en las orugas.

Será poeta el que nos atraiga por el amor y el terror, al discernir la esencia *una* de la naturaleza bajo el flotante ropaje de los acontecimientos; será poeta el que sepa revelárnosla.

En vano busco al poeta que describo. No nos dirigimos bastante sencilla ni profundamente a la vida, y no cantamos lo suficiente nuestro tiempo y nuestras propias aventuras. Si nuestra existencia desbordara de bravura y de heroísmo, no nos abstendríamos de cantarla. El Tiempo y la Naturaleza nos traen muchas cosas, pero no nos han dado todavía el hombre del tiempo, la nueva re-

ligión, el reconciliador que todo en el mundo aguarda. La grandeza del Dante está en que osó escribir su autobiografía en caracteres gigantescos.

No hemos tenido todavía, en América, un genio de penetrante vista, que conociese el valor de nuestros incomparables elementos y que observase en la barbarie y el materialismo del tiempo, el disfraz de los mismos dioses que tanto admira en Homero, después en la Edad media, luego en el calvinismo y así sucesivamente. Los bancos y las tarifas, los periódicos, el metodismo y el *unitarismo* son cosas triviales e insípidas para gentes insípidas y triviales; pero tienen el mismo maravilloso interés que la ciudad de Troya y el templo de Delfos, y se desvanecerán con igual rapidez. Aun no se han cantado nuestras casetas de madera, nuestros negros, nuestros indios, nuestros buques, la cólera de los desharrapados, la pusilanimidad de las personas honradas, el comercio del Norte, las plantaciones del Sud, el descuaje del Oeste, ni el Oregón y el Tejas. Y no obstante la América es un poema a nuestros ojos. Su amplia geografía nos deslumbra y no tendrá que aguardar mucho tiempo rimadores. Si no he hallado en mis compatriotas esa perfecta combinación de dotes que busco, tampoco he dado con ella en la colección de los poetas ingleses desde hace quinientos años. Son más bien hombres de genio que poetas, por más que haya habido poetas entre ellos. Pero cuando se piensa en el ideal del poeta, encuéntrase qué decir aun en Milton y en Homero. Milton es demasiado literario y Homero harto literal y excesivamente histórico.

No soy juez competente en esas críticas particulares, y quiero entrar en las ideas generales para dar cumplimiento al mensaje de que me ha encargado la musa para el poeta, concerniente a su arte.

El arte es la vía del creador para su obra; esta vía o método, esos múltiples senderos que enlazan entre sí esos dos términos, son ideales y eternos; pocos hombres los conocen sin embargo, el artista

no más que los otros, a menudo por espacio de muchos años, y a veces durante toda su vida, a menos que llegue a alcanzar las condiciones requeridas. El pintor, el escultor, el compositor, el rapsoda, el orador, no tienen más que un deseo: expresar simétrica y abundantemente, no de una manera mezquina y fragmentada. Han encontrado, o se han puesto en ciertas circunstancias, o ante ciertas cosas que excitaban su inteligencia, como figuras humanas impresionantes, una asamblea popular, o un trozo de naturaleza, y en seguida han experimentado un nuevo deseo. El artista ha oído una voz, una invitación. Entonces advierte, con asombro, que abrigaba en sí una horda de demonios que le sujetan.

No tiene ya reposo; dice con el viejo pintor: "¡Dios mío! está en mí, y de mí saldrá!" Persigue una belleza semientrevista que huye a su presencia. Sus más cortos momentos de soledad los llena este sueño. Los versos así inspirados al poeta son primero convencionales; luego, poco a poco, tórnanse originales y soberbios. El poeta está hechizado. Nunca quisiera hablar de otro modo. Si en el lenguaje ordinario puede distinguir "lo tuyo y lo mío", aquí distingue también que ese lenguaje no le pertenece, le parece tan extraño y espléndido como a vosotros, quisiera oirlo siempre. Después de haber gustado ese inmortal licor, no puede saciarse de él, y como hay en esas comprensiones un admirable poder creador, es de suma importancia que sean expresadas. ¡Cuán poco de lo que sabemos está expresado! ¡Cuántas gotas de nuestro océano de ciencia están almacenadas, y a qué accidentes deben el haber visto la luz cuando tantos secretos duermen aún en el seno de la naturaleza! Véase, pues, de dónde viene la necesidad de la palabra, del canto; de dónde viene la emoción del orador a la puerta de la asamblea, a fin de que, a través de la *palabra* Δογοσ, resplandezca el pensamiento.

No dudes, ¡oh poeta!, pero persiste. Di: está en mí, y de mí debe salir. Permanece aquí, tartamu-

deando y balbuciendo, silbado y maldito; lucha y trabaja hasta que, al fin, la rabia haga salir de ti ese *poder de sueño* que cada noche se revela como tuyo, poder que excede los límites de las cosas más secretas y por virtud del cual te conviertes en el conductor de un río de electricidad. Nada de lo que anda, se arrastra, crece o existe, puede negarse a servirte para expresar tu pensamiento. Si el hombre alcanza ese poder, su genio es inagotable. Todas las criaturas son arrojadas en su espíritu por pares, por tribus, por especies, como en el arca de Noé, para poblar un nuevo mundo. Todo lo que existe, debe poder ser absorbido por su pensamiento, como tenemos toda la atmósfera para respirar, si queremos. Por esto el genio de los poetas como Homero, Chaucer, Shakespeare, Rafael, sólo lo limita la duración de su vida, y son como espejos que reflejan cuanto existe.

¡Oh poeta! Una nueva nobleza confiérese a las granjas y a los pastos; pasó el tiempo de los castillos y las espadas. Las condiciones son duras, pero iguales. Dejarás el mundo y no conocerás más que la musa; no conocerás ya el tiempo, las costumbres, las gracias, ni la política, ni las opiniones de los hombres; no conocerás más que la musa, pues la hora postrera de las ciudades la anuncia el toque de agonía universal; pero en la naturaleza las horas están contadas por sucesiones de tribus, de animales y de plantas, y por goces engendradores de otros goces. Dios quiere que renuncies también a una vida doble, múltiple, disipada y mentirosa y que dejes a los demás que hablen de ti. Otros serán para ti hombres del mundo y representarán para ti la vida cortés y mundana; otros harán, también para ti, acciones brillantes. Pero tú te mantendrás oculto en la naturaleza y no tendrás tiempo de frecuentar la Bolsa o el Capitolio. El mundo está lleno de sacrificios y de aprendizajes; he aquí el tuyo: pasarás largo tiempo por un loco y un misántropo zopenco. Es la pantalla, el abrigo protector que Pan extiende sobre sus hijos predilectos; no serás

conocido más que de los tuyos, y ellos te consolarán con tierno amor. No osarás pronunciar el nombre de tus amigos en tus versos, por una especie de vergüenza hacia el Ideal infinito. Y he aquí cuál será tu recompensa: lo ideal se convertirá en real para ti y las impresiones del mundo actual caerán en torno tuyo, numerosas, sin turbar tu invulnerable esencia. La tierra entera será tu parque y tu dominio; el mar será tuyo, sin tasa y sin suscitar envidia; serás dueño de las selvas y de los ríos; poseerás todo aquello de que los demás no son sino ocupantes e inquilinos. Verdadero señor del agua, de la tierra, del aire, por todas partes donde caiga nieve, donde fluya el agua, donde vuelen pájaros, allí donde el día y la noche se juntan en el crepúsculo, donde el cielo azul está sembrado de nubes y de estrellas, donde hay formas de contornos transparentes, lampos en el espacio celeste, donde hay peligro, terror, amor, allí está lo Bello esparcido para ti en abundante lluvia, y aunque hubieses de recorrer el mundo entero, no lograrás encontrar nada inoportuno o innoble.

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

EL CANTAR DE LOS CANTARES, dramatizado por Jean de Bonnefón. Versión y notas de Rafael Cabrera. □ □ □ □ □ □

EDICIONES MINIMAS.
BVENOS AIRES. MCMXIX.

ARGUMENTO

Il est de viles décences.
J. J. Rousseau.

EL *Cantar de los Cantares*, que forma parte del Antiguo Testamento, ha sido objeto de grandes comentarios y de estudios críticos.

Es uno de los puntos más atacados del muy vasto campo de batalla de la Biblia, donde chocan los partidarios de lo sobrenatural y los soldados de la revelación, contra el ejército de los críticos y los racionalistas.

Los doctrinarios de la Fe y los de la negación parecen más preocupados del combate, para el que emplean como armas todos los textos, que de la hermosura, única manifestación que vale el honor y la pena de fijar a la humanidad inquieta.

Los teólogos implacables exprimieron este fruto divino del Oriente para extraer de él un zumo místico. Pero los teólogos no son infalibles y comprometen a Dios, cuando quieren emascular el más hermoso drama de pasión que existe, para hacer un diálogo compasado — pero profético — entre Jesucristo futuro y su Iglesia por venir.

Todas las otras hipótesis son más aceptables, aun la de Mac-Pherson, que vió en *EL Cantar de los Cantares* una serie de lemas y de voces que debieron ser colocados unos a continuación de otros, sobre las columnas del Templo, como las inscripciones de la Alhambra.

Otros tomaron *El Cantar de los Cantares* por una recopilación de cantos de amor, populares en Judea y yuxtapuestos por un tardío escriba.

Los más avisados adivinaron en él una pieza teatral, monumento del arte dramático que desafiara los tiempos y que hubiese perdido en su curso a través de los siglos la división escénica y los nombres de los personajes.

La acción de *El Cantar de los Cantares* aparece evidentemente al que lee el texto hebreo o la versión de los

Setenta (1), libres de las odiosas divisiones en capítulos y versículos, que no tienen ningún valor crítico, antes rompen el sentido a cada paso.

Ernesto Renán, en Francia, y otros, en Alemania, buscaron el drama entre las ruinas por las que trepa la hiedra de la teología.

Quisieron encontrar insoluble la dificultad de reconstruir un desarrollo análogo al del drama moderno. Complicaron la acción e imaginaron la intervención de una multitud de personajes, aun el del amante llorado por la Sulamita, que estaría presente en la escena. ¿Por qué no imaginar también que él vendió su amada a Salomón? Esto sería de un perfume muy oriental.

Lo que doy ahora difiere de lo que fué ya hecho, por la simplicidad extrema y la claridad del drama.

La traducción es literal, nueva por la expresión o el ritmo, pero respetuosa del texto hebreo.

Se cree que la ignorancia de un copista puso fuera de lugar el principio de la pieza y lo colocó hasta el fin, error que explica la disposición de la escritura hebraica.

Daré dos traducciones literales, (2) una de primera intención y de un solo trazo, sin capítulos ni versículos, la otra restableciendo lo que se cree que es el diálogo y la "mise en scène" del drama. Aparecen dos personajes; la Sulamita, el rey Salomón; además el coro. Se escucha a lo lejos a dos hermanos de la Sulamita, pero no los ve el espectador. La decoración representa un pabellón de los jardines del rey Salomón. Puede ponerse allí toda la clara hermosura del Oriente y toda la majestad que conviene al fausto de un gran rey.

Los creyentes se sentirán lastimados, sin duda, más en su malevolencia humana que en su fe espiritual, por la nueva representación de este drama.

¿Qué inconveniente ven en que la Biblia revelada contenga un drama de amor? ¿No fué dada la pasión al mundo para dejar a los seres el valor de vivir la vida? La pasión de amor que es el derecho del hombre y de la mujer, permanece como un acto de religión eterna, anterior y superior a las religiones dogmáticas.

---

(1) La versión de los Setenta es una traducción griega de los libros del Antiguo Testamento, para uso de los judíos de Egipto, que no entendían ya el hebreo. La edad y la factura de esta traducción están rodeadas de graciosas imaginaciones, tomadas a dos supuestos autores, Aristeo y Aristóbulo. En efecto, no se sabe ni por quién, ni cómo, ni en qué tiempo, fué hecha la versión griega del Antiguo Testamento. Tal como es, venerable por la edad, la versión de los Setenta, es una ayuda indispensable para la traducción del texto hebreo. *El Cantar de los Cantares*, muy modificado en la Vulgata latina, presenta pocas diferencias entre el original hebreo y la versión de los Setenta. Utilizamos uno y otra sin indicaciones, porque nuestro ensayo no es en lo absoluto una obra de gramática sino una restitución escénica del drama.

(2) Publicamos una sola de ellas, por cuanto aparece también en este cuaderno la versión de Cipriano de Varela, reputada como una de las mejores y hecha directamente del hebreo al castellano.

Los creyentes son los menos a propósito para condenar los ardores del verbo y el brillo de los colores. Si *El Cantar de los Cantares* es revelado por Dios, ¿por qué rehusar la hermosura a la expresión de Dios? Dios no es ni frío ni puritano, y su palabra puede tomar lo mismo la forma dramática que la forma lírica.

¡Graciosos fieles los que creen en un Dios hecho a su imagen: gazmoño, pedante, inquieto, escrupuloso!

Este catolicismo hace claudicar aun al arte divino: las religiones han hecho la apoteosis de la castidad; pero Dios hizo la apoteosis del amor creando el mundo y dando a sus criaturas la misión de perpetuarlo.

Lo ridículo no es moral nunca y *El Cantar de los Cantares* no se torna indecente sino cuando se hace un diálogo teológico y traidoramente místico, entre Nuestro Señor y su Iglesia.

En su sentido humano y natural, las palabras audaces del *Cantar de los Cantares* permanecen sanas y fortificadoras. Este drama expone el triunfo del amor verdadero sobre la prostitución oficial y real.

Los mensajeros de Salomón compraron en el país de Sulem una bella muchacha para el serrallo de su señor. La víctima fué entregada por sus hermanos. Pero ella arde por un pastor, con una pasión abrillantada por la fidelidad, como está revestida de oro una coraza de plata. Salomón viene a su pabellón para ver la nueva adquisición y comienza por decir a la joven las frivolidades propias de todas las cortes, lo mismo en aquel tiempo que ahora: el mundo varía poco.

La joven no ve al rey y le habla al amante lejano. Al principio Salomón toma para sí las respuestas que son llamamientos a otro, y el coro participa de este error de la fatuidad real. Poco a poco Salomón comprende el verdadero sentido de las palabras, se pica en el juego y llega a enamorarse sinceramente. La Sulamita continúa desdeñosa, llega hasta la insolencia, y derrota a Salomón en un apóstrofe final, que forma la moral de la glosa.

Y esto es todo; y es el triunfo de la pasión sobre la venalidad. Y es una diatriba de genio contra un rey tan grande, que los panfletistas de su tiempo necesitaron de genio para atacarle.

Y esto queda bastante hermoso así para ser inspirado por Dios, porque ya era revolucionario Dios, en los tiempos de Salomón.

EL DRAMA

La escena pasa en el umbral de un pabellón, en los jardines del serrallo real. La gente de Salomón descubre, en el país de Sulem, ciudad de la tribu de Isaacar, a una joven, que compraron para el placer de su señor. Los hermanos de la Sulamita arrancaron a su hermana de su vida rústica y del amante que tenía en la aldea. Acaban de entregarla y de lograr el precio convenido.

Cuando se alza el telón, se alejan ya; pero se escucha el final de su conversación.

Al principio, la Sulamita se encuentra sola a la entrada del pabellón. Piensa en el pastor del que fué separada tan bruscamente, y del que quiere continuar siendo amante fiel.

La gente de Salomón ha ido a prevenir a su señor, que llega, después de unos instantes, seguido de su corte que forma el coro.

UNO DE LOS HERMANOS DE LA SULAMITA

(*a lo lejos*).

TENEMOS otra hermana pequeña que no tiene pechos todavía. ¿Qué haremos de nuestra hermana cuando esté en edad de agradar?

OTRO HERMANO

Si es un muro, le haremos almenas de plata; si es una puerta le haremos batientes de madera de cedro.

LA SULAMITA

(*con voz profundamente triste*).

Fuí un muro; mis pechos fueron las torres de defensa. Ved cómo obtuve hasta aquí que me dejaran en paz...

UNO DE LOS HERMANOS

(más y más lejos, y continuando la conversación con su compañero de viaje):

Salomón tiene una viña en Baal-Hamón (1). Se la confió a arrendatarios de los cuales cada uno le paga mil siclos por su fruto.

LA SULAMITA

Mi viña está delante de mí (*muestra su cuerpo*) ...Le cuesta mil siclos a Salomón y en utilidad doscientos a los arrendatarios...

(Entra Salomón, en el esplendor de su traje real, seguido a distancia por su Corte, que forma el coro).

SALOMÓN

Hermosa, que te encuentras en este jardín, mira a mi séquito reunido que te escucha. Haz oir tu voz.

LA SULAMITA

(La Sulamita habla como en un sueño y se dirige al amante que dejó en la aldea, en lugar de responder a Salomón, que, al principio de la conversación toma para sí las amorosas palabras destinadas al ausente).

Huye, mi bien amado, y sé como el gamo o como el enodio de la cierva sobre las montañas perfumadas...

(Cierra los ojos y parece que entra en un sueño).

¡Béseme él con un beso de su boca!

(El coro, creyendo que la Sulamita se dirige a Salomón, aprueba las palabras sin entender su verdadero sentido, que está oculto, e ignorando a quién van destinadas en realidad).

---

(1) Ciudad de Palestina, hacia el Norte.

EL CORO

(volviéndose hacia Salomón).

Tus caricias, más que el vino, son buenas para los labios y, más que los mejores perfumes, son perfumadas. El encanto de tu nombre se extiende como el aceite derramado... Por eso las doncellas te aman.

LA SULAMITA

Tómame, correremos juntos. Me introdujo mi rey (1) en sus cámaras de embriaguez.

EL CORO

(le habla a Salomón).

Nuestra exaltación y nuestra alegría están en tí... Estamos ebrios de tus caricias más que de vino... ¡Cuánta razón tienen las que te adoran!

LA SULAMITA

Negra soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén... Negra como las tiendas de los pueblos de Cedar, hermosa como los pabellones de Salomón... No creáis que soy morena; el sol es el que me quemó... Los hijos de mi madre se airaron contra mí; pusiéronme por guarda de viñas... ¡Ay! mi viña, que era mía, la descuidé!...

Dime, adorado de mi alma, dónde apacientas tu rebaño, dónde descansas al medio día, para que no comience a vagar en pos de los rebaños de tus compañeros...

(El coro se asombra ahora del lenguaje de la Sulamita. No se atreve a comprender, pero vacila).

EL CORO

Si eres rústica hasta este grado, ¡oh la más bella entre las mujeres!, parte... Ve, siguiendo la huella de los

(1) La Sulamita juega con la palabra rey, y habla de su amante, fingiendo que se dirige a Salomón.

rebaños, y apacienta tus cabritos cerca de las tiendas donde los pastores descansan...

(Salomón, muy turbado por la indiferencia que comprende de improviso, se torna lírico en la expresión de su deseo amoroso. Hasta su derrota, su tono va elevándose en las regiones del amor y del verbo).

SALOMÓN

Te comparo, amiga mía, a mis caballos uncidos al carro de Faraón... (1).

Bellas son tus mejillas; desnudo, es una joya tu cuello; por lo tanto le haremos collares de oro nielados de plata.

LA SULAMITA

Mientras mi rey descansaba en su reclinatorio, mis perfumes descubrieron su perfume. Hacecillo de mirra es mi bien amado para mí; siempre reposará entre mis pechos... Racimo de uva de las viñas de Engadí es mi bien amado...

SALOMÓN
(más y más lírico).

He aquí que tú eres hermosa, adorada mía, he aquí que tú eres hermosa; tus ojos son ojos de paloma.

LA SULAMITA
(se dirige siempre al ausente).

He aquí que tú eres hermoso, adorado mío, y arrogante... Estas flores son nuestro lecho; las ramas de cedro son las vigas de nuestro palacio; los troncos de los cipreses son nuestros artesonados...

SALOMÓN

Soy el narciso de Sarón, el lirio en el valle. Como el lirio entre las zarzas parece mi amada entre las mozas.

(1) Egipto suministraba los carros más suntuosos, y Salomón alude aquí a un obsequio que recibió de Faraón.

LA SULAMITA

Como un manzano en la espesura de las selvas (1) parece mi amado entre los mozos... A la sombra de aquel a quien yo había deseado, descansé, y su fruto es dulce a mi paladar...

Me introdujo en la bodega de su vino. La bandera que levantó sobre mí es el amor (2).

Dadme uvas para refrescarme... frutas para fortificarme... porque muero de amor...

Pero su brazo izquierdo sostiene ya mi cabeza y su brazo derecho me oprime.

(El coro marca con un murmullo su indignación porque la Sulamita se atreve a dirigirse, no al rey presente, sino al amante lejano).

SALOMÓN

(calma al coro con un gesto de autoridad).

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas, por las ciervas de los campos! No atormentéis, no despertéis a la adorada, antes que ella misma no salga de su sueño.

LA SULAMITA

(continúa, sin escuchar nada, entregada por completo a su éxtasis de amor).

Es la voz del amado: he aquí que viene saltando por los montes, pasando por los collados... Mi bien amado es ágil como el gamo o el cervatillo... ¡Es él! Está detrás de la muralla, mira por la ventana, sus ojos salvan las rejas... Ya el adorado me dijo: "Levántate, aprisa, amada mía, hermosa mía; ven, porque el invierno terminó, la lluvia está lejos; cesó. Las flores aparecieron sobre nuestra tierra; el tiempo de las canciones es venido. La queja de la tórtola se escuchó en nuestros campos".

Los retoños de la higuera comienzan a brotar; las viñas en flor exhalan todo su perfume. Levántate, amada mía, radiosa mía, y ven.

"Paloma mía, oculta en los agujeros de la peña, en lo alto del muro, muéstrame tu rostro; que tu voz suene en

(1) Es decir, como un árbol con fruto en medio de otros árboles que no lo tienen.

(2) Alusión irónica a las banderas y a la pompa que rodea a los reyes. Renán dice: se levantaba una bandera sobre las bodegas o cámaras del vino, y se distribuía éste. — Véase *La Moallaca*, de Antera. — *Ensayo sobre la Historia de los Arabes.*

mis oidos, porque tu voz es dulce, porque tu rostro es encantador".

Cazad las zorras pequeñas que destruyen nuestras viñas, porque nuestra viña está en flor... (1).

Mi amado es para mí y yo para él que apacienta su rebaño entre los lirios... (2).

Cuando caiga el calor y cuando las sombras crezcan, torna, mi bien amado, rápido como el gamo o el enodio de la cierva en las montañas quebradas... En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma... Le busqué y no le hallé. ... Me levantaré y rodearé por la ciudad, me dije; por las calles y por las plazas, buscaré al que ama mi alma. Le busqué y no le hallé.

Halláronme los vigilantes que guardan la ciudad: "¿No vísteis, les pregunté, al que ama mi alma?"

Pasando de ellos un poco, hallé al que ama mi alma... Lo enlacé y no lo dejé hasta que le hice entrar en la casa de mi madre, y en la cámara donde nací...

(Movimiento de indignación del coro, asombrado de la audacia de la Sulamita).

SALOMÓN

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y por las ciervas de los campos, no atormentéis, no despertéis a la adorada, antes que ella misma no salga de su sueño!

(El coro trata de divertirse y señala, con ironía, el palanquín de Salomón hecho para otros amores y llevado por criados).

EL CORO

¿Quién es ésta que sube del fondo del desierto (3) como nube cargada de mirra, de incienso y de todos los perfumes?

He aquí el palanquín de Salomón... Sesenta valientes de los más valientes de Israel lo rodean. Todos tienen espada y son diestros en los combates. Cada uno tiene su espada al lado para ahuyentar los peligros de la noche.

---

(1) Copla de un canto popular que la Sulamita mezcla a su sueño.

(2) Dice Renán: Las praderas de Sarón están en ciertas épocas del año cubiertas de lirios.

(3) Dice Renán: Es decir, "que aparece en el horizonte". Jerusalén está rodeada a cierta distancia de una cadena de desiertos.

La litera que hizo construir el rey Salomón es de madera del Líbano; quiso que las columnas fuesen de plata, que el solado fuese de oro; las gradas adornadas de púrpura, el interior acolchado de amor por las hijas de Jerusalén.

Salid y ved, hijas de Sión, ved al rey Salomón con la diadema con que le coronó su madre (1) el día de sus desposorios, el día en que se desbordó la alegría de su corazón (2).

(Nada distrae a Salomón de su objeto; continúa su corte inútil a la Sulamita, que no cesa de cantar al pastor ausente).

SALOMÓN

¡Qué bella eres, amada mía, qué bella! Tus ojos son ojos de paloma bajo los pliegues de tu velo. Son hermosos tus cabellos como son hermosos los rebaños de cabras suspensos en los flancos del monte de Galaad. Tus dientes son como manada de ovejas trasquiladas, saliendo del baño. Cada una de ellas tiene mellizos sin que una sola sea estéril. Tus labios son rojos como una cinta escarlata. Dulce es tu voz. Tus mejillas son como mitades de granada bajo los pliegues de tu velo. Tu cuello (3) es como la torre de David, construida para servir de arsenal; mil escudos están suspendidos de ella y todos los broqueles de los valientes. Tus dos pechos son como dos cervatillos gemelos que apacientan entre los lirios.

LA SULAMITA

Antes que refresque el día y huyan las sombras, iré a la montaña de la mirra, al collado del incienso.

SALOMÓN

Tú eres toda Hermosura, amada mía, y no hay mancha en tí.

Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano, ven. Mírame desde la cima del Amaná, desde las cuestas del Sa-

(1) Betsabé, madre de Salomón.

(2) El coro habla de un retrato de Salomón que debió ser colocado en uno de los paños de la litera.

(3) Dice Renán: Por los collares que le rodea es comparado su cuello a la torre guarnecida de armaduras.

nir y del Hermón, desde la morada de los leones, desde la montaña que habitan los leopardos.

¡Heriste mi corazón, hermana esposa! heriste mi corazón con una mirada de tus ojos, con un cabello de tu nuca. ¡Qué bellos son tus pechos, hermana esposa! ¡Son más hermosos que el buen vino, tus pechos! y el olor de tu perfume es mejor que el de todos los aromas.

¡Tu labio es un panal que destila miel! Leche y miel tienes debajo de la lengua, y el olor de tus vestidos es como el olor del Líbano.

Eres un jardín bien cerrado, hermana esposa, un jardín cerrado con una fuente sellada.

Tus encantos son las plantas de este delicioso jardín, lleno de granadas, de ciprios frutos y de nardo. El nardo y el azafrán, la caña aromática y el cinamomo, se encuentran con todas la esencias del Líbano, con la mirra y el áloe, con las plantas embalsamadas.

Tú eres también la fuente de estos jardines y el manantial de aguas vivas que corren del Líbano.

Levántate, Aquilón, ven, viento del medio día. ¡Sopla por todas partes sobre mi jardín y que sus perfumes se exhalen!

LA SULAMITA

Que venga mi bien amado a su jardín, y que devore los frutos de sus árboles...

SALOMÓN

Vine a mi jardín, hermana esposa; cogí la mirra y también el bálsamo; comí mi miel en su panal; bebí mi vino y mi leche.

(*Se vuelve hacia el coro*).

Comed, amigos míos, y bebed, llegad hasta la embriaguez, amigos míos.

LA SULAMITA

Yo duermo y mi corazón vela... Es la voz de mi bien amado; ¡llama!

"Abreme, dice, hermana mía, amada mía, paloma mía, mi sin mancilla, porque mi cabeza está llena de rocío, porque corren por mis cabellos las lágrimas de las noches".

Me despojé de mi túnica; ¿cómo me la vestiré? He lavado mis piés; ¿cómo ensuciármelos?

Pero mi bien amado puso su mano en la madera del pestillo, y mi seno se estremeció a este ruido...

Y me levanté para abrir al bien amado y mis manos esparcieron el olor de la mirra, y estaban llenos mis dedos de la mirra más pura...

Quité el cerrojo de mi puerta; abrí a mi bien amado... Pero había desaparecido, había pasado... Mi alma se estremeció desde que le oyó hablar; le busqué y no le hallé; le llamé y no me respondió...

Me encontraron entonces los vigilantes que recorren la ciudad... Me golpearon y me hirieron... Los guardias de las murallas quitáronme mi manto.

(Se vuelve hacia el coro).

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, que si encontráis a mi bien amado, le digáis que muero de amor...

(El coro, picado por la curiosidad, quiere saber el nombre del amante tan amado. Se lo pregunta bruscamente a la Sulamita. El coro tiene quizá la secreta esperanza de que la Sulamita responderá de un modo halagador para Salomón).

EL CORO

¿Quién es, pues, este bien amado de los bien amados, ¡oh! la más bella de las mujeres? ¿Cuál es la superioridad de este bien amado de los bien amados que así nos conjuras para buscarle?

LA SULAMITA

Mi bien amado es de piel blanca y rosada, el señalado entre mil... Su cabeza es de oro puro... Sus cabellos tienen la flexibilidad de las ramas tiernas de la palmera, son negros como la pluma del cuervo... Sus ojos hacen pensar en las palomas que se ven sobre el agua de los arroyos, en las palomas que se creería bañadas en leche y que hacen su morada cerca de las grandes corrientes... El olor de sus mejillas es el de un prado aromático cuidado por jardineros... Sus labios tienen el perfume del lirio y destilan la más pura de las mirras... Sus manos, hechas a torno, brillan como si estuviesen cargadas de anillos de jacintos engastados en oro... Su vientre es un marfil veteado de zafiro azul... Sus piernas son columnas de mármol sobre un zócalo de oro... Su aspecto tiene

la majestad del Líbano. Es esbelto como el cedro... Su voz es infinitamente dulce... Todo él es deseable... Tal es mi bien amado... Y *él es mi amante,* hijas de Jerusalén...

(El coro es arrebatado por la potencia del amor, por la sublime brutalidad de la pastora de Sulem. El coro olvida a Salomón y la majestad real. Tiene, no obstante, curiosidad de ver al amante tan amado).

EL CORO

¿En dónde se halla tu bien amado, ¡oh! la más bella de las mujeres? ¿A dónde se apartó tu amado?... Lo buscaremos contigo...

LA SULAMITA

El bien amado descendió a su huerto, al prado de los aromas, para apacentar su rebaño y para coger lirios...

Yo soy de mi amado; mi amado es mío... el cual apacienta su rebaño en el campo de los lirios.

(Salomón no se descorazona. No cree que una muchacha rústica pueda resistirle largo tiempo. Su palabra se torna un himno de admiración y de amor. En su turbación, repite las palabras que ya había pronunciado).

SALOMÓN

Eres bella, amiga mía, como Thersa (1). Eres encantadora como Jerusalén, pero terrible como un ejército en línea de batalla. Aparta de mí tus ojos, porque ellos causaron mi derrota. Tus cabellos son brillantes como manana de cabras que se muestran en las pendientes del monte Galaad.

Tus dientes son como rebaño de ovejas trasquiladas saliendo del baño, portadoras de un doble fruto sin que una sola sea estéril.

Tus mejillas son como mitades de granada bajo los pliegues de tu velo.

Sesenta son las reinas; ochenta las concubinas; y las

(1) Antigua capital del reino de Israel.
Dice Renán: Ciudad del Norte de Palestina, que desde Jeroboam hasta Omri fué la capital del reino de Israel.

doncellas sin cuento. Pero única es la paloma mía, mi perfecta; es la única, la elegida de su madre.

La vieron las mozas y la proclamaron bienaventurada; las reinas y las concubinas la vieron y la alabaron.

(El coro está más y más asombrado de la influencia que adquiere sobre Salomón esta mujer INDIFERENTE).

EL CORO

¿Quién es ésta que avanza como una nueva aurora, bella como la luna, deslumbradora como el sol, terrible como un ejército en línea de batalla?

(La Sulamita se vuelve al lado opuesto del coro, y parece salir de un sueño).

LA SULAMITA

Al huerto de los nogales descendí, para ver los frutos del valle, para ver de lejos si la viña está en flor, si las granadas se formaron... Perdí el sentido, mi alma se sobresaltó al ruido de los carros de Haminadab.

EL CORO

Vuelve la frente, vuelve la frente, Sulamita, para que te contemplemos.

LA SULAMITA

¿Para qué mirar a la Sulamita en lugar de una danza de Mahanaim? (1).

SALOMÓN

¡Cuán hermosos son tus pies en tus sandalias, hija digna de una gran raza!

Tus coyunturas están moldeadas por estrechas ajorcas engastadas por manos de artistas.

(1) Ciudad célebre por la gracia de sus bayaderas y la suntuosidad de sus fiestas.

Tu ombligo es una copa hecha a torno para derramar la embriaguez. Tu vientre es como haz de trigo cercado de lirios. Tus dos pechos son como cabritos mellizos; tu cuello es como torrecilla de marfil.

Tus ojos son profundos como las piscinas de Hesebón cerca de la puerta de Bath-Rabbim.

Tu perfil es recto y puro como la torre del Líbano (1), la que mira hacia Damasco.

El conjunto de tu cabeza, es el esplendor del monte Carmelo. Tus cabellos son como hilos de púrpura; un rey está encadenado por sus bucles.

¡Qué bella eres, qué llena de gracia, amada hecha para mis delicias!

Tu cintura es flexible como el tallo de una palmera. Las puntas de tus pechos son como granos de uva.

Dije: "subiré a agazaparme en la palmera y tomaré el fruto".

"Tus pechos serán mis uvas y el olor de tu boca será el de la flor del manzano".

La saliva de tu garganta es un vino delicioso que mana dulcemente y refresca los labios del amante adormecido.

(La Sulamita, sin ver a Salomón, con los ojos vueltos hacia la lejanía, abruma al rey y a la corte con su ironía y su violencia. Al mismo tiempo evoca toda una existencia rústica).

LA SULAMITA

Yo soy de mi amado y mi amado es mío... Ven, bien amado, escapémonos al campo y vayamos a acostarnos a la aldea.

Levantémonos de mañana y vayamos a las viñas, veamos si germinaron las cepas, si las flores se tornaron frutos, si penden las granadas.

Allí te daré mis pechos... Los manzanos de amor esparcieron su perfume... A nuestras puertas están los frutos más hermosos; los nuevos y los ya secos, todos los tengo para tí, mi bien amado... ¡Que no seas mi hermano que mamó la leche de mi madre para que yo te halle fuera, te bese, y que no sea menospreciada de nadie por esto! (2) Te tomaré y te conduciré a la casa de mi madre; allí me enseñarás y yo te daré una copa de vino aromatizado y el jugo de mis granadas... Su mano izquierda sostiene ya mi cabeza y su brazo derecho me oprime...

---

(1) Renán dice: Una de las torres que David hizo construir al Norte de Palestina, para que sirviese de punto de observación contra los Sirios. (*Sam.* VIII. 6).

(2) Este llamamiento a los placeres del incesto que duplicaría los del amor, es un atrevimiento frecuente de la literatura oriental.

SALOMÓN

Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, no atormentéis, no despertéis a mi bien amada, antes que ella misma no salga de su sueño.

EL CORO

¿Quién es ésta que sube del fondo del desierto, llena de placer, apoyada en su bien amado?

(Salomón recobra al fin su dignidad real, abandona la lucha y sale).

LA SULAMITA

(al amante ausente).

Bajo el manzano te despierto; allí fué iniciada tu madre; allí fué martirizado el seno que te amamantó... Ponme como un sello sobre tu corazón, como una ajorca en tu brazo.

(Cesa de hablarle al amante ausente, y clama con voz de triunfo):

La pasión es fuerte como la muerte; el amor es inflexible como el infierno... Sus lámparas son lámparas todas de fuego y de llamas... Las grandes aguas no extinguen la flama de amor y los ríos pasan sobre ella sin sofocarla... Cuando el hombre quiere comprar el amor con el precio de sus riquezas, el amor lo menosprecia como si el hombre no hubiese dado nada.

"El amor es fuerte como la muerte, la pasión, inflexible como el infierno. Sus lámparas, son lámparas de llamas y flechas del fuego de Jehová."

EL LIBRO DE LOS CANTARES DE SALOMÓN.

VERSIÓN
DE
CIPRIANO DE VALERA.

CANCION de Canciones de Salomón.

2.—¡Oh si me besase de besos de su boca! porque mejores son tus amores que el vino.

3.—Por el olor de tus buenos ungüentos, ungüento derramado es tu nombre: por tanto las doncellas te amaron.

4.—Tírame en pos de tí, correremos. Metióme el rey en sus cámaras: gozarnos hemos, y alegrarnos hemos en tí: acordarnos hemos de tus amores, más que del vino. Los rectos te aman.

5.—Morena soy, ¡oh! hijas de Jerusalén, mas de codiciar, como las cabañas de Cedar, como las tiendas de Salomón.

6.—No miréis en que soy morena; porque el sol me miró: los hijos de mi madre se airaron contra mí: hiciéronme guarda de viñas, y mi viña, que era mía, no guardé.

7.—Hazme saber ¡oh! tú, a quien mi alma ama, donde repastas, donde haces tener majada al medio día: Porque ¿por qué seré, como la que se aparta hacia los rebaños de tus compañeros?

8.—Si tú no lo sabes, ¡oh! hermosa entre las mujeres, salte por los rastros del rebaño, y apacienta tus cabritas junto a las cabañas de los pastores.

9.—A una de las yeguas de los carros de Faraón te he comparado, ¡oh! amor mío.

10.—Hermosas son tus mejillas entre los zarcillos, tu cuello entre los collares.

11.—Zarcillos de oro te haremos con clavos de plata.

12.—Mientras que el rey estaba en su recostadero, mi espicanardi dió su olor.

13.—Mi amado es para mí un manojico de mirra: que reposará entre mis pechos.

14.—Racimo de cofer en las viñas de Engaddí es para mí mi amado.

15.—He aquí, que tú eres hermosa, ¡oh! compañera mía, he aquí, que tú eres hermosa: tus ojos de paloma.

16.—He aquí, que tú eres hermoso, ¡oh! amado mío, también suave: también nuestro lecho florido.

17.—Las vigas de nuestras casas son de cedro: las tablazones, de hayas.

CAPITULO II.

YO soy el lirio del campo, y la rosa de los valles.

2.—Como el lirio entre las espinas, así es mi compañera entre las hijas.

3.—Como el manzano entre los árboles monteses, así es mi amado entre los hijos: debajo de su sombra deseé sentarme, y me asenté, y su fruto ha sido dulce a mi paladar.

4.—Trájome a la cámara del vino; y su bandera de amor puso sobre mí.

5.—Sustentadme con frascos de vino, esforzadme con manzanas; porque estoy enferma de amor.

6.—Su izquierda esté debajo de mi cabeza y su derecha me abrace.

7.—Yo os conjuro, ¡oh! hijas de Jerusalén, por las gamas, o por las ciervas del campo, que no despertéis, ni hagáis velar al amor, hasta que él quiera.

8.—¡La voz de mi amado! He aquí que éste viene saltando sobre los montes, saltando sobre los collados.

9.—Mi amado es semejante al gamo, o al cabrito de los ciervos. Héle aquí; está detrás de nuestra pared, mirando por las ventanas, mostrándose por las rejas.

10.—Mi amado habló, y me dijo: Levántate ¡oh! amor mío, hermosa mía y vente:

11.—Porque, he aquí, ha pasado el invierno: la lluvia se ha mudado, y se fué;

12.—Las flores se han mostrado en la tierra; el tiempo de la canción es venido, y voz de tórtola se ha oído en nuestra región;

13.—La higuera ha metido sus higos, y las vides en cierne dieron olor: levántate, ¡oh! amor mío, hermosa mía, y vente.

14.—Paloma mía, en los agujeros de la peña, en lo escondido de la escalera: muéstrame tu vista: hazme oir tu voz; porque tu voz es dulce, y tu vista hermosa.

15.—Tomadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas, mientras nuestras viñas están en cierne.

16.—Mi amado es mío, y yo suya: él apacienta entre lirios.

17.—Hasta que apunte el día, y las sombras huyan, tórnate, ¡oh! amado mío: sé semejante al gamo, o al cabrito de los ciervos sobre los montes de Bether.

CAPITULO III.

POR las noches busqué en mi cama al que ama mi alma; le busqué y no le hallé.

2.—Ahora pues levantarme he, y rodearé por la ciudad: por las calles, y por las plazas buscaré al que ama mi alma: le busqué y no le hallé.

3.—Halláronme las guardas que rondan por la ciudad, y les pregunté, diciendo: ¿Habéis visto al que ama mi alma?

4.—Pasando de ellos un poco, luego hallé al que ama mi alma; trabé de él, y no le dejé, hasta que le metí en casa de mi madre, y a la cámara de la que me engendró.

5.—Yo os conjuro, ¡oh! hijas de Jerusalén, por las gamas, o por las ciervas del campo, que no despertéis, ni hagáis velar a mi amor, hasta que él quiera.

6.—¿Quién es ésta que sube del desierto como varas de humo, sahumada de mirra y de incienso y de todos polvos aromáticos?

7.—He aquí que la cama de Salomón sesenta fuertes la cercan, de los fuertes de Israel.

8.—Todos ellos tienen espadas, diestros en la guerra: cada uno su espada sobre su muslo por los temores en las noches.

9.—El rey Salomón se hizo un tálamo de madera del Líbano.

10.—Sus columnas hizo de plata, su solado de oro, su cielo de grana, su interior solado de amor por las hijas de Jerusalén.

11.—Salid, ¡oh! hijas de Sión, y ved al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre el día de su desposorio, y el día del gozo de su corazón.

CAPITULO IV.

HE aquí que tú eres hermosa, ¡oh! amor mío, he aquí que tú eres hermosa: tus ojos, de paloma entre tus copetes; tu cabello, como manada de cabras que se muestran desde el monte de Galaad.

2.—Tus dientes como manada de ovejas trasquiladas, que suben del lavadero: que todas ellas paren mellizos, y estéril no hay entre ellas.

3.—Tus labios, como un hilo de grana, y tu habla hermosa: tus sienes, como pedazos de granada, dentro de tus copetes.

4.—Tu cuello, como la torre de David edificada para enseñamientos: mil escudos están colgados de ella, todos escudos de valientes.

5.—Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama, que son apacentados entre lirios.

6.—Hasta que apunte el día, y huyan las sombras, iré al monte de la mirra, y al collado del incienso.

7.—Tú, toda eres hermosa, ¡oh! amor mío; y no hay mancha en tí.

8.—Conmigo del Líbano, ¡oh! esposa mía, conmigo vendrás del Líbano: mirarás desde la cumbre de Amaná, desde la cumbre de Senir, y de Hermón: desde las moradas de los leones, desde los montes de los tigres.

9.—Quitado me has mi corazón, hermana, esposa mía, quitado me has mi corazón, con uno de tus ojos, con un collar de tu cuello.

10.—¡Cuán hermosos son tus amores, ¡oh! hermana, esposa mía! ¡cuánto son mejores que el vino tus amores! ¡y el olor de tus ungüentos, que todas las especias aromáticas!

11.—Panal de miel destilan tus labios, ¡oh! esposa mía: miel y leche están debajo de tu lengua, y el olor de tus vestidos, como el olor del Líbano.

12.—Huerto cerrado, ¡oh! hermana, esposa mía, fuente cerrada, fuente sellada.

13.—Tus renuevos, como paraíso de granados con frutos suaves; alcanfores, y espicanardi.

14.—Espicanardi y azafrán, caña aromática, y canela, con todos los árboles de incienso: mirra y aloes, con todas las principales especias.

15.—Fuente de huertos, pozo de aguas vivas, que corren del Líbano.

16.—Levántate aquilón, y ven, austro, sopla mi huerto, caigan sus especias. Venga mi amado a su huerto, y coma de su dulce fruta.

CAPITULO V.

YO vine a mi huerto, ¡oh! hermana, esposa mía; yo cogí mi mirra, y mis especias. Yo comí mi panal, y mi miel; yo bebí mi vino y mi leche. Comed amigos, bebed amados, y embriagáos.

2.—Yo duermo, y mi corazón vela. La voz de mi amado, que toca a la puerta, diciendo: ábreme, hermana mía, amor mío, paloma mía, mi sin mancilla, porque mi cabeza está llena de rocío, mis guedejas de las gotas de la noche.

3.—He desnudado mi ropa, ¿cómo la tengo de vestir? He lavado mis pies, ¿cómo los tengo de ensuciar?

4.—Mi amado metió su mano por el agujero de la puerta, y mis entrañas rugieron dentro de mí.

5.—Yo me levanté para abrir a mi amado, y mis manos gotearon mirra, y mis dedos mirra que pasaba sobre las aldabas del candado.

6.—Yo abrí a mi amado: mas mi amado era ya ido, ya había pasado; y mi alma salió tras su hablar, le busqué, y no le hallé: le llamé, y no me respondió.

7.—Halláronme los guardas, que rondan la ciudad: hiriéronme, llagáronme, quitáronme mi manto de encima, las guardas de los muros.

8.—Yo os conjuro, ¡oh! hijas de Jerusalén, que si hallárais a mi amado, que le hagáis saber, que de amor estoy enferma.

9.—¿Qué es tu amado más que los otros amados, ¡oh! la más hermosa de todas las mujeres? ¿Qué es tu amado más que los otros amados, que así nos has conjurado?

10.—Mi amado es blanco, rubio, más señalado que diez mil.

11.—Su cabeza, oro fino: sus guedejas crespas, negras como el cuervo.

12.—Sus ojos, como de las palomas, que están junto a los arroyos de las aguas, que se lavan con leche, que están junto a la abundancia.

13.—Sus mejillas, como una era de especias aromáticas, como las flores de las especias; sus labios, lirios que gotean mirra que pasa.

14.—Sus manos, anillos de oro engastados de jacintos: su vientre, blanco marfil cubierto de zafiros.

15.—Sus piernas, columnas de mármol fundadas sobre bases de oro fino: su vista como el Líbano, escogido como los cedros.

16.—Su paladar, dulzuras, y todo él deseos. Tal es mi amado, tal es mi amigo, ¡oh! hijas de Jerusalén.

CAPITULO VI.

¿DONDE es ido tu amado, ¡oh! la más hermosa de todas las mujeres? ¿A dónde se apartó tu amado, y buscarle hemos contigo?

2.—Mi amado descendió a su huerto a las eras de la especia, para apacentar en los huertos; y para coger los lirios.

3.—Yo soy de mi amado, y mi amado es mío, el cual apacienta entre los lirios.

4.—Hermosa eres tú, ¡oh! amor mío, como Tirsa; de desear, como Jerusalén; espantosa, como banderas de ejércitos.

5.—Aparta tus ojos de delante de mí, porque ellos me vencieron. Tu cabello es como manada de cabras, que se muestran en Galaad.

6.—Tus dientes, como manada de ovejas, que suben del lavadero; que todas paren mellizos, y estéril no hay entre ellas.

7.—Como pedazos de granada son tus sienes entre tus copetes.

8.—Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas; y las doncellas sin cuento.

9.—Mas una es la paloma mía, la perfecta mía; única es a su madre, escogida a la que la engendró; viéronla las hijas, y llamáronla bienaventurada: las reinas y las concubinas la alabaron.

10.—¿Quién es esta que se muestra como el alba, hermosa como la luna, ilustre como el sol, espantosa como banderas de ejércitos?

11.—A la huerta de los nogales descendí, para ver los frutos del valle, para ver si brotaban las vides, si florecían los granados.

12.—No sé, mi alma me ha tornado como los carros de Aminadab.

13.—Tórnate, tórnate, ¡oh! Sulamita: tórnate, tórnate, y mirarte hemos. ¿Qué veréis en la Sulamita? Como una compañía de reales.

CAPÍTULO VII.

CUÁN hermosos son tus piés en los calzados, ¡oh! hija del príncipe! Los cercos de tus muslos son como ajorcas, obra de mano de excelente maestro.

2.—Tu ombligo, como una taza redonda, que no le falta bebida. Tu vientre, montón de trigo cercado de lirios.

3.—Tus dos pechos, como dos cabritos mellizos de gama.

4.—Tu cuello, como torre de marfil: tus ojos, como las pesqueras de Jesebón junto a la puerta de Bathraben: tu nariz, como la torre del Líbano, que mira hacia Damasco.

5.—Tu cabeza encima de tí, como la grana; y el cabello en tu cabeza, como la púrpura del rey ligada en los corredores.

6.—¡Qué hermosa eres, y cuán suave, oh amor deleitoso!

7.—Tu estatura es semejante a la palma; y tus pechos, a los racimos.

8.—Yo dije: yo subiré a la palma, asiré sus ramos; y tus pechos serán ahora como racimos de vid; y el olor de tus narices, como de manzanas.

9.—Y tu paladar como el buen vino, que se entra a mi amado suavemente, y hace hablar los labios de los viejos.

10.—Yo soy de mi amado, y conmigo es su deseo.

11.—Ven, ¡oh! amado mío, salgamos al campo, moremos en las aldeas.

12.—Levantémosnos de mañana a las viñas; veamos si brotan las vides, si se abre el cierne, si han florecido los granados; allí te daré mis amores.

13.—Las mandrágoras han dado olor; y en nuestras puertas hay todas dulzuras, nuevas, y viejas. Amado mío, yo las he guardado para tí.

CAPITULO VIII.

¡OH, quién te me diese, como hermano, que mamaste los pechos de mi madre! Que te hallase yo fuera, y te besase, y que no te menospreciasen!

2.—¡Que yo te llevase, que yo te metiese en casa de mi madre: que me enseñases, que te hiciese beber vino adobado, del mosto de mis granadas!

3.—Su izquierda esté bajo de mi cabeza, y su derecha me abrace.

4.—Yo os conjuro, ¡oh! hijas de Jerusalén, ¿por qué despertaréis, y por qué haréis velar al amor, hasta que él quiera?

5.—¿Quién es ésta, que sube del desierto recostada sobre su amado? Debajo de un manzano te desperté: allí tuvo dolores de tí tu madre: allí tuvo dolores la que te parió.

6.—Pónme, como un sello, sobre tu corazón, como un signo sobre tu brazo; porque fuerte es como la muerte el amor; duro como el sepulcro el celo; sus brasas, brasas de fuego, llama fuerte.

7.—Las muchas aguas no podrán apagar al amor: ni los ríos le cubrirán. Si diese hombre toda la hacienda de su casa por este amor, menospreciando la menospreciarán.

8.—Tenemos una pequeña hermana que no tiene aún pechos: ¿qué haremos a nuestra hermana, cuando de ella se hablare?

9.—Si ella es muro, edificaremos sobre él un palacio de plata. Y si fuere puerta, guarnecerla hemos con tablas de cedro.

10.—Yo soy muro, y mis pechos son como torres desde que yo fuí en sus ojos como la que halla paz.

11.—Salomón tuvo una viña en Bahal-hamón, la cual entregó a guardas: cada uno de los cuales traerá mil piezas de plata por su fruto.

12.—Mi viña, que es mía delante de mí: las mil piezas serán tuyas, ¡oh! Salomón; y doscientos, de los que guardan su fruto.

13.—¡Ah la que estás en los huertos! los compañeros escuchan tu voz. Hazme oir,

14.—Huye, ¡oh! amado mío, y sé semejante al gamo, o al cervatillo de los ciervos, a las montañas de las especias.

INDICE

Págs.

Argumento..... 3

El Drama..... 7

El libro de los cantares..... 23

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

RABINDRANATH TAGORE

POEMAS

NUEVAS VERSIONES

DE

CARLOS MUZIO SÁENZ-PEÑA

EDICIONES MÍNIMAS
BUENOS AIRES
1917

Rabindranath Tagore, el viejo poeta bengalí, cuya cabeza parece que irradiara una aureola con resplandor de prodigio, no es ya un desconocido en los pueblos occidentales. Su obra, antes revelada apenas a la admiración de unos cuantos, se traduce y comenta ahora en todos los idiomas.

Plena de harmoniosa sabiduría es la vida de este poeta. Colma sus días, largos y reposados, consagrado a una rara y profunda realización de bien y de belleza, sin que la pesadilla roja del matadero humano turbe la serenidad de sus sueños.

Así, pues, mientras se desarrolla "la quinta jornada de la gran tragedia", el poeta ha seguido cultivando su huerto espiritual y nos ha regalado LA COSECHA DE LA FRUTA, *vertido al castellano recientemente por el señor Muzio Sáenz-Peña, y precedido de un prefacio del doctor Joaquín V. González, que es un estudio extenso y erudito sobre la personalidad y la obra del poeta de Bengala.*

I

EL ESCLAVO

Ten piedad de tu esclavo, ¡reina mía!

LA REINA

Ha terminado la asamblea y todos mis servidores se han retirado. ¿Por qué llegas tan tarde?

EL ESCLAVO

Mi turno comienza cuando tú concluyes con los demás. Vengo a preguntarte qué le queda por hacer a tu último esclavo.

LA REINA

¿Qué puedes tú hacer, siendo tan tarde?

EL ESCLAVO

Hazme jardinero de tu jardín.

LA REINA

¿Qué locura es esa?

EL ESCLAVO

Abandonaré mi otro trabajo.

Arrojaré mis sables y mis lanzas en el polvo. No me envíes a las cortes lejanas; no me ordenes que emprenda nuevas conquistas. Hazme, eso sí, jardinero de tu jardín.

LA REINA

¿Cuáles serán tus funciones?

EL ESCLAVO

El servicio de tus días de ocio.

Conservaré lozano el verde sendero por donde paseas de mañana; donde, tus pies, a cada paso, serán recibidos con alabanzas por las flores ávidas de muerte.

Te balancearé en un columpio entre las ramas del *saptaparna*, donde la temprana luna crepuscular se esforzará por besar tu falda a través de las hojas.

Llenaré, con perfumado aceite, la lámpara que arde al lado de tu lecho y ornaré tu taburete con pasta de azafrán, con pasta de sándalo, en maravillosos dibujos.

LA REINA

¿Cuál será tu galardón?

EL ESCLAVO

Que se me permita asir tus pequeños puños, semejantes a tiernos botones de loto, y deslizar cadenas de flores sobre tus muñecas; que pueda teñir la planta de tus pies con el rojo zumo de los pétalos de *ashoka*, y limpiar con mis besos toda partícula de polvo que en ellos se hubiera posado.

LA REINA

Tus deseos están concedidos, esclavo mío. Tú serás el jardinero de mi jardín.

II

¡Oh poeta! La noche se acerca; tus cabellos encanecen.

¿No oyes en tu solitaria cogitación el mensaje de lo futuro?

Es de noche — dice el poeta — y estoy escuchando, porque a pesar de ser tan tarde, alguien puede llamarme desde la aldea.

Vigilo si se encuentran los jóvenes corazones que se extravían. Dos pares de ansiosos ojos imploran música para que ésta rompa el silencio y hable por ellos.

¿Quién tejerá sus cantares apasionados, si yo me siento en la playa de la vida a meditar sobre la muerte y el más allá?

Desaparece la temprana estrella de la tarde. El resplandor de una pira funeraria muere lentamente al lado del silencioso río.

Lloran en coro los chacales, en los patios de las casas desiertas, a la luz de una gastada luna.

Si algún ser errante, al dejar su hogar, llegase aquí a observar la noche y con la cabeza inclinada escuchara el murmullo de la oscuridad, ¿quién estará aquí para decir en voz baja, en sus oídos, los secretos de la vida, si yo cierro mis puertas y trato de libertarme de las mortales ligaduras?

Qué importa que mi cabello encanezca.

Siempre soy tan joven o viejo como el mayor de los habitantes de la aldea.

Algunos tienen suaves y dulces sonrisas, otros, un destello de astucia en los ojos.

Algunos tienen lágrimas que se desbordan a la luz del día, otros, lágrimas que se esconden en la oscuridad.

Todos me necesitan, y yo no tengo tiempo para cavilar sobre la próxima vida.

Tengo la edad de cada uno. ¿Qué importa que mis cabellos encanezcan?

III

¡Pobre de mí! ¿Por qué construyeron mi casa al lado del camino que conduce al mercado de la aldea?

Atan sus cargados barcos cerca de mis árboles.

Vienen, van y pasean a su antojo.

Me siento y los observo; el tiempo se extingue.

No puedo echarlos fuera... Y así pasan mis días.

Noche y día resuenan sus pasos junto a mi puerta.

Vanamente exclamo: "No te conozco".

Mis dedos reconocen a algunos de ellos, mi olfato a otros; la sangre de mis venas parece conocer a éstos, y a aquéllos los conocen los sueños míos.

No puedo echarlos fuera. Les llamo y les digo: "Venid a mi casa; venid los que deseáis. Sí, venid".

Por la mañana suena la campana en el templo.

Llegan con sus cestas en las manos.

Rosados son sus pies; la temprana luz de la mañana se refleja en sus rostros.

No puedo echarlos fuera. Les llamo y les digo: "Venid a mi jardín, venid a coger flores; venid".

A mediodía suena el timbal en la puerta del palacio.

No sé por qué dejan su trabajo y vienen a vagar cerca de mi seto.

Pálidas y marchitas están las flores de sus cabellos; lánguidas son las notas de sus flautas.

No puedo echarlos fuera. Les llamo y les digo: "Venid, amigos, que la sombra está fresca bajo los árboles".

Por la noche cantan los grillos en la espesura.

¿Quién llega hasta mi puerta y suavemente llama?

Distingo vagamente el rostro; ni una palabra se pronuncia. La inmovilidad del cielo nos rodea.

No puedo echar fuera a mi silencioso huésped. Contemplo esa cara en la oscuridad.... y pasan las horas de los ensueños.

IV

Cuando se apagó la lámpara, al lado de mi lecho, me desperté con las tempranas aves.

Me senté junto a la ventana abierta, con una fresca guirnalda en mi cabello suelto.

El joven viajero llegó por el camino, en la niebla rosada de la mañana.

Una cadena de perlas rodeábale el cuello, y los rayos del sol caían en su corona. Se detuvo frente a mi puerta y preguntó con ansioso grito: "¿Dónde está ella?".

De vergüenza no pude decirle: "Ella soy yo, joven viajero; ella soy yo".

Anochecía, y la lámpara estaba sin encender.

Yo trenzaba indolentemente mi cabello.

El joven viajero llegó en su carruaje, en medio del resplandor del poniente sol.

Sus vestiduras estaban cubiertas de polvo y sus caballos mostraban sus bocas cubiertas de espuma.

Se apeó a mi puerta y preguntó, con fatigada voz: "¿Dónde está ella?".

De vergüenza no le dije: "Ella soy yo, fatigado viajero; ella soy yo".

Es una noche de abril. En mi cuarto arde la lámpara.

Llega suavemente la brisa del Sur; el bullicioso papagayo dormita en su jaula.

Mi túnica tiene el color de la garganta del pavo real; mi mantilla es verde como el joven césped.

Estoy sentada en el suelo, frente a la ventana, atisbando la calle desierta.

Toda la noche me paso murmurando: "Ella soy yo, desesperado viajero; ella soy yo".

V

Cuando, por la noche, acudo sola a mi cita de amor, los pâjaros enmudecen, no sopla el vîento, las casas a ambos lados de la calle permanecen silenciosas.

Son mis ajorcas las que hacen ruídos a cada paso... y tengo vergüenza.

Cuando me siento al balcón y escucho sus pasos, no crujen las hojas de los árboles y el agua permanece inmóvil en el río, como el sable en la rodilla de un centinela que duerme.

Es mi corazón que late brutalmente.

Yo no sé cómo aquietarlo.

Cuando llega mi amado y a mi lado se sienta; cuando mi cuerpo tiembla y mis párpados descienden... se oscurece la noche, apaga el viento la lámpara y las nubes corren velos sobre las estrellas.

Es la joya que en mi propio pecho brilla y alumbra.

Yo no sé cómo ocultarla.

VI

Ven como estás; no pierdas tiempo en adornarte.

Si tus trenzas se han aflojado; si la línea que divide tu cabello no está derecha; si las cintas de tu túnica no están atadas: no importa.

Ven como estás; no pierdas tiempo en adornarte.

Ven sobre el césped, con pasos rápidos.

Si se aflojan sobre tus pies los aros de campanillas; si de tu collar caen perlas: no importa.

Ven sobre el césped, con pasos rápidos.

¿Ves las nubes que envuelven al cielo?

Bandadas de grullas se levantan desde la lejana orilla del río y el viento en caprichosos giros sopla sobre la resolana.

Corre al ganado ansioso hacia sus rediles del pueblo.

¿Ves las nubes que envuelven al cielo?

En vano enciendes tu lámpara de tocador: aletea y se apaga con el viento.

¿Quién llegará a saber que tus pestañas no han sido retocadas con negro de humo? Tus ojos son más negros que tormentosa nube.

En vano enciendes tu lámpara de tocador... se apaga.

Ven como estás; no pierdas tiempo en adornarte.

Si la guirnalda no está tejida ¡a quién le importa tal cosa!

Si el brazalete no ha sido abrochado... déjalo.

Las nubes han oscurecido el cielo; es tarde.

Ven como estás; no pierdas tiempo en adornarte.

VII

Igual que un venado salvaje, enloquecido con su propio perfume, así corro en la sombra del bosque.

La noche es noche de mediados de marzo y la brisa es brisa del Sur.

Pierdo el camino y comienzo a vagar. Busco lo que no puedo hallar y hallo lo que no busco.

Brota de mi corazón y danza la imagen de mis deseos.

La deslumbrante visión aletea y huye.

Trato de retenerla firmemente, pero me elude y me extravía.

Busco lo que no puedo hallar y hallo lo que no busco.

VIII

En sus árboles canta el pájaro amarillo y hace que mi corazón dance de placer.

Ambos vivimos en la misma aldea; y es ésta nuestra mayor alegría.

La pareja de sus blancos corderillos viene a ramonear a la sombra de los árboles de nuestro jardín.

Si se extravían en nuestro campo de cebada, los tomo en mis brazos.

El nombre de nuestra aldea es Janyana, y Anyana llaman a nuestro río.

Mi nombre lo conoce todo el villorrio, y el nombre de ella es Ranyana.

Sólo nos separa un prado.

Las abejas que enjambran en nuestro bosquecillo, van al suyo en busca de miel.

Las flores arrojadas desde su embarcadero, llegan flotando en el río hasta el lugar donde nos bañamos.

Cestas de secas flores de *kesm,* vienen de sus prados a nuestro mercado.

El nombre de nuestra aldea es Janyana, y Anyana llaman a nuestro río.

Mi nombre lo conoce todo el villorrio, y el nombre de ella es Ranyana.

La senda que serpentea hasta su casa está fragante, en la primavera, con flores de mango.

Cuando su lino madura para ser cosechado, florece el cáñamo en nuestros campos.

Las estrellas que se sonríen sobre su choza, nos envían la misma titilación.

La lluvia que desborda sus estanques, hace la delicia de nuestro bosque de *kádamos.*

El nombre de nuestra aldea es Janyana, y Anyana llaman a nuestro río.

Mi nombre lo conoce todo el villorrio, y el nombre de ella es Ranyana.

IX

Cuando ella pasó a mi lado, con su rápido andar, el extremo de su falda rozó mi cuerpo.

Un inesperado y tibio aliento de primavera llegó hasta mí, desde la desconocida isla de un corazón.

Un aleteo fugaz me acarició un momento y desapareció en un instante, como el pétalo de una flor destrozada que el viento arrastra.

Cayó dentro de mí como el suspiro de su cuerpo, como el susurro de su corazón.

X

Trato, durante toda la mañana, de tejer una corona; pero las flores se deslizan de mis manos y caen.

Tú te sientas y me observas, en secreto, a través del rabillo de tus suplicantes ojos.

Pregúntale a esos ojos, que a escondidas proyectan travesuras, quién tiene la culpa.

Trato de cantar una canción; pero es en vano.

Una disimulada sonrisa tiembla en tus labios. Pregúntale a ella el secreto de mi fracaso.

Deja que tus sonrientes labios digan, bajo juramento, cómo se perdió mi voz en el silencio, semejante a una abeja embriagada en una flor de loto.

Es de noche; es el momento en que las flores cierran sus pétalos. Permíteme que me siente a tu lado y que mis labios realicen el trabajo que puede hacerse en silencio, bajo la luz difusa de las estrellas.

XI

Caminabas por el sendero que bordea el río, con el cántaro lleno apoyado en tu cadera.

¿Por qué tornaste rápidamente la cabeza y me espiaste a través de tu desordenado velo?

Esa deslumbrante mirada llegó hasta mí, desde la oscuridad, semejante a la brisa que envía un escalofrío a través de las rizadas aguas y se pierde hacia la orilla umbrosa.

Llegó hasta mí como el pájaro nocturno que atropelladamente vuela a través del cuarto sin lámpara, de una ventana abierta a la otra, y luego desaparece en la noche.

Tú estás escondida como una estrella detrás de las colinas; yo soy un pasajero en el camino.

Pero, ¿por qué no te detuviste un momento y me miraste a la cara, a través de tu velo, cuando caminabas por el sendero que bordea el río, con el cántaro lleno apoyado sobre tus caderas?

XII

¿Por qué prefirió él, el joven vagabundo, venir a mi puerta cuando amanecía el día?

Cuando salgo o entro, siempre paso a su lado y su rostro atrae mis ojos.

No sé si debiera hablarle o permanecer callada.

¿Por qué prefirió venir a mi puerta?

Son oscuras las noches nubladas de julio; el cielo es suavemente azul en el otoño; los días primaverales están intranquilos con el viento del Sur.

El siempre teje sus canciones con frescas tonadas.

Retorno a mi labor y la neblina humedece mis ojos.

¿Por qué prefirió venir a mi puerta?

XIII

Cuando las dos hermanas van por agua, llegan hasta este lugar, se detienen y sonríen.

Deben haberse enterado de que hay alguno detrás de los árboles, cada vez que van por agua.

Las dos hermanas se hablan quedamente, cuando pasan por este lugar.

Deben haber adivinado ese secreto, de que hay alguno detrás de los árboles, cada vez que van por agua.

Se balancean sus cántaros bruscamente y el agua se derrama, cuando llegan a este lugar.

Deben haber descubierto que el corazón de alguno late amorosamente, de alguno que está detrás de los árboles cuando ellas van por agua.

Las dos hermanas se miran cuando llegan a este lugar, se miran y sonríen.

Hay cierta risa burlona en el rápido mover de sus pies que confunde la mente de alguno que está detrás de los árboles cuando las hermanas van por agua.

XIV

¿Por qué te sientas allí y sacudes tus brazaletes en simple y perezoso pasatiempo?

Llena tu cántaro; es hora de que vengas a casa.

¿Por qué chapoteas el agua con tus manos y, a espera de alguien, miras impaciente hacia el camino, en simple y perezoso pasatiempo?

Llena tu cántaro y ven a casa.

Pasan las horas de la mañana; corren las oscuras aguas. Ríense las ondas y murmuran entre ellas, en simple y perezoso pasatiempo.

Las nubes vagarosas se han reunido al margen del cielo, en esa lejana elevación del terreno.

Allí se han detenido, miran tu rostro y sonríen, en simple y perezoso pasatiempo.

Llena tu cántaro y ven a casa.

XV

¿Colocarás, hermosa mía, tu guirnalda de frescas flores en mi cuello?

Pero, antes de hacerlo, debes saber que la guirnalda que yo tejiera es para muchas; para aquellas que sólo se descubren en rápidas miradas, que moran en inexploradas tierras o viven en las canciones de los poetas.

Es demasiado tarde para que me pidas mi corazón en cambio del tuyo.

Hubo un momento en que mi vida era cual un capullo que llevaba todo el perfume oculto en su corazón.

Ahora se ha desparramado por todos los ámbitos de la vida.

¿Quién conocerá el hechizo que pueda reunirlo y encerrarlo otra vez?

Mi corazón no me pertenece; no puedo entregárselo a una sola; ya lo he dado a tantas...

XVI

¿Adónde vas, presurosa, con tu cesto, a esta avanzada hora de la tarde, si ya terminó el mercado?

Todos han regresado a sus hogares con sus cargas; la luna atisba curiosamente por encima de los árboles de la aldea.

El eco de las voces llamando al barquero, se desliza a través del agua oscura hasta el pantano distante donde duermen los patos silvestres.

¿Adónde vas, presurosa, con tu cesto, si ya terminó el mercado?

El sueño ha acariciado con sus dedos los ojos de la tierra.

Se han silenciado los nidos de los cuervos y ha languidecido el murmullo de las hojas del bambú.

Los trabajadores están de vuelta en sus hogares y extienden sus esteras en los patios tranquilos.

¿Adónde vas, presurosa, con tu cesto, si ya terminó el mercado?

XVII

A pesar de que la noche se aproxima con sus tardíos pasos, y que ya ha dado la señal de que cesen todas las canciones;

A pesar de que los otros pájaros se han retirado a descansar y de que tú estás fatigado;

A pesar de que el temor germina en la oscuridad y que el rostro de la noche se cubre de espeso velo;

A pesar de ello, ave, avecilla mía; escúchame: no cierres tus alas.

No es la pesadumbre de las hojas de la selva; es el mar, el mar que se hincha como una serpiente negra.

No es la danza del florecido jazmín; es la espuma, la espuma reluciente.

¡Ah! ¿Dónde estará esa playa verde y asoleada? ¿Dónde tu nido?

Ave, avecilla mía; escúchame: no cierres tus alas.

La solitaria noche yace a lo largo de tu sendero y duerme el amanecer tras las sombreadas colinas.

Retienen su aliento las estrellas al contar las lánguidas horas y la débil luna vaga en la noche profunda.

Ave, avecilla mía; escúchame: no cierres tus alas.

No hay esperanza para ti; ni esperanza ni temor.

No hay una palabra, un suspiro, un sollozo...

Ni un lecho donde descansar tu fatigado cuerpo.

Sólo hay un par de alas, las tuyas, en ese inmenso cielo sin sendero ni huella.

Ave, avecilla mía; escúchame: no cierres tus alas.

XVIII

Ella vivía en la ladera, al borde de un maizal, cerca de la fuente que se esparce en sonrientes arroyuelos por entre la sombra solemne de los ancianos árboles.

Allí venían las mujeres a llenar sus cántaros y los viajeros se sentaban a la sombra, a descansar y charlar un rato.

Ella soñaba y trabajaba, siempre al son del burbujante río.

Un atardecer descendió de lo alto del picacho que ocultan las nubes, un desconocido: sus cabellos, enmarañados, eran como aletargadas serpientes.

Nosotros le interrogamos, admirados:

"¿Quién eres tú?".

El no respondió; se sentó silenciosamente junto al locuaz arroyo y miró a la choza donde vivía ella.

Latieron de temor nuestros corazones y cuando cayó la noche, retornamos medrosos a nuestras casas.

Al día siguiente, vinieron las mujeres por agua a la fuente, cerca de los *deodares,* y hallaron abierta la puerta de la choza; y su voz se había ido y, ¿dónde estaba su sonriente casa?

La jarra, vacía, yacía en el suelo y la lámpara se había consumido en un rincón. Nadie sabía adonde se había ido antes de que llegase la mañana; y el desconocido había desaparecido.

El sol se hizo más ardiente en el mes de mayo y comenzó el deshielo, y nosotros nos sentábamos junto a la fuente y sollozábamos diciendo: "¿Habrá en el país adonde ella se fuera, una fuente en la cual pueda llenar su copa, en estos días calurosos y sedientos?". Y nos interrogábamos, desalentados: "Habrá un país más allá de estas colinas donde nosotros vivimos?".

Era una noche de verano; soplaba la brisa del Sur, y yo estaba en su desierto cuarto, donde la lámpara aun permanecía sin encender, cuando, de repente, las colinas se desvanecieron ante mí, como cortinas que se separan.

"¡Ah! Era ella que venía. ¿Cómo estás, hija mía, cómo estás? ¿Eres feliz? Pero, ¿dime, dónde puedes cobijarte bajo el cielo abierto? Y, ¡oh dolor! nuestra fuente no está allí, para apaciguar tu sed".

"Aquí está el mismo cielo — dijo ella. — Sólo que está libre de las circundantes colinas; esta es la misma fuente, desbordada en río; la misma tierra abierta en llanura".

"Todo está allí — dije suspirando: — todo está allí, sólo nosotros no estamos".

Ella sonrió tristemente, y dijo:
"Estáis en mi corazón".

Desperté y oí el murmullo del arroyo y el crujir de las hojas de los *deodares* en la noche.

XIX

—Ven a nosotros, juventud, dinos: ¿por qué hay ese destello de locura en tus ojos?

—No sé qué vino de salvaje adormidera he bebido, que hay esa locura en mis ojos.

—¡Ah, qué vergüenza!

—Algunos son sabios, otros necios; unos son observadores y otros descuidados. Hay ojos que sonríen y ojos que lloran, y en los míos hay destellos de locura.

—Juventud, juventud. ¿Por qué te inmovilizas bajo la sombra del árbol de la vida?

—Mis pies languidecen con el peso de mi corazón, y yo permanezco inmóvil, en la sombra.

—¡Ah, qué vergüenza!

—Algunos marchan por sus propios senderos; otros se demoran; hay quienes son libres y quienes están encadenados, y mis pies languidecen con el peso de mi corazón.

XX

Paz, corazón mío, paz. Deja que sea dulce el momento de la separación.

Que no sea semejante a la muerte sino a la perfección.

Deja que el amor se diluya en los recuerdos y el dolor en las canciones.

Deja que ese largo volar a través de los cielos, termine en un confiado plegar de alas sobre el nido.

Deja que el último roce de tus manos, sea suave como la flor de la noche.

Permanece quieto, — ¡oh hermoso final! — quieto por un instante y di tus últimas palabras en silencio.

Me inclino ante ti, y levanto en alto mi lámpara para iluminar tu camino.

XXI

Recuerdo que un día, en mi niñez, hice flotar un barco de papel en una zanja.

Era un día húmedo de julio; yo estaba solo y era feliz con mi juego, cuando hice flotar mi barco de papel en una zanja.

De improviso, las nubes tormentosas se arremolinaron; llegó el viento en ráfagas furiosas y la lluvia se derramó en torrentes.

Raudales de agua cenagosa arrasaron con todo e hincharon el arroyo y hundieron mi barco.

Pensé, con amargura, que la tempestad había venido sin otro objeto que el de echar a perder mi dicha. Toda su perversidad parecía estar en mi contra.

Ese nublado día de julio se halla hoy muy lejano, y he estado meditando sobre todos aquellos juegos de la vida en los cuales fuera yo un perdedor.

Culpaba a mi suerte de las muchas jugadas que a mí me hiciera el destino, cuando, de repente, recordé ese barco de papel que se hundió en la zanja.

XXII

Sobre los campos de arroz, amarillos y verdes, recorren las sombras de las nubes otoñales, perseguidas por el sol, rápido cazador.

Las abejas, borrachas de luz, se han olvidado de libar sus mieles y revolotean y zumban.

Los patos, que moran en las islas ribereñas, se alborotan por cualquier cosa.

Que ninguno retorne a casa esta mañana, hermanos; que ninguno trabaje.

Vamos a asaltar el cielo azul, a sumergirnos en el espacio mientras corremos.

Flotan las risas en el aire, como la espuma en el torrente.

Hermanos, vamos a deshojar nuestra mañana en frívolas canciones.

XXIII

Amor mío: mi corazón desea, día y noche, encontrarse contigo. Un encuentro que sea semejante a la muerte que todo lo devora.

Arrójame a lo lejos, como una tempestad; toma todo lo que yo poseo; destroza mi sueño y saquea mis ilusiones. Róbame el mundo mío.

En esta devastación, en la suprema desnudez del espíritu, seamos uno solo en belleza.

¡Oh mis vanos deseos! ¿Dónde reside la esperanza de una unión verdadera sino en ti, mi Dios?

XXIV

Líbrame de los lazos de tus dulzuras, amor mío, no me convides más de este vino de besos.

Esta bruma de pesado incienso, ahoga mi corazón.

Abre las puertas; hay lugar para que penetre la luz de la mañana.

Me he perdido en ti, envuelto en los pliegues de tus caricias.

Líbrame de esos hechizos, y devuélveme la virilidad para que pueda ofrendarte mi libre corazón.

XXV

Concluye, entonces, la última canción y vámonos.

Olvida esta noche, cuando la noche haya fenecido.

¿A quién trato de tomar entre mis brazos?

Jamás pudieron aprisionarse los sueños.

Mis ávidas manos estrechan el vacío contra mi corazón y dañan mi pecho.

XXVI

Si así tú lo quieres, amor mío, concluiré mi canción.

Si sufre tu corazón, retiraré mis ojos de tu rostro.

Si, repentinamente, tu andar te atemoriza, me haré a un lado y elegiré otra senda.

Si te confundes al tejer las flores, evitaré de llegar hasta tu jardín.

Si el agua se enfurece y se torna lasciva, no remaré mi barca cerca de tu orilla.

XXVII

¿Quién eres tú, lector amado, que leerás mis poemas de aquí cien años?

Triste de mí, que no puedo enviarte ni una sola florecilla de esta riqueza primaveral; ni un simple reflejo de oro que arrancaría a las lejanas nubes.

Abre tu puerta, la del corazón, y mira hacia afuera.

Toma de tu florecido jardín las memorias fragantes de las flores marchitas de hace cien años.

Que sientas en tu jubiloso corazón la alegría eterna que cantó una mañana de primavera enviando su grata voz a través de un centenar de años.

INDICE

		PÁGS.
	Introducción	3
I.	Ten piedad de tu esclavo	5
II.	¡Oh poeta! La noche se acerca	7
III.	¡Pobre de mí! ¿Por qué construyeron	8
IV.	Cuando se apagó la lámpara	10
V.	Cuando, por la noche	11
VI.	Ven como estás	12
VII.	Igual que un venado salvaje	13
VIII.	En sus árboles canta	13
IX.	Cuando ella pasó a mí lado	15
X.	Trato, durante la mañana	15
XI.	Caminabas por el sendero	16
XII.	¿Por qué prefirió él	16
XIII.	Cuando las dos hermanas	17
XIV.	¿Por qué te sientas allí	18
XV.	¿Colocarás, hermosa mía	18
XVI.	¿Adónde vas, presurosa	19
XVII.	A pesar de que la noche	20
XVIII.	Ella vivía en la ladera	21
XIX.	Ven a nosotros, juventud	23
XX.	Paz, corazón mío	24
XXI.	Recuerdo que un día	25
XXII.	Sobre los campos de arroz	26
XXIII.	Amor mío: mi corazón	26
XXIV.	Líbrame de los lazos	27
XXV.	Concluye, entonces	27
XXVI.	Si así tú lo quieres	28
XXVII.	¿Quién eres tú	28

DIRECTORES: ERNESTO MORALES Y LEOPOLDO DURÁN

RUBÉN DARIO

CABEZAS

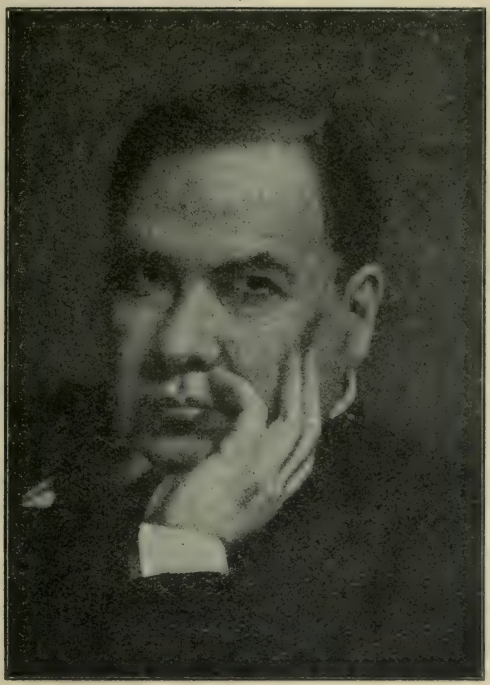
LUGONES ::: RODÓ ::: ZORRILLA DE SAN MARTIN ::: NERVO ::: RUSIÑOL ::: GÓMEZ CARRILLO ::: E. RODRIGUEZ LARRETA ::: GRAÇA ARANHA ::: F. GARCÍA CALDERÓN ::: ::: ::: ::: ::: ::: :::

EDICIONES MÍNIMAS
BUENOS AIRES
1916

APRECIACIÓN SOMERA

La obra vasta y multiforme de Rubén Darío, —el gran muerto de éste continente y de ésta hora,—rinde materia por su calidad y su trascendencia, para la dedicación futura de sabias y penetrantes exégesis. Un capítulo de esos trabajos que se esperan y que vendrán, constituiríalo ya el abrumadoramente loado opúsculo de Rodó consagrado a **Prosas profanas**. *Además, es indudable que, cuando se quiera estudiar cumplidamente el punto cardinal y la dirección de las nuevas corrientes literarias en América y en España, el examen severo y detenido de la labor de Rubén Darío, conducirá hasta la fuente origen de aquel movimiento. Y entonces cobrará mayor significa-*

ción aún, si cabe, la obra de Rubén Darío, quien por el poderoso soplo innovador de su arte, la potencialidad virtual de sus concepciones y la gracia de su expresión, ha renovado las cañas, aumentado los registros y afinado las voces de la flauta de Pan.



LEOPOLDO LUGONES

He visto los comienzos de este otro y americano "spectacle magnifique". Enorme suma de condiciones geniales apoyadas por la más potente y sana voluntad. Encontrábame en lo vivo de mi sabida campaña intelectual, en la querida gran ciudad de Buenos Aires, cuando un día se presentó en nuestra vibradora hermandad del Ateneo un joven que, al mostrar sus credenciales rimadas, fué considerado ya triunfante. ¡Un astro! nos comunicamos todos, con el gentil entusiasmo que allí animaba a coetáneos y menores. Nuestra unanimidad vaticinó cosas grandes. Para saludar tal orto escogí la más sonante y dorada de mis trompetas. Y todas las previsiones tenidas se han ido cumpliendo. La obra de Leopoldo Lugones, es según la expresión de uno de sus críticos, "vasta y bella como una creación natural", o bien "como una vasta serie panorámica de montañas." En verdad, las que han atraído mayormente en esa encantada cordillera, son, por el brillo de sus cumbres, por la riqueza de sus entrañas, por más de un misterio cabalístico, o miliunanochesco, "Las Montañas del Oro". Fijaos bien en las otras alturas: hay amontonamientos de rocas, entre las cuales históricas ruínas; hay colinas fértiles, con pequeñas ciudades, jardines y kioscos de arte; hay aglomeraciones de fábricas con chimeneas y casas de veinte pisos como las de los Yanquis; hay intrincadas y sabias arquitecturas, — y abajo, la extensa pampa con sus bíblicos ganados. Pero las Montañas del Oro, que conocen bien tan sólo los simbades del castellano, montañas que consagrara la Primavera, y en donde

tiene su palacio la Juventud, digo en verdad que atraerán siempre a todos los buscadores de milagro y cateadores de poesía. ¡Aureo, bravo, caro Lugones! Vigoroso por temperamento, nutrido de los mejores saberes y remiso en toda aplastadora apretura escolar, desde muy temprano, supo aprovechar el don, rarísimo si se mira bien, de la autocomprensión y valorizamiento propio. Tal, por mayor suma de aristocracias, se denunciara anarquista de los más encendidos. La violencia del color — ¡aplaudido sea el profeta! — fué con el tiempo comida por el sol, no sin que hoy subsista el nato combativo caza - coronas y amigo de la república francesa, a pesar de las Españas ancestrales:

Antiguamente decían
A los Lugones, Lunones,
Por venir estos varones
Del gran castillo. Y tenían
De Luna los sus blasones.

Su genealogía mental — ¡por Dios, siempre descendemos, o ascendemos de alguien, y ha existido el Adán literario! — ¿le emparenta con cuales antecesores? pero ningún espíritu encuentro más fraternal para el suyo, que el de Edgard Poe, — tanto en todo va buscando su equilibrio nuestra balanza continental. ¿Mas adonde no llega la vista, a cualquiera de los puntos cardinales que se dirija, desde la cumbre de sus montañas?

Listo para todos los combates, — apolíneo, hercúleo, perséico, davídico, ello transmutado en sangre neomundial, su iniciación en la orden del Arte, queda como un acontecimiento en la historia del pensamiento hispano - americano, y no uno de mis menores orgullos el haberme tocado ser, en días floridos, Anquises de tal Marcelo.

Todo conquistado: renombre, respeto y consideración en los propios patrios sanedrines, admiración y afecto entre sus iguales. Todo, hasta el denuesto regocijador y la parodia plausible. Todo, menos la verdadera comprensión de ciertas cosas suyas al lado de las cuales se ha pasado sin penetrar lo que dentro se contiene. Mas, ¿desde cuando es comunicado a todos el schiboleth?

La obra primigenia de tal héroe, cuyo análisis sea para estudiosos y minuciosos críticos, háceme pensar en

las adolescencias proféticas, en una pérdida y encuentro, no en el templo entre los doctores, sino en el bosque entre los leones. Hay allí sobretodo, un infuso conocimiento de cosas inmemoriales que se ha trasmitido a través de innúmeras generaciones, y que hace vagamente reconocerse, apenas, con algún rarísimo "contemporáneo", en un rápido choque de miradas, o en la similitud de interpretación de un gesto, de un signo, de una palabra.

Ya en la tarea de ideas, revélase la inagotable mina verbal, la facultad enciclopédica, el dominio absoluto del instrumento y la preponderancia del don principal y distintivo: la fuerza. Propaganda patriótica, ciencia civil, historia, cuento, enseñanza, discurso ocasional, todo es pletórico, todo está lleno de vital y viril fuerza. Verdad que oiréis un son de flauta en los Crepúsculos del Jardín. Acordaos del Polifemo que canta Teócrito y Poussin pinta. Y luego: **¿Quid dulcius melle et quid fortius leone?** ¿No habían vibrado antes en una lengua de potente amor versos capaces de encender estatuas?

No creo yo que en nuestras tierras de América haya hoy personalidad superior a la de Leopoldo Lugones, quien antes de llegar al medio del camino de la vida, se ha levantado ya inconmovible pedestal para el futuro monumento. "Las Montañas del Oro", "Los crepúsculos del jardín", "El imperio jesuítico", "La guerra gaucha", "Las fuerzas extrañas", "Lunario sentimental", "Piedras liminares", "Didáctica", "Prometeo", "Odas seculares". (1).

Allá en la lejana Córdoba del Plata, una anciana tiembla aún de temeroso gozo maternal. ¡Misia Custodia, qué nombre el de usted, para ser llevado en la Catedral de las glorias argentinas!...

---

(1) Posteriormente ha publicado las siguientes obras: *Historia de Sarmiento, El libro fiel, La reforma educacional, Elogio de Ameghino* y *El ejército de la Iliada.* — N. de la D.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

El oficio de pensar es de los más graves y peligrosos sobre la faz de la tierra, bajo la bóveda del cielo. Es como el del areonáuta, el del marino y el del marinero. Ir muy lejos explorando, muy arriba o muy abajo, mantiene alrededor la continua amenaza del vértigo, del naufragio, o del aplastamiento. Así, la principal condición del pensador es la serenidad.

En la América nuestra no hemos tenido casi pensadores; no ha habido tiempo. Todo ha sido fecundidad verbal, más o menos feliz, declamación sibilina, "postiche" oratoria, expansión, pamfleto. Con dificultad se encontrará en toda la historia de nuestro desarrollo intelectual este producto de otras civilizaciones: el ensayista.

José Enrique Rodó es el pensador de nuestros nuevos tiempos, y, para buscar siempre el parangón en el otro plato de la balanza americana, diré que corresponde a Emerson. Un Emerson latino cuya serenidad viene de Grecia, y cuya oración dominical es la salutación a Palas Atenea, la plegaria ante el Acrópolis. Y advertid que, a pesar de lo que se afirme y comente, Rodó no es un renaniano, en el sentido que en el común dialecto literario se da a esta palabra. Su tranquila visión está llena de profundidad. El cristal de su oración arrastra arenas de oro de las más diversas filosofías, y más encontraréis en él del más optimista de los ensayistas, que del gordo cura laico, biógrafo de N. S. Jesucristo, abate de Jouarres, **in pártibus infidelium.**

Desde sus comienzos, la obra de Rodó se concreta en ideas, en ideas decoradas con pulcritud por la gracia dignamente seductora de un estilo de alabastros y mármoles. Solamente que él pigmalioniza, y el temor de impasibilidad o de frialdad desaparece cuando se ve la piedra cincelada que se anima, la estatua que canta. Nació con vocación de belleza y enseñanza. Enseñanza, es decir, conducción de almas. A tal pedagogía es a la que se refiere el Dante en un verso referente a Virgilio. Cuando apareció su primer opúsculo, "Vida Nueva", se vió el surgir de un maestro en su generación, en la generación continental. Su segundo opúsculo sobre el autor de "Prosas Profanas", o mejor dicho, sobre este libro de poesías, le afirmó virtuoso de la prosa de la erudición elegante, y, en la última parte de su trabajo, profeta. Altas y generosas especulaciones le ocuparon, y "Ariel" señala un nuevo triunfo de su espíritu y una nueva conquista de sus predicaciones, por la hermosura de la existencia, por la elevación de los intelectos hispano-americanos, por el culto nunca desfalleciente ni claudicante del más puro y alentador de los ideales. Definíase más y más su personalidad, y se hubiera dicho un filósofo platónico de la flor del paganismo antiguo, resucitado en tierras americanas. Y tuvo el más bello de sus gestos, cuando, llevado a las controversias de la prensa y a las agitaciones de la cámara, por los caprichos de la política, el adorador de los dioses de la Hélade salió a la defensa de nuestro pálido Dios cristiano, desterrado allá, como en Francia, de los lugares de la Justicia, por obra de la roja cosa jacobina.

Por último, aparece su obra magna hasta hoy, esos "Motivos de Proteo", aires mentales, sinfonías de ideas que llevan dentro tanta virtud bienhechora, libro que ha sido acogido en todas partes con entusiasmo y con razonada admiración. Es un libro fragmentario, ¡pero cuán lleno de riqueza! fragmentario ocasional o decididamente. Ello hace que su prosecusión sea indefinida, y que el encanto y el provecho se prolonguen en la esperanza después de cada aporto. El tesoro está allí. Cada vez que Aladino baje, estemos atentos.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Hace veinte años que vi por la primera vez a este admirable uruguayo. Los que le conocen me han dicho que, hoy como antes, anima un espíritu encendido y palpitante aquel cuerpo que crece al resplandor de la frase oratoria, aquella cabeza de tribuno, aquella cabeza de poeta. Y como vive de fe y respira esperanza, se diría que una inagotable juventud conserva firmes sus nervios, airoso su gesto, cálida y vivificante su palabra, toda energía y ritmo.

Le recuerdo en días de triunfos y de gozos, entre fiestas y pompas españolas. Las delegaciones de las repúblicas americanas contaban, como era de razón, sobre todas las tropicales, con sujetos verbosos y hábiles para el discurso; pero en conjunto, no podíamos presentar delante de un Castelar, sino al delegado uruguayo, a la sazón Ministro de su país ante S. M. Católica. A su fama asentada de gran poeta unía el dominante prestigio de una elocuencia, si a veces harto fogosa, por lo mismo plenamente representativa de nuestros entusiasmos y vivacidades continentales. Su negra y copiosa cabellera se agitaba en la conmoción de las arengas; el brazo diestro se alzaba como arrojando, como esparciendo, como regando las oraciones; los ojos, la máscara toda, contribuían a la conquista de los auditorios; y un común orgullo nos producía a los neomundiales la victoria de aquel hombre generoso y lí-

rico, que había cantado al épico charrua Tabaré, y saludaba en vibradores y musicales períodos, en nombre de las naciones nuevas, a la regia, decaída y maternal España. Con "Tabaré" y con la "Leyenda Patria" — que celebraran poetas como Olegario Andrade, autoridades como Paul Groussac — se colocó Zorrilla de San Martín en el escaso número de los grandes líricos americanos. Se ha dicho que siempre en el poeta aparece la amplitud, la exuberancia oratorias. No olvidemos que ello es una característica de Víctor Hugo y, más cerca y no a tantas alturas, de Núñez de Arce. Es una elocuencia llena de lirismo, y esto lo admiramos hasta en el mismo viejo Esquilo. Cuando en mi primaveral juventud llegó a mis manos el poema épico lírico del célebre uruguayo, me impresionó por su belleza armoniosa, y por el contagio entusiástico de lo que antaño se calificaba con el nombre de "inspiración". En "Tabaré" — "ese extraño y hermoso poema, con el que acaso sean más justicieras que las actuales las generaciones que vendrán" — según el decir de un meditativo y decoroso pensador que brilla en la juventud uruguaya, Amadeo Almada, encontré, en días en que aún imperaban endémicas doctrinas, una novedad sana y un sentido de musicalidad honda y trascendente, que venían de la influencia de un poeta "menor", pero de los más dignos de admiración y amor en la España del siglo pasado: Bécquer. "Mi Gustavo Bécquer, genio amable y querido, despertador de mi adolescencia, poética", dice Zorrilla de San Martín en una confesión reciente publicada en "Mundial". Había, en efecto, un eco del arpa de Bécquer, pero sinfonizado en un órgano, que se diría hecho de las más robustas y sonantes cañas y bambúes de nuestras selvas americanas.

"Tabaré" fué celebrado en España y en toda la América latina con loas y palmas merecidas.

Zorrilla de San Martín reconoce el perjuicio que posteriores correcciones causaran a su obra... "Quise quitar ¡pecador de mi! ingenuidades en una obra ingenua; quise razonar." Sí, su obra es ingenua como una planta, como una flor, como el agua de un manantial, y ella guardará el frescor y el perfume de la más grata estación de su existencia.

También ha citado estos conceptos de Carlyle referentes a Dante: "Si vuestra composición es autén-

ticamente musical, no solamente en la palabra sino en el corazón y en la sustancia, en los pensamientos y articulaciones, en toda la concepción, entonces será poética; mas no de otra manera. ¡Musical! ¡Cuánto se encierra en esa palabra! Un pensamiento musical es el que ha penetrado hasta lo más íntimo del corazón de las cosas, y puesto al descubierto lo más recóndito de sus misterios...”

AMADO NERVO

En varias ocasiones he escrito sobre la singular personalidad de Amado Nervo, y siempre con igual simpatía y con el mismo "intellecto d'amore". ¡Ha sido tan gentil compañero de sueños en este nuestro París amado, hace ya tanto tiempo! ¡Y es tan sutil poeta, tan comprensivo artista y tan dulce filósofo! Con decir que, a pesar de los medios a que necesariamente conduce la diplomacia, su espíritu y su corazón de sensitivo no han sido contaminados por las promiscuidades de la Carrera...

Yo no leeré nunca sin cierta emoción el libro titulado "El éxodo y las flores del camino," en el cual, entre versos deliciosos y prosas llenas del encanto de la juventud y del prestigio de un buen arte, recuerda, en conceptos ya de humor, ya de melancolía, nuestras horas parisienses, nuestra amistad con curiosos ejemplares de humanidad, y la persecución de los favores de Nuestra Señora y Reina la Belleza.

La evolución de Nervo, desde "Místicas y Perlas Negras" hasta sus últimas producciones de piadosa, o irónica — ¡muy suavemente! — filosofía, y sus poemas cortos y sentimentales en que un gran dolor, de los íntimos y profundos, le ha hecho producir rítmicos y trémulos sollozos y llantos, es de un gran interés en el conocimiento de su personalidad intelectual. Una faz nueva se le ha reconocido: sus aficiones a los estudios astronómicos, disciplina que se aviene convenientemente con los vuelos líricos y las excursiones, en que el pegásico ímpetu es el conductor.

Su antigua "fe" había tomado en los últimos tiempos un vago tinte dubitativo; mas el buen maestro Do-

lor le ha hecho de nuevo recordar la senda azul. Y luego, siendo favorecido por la Lira, tendrá siempre tiempo de ver reflorecer la primavera, con ojos, si conocedores de los lacerantes duelos, siempre brillantes al resurgir de las auroras y al inmortal llamamiento de las esperanzas. El poeta está intacto. No es Amado Nervo el que la duquesa conoce, el que la marquesa invita a almorzar, el que tiene ya honrosamente marchitos los oros de su casaca diplomática. El sabe bien que en los salones, y sobre todo delante de sus colegas—como no sean de la familia apolínea — no está bien confesar intimidades con las Piérides, ni proclamar afección al viejo y sagrado laurel, a menos de ser poeta como tal Excelentísimo Señor Ministro, que lo mismo confecciona un soneto circunstancial que pone asombro en los más intrépitos jugadores de bridge. ¿Sabrá el bridge ya Amado Nervo?...

Lo que sí sabe y sabrá siempre, es infundir en sus versos, que se visten de sencillez y de claridad como las horas de cristal que anuncian la paz de los amables días, un misterio delicado y comunicativo que nos pone en contacto con el mundo armonioso que crea su voluntad intensa.

A veces, se crecría en un desmayo de energía o en un desvío de forma. No hay nada de eso. Los conocedores saben lo que hay que saber, para llegar a conmover lo hondo de nuestro sensorio con los procedimientos menos complicados, más simples y transparentes. Todo ello está, por cierto, lejos de la pirotecnia verbal, y de los descoyuntamientos de pianista que suelen tomarse como distintivos de una fuerza poética incontestable, y que se achaca al influjo de un "modernismo" — llamémosle así — que no hizo bien sino a quienes se lo merecían.

Una particularidad que he advertido en Amado Nervo, desde sus obras de comienzo, es un vago soplo bíblico que suele hacerse percibir en estrofas, que se dirían acompañadas de música sacra.

... No olvidaré nunca la Semana Santa que pasara en París, allá por el tiempo de la Exposición, en constante compañía del pintor Henri de Croux, de otro pintor mejicano, de un joven gallardo aficionado al teatro, también mejicano, y de Amado Nervo. Una noche, este soñador se nos desapareció, y hartos de buscarle en los lugares que solíamos frecuentar, se me

ocurrió indicar que probablemente le encontraríamos en una de las iglesias en donde, por las sagradas celebraciones, se cantaba canto llano y se sonaban órganos sabios. Le buscamos, pues, en varias de ellas, y por fin le encontramos, lleno de fervor místico - artístico, en Notre - Dame, a donde había llegado después de recorrer Saint - Severin, la capilla de la Sorbonne, Val de Grace, Saint - Sulpice, hasta que fué a recalar en la catedral que, según un hugólatra, es la H del nombre de Hugo.

Había que oir en aquel tiempo, a Amado Nervo, a quien yo llamara fraile, o monje del arte. Su unción, su saber de cosas religiosas, su aire mismo, daban idea de un admirable oblato, de un seguidor de Huysmans, a quien desde luego el mejicano ponía sobre su cabeza. ¡Todo pasa, en verdad, y la juventud más pronto que todo! De aquellos años quedaron para el poeta los versos, imperecedores, y un amor, perecedero, cual la triste carne que Dios nos dió como armadura, frágil armadura, ante lo inevitable. El poeta ha clamado trenos y elegías. "¡Mas es suya el alba de oro!"

Amado Nervo:

Amado es la palabra que en querer se concreta
Nervo es la vibración de los nervios del mal,
bendita sea y pura la canción del poeta,
que lanzó sin pensar su frase de cristal.

Fraile de los suspiros, celeste anacoreta
que tienes en blancura l'azucar y la sal,
muéstrame el lirio puro que siques en la veta
y hazme escuchar el eco de tu alma sideral.

Generoso y sutil como una mariposa,
encuentra en mi la miel de lo que soy capaz
y goza en mi la dulce fragancia de la rosa.

No busques en mis gestos el alma de mi faz;
quiere lo que se aquieta; busca lo que reposa
y ten como una joya la perla de la Paz.

— Rubén Darío.

SANTIAGO RUSIÑOL

He aquí al Catalán de los jardines, príncipe en el país de Bohemia, de una Bohemia de oro, de lindos colores, de sutiles letras y de "hierros viejos". Con su cabeza gris y su barba de "roy - chevalier", atesora y comunica juventud, y con su arte fino, su palabra suave y animadora a un tiempo, su sonrisa fraterna con sus pares, subyugadora con todos, va llevando su corona de gloria con la misma descuidada naturalidad que su fieltro característico, en el cual no podríais suponer un invisible penacho, sino una pluma de seda.

Pinta y escribe y sabe de muchas disciplinas, como los artistas del Renacimiento. Y mucha música íntima y mucha poesía encuentra el observador meditativo en su pintura, como mucha sutileza y gracia pictórica en sus prosas, en que el pensador artista deja ver su alma profunda y delicada.

Comunicar con Rusiñol es una fiesta para el espíritu. Yo me he complacido con tales momentos, ya en su morada principesca de Sitges, ya en la corte madrileña, ya en la divina isla de Mallorca, en la múltiple Barcelona, en este París que él ama y que le ha sonreído.

¡Sus jardines de España! Los días pasados, Pérez de Ayala, que hace cantos bellos, hizo uno muy bello. Como al tamborilero de Provenza, eso debe habérsele ocurrido alguna tarde "que vió cantar a Rusiñol..."

Pues cantan esos jardines de pintura con sus gamas de verdes, sus acordes de oros y rojos, sus árboles ojivales, sus fuentes en que vibra el cristal fugaz de la pluma de agua.

Tengo a la vista una serie de planchas coloreadas de esos hechiceros jardines, que son, como dice el gran Santiago, "el paisatge posat en vers, i els versos escrits en plantes... versos vius, versos am saba i amb aroma"; y se diría que en la transposición están la misma vida, la misma armonía y el mismo perfume que en el propio paraíso vegetal. Son los dulces vergeles mallorquines, con sus aguas, sus arquitecturas, sus rosales; los edenes moriscos de Granada; arcadas, templetes, floralias casi religiosas; árboles como ramilletes, como pinceles, como obeliscos; macizos arcos como en el "Caminal de rosers", de Aranjuez; bóvedas de verdura; "les grands jets d'eau sveltes parmi les marbres", a la verlainiana caricia de la luna, pues en plena tierra del mediodía pone Rusiñol, a veces, escenarios de fiesta-galante. La "Raixa", de Mallorca, que evoca algo de romano; visiones del Generalife, con sus canales, sus arbustos en flor, sus tiestos como cálices; o el "Pati de l'Alberca", en Granada, en cuyo fondo reflejado por el espejo del estanque, parece fuera a surgir alguna figura de Zobeida, de Leila, o de Lindaraja; o bien los viejos cipreses, o los "bouquets" de almendros en flor, que primorosamente nieva y sonrosa la primavera mallorquina; o esa "Glorieta" de la bailarina, que es como una decoración de poema; y el fantástico "Recó de boixos" granadino; y esa prodigiosa "arquitectura verde" de Granada, en donde parece que por obra de Alah — ¡sobre él la plegaria y la paz! — se animase una princesa de las Las Mil y Una Noches, por ejemplo, Dulce Amiga, y recitase estas estrofas del poeta:

"¿Vas a escapar lejos de mí, oh pura sangre de mi corazón, tú cuyo lugar está en este corazón adolorido, entre mi pecho y mis entrañas? — ¡Ah! te suplico, oh Tú, el Clemente sin límites, reunir lo que está separado. Tú, el generoso que distribuyes a tu placer los beneficios humanos".

¿Y ese "Jardí del pirata", en Mallorca, con sus terrazas vecinas, su fuente redonda, su horizonte marino? ¿Y el "Altar de flors" y el "Jardí clasic"; y la "Glorieta" de Aranjuez, que recuerda el Templo del Amor

versallés; y "El Laberinte" de Barcelona, con sus verdes en sordina, sus azules angélicos, sus fanfarrias ocres del fondo, sus recortados macizos y su ambiente al par lírico y galante? ¿Y tantos poemas que siguen, todos un encanto para los ojos y para el alma?

En horas secas, complázcome en abrir esta provisión de sueños, y al son de estas flautas y liras de la vista, por obra de Rusiñol se me abre un edén de ruiseñores, y mi instante aburrido florece y se encanta.

O bien, para pensar o sonreir, con razonada tristeza o gentil y filosófico humor, leo algún libro o comedia del autor de "Oracions", y de "El Mistich", en su catalán original, aunque haga algún esfuerzo, por más que Gregorio Martínez Sierra haya realizado la difícil y hermosa tarea de verter al castellano la prosa exquisita de nuestro amigo victorioso.

GÓMEZ CARRILLO

En una de las muchas cartas que conservo del señor Gómez Carrillo, — de un interés para más tarde, — hay una en que me agradece el haber venido a París. ¿Cómo fué ello? Ya lo he contado alguna vez. Dirigía yo, allá por el año 1890, en Guatemala, un diario: "El Correo de la Tarde". Un día se presentó con unos trabajos un joven, muy joven, de un moreno dorado, de copiosos cabellos y ojos de soñador, y que manejaba ya cierta sonrisa caprichosa, con cuyas consecuencias habría de cargar yo mismo pasando el tiempo. Intimamos. Y entonces yo señalé el camino de París.

¡El camino de París! ¿Sabría Gómez Carrillo que era el de su tierra prometida? Cierto que en él, por su madre, había sangre francesa; pero su padre, historiador notorio y escritor de cepa castiza, era de puro origen español, severo en dogmas de gramática y de bien decir, y con entronques aristocráticos en la Península. Era, pues, quizás, el camino de Madrid el que hubiese tomado, sin mi dichosa intervención, el futuro autor de tanto libro de prosa danzante, preciosa y armoniosa, que había de ser tenido después como un parisiense adoptado, y alabado por escritores de renombre en esta capital de las capitales. Llegó a París a luchar y luchó. Luchó primero en la inevitable casa Garnierfréres. ¿Quién diría que el escritor sutil y libérrimo hubiera colaborado en la seria y académica tarea de hacer un diccionario?

Pronto el guatemalteco se saturó de París. Su primera producción, una "plaquette" hoy inencontrable,

a punto de que creo que el propio autor no la tiene, suda el más almizclado y enfermizo de los Parises por todas sus letras. Llegando en pleno hervor simbolista, Gómez Carrillo había ya conocido a todos los dioses, semidioses y corifeos del movimiento. Era amigo de Verlaine, de Moreas, de Reynaud, de Duplessis, de todos los concurrentes a las comidas y reuniones de "La Plume".

Su cultura aumentó día por día en este ambiente de arte; y, relacionado con España, comenzó a escribir en la prensa de Madrid, tan constante y brillantemente, que le han llamado "príncipe de los cronistas". Entró con el tiempo a formar parte del cuerpo de corresponsales de la "La Nación" de Buenos Aires, y su producción adquirió mayores quilates.

Se dedicó, por higiene, a la esgrima, y esas prácticas le convirtieron en uno de los más conocidos duelistas parisienses. Conoce varias armas, y creo que también el box.

En su obra pasada prevalecen, junto con un inesperado sentimentalismo que se diría romántico, mucha modernidad, la euritmia, las elegancias femeninas, la danza, los personajes de la "comedia" italiana, la anécdota maliciosa, la conversación con sus amigos célebres, la ironía, el halago, la perversidad, el goce todo lleno de una sutileza francesa de modo que se diría escrito, o por lo menos pensado en francés, en parisiense.

Luego llegaron sus libros de viajes, que le hicieron considerar como el Loti castellano, pues aparecieron dones de penetración, afinidades filosóficas, calma y serenidad, además de sus condiciones de paisajista y descriptor, dueño de una rica paleta, y siempre vibrante ante el espectáculo artístico o la figura sugestiva. Su libro sobre Grecia señaló principalmente la nueva manera. Y su libro sobre la Tierra Santa, a donde hiciera recientemente una visita, es a mi entender lo más firme, lo más sentido, lo más meditado y estudiado de toda su obra; pues quizás, así fuese por un momento, influencias ancentrales despertaron en él la verdadera emoción y la seguridad ideal, sin lo cual nada se escribe de duradero y de firme. Y realizó un bello, armonioso y erudito libro. Es un escritor dichoso.

¡Antes de aparecer su obra, un obispo de Colombia le ha excomulgado! Lo cual hará para "Jerusalén y la Tierra Santa" una singular propaganda.

Le han prologado y alabado sus libros, escritores como Paul Adam, Jean Moreas, Emile Faguet, Catulle Mendés, Vicenti, Cortón, quien estas líneas escribe, y otros nombres más. ¡Si este diablo de hombre quisiese, aun después de la excomunión, le prolongaría ahora un cardenal!

El gobierno francés le hizo caballero de la Legión de Honor.

E. RODRIGUEZ LARRETA

Cuando el autor de "La Gloria de Don Ramiro" publicó, para gloria suya, esa obra admirable que le dió fama rápida y triunfante en todo el mundo literario, yo me llené de entusiasmo, y escribí en España, donde a la sazón me encontraba, un artículo que expresaba mi sentir, ante ese esfuerzo que honra no sólo a la República Argentina sino a todo nuestro continente. Y decirle al señor Larreta, entre otros conceptos, que las únicas cosas que le faltaban para la victoria completa, eran la hostilidad y el ataque consecuentes, y se diría indispensables, a toda realización superior. Ello vino a su tiempo, y sin más consecuencias que la de consagrar la solidez de la obra.

¿Qué más podría desear el autor de "La Gloria de Don Ramiro?" Encono de letras semejante habría que buscarlo, en los últimos tiempos, en los "panfletos" contra la obra y la personalidad de Hugo, y que él resumía en el dístico que comienza:

"Voici le triple aspect de cet homme féroce"...

Yo no conocía al señor Larreta, sino por haber conversado con él dos o tres veces, hará cerca de veinte años, en el antiguo Ateneo de Buenos Aires. Luego publicó una bella "nouvelle" de reconstrucción histórica en la "Biblioteca", revista que dirigía la autoridad de Mr. Paul Groussac. Ya en ese tiempo se hablaba de que tenía el joven escritor una novela en preparación, que le costaba largos estudios, y en la cual aparecía la personalidad de Santa Rosa de Lima. El plan se llevó a cabo más tarde. Ya sabemos, que

la mística flor peruana perfuma, en el final de la obra combatida y victoriosa, la muerte de Don Ramiro.

Es notorio que, el autor argentino, es un gran señor y un diplomático que ayuda al prestigio de su país. En París — le habré visitado, a sus amables instancias, unas tres o cuatro veces — sin descuidar sus tareas oficiales, cultiva en sus vagares las letras y las artes. He recordado a su propósito al autor de "Zanoni", a un Irving, a un Valera, a un Salvador Bermúdez de Castro. El señor Larreta, que es joven, que tiene la felicidad en su noble hogar, en su alto puesto, en su salud excelente, en su renombre universal, posee junto con su gran talento una crecida fortuna. Ello es imperdonable. El "homo sapiens", que es el "lupus" hobbesiano, se eriza ante semejante anomalía, protesta y se indigna. Al hombre muy rico, o simplemente rico, se le pueden adquirir, cuando más, como a Chatelain o MM. de Rotschild, obras mediocres. Lo demás es un abuso de la suerte, o una parcialidad manifiesta de la Omnipotencia. Pero el señor Larreta, que no tiene la culpa de su excepción, debe de sonreir y seguir adelante.

Escritores europeos como Mr. Remy de Gourmont, Mr. Maurice Barrés, Mr. Henri Roujon, Mr. Paul Adam, etc., han dicho las excelencias del único trabajo publicado en volumen por el señor Larreta. La versión francesa hecha por el primero de esos escritores, da una idea al lector extranjero de lo que puede ser fundamentalmente la novela en su idioma original. Pero las calidades de esa escritura flaubertiana, de que tanto se ha hablado, tan solamente las podemos apreciar los artistas y conocedores de nuestra lengua.

Intelectualmente, el autor de "La Gloria de Don Ramiro" está entre las pocas dominantes figuras de Hispano-América. Su libro es, en su género, con la honesta abuelita "María" del colombiano Isaacs, lo mejor que, en asunto de novelas, ha producido nuestra literatura neomundial. Hágase algo superior, y Larreta pasará a segundo término. Entre tanto...

GRAÇA ARANHA

Uno de los críticos que han estudiado la personalidad intelectual de Graça Aranha — el señor Elysio de Carvalho — hace notar que antes de que la gloria iluminase el nombre del autor de "Chanaan", era éste un escritor de cenáculo, "apenas conocido de sus íntimos, que lo sabían un talento peregrino, un espírito culto, un artista de raza capaz de realizar el gran sueño de arte que le acariciaba el alma". Hoy, Graca Aranha ha conquistado los más justos laureles, y es conocido y celebrado en todo el mundo literario. Mas su universal renombre no ha hecho más que hacer brillar mejor el puro diamante de su nacionalismo. El es brasileño ante todo, con satisfacción y con orgullo. Me decía hace pocos días: "Me place más ser comprendido por el último de los estudiantes de mi tierra, que por el primero de los escritores europeos". Y en el Brasil se le devuelve su afecto con creces. Es de los que encarnan el alma de la raza, es de los representativos. El ha expresado en una prosa impecable y admirable el ideal patriótico, y ha pintado magistralmente el escenario fabuloso de ese vasto y vigoroso país, animado como ninguno de las savias de la tierra y de los fuegos fecundantes del sol. Muchos ilustres varones de pensamiento tuvo el pasado imperio, y tiene la joven república; pero ninguno había expresado el espíritu nacional, ni tenido tan hermosamente, en simbólicas figuras, la visión del porvenir, como el joven pensador que llegaba señalando el rumbo de la vida nueva, y cuyo libro resonante era — escribía el noble y grande José

Veríssimo — "nuevo por el tema, nuevo por la inspiración y concepción, nuevo por el estilo".

"Chanaan", que tuvo tan estupenda acogida en la patria brasileña, fué recibida con aplauso en toda la América del Sur; y cuando presentada a los públicos de Europa por el introductor de Ibsen, el diplomático y escritor ruso Conde Prozor — un gran señor de letras — que fué quien lo tradujo al francés, "Chanaan" fué conocida mayormente, y el talento del autor adquirió fama y autoridad internacionales. Así, al representarse en París, por el teatro de l'Oeuvre, "Malazarte", que interpretaran actores como Lugue-Poe, De Max, y esa sutil y encantadora Greta Prozor, flor teatral cultivada por la maga Suzanne Després, ya se sabía quien era el autor, que ofrecía a los exigentes lutecianos un ramo de sus rosas radiantes y de sus orquídeas tropicales.

Yo he visto al glorioso novelista brasileño en París, en reuniones en donde ha estado representado el pensamiento francés por sus personalidades más eminentes; y le he conocido en sus propio medio, frente a aquel espectáculo de ensueño y de fantasía, que es la bahía de la capital fluminense. El vapor en que íbamos los miembros de las delegaciones de varios países a la conferencia Panamericana, había anclado. Iba con nosotros el ilustre embajador y poderoso intelectual que era Joaquín Nabuco. Llegaban a rodear nuestro barco ferry-boats llenos de estudiantes y de músicas, que lanzaban al aire himnos y vivas. Y un balandro apareció, en donde venían varios caballeros de distinción. Entre ellos me fué señalado por Nabuco uno: — "¡Vea usted, aquél es Graca Aranha!" —me decía alegre y conmovido el magnífico anciano, quien admiraba y quería al triunfante joven. Luego nos presentó, y desde entonces he cultivado con el creador de "Chanaan" la más cordial de las amistades intelectuales.

El Brasil es un país de tradiciones aristocráticas, y la cultura social se impone desde luego. Se ha aprovechado de todo lo que ha producido la civilización europea, y se ha plasmado una característica nacional inconfundible, que podría servir de modelo en otras naciones del continente. Al núcleo principal pertenecen hombres como Graca Aranha, en quien las distintas situaciones oficiales y sus condiciones de inte-

lecto y de civilidad, han hecho uno de esos representantes que tanto brillo han dado a la historia diplomática de su tierra. Individualmente, junta el gentleman al caballero; es esto decir que su trato no se resiente de sequedad antes bien, hace transparentarse la buena fe, la cordialidad y la generosa nobleza. Cuando uno ha tenido la feliz oportunidad de conocer a cancilleres como el Barón de Río Branco y el Dr. Lauro Muller, a embajadores como Nabuco, y en la joven diplomacia a representantes como Fontoura Xavier, como Barros Moreira, como Velloso Rebello, como Graça Aranha, comprende cómo los estadistas brasileños han querido que los que llevan el nombre y la autoridad del Brasil al exterior, veteranos y nuevos, formen un cuerpo de excelentes, una "élite", que pueda, en todos y en cada uno, ser a la patria motivos de complacencia. Y Graca Aranha honra no solamente a su patria natal, sino a su lengua, que es una más grande patria.

F. GARCIA CALDERÓN

Un joven sabio: palabras difíciles de juntar en nuestra América. A Francisco García Calderón siéntanle por igual manera los calificativos de "savant" y de "sage". La gravedad espiritual, el desdén de las literaturas fáciles y, diremos así, de simple adorno, el alejamiento del "dilettantismo", y su copioso saber, sostenido por una inteligencia fuerte y ponderada, le han dado un lugar especial en nuestra reciente intelectualidad. Habita en París, y busca los jardines apacibles de la filosofía, en vez de entregarse a las bellas y ligeras letras de la luminosa capital del "esprit". Cuando, por la fatalidad que pesa sobre muchos de los escritores que aquí residimos, "hace periodismo", y finge de corresponsal de diarios hispano americanos, se ocupa en Gabriel Tarde, en el soliloquio platónico de Renouvier, en Brunetiére que juzga a Renán, en Menéndez Pidal y la cultura española, en los estudios penales de Dorado Montero, en el fenómeno religioso de los Estados Unidos, en los ideales de la vida según William James, y en otros tópicos semejantes. Como véis, todo eso está muy lejos del boulevard. Sus relaciones intelectuales son las que convienen a semejante monje laico, fraile de la filosofía.

"M. García Calderón est un jeune Péruvien qui connait admirablement la France, son historie, ses écrivains, ses philosophes..." ¿Quién escribe esos conceptos? Es M. Gabriel Séailles, profesor en la Sorbona. "Esprit ouvert et curieux, auditeur et lecteur attentif, ardent, consciencieux, intelligent, vous mettez votre effort et votre joie à pénétrer dans la pensée, dans l'âme des hommes que vous voulez connaître." "Donc, s'assimiler, appliquer l'expérience de l'âge mûr et en même temps garder l'élan, la foit et même les illusions de la jeunesse, trouver enfin le moyen de réunir en un tout vivant et harmonieux ces deux ordres de qualités, en apparence contradictoires, tel est le conseil que, fort de vos études et de vos réflexions, vous donnez à votre patrie. Je crois bien que ce conseil convient à tous les hommes, et qu'en tout pays on aura intérêt et profit à lire un livre tel que le vôtre." ¿Quién expresa tales opiniones? Mr. Emile Boutroux, del Instituto. Dime con quién andas y te diré quién eres. Es raro, sí, muy raro, que en nuestros países un espíritu joven y bizarro como el de García Calderón, deje el vergel de los lirios y los mirtos y los laureles, para inclinarse al pozo de donde se espera ver salir el blanco cuerpo de la verdad. Pocos van a las honduras de los problemas espirituales, pocos se consagran al ejercicio del pensamiento en los altos asuntos religiosos y morales.

Pocos se visten el sayal pesado del estudioso, y se encaran con las gravedades de la vida y de la conciencia humanas. Francisco García Calderón se ha dedicado a tales tareas. "Vous n'étes pas mú par un frivole esprit de dilettantisme", le dice uno de los sabios que he citado anteriormente. Y él mismo declaraba en uno de sus primeros libros, el propósito de "levantarse sobre la parcialidad benedictina del análisis, sobre la frivolidad estéril de la hora, y dar a su espíritu el grave recogimiento que conviene a la eclosión de futuras obras durables".

La obra fundamental, hasta ahora, de nuestro amable pensador, es la que consagrara a su patria "Le Pérou contemporain". Es una obra fuerte de médula, y que indica un vigor de espíritu y un estudio tan sólido y trascendencia, que se dirían de años mayores. La obra está escrita, a pesar de la particularidad patriótica, bajo un concepto universal, y puede ser leída con interés en cualquier parte, pues su fondo filo-

sófico, su hondura ideológica, llamarán la atención, a no importa qué hombre de pensamiento, en todo lugar del mundo. La sagacidad del intelecto de esta "cabeza", que no sólo pertenece al Perú, sino a todo el continente, se une a su vigor y a la rapidez con que abarca y profundiza cualquier cuestión de interés humano. En tales especulaciones, y siguiendo cada cual su idea mental y su modalidad, se junta con Rodó, con Sanín Cano.

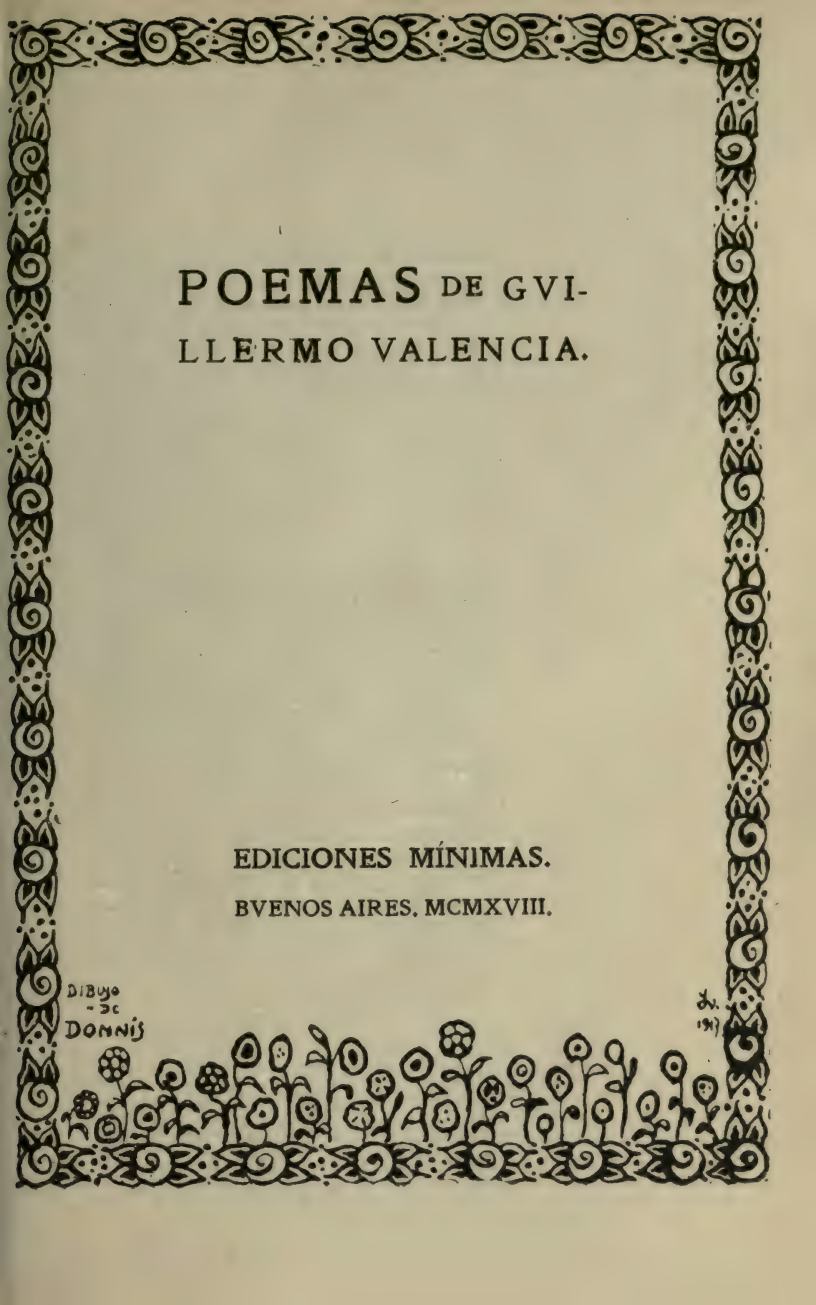
Para contrapesar en la balanza psíquica el valor de tales especialísimos radiums, habría que poner, es indiscutible, en el platillo opuesto, un buen número de toneladas de perlas y de rosas.

DIRECTORES:
ERNESTO MORALES Y LEOPOLDO DURÁN

POEMAS DE GVILLERMO VALENCIA.

EDICIONES MÍNIMAS.

BVENOS AIRES. MCMXVIII.



Guillermo Valencia, como José Maria de Heredia, ha publicado un solo libro. Para cimentar su gloria, tan pura sino tan alta como la del autor de los TROFEOS, le ha bastado la publicación de RITOS, cuya primera edición apareció en la capital de su país nativo (Colombia) en 1898. Diez y seis años después, Sanín Cano, el sapiente y acendrado escritor, prologó la segunda edición aumentada de ese volumen, reimpreso en Londres. Eso es todo con respecto a la bibliografía de Valencia, aunque sabemos que mantiene inédito un extenso poema titulado ZARATHUSTRA.

En estas páginas — breves pero no efímeras — están los elementos esenciales y ponderables que muestran cabalmente la superioridad de su arte. Poesía quintaesenciada; vale decir: exquisita, expresada en versos de una perfección técnica maravillosamente lograda; afinación del lenguaje, depurado de voces sín expresión, sin color y sin sonido, para adueñarse de aquellas que plasman imágenes sorprendentes, rendidas a la evocación creadora del talento; concepciones amplias y nobles, desarrolladas con refinada sensibilidad moderna, pero vaciadas en formas clásicas; elevación, proporción y armonía en el pensamiento; dominio de la emoción y dignidad en sus manifestaciones externas: he aquí, en síntesis, una definición somera de la poesía de Guillermo Valencia.

ANARKOS

De todo lo escrito amo solamente lo que el hombre escribió con su propia sangre. Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu.

FEDERICO NIETZSCHE

EN el umbral de la polvosa puerta,
sucia la piel y el cuerpo entumecido,
he visto, al rayo de una luz incierta,
un perro melancólico, dormido.

¿En qué sueña? Tal vez árida fiebre
cual un espino sus entrañas hinca
o le finge los pasos de una liebre
que ante sus ojos descuidada brinca.

Y cuando el alba sobre el Orbe mudo
como un ave de luz se despereza,
ese perro nostálgico y lanudo
sacude soñoliento la cabeza
y se echa a andar por la fragosa vía,
con su ceño de inválido mendigo,
mientras mueren las ráfagas del día
para tornar a su fangoso abrigo.

Hundido en la cloaca
la agita con sus manos temblorosas,
y de esa tumba miserable, saca
tiras de piel, cadáveres de cosas,

Entre tanto, felices compañeros
sobre la falda azul de las princesas
y en las manos de nobles caballeros
comparten el deleite de las mesas;
ciñen collares de valioso broche,
y en las gélidas horas de la noche
tienen calor, en tanto que el proscripto
que va sin dueño entre el humano enjambre,
tropieza con el tósigo maldito
creyendo ahogar el hambre,
y en las hondas fatigas del veneno
echado sobre el polvo se estremece,
fatídico temblor le turba el seno,
y con el ojo tímido, saltado,
sobre la tierra sin piedad, fallece.
Todos vuelven la faz, nadie le toca:
al bardo sólo que a su lado pasa,
atedia la frescura de su boca
"donde nítidos dientes
se enfilan como perlas refulgentes"...

Mísero can, hermano
de los parias, tú inicias la cadena
de los que pisan el erial humano
roídos por el cáncer de su pena;
como tú se acurrucan en los quicios,
o piden paz, sin una mano amiga,
al silencio de obscuros precipicios.
Son los siervos del pan: fecunda horda
que llena el mundo de vencidos. Llama
ávida de lamer. Tormenta sorda
que sobre el Orbe enloquecido brama.

¡Y son sus hijos pálidas legiones
de espectros que en la noche de sus cuevas,
al ritmo de sus tristes corazones
viven soñando con auroras nuevas
de un sol de amor en mística alborada,
y, sin que llegue la mentida crisis,
en medio de su mísera nidada
los degüellan las ráfagas de tisis!

Los mudos socavones de las minas
se tragan en falanges los obreros
que, suspendidos sobre abismo loco,
semejan golondrinas
posadas en fantásticos aleros.
Con luz fosforescente de cocuyos,
trémula y amarilla,
perfora obscuridad su lamparilla;
sobre vertiginosos voladeros
acometen olímpicos trabajos,
y en tintas de carbón ennegrecidos,
se clavan en los fríos agujeros,
como un pueblo infeliz de escarabajos
a taladrar los árboles podridos.
Sus manos desgarradas
vierten sangre; sarcástica retumba
la voz en la recóndita huronera:
allí fué su vivir; allí su tumba
les abrirá la bárbara cantera
que inmóvil, dura, sus alientos gasta,
o frenética, y ciega y bruta y sorda
con sus olas de piedra los aplasta.

—

El minero jadeante
mira saltar la chispa de diamante
que años después envidiará su hija,
cuando triste y hambrienta y haraposa,
la mejilla más blanca que una rosa
blanca, y el ojo con azul ojera,
se pare a remirarla, codiciosa,
al través de una diáfana vidriera,
do en mágicos joyeles
de rubias sedas y olorosas pieles,
fulgen piedras de trémulos cambiantes,
ligadas por artistas
en cintillos; rubíes y amatistas,
zafiros y brillantes,
la perla obscura y el topacio gualda,
y en su mórbido estuche
de rojizo peluche,
como vivo retoño, la esmeralda.
La joven, pensativa,

sus ojos clava, de un azul intenso,
en las joyas, cautiva
de algo que duerme entre el tesoro inmenso;
no es la codicia sórdida que labra
el pecho de los viles:
es que la dicen mística palabra
las gemas que tallaron los buriles:
ellas proclaman la fatiga ignota
de los mineros; acosada estirpe
que sobre recio pedernal se agota,
destrozada la faz, el alma rota,
sin un caudillo que su mal extirpe:

El diamante es el lloro
de la raza minera
en los antros más hondos de la hullera:

¡Loor a los dolientes campeones
que vertieron sus lágrimas
entre los socavones!

Es el rubí la sangre
de los héroes que, en épicas faenas,
tiñeron el filón con el desangre
que hurtó la vida a sus hinchadas venas:

¡Loor a los valientes campeones
que perdieron sus vidas
entre los socavones!

El zafiro recuerda
a los trabajadores de las simas
el último girón de cielo puro
que vieron al mecerse de la cuerda
que los bajaba al laberinto obscuro:

¡Loor a los sepultos campeones
que no verán ya el cielo
entre los socavones!

Y el topacio de tinte amarillento
es recóndita ira
y concreciones de dolor; lamento
que entre el callado boquerón expira:

¡Loor a los cautivos campeones
que como fieras rugen
entre los socavones!

La joven pordiosera
huyó...

¿Qué formidable vocerío
pasa volando por la azul esfera,
con el lejano murmurar de un río?
Es una turba de profetas. Vienen
al aire desplegando los pendones
color de cielo; sus cabezas tienen
profusas cabelleras de leones.
En sus labios marchitos se adivina
el himno, la oración y la blasfemia;
llama febril sus ojos ilumina
de sacros resplandores:
cálidos como el rostro de la Anemia,
llegaron ya: son los Conquistadores
del Ideal: ¡dad paso a la Bohemia!
Ebrios todos de un vino luminoso
que no beben los bárbaros, y envueltos
en andrajos, son almas de coloso,
que treparán a la impasible altura
donde afilan sus hojas los laureles
con que ciñes de olímpica verdura
en tu vasto proscenio
a los ungidos de tu Crisma, ¡oh Genio!
Aquél muestra su aljaba
de combate, repleta de pinceles;
el otro vibra, como ruda clava,
un cuadrado martillo y dos cinceles;
se interrogan, se dicen sus proyectos
de obras que dejarán eternos rasgos:

aunque sean insectos,
el mármol y el pincel los harán astros.
Un escultor ofrece
pulir la piedra como fino encaje
para velar un seno que florece
bajo la tenue morbidez del traje;
aquése de fosfórica pupila
que las del gato iguala,
discurre solo en actitud tranquila
con el azul cuaderno bajo el ala;
y el bardo decadente,
el bardo mártir que suscita mofas,
levantará la frente,
alto nido de férvidas estrofas,
y de sus labios, que al reir no alegra,
brotará el pensamiento
como un águila negra,
con las alas enormes
desplegadas al viento,
para cantar la Venus Victoriosa
cuya violenta juventud encarne
el espíritu alegre de la diosa
en las melancolías de la carne.

El músico, doblando la cabeza
sobre la débil caja
de su violín sonoro,
dice la voz que de los cielos baja
como un perfume del jardín de oro,
y, agarrando del cuello enflaquecido
al tísico instrumento,
lo hace gritar con trágico alarido,
y con ahogados trémulos simula
el sollozo de un mártir que se queja
bajo el negro dogal que lo estrangula:
y sobre todos flota,
como un sueño de amor en noche larga,
la paz del arte que su duelo embota
y su llagado corazón embarga.

Desventurada tribu
de miserables, vuestro ensueño vano

vuela sólo entre sombras como vuelan
las grullas en las noches de verano.
Esa lumbre asesina de los focos
que doran las soberbias capitales,
arderá vuestras frentes inmortales
y vuestras alas de zafir, ¡oh Locos!

Sin pan, ni amor, ni gruta
donde dormir vuestras febriles horas,
sucumbís a la bárbara cadena,
que os empuja a los légamos del Sena...

¡Canes, minero, artistas,
el árido recinto que os encierra
consume vuestros lívidos despojos;
y en el agrio Sahara de la tierra
sólo hallásteis el agua... de los ojos!

¡Huid como bandada tenebrosa
de pájaros nocturnos que entre ramas
hienden la obscuridad sin voz ni huella;
morid: para vosotros
no se difunde el día
ni se columpia en el Zenit la estrella
que llamaron los hombres Alegría!

Cuán lejos de vosotros se levanta,
sobre columnas de marfil bruñido,
la ciudad de los Amos, donde canta
su canto de ventura
el gozo, entre las almas escondido.

Allí todos olvidan
vuestra angustia. Los árboles no dejan
—de silencio cargados y de flores—
llegar, de los vencidos que se quejan,
el treno funeral de sus dolores:

allí, cual un torrente
que dé sus ondas a dormidas charcas,
resbalan friamente
con ruido sonoro
el oro, a los abismos de las arcas.

Allí las sedas crujen
como crujen las carnes sacudidas
por las fieras: son fieras que no rugen
los seres sin piedad. Ved como pasa
sobre el marmóreo suelo,
con su capa de pieles, la hembra dura
cual un oso gigante sobre hielo.
¿Por qué se abren sus ojos
desmesuradamente?

¡Ah! si es que apunta con fulgores rojos
el astro de la sangre por Oriente.

Bajo el odio del viento y de la lluvia
por la frígida estepa se adelantan
los domadores de la "Bestia rubia";
ya los perros sarnosos
se tornaron chacales. De ira ciego
el minero de ayer se precipita
sobre los troncos. ¡Un airado fuego
entre sus manos trémulas palpita,
y sorda a la niñez, al llanto, al ruego,
ruge la tempestad de dinamita!

¡Son los hijos de Anarkos! Su mirada,
con reverberaciones de locura,
evoca ruinas y predice males:
parecen tigres de la Selva obscura
con nostalgias de víctima y juncales.

El furioso caer de sus piquetas
en triza torna la vetusta arcada
que erigieron al Bien nuestros mayores;

y por la red de las enormes grietas
va filtrando, con tintes de alborada,
un sol de juventud sus resplandores.

Aquél un arma ruda
pide, que parta huesos y que exprima
el verbo de la cólera; filuda
por el trabajo, recogió su lima
de fatigado obrero,
y bajo el golpe de Lucheni, ¡muda
cayó la Emperatriz como un cordero!

Pini, Vaillant, Caserio y Angiolillo,
vuestro valor ante la muerte espanta:
negros emperadores del cuchillo,
que rendís la garganta
como débil mendrugo
a las ávidas fauces del verdugo:
de duques y barones
no circundó plegada muselina
vuestros cuellos. Allí donde culmina
el dorado listón de los toisones
os dió la guillotina
su mordisco glacial: vendimiadora
que la tez y las almas decolora.

Aun parece vibrar en mis oídos
la voz de Emile Henry; ya bajo el hacha
iba a rodar su juvenil cabeza,
como la flor al soplo de la racha,
y exclamó: "Germinal"

y de la herida
corrió una fuente de licor sagrado
que bautizó la historia dolorida
de los siervos, con óleo ensangrentado.

Y ese fué dulce al comenzar: renuevo
de razas de alto nombre.

¿Quién me dirá si un huevo
es de torcaz o víbora? La mente
no sabe leer lo que en el tiempo asoma:
el hombre, como el huevo,
¡en nidos de dolor será serpiente,
en nidos de piedad será paloma!

Por donde quiera que mi sér camine
Anarkos va, que todo lo deslustra:
¡un rito secular que no decline
ante el puño brutal de Bakounine,
y el heraldo feroz de Zarathustra!

No puede ser que vivan en la arena
los hombres como púgiles: la vida
es una fuente para todos llena;
¡id a beber, esclavos sin cadena;
potentado, tu siervo te convida!
¡nada escuchan! ¡Los pobres, a la jaula
de la miseria se resisten fieros,
y con brazos de adustos domadores
y el ojo sin ternura, los enjaula
la codicia sin fin de los señores!

¿Quién los conciliará? Tibios reflejos
de una luz paternal y vespertina
visten de claridad el linde vago:
es que el Patriarca de los Ritos viejos,
de sapiencia cubierto, se avecina,
con la nerviosa palidez de un mago.

Es flaco y débil; su figura finge
lo espiritual; el cuerpo es una rama
donde canta su espíritu de esfinge;
y su sangre, la llama
que los miembros cansados transparenta;
de su nariz el lóbulo movible
aspira lo invisible,
son sus patricias manos una garra
febril y amarillenta:

¡es de los griegos la gentil cigarra
que con mirar el éter se alimenta!

Impasible se yergue
—melancólico espectro—
y de la cuerda blanca
a su místico plectro
la melodía arranca.
Impasible se yergue:
hay algo de felino
en su trémula marcha,
hay mucho de divino
en la nítida escarcha
que su cabeza orea.

Cruza sin otras galas
que la túnica nívea
que remeda las alas
rotas de un genio del celeste coro
y sobre el pecho una
cruz de pálido oro.

Alza el brazo. La Europa
lo aguarda como a antiguo caballero,
debajo de una bóveda de acero;
calla sus labios la soberbia tropa
de esclavos y señores:
el Pontífice augusto
trae el bálsamo santo que redime,
y calma la batalla de panteras;
evalúa lo justo;
ya va a decir el símbolo sublime...
y de sus labios tiernos
salió, como relámpago imprevisto,
a impulso de los hálitos eternos,
esta sola palabra:

"Jesucristo".

ANIVERSARIO

(Stefan George)

HERMANA, toma el cántaro
de tierra gris;
no olvides la costumbre, y vente luego
en pos de mí:
Hoy há siete veranos que lo vimos:
recuerda... En tanto
que El hablaba, nosotras en el pozo
hundíamos risueñas nuestros cántaros!
Después... un mismo día
nuestro novio perdimos: Hoy, hermana,
iremos a buscar en la llanura
la fuente que sombrean
dos álamos y un haya,
para que allí
llenemos en silencio nuestros cántaros
de tierra gris...

CROQUIS

BAJO el puente y al pie de la torcida
y angosta callejuela del suburbio,
como un reptil en busca de guarida,
pasa el arroyo turbio...
Mansamente
bajo el arco de recia contextura
que el tiempo afelpa de yerdosa lama
sus ondas grises la corriente apura,
y en el borde los ásperos zarzales
prenden sus redes móviles
al canto de los yertos peñascales.

Al rayar de un crepúsculo, el mendigo
que era un loco tal vez, quizá un poeta,
bajo el candil de amarillenta lumbre
que iluminaba su guarida escueta,
lloró mucho...

Con honda pesadumbre
corrió al abismo, se lanzó del puente,
cruzó como un relámpago la altura,
y entre las piedras de la sima obscura
se rompió con estrépito la frente.

Era el amanecer. En el vacío
temblaba un astro de cabeza rubia,
y con la vieja ráfaga de hastío
que despierta a los hombres en sus lechos
vagaba un viento desolado y frío:
se crispaban los frágiles helechos
de tallos cimbradores; lluvia densa
azotaba los techos:
¡enmudecía la ciudad inmensa!

y me dije: ¡quién sabe
si aquellas tenues gotas de rocío,
si aquella casta lluvia,
son lágrimas que vienen del vacío,
desde los ojos de la estrella rubia!

Rubia estrella doliente,
solitario testigo
de la fuga del pálido mendigo,
¿fuiste su ninfa ausente?
¿eres su novia muerta,
a los albores de otra luz despierta?
Rubia estrella, testigo
de la muerte del pálido mendigo,
cuéntame a solas su pasión secreta:
¿fué él acaso tu férvido poeta?
¿en las noches doradas,
bajo el quieto follaje de algún tilo,
tus manos delicadas
le entornaron el párpado tranquilo,
mientras volaba por su faz inquieta
tu fértil cabellera de violeta?
Rubia estrella doliente,
solitario testigo,
de la fuga del pálido mendigo...

. . . . . .

Va cayendo la tarde. Soplo vago
de insólita pavura
mana del fondo de la sima obscura;
el cadáver, ya frío,
se ha llevado en sus ímpetus el río.

Entre la zarza un can enflaquecido
lame con gesto de avidez suprema
el sílex negro que manchó el caído
con el raudal de sus arterias rotas;
luego el áspero hocico relamido
frunce voraz, y con mirada aviesa,
temeroso que surga entre la gente
alguien que anhele compartir su presa,
clava los turbios ojos en el puente...

LA VISITA

"Una noche, Emerson, que había venido de América para conocer a Carlyle, entró en el comedor donde el Maestro sentábase junto a la chimenea. Carlyle encendió su pipa y Emerson instalóse en un sillón frente a él. Las horas pasaron sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra, mientras se consumía el fuego del hogar. Sólo cuando Emerson se levantó para retirarse, Carlyle le dijo con sencillez:

"Esta es una de las noches más felices que he pasado en toda mi vida".

JUAN PUJOL.

¡Oh soledad de todos los que dan!
¡Oh silencio de todos los que brillan!

NIETZSCHE.

LA metrópoli enorme y grave, sacudía
su gris sayal ante la primavera
que mil granadas de oro y púrpura entreabría
sobre el éter y el mar y sobre la pradera.

Al fenecer de un día,
venciendo una torcida, fantástica escalera,
atravesó el umbral del Solitario
un hombre que venía
de apartada región extranjera.

—¡Emerson!—dijo al verle, el Maestro, y al punto
—¡Carlyle!—exclamó el huésped... y fué todo.

El silencio
los envolvía como la yedra sabe
cubrir a las estatuas olvidadas....

Sentados frente a frente cabe las llamaradas
del hogar, inclinaron las gloriosas cabezas,
y comenzó un excelso coloquio sin vocablos:
¡el coloquio de aquellas dos grandezas!

Pensad en el poder de dos fieros venablos
que vuelen ciegos a la lejanía
sin rozarse en el ímpetu de su febril porfía;
pensad en dos esferas siderales
que recorren sus sendas eternales
alumbrándose, mudas; influyéndose, solas;
meditad en dos nubes preñadas de tormenta
que cruzan por instantes sus espadas
sin restallar de trueno que revienta;
en dos esbeltas ánforas colmadas
(dejen brillar su plenitud gozosa
en perlas que se fundan sin ruido
en un pozo dormido);
meditad en dos águilas rivales
trazando en el azul sus espirales
gigantescas por cima del abismo:
meditad en dos pomos de gracia deleitosa
que dejen mezclar, libre, por el sutil ambiente,
su poder esencial en tímidos efluvios;
pensad en dos amantes: con emoción ardiente,
se cambian su retrato, y en plácido mutismo
remira cada uno la imagen floreciente
como si en un espejo se contemplara él mismo.

Y en silenciosa actividad fluía
la arena del reloj, y esos dos sentimientos
y esas dos elaciones en aquellos gigantes

mudos, eternizaban los instantes
entre un ensueño vago de vagos pensamientos.
La ennegrecida pipa del escocés alzaba
tenue espiral que al ascender fingía
humo de un corazón que se abrasaba.
Emerson... meditaba...
La realidad dormía.....
Y aquellas dos mudeces eran el libro abierto
donde cantaba el uno la augusta epifanía
del otro; dos palmeras del desierto
que se fecundan desde velada lejanía.
Y en silenciosa actividad fluía
la arena del reloj. Y así pasaron
horas sin cuento. La postrera brasa
crepitó; al extinguirse, despertaron
los absortos.

En fúlgido derroche
titilaban los orbes en el cielo.
¡Oh fecundo silencio!
¡Oh silencio gemelo de la noche!

Venciendo la escalera fantástica y torcida,
Emerson se alejó, y el Solitario exclama:
"¡Qué noche tan feliz entre las de mi vida!"

¡Amor que para herir no necesita el grito!
¡Oh tácitos poemas que nuestra voz humillan!
¡Oh silencio de todos los que brillan!
Punto de intersección del alma en lo infinito.....

ANIMAL TRISTE

¡CESAD!, que ya la música mi espíritu fatiga,
y el ideal me cansa como nos cansa una
bebida, cuya fuerza se disipó, ninguna
ficción, ninguna magia mi laxitud mitiga.

Con cuánto afán al carro la juventud se liga,
que lleva los amores y rige la fortuna;
no importa que sea móvil la hembra cual la luna,
será la misma siempre ya ébano o espiga.

Otoños y veranos, inviernos, primaveras,
interminables horas, sombrías, lastimeras,
a vuestra gris imagen mis tedios van unidos.

El indecible tedio de ver sobre la frente
un cielo, siempre el mismo, clemente o inclemente:
¡ah, quién pudiera darme otros nuevos sentidos!

LEYENDO A SILVA

VESTIA traje suelto de recamado biso
en voluptuosos pliegues de un color indeciso,

y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

sostenían un libro de corte fino y largo,
un libro de poemas delicioso y amargo.

De aquellos dedos pálidos la tibia yema blanda
rozaba tenuemente con el papel de Holanda

por cuyas blancas hojas vagaron los pinceles
de los más refinados discípulos de Apeles:

era un lindo manojo que en sus claros lucía
los sueños más audaces de la Crisografía;

sus cuerpos de serpiente dilatan las mayúsculas
que desde el ancho margen acechan las minúsculas,

o trazan por los bordes caminos plateados
los lentos caracoles, babosos y cansados.

Para el poema heroico se vía allí la espada
con un león por puño y contera labrada,

donde evocó las formas del ciclo legendario
con sus torres y grifos un pincel lapidario.

Allí la dama gótica de rectilínea cara
partida por las rejas de la viñeta rara;

allí las hadas tristes de la pasión excelsa:
la férvida Eloísa, la suspirada Elsa.

Allí los metros raros de musicales timbres:
ya móviles y largos como jugosos mimbres,

ya diáfanos, que visten la idea levemente
como las albas guijas de un río transparente.

Allí la Vida llora y la Muerte sonríe,
y el Tedio, como un ácido, corazones deslíe...

Allí cual casto grupo de núbiles Citeres
cruzaban en silencio figuras de mujeres

que vivieron sus vidas, invioladas y solas
como la espuma virgen que circunda las olas:

la rusa de ojos cálidos y de bruno cabello
pasó con sus pinceles de marta y de camello:

la que robó al piano en las veladas frías
parejas voladoras de blancas armonías

que fueron por los vientos perdiéndose una a una
mientras envuelta en sombras se atristaba la luna...

Aquesa, el pie desnudo, gira como una sombra
que sin hacer ruido pisara por la alfombra

de un templo... y como el ave que ciega el astro diurno
con sus ojos nictálopes ilumina el "Nocturno"

do al fatigado beso de las vibrantes crines
un aire triste y vago preludian dos violines...

.....

La luna, como un nimbo de Dios, desde el Oriente
dibuja sobre el llano la forma evanescente

de un lánguido mancebo que el tardo paso guía
como buscando un alma, por la pampa vacía.

Busca a su hermana; un día la negra Segadora
—sobre la mies que el beso primaveral enflora—

abatiendo sus alas, sus alas de murciélago,
hirió a la virgen pálida sobre el dorado piélago,

que cayó como un trigo... Amiguitas llorosas
la vistieron de lirios, la ciñeron de rosas;

céfiro de las tumbas, un bardo israelita
le cantó cantos tristes de la raza maldita

a ella, que en su lecho de gasas y de blondas,
se asemejaba a Ofelia mecida por las ondas:

por ella va buscando su hermano entre las brumas,
de unas alitas rotas las desprendidas plumas,

y por ella... "Pasemos esta doliente hoja
que mi ser atormenta, que mi sueño acongoja",

dijo entre sí la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso,

y prosiguió del libro las hojas volteando,
que ensalza en áureas rimas de son "calino" y blando

los perfumes de Oriente, los vívidos rubíes
y los joyeles mórbidos de sedas carmesíes.

Leyó versos que guardan como gastados ecos
de voces muertas; cantos a ramilletes secos

que hacen crujir, al tacto, cálices inodoros;
metros que reproducen los gemebundos coros

de las locas campanas que en "El día de Difuntos"
despiertan con sus voces los muertos cejijuntos,

lanzados en racimos entre las sepulturas
a beberse la sombra de sus noches oscuras...

.....
... Y en el diván tendida, de rojo terciopelo,
sus manos, como vivas parásitas de hielo,

doblaron lentamente la página postrera
que, en gris, mostraba un cuervo sobre una calavera...

y se quedó pensando, pensando en la amargura
que acendran muchas almas; pensando en la figura

del bardo, que en la calma de una noche sombría,
puso fin al poema de su melancolía:

¡exangüe como un mármol de la dorada Atenas,
herido como un púgil de itálicas arenas,

unió la faz de un Numen dulcemente atediado
a la ideal Belleza del estigmatizado!...

Ambicionar la túnicas que modelaba Grecia,
y los desnudos senos de la gentil Lutecia;

pedir en copas de ónix el ático nepentes;
querer ceñir en lauros las pensativas frentes;

ansiar para los triunfos el hacha de un Arminio;
buscar para los goces el oro del triclinio;

amando los detalles, odiar el Universo;
sacrificar un mundo para pulir un verso;

querer remos de águila y garras de leones
con qué domar los vientos y herir los corazones;

para gustar lo exótico que el ánimo idolatra
esconder entre flores el áspid de Cleopatra;

seguir los ideales en pos de Don Quijote
que en el Azul divaga de su rocín al trote;

esperar en la noche las trémulas escalas
que arrebaten ligeras a las etéreas salas;

oir los mudos ecos que pueblan los santuarios,
amar las hostias blancas; amar los incensarios

(poetas que diluyen en el espacio inmenso
sus ritmos perfumados de vagoroso incienso);

sentir en el espíritu brisas primaverales
ante los viejos monjes y los rojos misales;

tener la frente en llamas y los pies entre lodo;
querer sentirlo, verlo y adivinarlo todo:

eso fuiste, ¡oh poeta! Los labios de tu herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de las desesperanzas,
¡oh místico sediento que en el raudal te lanzas!

. . . . . .
¡Oh, Señor Jesucristo! ¡por tu herida del pecho
perdónalo! ¡perdónalo! ¡desciende hasta su lecho

de piedra a despertarlo! con tus manos divinas
enjuga de su sangre las ondas purpurinas...

Pensó mucho: sus páginas suelen robar la calma;
sintió mucho: sus versos saben partir el alma;

amó mucho: circulan ráfagas de misterio
entre los negros pinos del blanco cementerio...

. . . . . .

No manchará su lápida epitafio doliente:
tallad un verso en ella, pagano y decadente,

digno del crespo Adonis en muerte de Afrodita:
un verso como el hálito de una rosa marchita,

que llore su caída, que cante su belleza
que cifre sus ensueños, que diga su tristeza!..

. . . . . .

¡Amor! dice la dama del recamado biso
en voluptuosos pliegues de color indeciso.

¡Dolor! dijo el poeta: los labios de su herida
blasfeman de los hombres, blasfeman de la vida,

modulan el gemido de la desesperanza:
fué el místico sediento que en el raudal se lanza.

Su muerte fué la muerte de una lánguida anémona,
se evaporó su vida como la de Desdémona;

ebrio del vino amargo con que el dolor embriaga
y a los fulgores trémulos de un cirio que se apaga...

¡Así rindió su aliento, bajo un sitial de seda,
el último nacido del viejo Cisne y Leda!...

A JESUCRISTO

COLGADO está del áspero madero
cual lábaro de paz, en las alturas;
dislocadas las finas coyunturas;
pidiendo amor con grito lastimero.

Veinte siglos así! y hasta el postrero
sol que ilumine ignotas desventuras,
remachadas tus férreas ligaduras,
te ofrecerás al universo entero.

Plúgote así que el hombre insano
torne al Bien, sus oráculos inciertos
deje, y no tema tu cautiva mano;

para que por ciudades y desiertos
hallarte pueda el pecador humano,
los amorosos brazos siempre abiertos...

VICTORIA - REGIA

(Fontoura Xavier)

FRENTE que envidiaría Venus Capitolina;
el nimbo y el cabello fingen un meteoro,
por los hombros, el manto, y en el cuello el tesoro
de algún Maharajah indiano, o algún Virrey de China.

Filas, es ella y viene—visión tras la neblina
de un sueño ebrio de amor, todo azul, todo oro:—
debió de semejársele Europa cuando el toro
Júpiter la condujo a la inmortal Colina.

Filas, marcha real, alas de alabarderos,
golpear sonoroso de lanza, en los arqueros,
y del brazo del Rey, con la debida venia,

entre grandes de España, dentro de su corte egregia,
surge a paso marcial Doña Victoria Eugenia,
blanca: en aire y color, una Victoria-regia.

LOS NIÑOS

(Giovanni Pascoli)

I

DE tarde. La pareja bulliciosa
de niños retozaba alegremente
en la quietud de la alameda umbrosa.

Jugaban abstraídos. De repente
lanzáronse, con pasmo de los tilos,
insólitas palabras, a la frente.

Se hallaron ojos nuevos; intranquilos
parpadeos de cólera inflamada;
por manos, dos garras de diez filos.

Sed de sangre brotó de su abrasada
garganta, y por sus pálidas mejillas
la miraron correr, atropellada.

Pero tú te presentas de puntillas,
buena madre, y con voz dominadora,
separas las airadas fierecillas
y les ordenas: "¡Hacia el lecho, ahora!"

II

LAS sombras lo circuyen .Procesiones
de fantasmas, el labio sigiloso,
parecían surgir de los rincones,

Y fué de oirse el lánguido sollozo
crecer bajo el imperio de algo obscuro
que volaba entre el lóbrego reposo.

Volviéronse los dos con inseguro
movimiento, y entrambos corazones
se escucharon latir con ritmo puro.

Llega, cual sobre manto de vellones,
la madre — tras la palma sonrosada,
la luz — a remirar a sus leones.

Contémplalos absorta: en apretada
red de abrazos; se estrechan dulcemente.
Duermen ambos, el ala replegada.
Y ella los besa con amor riente.

III

HOMBRES! en vuestras iras de felinos
pensad en el misterio pavoroso
que amaga vuestros míseros destinos;

pensad en el silencio tenebroso
que sobrevive al grito delirante,
y, de la guerra, al ímpetu furioso.

¡Hombres, paz! En la tierra vacilante
enorme es el misterio, y sólo atina
el que brinda su amor al semejante.

¡Paz, hermanos! La mano que se inclina
tarde o temprano a acariciar, desame
el gesto airado, la pasión dañina,

a fin de que la calma se derrame
por nuestra faz, cuando sin ser oída,
se acerque, sin que nadie nos la llame,
¡la Muerte con su lámpara encendida!

INDICE

PÁGS.

ANARKOS 3
ANIVERSARIO (S. GEORGE) 14
CROQUIS 15
LA VISITA 17
ANIMAL TRISTE 20
LEYENDO A SILVA 21
A JESUCRISTO 27
VICTORIA-REGIA (F. XAVIER) 28
LOS NIÑOS (G. PASCOLI) 29

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

POESÍAS ESCOGIDAS
de Carlos Gvído y Spano.

EDICIONES MÍNIMAS.
BVENOS AIRES - MCMXX.

Los encantos que a amor reservó el cielo:
Vinieron a besarla ola tras ola.
Una dulce aurëola
De castidad en su contorno brilla,
Y Cintia al contemplarla sin mancilla
En sus plateadas ondas envolvióla.

Yo todo embebecido,
En vano quise retirarme, en vano;
Un genio ¡oh dulce arcano!
El tierno genio a mi existencia unido,
Me embargaba el deseo, el movimiento,
Y en insinuante acento,
Y expresivo lenguaje,
Así me habló invisible entre el follaje:
—"Mortal cuya alma perturbó la duda,
La sien inclina a la beldad desnuda,
Que en su armonioso y divinal conjunto,
De los cielos trasunto,
El sello del Eterno augusta lleva,
Púdica Venus o inocente Eva".

Sintiendo de mi culpa los sonrojos,
En la húmeda grama
Entonces la adoré puesto de hinojos,
Pidiéndola un destello de su llama;
La adoré hasta el momento
En que salió del río esplendorosa,
Inmaculada y pura,
Como la blanca diosa
Que surgiendo del líquido elemento,
Fué reina del amor y la hermosura.

Luego al modo del ciervo fugitivo
Que huye el arco de Diana cazadora
De la apiñada fronda en los doseles;
Tembloroso, furtivo,
Me deslicé a esperar la nueva aurora
A un boscaje de mirtos y laureles.

Siempre quedóle impreso
Aquel recuerdo al alma, — ardiente beso
De la inmortalidad, que de poesía
Inundóla, y de luz y de harmonía!

PASÓ...

SEMEJABA una mística azucena
Puesta sobre un altar de mármol fino;
Una alma de luz llena
Flotando entre las nieblas del destino.
La encontré en mi camino;
Aún la veo pasar sonriente y pura
En la profundidad de mi memoria,
Que su graciosa imagen diviniza.
Sentí que me inundaba en su frescura,
De su virtud en el sencillo encanto:
Amarla fué mi religión, mi gloria....
Aquella alta ventura
Que el recuerdo eterniza,
Pasó como una sombra, como un canto.
La dulce flor se convirtió en ceniza,
Y mi aurora fugaz en noche y llanto!...

EN LOS GUINDOS

TENÍA yo dieciocho años, y ella
Apenas dieciséis; rubia, rosada,
No es por cierto más fresca la alborada
Ni más viva una fúlgida centella.
Un día Adriana bella
Conmigo fué al vergel buscando fruta,
Y así como emprendimos nuestra ruta,
Absorto me fijé por vez primera
Cuán atractiva y cuán hermosa era!
Llevaba un sombrerillo
De paja, festoneado, con adornos
De flores de canela y de tomillo;
Y realzando sus mórbidos contornos,
Un corpiño ajustado,
Saya corta, abultada, de distintas
Labores, hacia el uno y otro lado
Recogida con lazos de albas cintas.
Como nuestro paseo se alargaba,
La ofrecí el brazo. ¡Me arrobé al sentirla
Que en él lánguidamente se apoyaba!
Confuso y sin saber el qué decirla,
Me desasí... Trepéme a un alto guindo,

Desde cuyo ramaje de esmeralda
El bello fruto ya en sazón la brindo,
Que ella con gracia recogió en la falda.
¡Oh delicioso instante!
¡Oh secretos de amor! ¿Cuál mi ventura
Podré pintar, mi sangre llamëante,
Al ver desde la altura
Su seno palpitante,
Su voluptuosa y cándida hermosura?
¿Acaso Adriana adivinó en mis ojos
El fuego interno que en mi alma ardía?
¿Esa la causa fué de sus sonrojos?
—"Aquella guinda alcanza", me decía,
"Que está en la copa; agárrate a las ramas,
No vayas a caër". — "¿Y tú, si me amas,
Qué me darás?" — Bermeja cual las pomas
Que madura el estío en las laderas,
Contestó apercibiendo dos palomas
Blancas, ebrias de amor: — "¡Lo que tú quieras!"

ROSA BLANCA

Al margen de una fuente
Bebedero a palomas y zorzales,
En el valle feraz verde-esmeralda
Crece una nívea rosa aisladamente,
Que la aurora en sus fiestas orientales
Prendiera del estío a la guirnalda.

Con su abanico azul el aura leve
La acaricia, y el agua desbordante,
Esparciendo en redor grata frescura,
Dale espejo brillante:
Siempre fuera adulada la hermosura.

¡Flor princesa del seno alabastrino,
Mística flor! Purpúreas y lozanas,
Al rayo matutino
Descogen el capullo sus hermanas.

Coronan luego en el festín la frente
De la ardorosa juventud: fragantes
Las ánforas del vino efesvescente
Ornan, y las vibrantes
Ebúrneas liras al amor templadas;
Cayendo deshojadas
En las nectáreas copas espumantes,
Entre risas y besos escanciadas.

¡Y la silvestre rosa! ¿Qué tristeza
Desvaneció en su faz descolorida
El esplendor de vida,
La llama carmesí de su belleza?
¿En límpidos albores,
De los genios del aire preferida,
Pálida aguarda el divinal sahumerio
Que la consagre reina en su pureza?
¡Quién decirlo podrá si en el imperio
Reservado a las flores
Todo es adoración, todo misterio!
Quizá de alguna virgen que en la ausencia
Del ingrato amador, cual frágil vara
De nardo se tronchara
En plena florescencia,
Guarda en el cáliz la exquisita esencia.
Acaso a los dudosos resplandores
Del día que fenece,
O en las noches de luna, apaciguados
Los campestres murmullos, se adormece
Por la brisa arrullada, y palidece
Soñando con los lirios azulados.

. . . . . .

¡Oh tímidas doncellas!
¡Veladas novias, almas elegidas!
Cuando al morir la tarde distraïdas
Vaguéis por el jardín, blandas querellas
A solas recordando enternecidas;
Vestales que guardáis el sacro fuego
Del amor que os consume
Como un suave perfume,
Para gozaros en sus triunfos luego, —
Vuestras frentes radiosas,
Bajo el velo ceñid de blancas rosas!...

RUEGO

El joyante cabello ensortijado
Desprende ¡oh bella! y el cendal de lino
Vele apenas el seno alabastrino
A inefables caricias reservado.

¿Quién más feliz que yo? Del regalado
Aroma, del cordial y dulce vino
De tu amor, en un éxtasis divino
Todo en blandos deliquios embriagado!

¡Oh mi virgen hebrea, urna olorosa
De mirra y de cinamo, ven ¿qué tardas?
Ven, pues ya en vano mi pasión reprimo;

Y en mi fiebre de amor, púdica, hermosa,
De la viña balsámica que guardas
Templa mi sed con el mejor racimo!

AL PASAR

(Francia).

SOLA en el campo, en la arruinada ermita,
A la trémula sombra de un almez,
Hermosa como Ruth la moabita,
Recuerdo que la ví la última vez.

Lucía el traje villanesco, saya
Corta, listada, un lindo delantal
Festoneado con cintas, de anafaya,
Y la toca plegada, de percal.

¡En pocos años qué mudanza! apenas
Si pude conocerla ¡cuán gentil!
Más fresca que las níveas azucenas
En las mañanas límpidas de Abril.

Tenía la cintura como un mimbre
Flexible y fina, el rostro angelical;
Su voz, su dulce voz, era de un timbre
Más süave que el canto del turpial.

¡Y sus ojos turquíes! le brillaban
Con tan profundo y blando resplandor,
Que al parecer serenos reflejaban
Del cielo azul el nítido color.

¡Cuántas veces, de niña, las ramillas
Para el fuego juntando la encontré,
Y cuántas en las mieses amarillas
Sus cabellos de oro acaricié!

Al volverse hacia atrás y dar conmigo
No atinó a recordarme, se turbó;
Mas luego que la hablé, mi acento amigo
Sus recuerdos de infancia despertó.

—"Cómo! Sois vos? me dijo alborozada,
"¡Vos aquí en la comarca!... ¿La salud
"Sentís de nuevo acaso quebrantada,
"Y en procura volveis de aire y quietud?"

—"No, Blanca, a otro país voy de camino.
"Dichoso fuera en descansar aquí,
"Donde ha tiempo llegara peregrino,
"Disfrutando la calma que perdí.

"Y bien lo siento a fe... ¡Ah, quien me diera
"Habitar otra vez el romeral,
"Perderme entre la viña en la pradera,
"Beber el agua virgen del raudal!"

No era ese el deseo caprichoso
Del que aspira a una efímera merced;
De olvido, de silencio, de reposo,
Sentía el alma la profunda sed.

Pregunté luego a la aldëana bella
Por su padre, que un día me acogió
Bajo su techo hospitalario, y ella
Contestó suspirando — "¡Ya murió!"

—"¡Murió! ¿Cuándo murió?"—"Cumplirá un año
Lo que empiecen las uvas a pintar;
Dios alejó al pastor de su rebaño,
¡Ah! si viérais, desierto está el hogar!"

Yo estimaba aquel hombre franco, honrado,
De corazón ingenuo, sin doblez,
Allá en su juventud bravo soldado,
Vaquero y labrador en su vejez.

—"¿De qué murió" la dije. — "Estaba fuerte
"Como el tronco que veis de ese abenuz;
"Un día entre la mies le halló la muerte
"Allí donde se alza aquella cruz!"

—"¿Y os dejó alguna hacienda?" — "Lo bastante
"Para vivir, la casa, y más aquel
"Molino que se vé blanquear distante,
"Los bueyes, el sembrado y el vergel".

—"¡Pobre! ¿Y tu madre?" — "Llora el día entero,
"Si queréis verla os llevaré, venid,
"Está allá abajo próxima al otero
"A la sombra tejiendo de la vid".

—"Es tarde ya", la contesté, "y aun queda
"Lejos la aldea adonde voy. A más
"Temo afligirla. El cielo la conceda
"El consuelo a sus penas, la dirás".

—"Pero al menos" repuso, los colores
Animándola el rostro, "aceptaréis
"Del jardín de mi padre algunas flores
"Plantadas por su mano ¿os negaréis?"

¡Y cómo resistir su voz tan pura,
Aquel dulce mirar, tanto candor!
Seguíla pues, dejando mi montura
Atada al tronco de un almendro en flor.

*
* *

Al punto en que a estrecharse el valle empieza
Hallábase la casa, al pie el jardín,
Donde entre ásperos brezos y maleza
Se enredaba a los mirtos el jazmín.

Ya en su recinto, Blanca, más ligera
Que una corza, con gracioso afán
A esas flores juntó la enredadera,
La violeta silvestre al arrayán.

Hízome un ramillete; sonrojada
Con infantil sonrisa me lo dió;
Luego por una senda sombrëada,
Del arroyo a la margen me llevó.

Sentámonos allí de la corriente
Al grato son; el céfiro fugaz
Murmuraba en los sauces; blandamente
Gemía en la hojarasca la torcaz.

Fué en aquel sitio y bajo de aquel cielo
Que en esa alma limpia pude leer,
La vaga agitación, el tierno anhelo,
Que despierta el amor en la mujer.

Como de miel dorada rebosante
De las vivas abejas el panal,
Derramaba su aroma refrescante
La flor de su inocencia virginal.

—"Quisiera ir adonde vais, quisiera
"Conocer otras tierras", exclamó —
"Vino aquí vez pasada una extranjera
"¡Oh, cuántas maravillas me contó!"

Sombras de sueños vagos, el reflejo
De una esperanza indefinida ví
Sobre su frente, cristalino espejo
De un pensamiento ardiente y baladí.

—"Blanca", la dije al levantarme — "habita
"Aquí la paz; que permanezcas fiel
"Al hogar de tus padres, y bendita
"Corra tu vida y venturosa en él".

—"¿No volveréis?" — "¡Quién sabe! voy muy lejos.
"¡Adiós! cuida a tu madre, que el amor
"De los hijos la savia es de los viejos,
"De la vida que muere último albor".

A tomar mi caballo juntos fuimos...
Lo que por mí pasó decir no sé,
Cuando una y otra vez nos despedimos
Y que en la casta frente la besé.

Alejéme al galope; ya distante
La vista volví atrás... Estaba allí!
Su vestido de listas ondulante
A través del follaje distinguí.

Aquel fresco recuerdo de otros días,
Su imagen, que jamás podré olvidar,
Se mezclan a esas vagas harmonías
Que la vida acarician al pasar!

MARMÓREA

MARMÓREA, triste, enferma!... Desmayada
Como el sauce llorón que en la laguna
Mira su verde faz desconsolada,
En neblina se viste, en luz de luna.

Ya apenas se sonríe, ya sus ojos
Irradian solo un vago y tierno anhelo,
Y cual si orase ante el altar de hinojos,
Dulces los vuelve sin querer, al cielo.

En éxtasis quizás escucha un canto
Divino, melancólica plegaria,
Himno tal vez de amor o eco de llanto
De alguna alma doliente y solitaria.

Acaso envuelta en armoniosas brumas,
Del aire los espíritus alados,
Con tenues abanicos de albas plumas
La orean los cabellos perfumados.

¡Languidez de torcaz! ¡Qué alabastrina
Blancura! ¡Qué fulgor de la mirada
Soñando el idëal! Cuando camina
Parece por los céfiros llevada.

Replegando sus alas como un ave,
En ella el sentimiento se ha dormido;
Sólo aspira a la paz, serena y grave,
A la paz de la ausencia y del olvido.

¡La viérais, candidísima camelia,
Con su vestido blanco de amplia falda,
Semejante a Desdémona, o a Ofelia
Deshojando en las ondas su guirnalda!

Si toca el piano el instrumento gime;
Si canta, es murmurando una elegía
Con expresión patética, sublime:
Mas ella siempre indiferente y fría!

¿Cómo extinguióse la celeste llama
Que alimentó su seno? ¿Qué honda pena
En su angélico espíritu derrama
El opio que la calma y la envenena?...

¡Enferma, casi exánime!... Traidora
La fiebre lentamente la consume,
Y a su ardor su existencia se evapora
Cual de alba rosa mística el perfume.

.. ..

¡Brisas del mar, del campo auras vitales,
Efluvios de la selva y del torrente,
Vivas exhalaciones matinales,
Raudas venid y refrescad su frente!

De su hermosura el esplendor rosado
Volvedla, y la salud que en ella expira,
Porque torne a latir su pecho helado
Y a vibrar de su ser la interna lira.

Está en la edad en que el amor florece.
Protéjala el amor. Su blanca estrella
En sus divinos ojos resplandece.
¡Jamás se apague al reflejarse en ella!

BAJO RELIEVE

Se están bañando entrada ya la noche
Esplendorosa y cálida, en el golfo
Que blando arrulla a la sin par Corynto.
Parecen hijas de la luna envueltas
En cendales de luz. La linfa clara
De placer se estremece, acariciando
En su seno azulino aquellos cuerpos
De limpia perfección. Las actitudes
De las esbeltas vírgenes desnudas
Son armoniosas como un himno... ¡Urania! (*
Del sereno cristal del dios, acaso,
Furtivo entre los juncos las atisba
Codicioso de amarlas ¡Divo Scopas!
¡Oh Phydias! a inspiraros venid luego
En la contemplación arrobadora
De formas que en el mármol se eternicen.
Yo aspirando a gozar celeste dicha,
A una de esas doncellas de ojos garzos
Y cabellera rubia, ante las aras
Llevaré de Hymeneo al alba pura,
Y si me son los númenes propicios,
Hijos tendré cual Endymión hermosos,
Dignos del triunfo en la brillante Olympia.

(*) Venus Urania, llamada también Venus celestial, nombre dado por los griegos y los romanos, ora al cielo, ora a una Venus superior e ideal que no puede inspirar deseos voluptuosos. — Bouillet.

Año 1889.

A MI HIJA MARÍA DEL PILAR

Tengo en el valle de la vida un lirio:
Mi dulce hija: placidez, candor;
Luz en la noche triste del martirio,
Perla del mar en que se hundió mi amor.

Su nombre es harmonía. Todo en ella,
Modestia, gentileza, suavidad:
Destello azul de mi eclipsada estrella,
Que reflejó otro mundo y otra edad.

Color de bronce antiguo es su cabello;
De las espigas en sazón la tez:
El talle de Polimnia, erguido el cuello:
Dátil nuevo de Smyrna en su esbeltez.

Su labio carmesí destila el zumo
De la fresca granada, y es su andar
Gracïoso y ligero como el humo
De los perfumes suaves del altar.

Dicen sus grandes ojos: inocencia.
Su frente: inspiración. Es tanto así,
Que de ella emana la divina esencia
Del estro bullidor surgente en mí.

Dina y Raquel llamáranla su hermana:
La clara fuente, ninfa: el campo, flor.
Yo, de mi huerto la primer manzana,
De mi selva sombría el ruiseñor.

Parece que su mente siempre al cielo
Levanta, y se arrobase en contemplar
Las azuladas cumbres del Carmelo,
O la profunda inmensidad del mar.

A su lado el espíritu se eleva,
Y se aspira el olor de la virtud;
Mi vida en ondas mansas se renueva,
Remontando a la noble juventud.

Si envuelta entre sus velos la contemplo,
Me aparecen las vírgenes de Sión
Cruzando con sus lámparas el templo,
Palpitante en los labios la oración.

Y cuando fina a recibirme avanza,
La imagino a su tierna languidez,
El ángel soñador de la esperanza
Que me sonrió en la tierra alguna vez.

De sus caricias el tesoro es mío;
Ella mi lira de marfil templó,
Y con rosas fragantes del estío
Mis nevados cabellos coronó.

¡Si la viese hoy la madre! ¿Quién podría
Su júbilo, su gloria traducir?
¡Oh mi muerta adorada! ¡Oh mi Sofía!...
¡Por qué tan sola te dejé partir!...

La que mimara infante es virgen pura,
Coronada de mirto y azahar;
Mirra escogida, fuente de ternura,
En mi zozobra oriente y luminar...
.....

Busqué la playa y encontré el desierto;
Las arenas quemáronme los pies;
Marcho al azar de mi destino incierto,
Sin hoy, y sin mañana, y sin después.

Vén, hija, vén que el templo está derruído;
Sus columnas tumbara el vendaval;
Salva el fuego sagrado allí encendido
Por un amor que se sintió inmortal.

Arca viva, tus rumbos en la sombra,
Custodio de tu dicha, seguiré;

La campiña a tu paso es verde alfombra,
Contigo en claras linfas beberé.

El tronco aislado te dará su arrimo.
Aun hay murmullos en la agreste vid;
Yo el pámpano incoloro, tú el racimo;
¡Aves del cielo, céfiros, venid!

El hálito vital de tu alborada
Refresque puro, halagador mi sien.
Tú empiezas, yo termino la jornada;
¡Dios te conduzca al suspirado edén!...

AT HOME

BELLA es la vida que a la sombra pasa
Del heredado hogar; el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
Si el aéreo castillo viene abajo,
Queda la noble lucha del trabajo,
La esperanza, el amor, la juventud.

¡Hijos, venid en derredor; acuda
Vuestra madre también ¡fiel compañera!
Y levantad a Dios con fe sincera
Vuestra ferviente, cándida oración.
El es quien nos reune y nos escuda,
Quien puso en vuestros labios la sonrisa,
Dá su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
Luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
Ansío rodëarme de cariños;
La serena inocencia de los niños
De la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
Que al hombre con el mundo reconcilia,
El ver crecer en torno la familia
Bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
Aspiren a las pompas de la tierra;
Su nombre ilustre en la sangrienta guerra
Lleno de encono el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
Amar la caridad, amar la ciencia;
Puras las manos, pura la conciencia,
Dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
El sendero del bien; nada amedrente
Al varón justo, al ánimo valiente
Que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
Por convicción y por deber. En ella
El despotismo estúpido se estrella:
De la Patria los hierros destrozó.

Honra y prez a sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
Hoy descansa su espíritu en el cielo,
Noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
Y llena el alma de filial ternura,
Su venerada, humilde sepultura,
Con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
Emprenda yo mi viaje sin retorno,
Erigidme una cruz, y de ella en torno,
Sin una mancha en la tranquila sien,
Llenos de amor, de paz, que es la harmonía,
Podais decir de vuestro padre amado:
Latió en su pecho un corazón honrado:
No fué un prócer, fué más, hombre de bien.

LA NOCHE

Valle de Ingá (Brasil).

La agreste soledad yace en tinieblas.
El labrador descansa; el valle duerme.
Corona de los cielos fulgorosa
Brillan los astros de la Noche—¡Oh, salve,
Madre sublime de los dulces sueños!
¡Bendita cuando vienes de este albergue
Donde huyendo del mundo hallé un refugio,
A cubrir con tu manto las montañas,
A rociar con tus lágrimas las flores!

Solemne, funeral, lóbrega, dime:
¿Llevas acaso el luto de los siglos?
¿Lloras eterna viuda, algún sol muerto
Que te dejó en herencia las estrellas?
¿Sales del caos o marchas a la nada?
¡Quién podrá penetrar en tus enigmas!...
Noche mejor que el día ¡cuánto te amo!
Y cuánto el bello resplandor me arroba
De esa lámpara opaca con que alumbras
Tu paso triste en la región del trueno!
Pláceme, sí, tu celestial lumbrera

Aún más que el sol cuando en soberbia pompa
En el espacio vívido refulge,
Naturaleza en júbilo palpita,
Y sonríe entre auroras el olimpo.

Tú con sigilo del amor proteges
Los sagrados misterios; tú del canto
Eres al par la inspiradora augusta.
Julieta está a tu espera en el castillo,
Y en la alta torre el sabio taciturno
Que en los astros horóscopos descifra.
¡Oye! es la voz del trovador errante
Que al pie del torrëon lanza sus quejas
Al blando son del bandolín.—Se escucha
Rechinar un balcón. Cae a las plantas
Del doncel una flor.—Aplica al muro
Ligera escala de torzal tejida:
Se signa, sube, y el balcón se cierra...
Luego la calma, la mudez profunda!

Acaso por tu sombra cobijadas
Dejan las almas tiernas sus sepulcros,
Se buscan y se abrazan sollozantes
En las ondas del viento; el aura acaso
Va en sus tenues suspiros impregnada
Cuando riza las aguas de la fuente,
En la selva murmura lamentosa,
O bien columpia el mimbreral marino.
¡Es la hora! ¡Venid genios del aire
En un girón de niebla plateada!
¡Leves hadas, venid de largos velos
Cubiertas, sobre el lago transparente

A ejercitar vertiginosas rondas
La cabellera rubia suelta en bucles!
¡Abandonad los entreabiertos lirios
¡Oh silfos invisibles! arrastrados
Por raudas y vagantes mariposas
En vuestro carro de cambiante nácar!
¡Espíritus nocturnos, yo os evoco,
Ora que el alma lánguida fluctúa
En el diáfano mar de los recuerdos,
Como en la clara linfa un cisne herido
Que el ala extiende sin volar, y nada
A merced de la límpida corriente!
¡Venid, venid, rozad con vuestro aliento,
Y refrescad mi sien, por que allí brote
La inspiración ha tiempo adormecida,
En blandas, melancólicas endechas!
¡Oh, dejadme soñar, hasta el momento
En que la luna, sol de la memoria,
Despliegue al aire el pabellón de plata,
Con él cubriendo la ignorada tumba
A que el hado fatídico me inclina.
En tanto ¡oh Noche! suelta tus crespones,
Y envuélveme en tu paz y en tu silencio!

INDICE

	Págs.
Myrta en el baño	3
Pasó	6
En los guindos	7
Rosa blanca	9
Ruego	12
Al pasar	13
Marmórea	19
Bajo relieve	22
A mi hija María del Pilar	23
At home	27
La noche	29

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

ANTOLOGÍA (1915-1918)

DE FERNÁNDEZ MORENO.

— nacido en 1887 —

EDICIONES MÍNIMAS.

BVENOS AIRES. MCMXVIII.

DIBUJO DE DONNIS

..."Déjeme Vd. ser un poco tornadizo en gracia a estar bajo la influencia de un demonio terrible: el de la simetría. El demonio de la simetría, devorador de ripios, de palabras sin carácter, enjuto y seco, y que me hace padecer ante los árboles de la campiña, todos torcidos y con distinto número de ramas. El tal demonio le brinda a Vd., por único regalo, una perla: la de la síntesis; pero de tarde en tarde, y eso, después de haberse chupado esponjados tesoros de ternura."

Así, de esta manera, ha fijado Fernández Moreno la calidad esencial y sobresaliente de su propia poesía. Y así quisiera él que fuese ella: concisa y limpia, sutil y flexible; por eso simplifica sus manifestaciones de belleza.

De los cuatro libros de poesía que Fernández Moreno lleva publicados desde 1915, escogemos cierto número de composiciones para formar con ellas este cuaderno. Nos induce a ello el propósito de que su lectura contribuya a un más exacto conocimiento del poeta entre aquellos lectores que se regalaron con su obra sólo fragmentariamente. Los lectores juzgarán también si hemos acertado en nuestro intento.

DE

"LAS INICIALES DEL MISAL"

1915

INICIAL DE ORO

NACI, hermanos, en esta dulce tierra argentina,
pero el primer recuerdo nítido de mi infancia
es éste: una mañana de oro y de neblina,
un camino muy blanco y una calesa rancia.

Luego un portal oscuro de caduca arrogancia
y una abuelita toda temblona y pueblerina
que me deja en la cara una agreste fragancia
y me dice: ¡El mi nieto, qué caruca más fina!

Y me llenó las manos de castañas y nueces,
y el alma de leyendas, y el corazón de preces,
y los labios de un viejo y divino parlar...

Un parlar montañés de viejecita bruja
que narra una conseja mientras mueve la aguja.
¡El mismo que ennoblece, ahora, mi cantar!

HABLA LA MADRE CASTELLANA

ESTOS hijos, dice ella,
la madre dulce y santa,
estos hijitos tan desobedientes
que a lo mejor contestan una mala palabra...

En el regazo tiene
un montón de tiernísimas chauchas
que va quebrando lentamente
y echando en una cacerola con agua.

—Cómo os acordaréis
cuando yo esté enterrada!

Tenemos en los ojos
y la ocultamos, una lágrima.

Silencio.
Al quebrarse las chauchas
hacen entre sus dedos pálidos,
una detonación menudita y simpática.

GENEALOGIA

EN la sala que adornan cosas de antiguo fausto
y horribles bibelotes de la miseria actual,
ante los despintados óleos de los abuelos,
cuando estoy solo en casa, me gusta meditar.

Este abuelo materno del enérgico rostro,
del rugado entrecejo y la barba fluvial,
hubiera sido en tiempos del césar Carlos Quinto,
en el brumoso Flandes, brillante capitán.

A lomos de su mula se recorrió su España,
en la faja chillona, sevillano puñal,
salpicada de besos la luenga barba rubia,
y en los labios bermejos un sonoro cantar.

En todas las posadas y ventas del camino,
donde se detenía a dormir o yantar,
tocaba la guitarra y buscaba pendencias,
y se bebía el vino y no pagaba un real.

Harto de su azarosa vida de aventurero,
en una vela blanca, cruzó la verde mar,
y ya en tierras de América sentó por fin el juicio,
redimido en enormes ansias de trabajar.

¡Oh, la abuela materna de sonrisa enigmática,
de largo cuello fino y de mano ducal!
Tiene en la falda un libro que puede ser de versos
de Espronceda, o sino del cantor de Don Juan.

Romántica la abuela, diz que se desmayaba
en un artificioso momento teatral,
ante una hermosa puesta de sol de la Moncloa,
ante una rosa blanca dormida en su rosal.

Murió joven: he visto por algunos cajones
unas trenzas pesadas, un anillo nupcial,
sedas descoloridas, abanicos bordados
y un libro de memorias que no sé qué dirá.

El padre de mi padre, tiene la faz cuadrada,
un bigote en cepillo, un severo mirar...
Fué soldado; peleó por Cristina
regando en las montañas su sangre liberal.

Lleno de reumatismos y honrosas cicatrices,
recogido en un manto viril de austeridad,
limpiando su uniforme y bruñendo su espada,
vivió infinitos años clavado en su heredad.

¡Oh, la abuelita Ignacia, insigne rezadora,
docta en todos los chismes menudos del lugar...
Siempre en sus telas pardas; pardos los pañolones,
pardas las sayas limpias y pardo el delantal!

¡Oh, manos sarmentosas de la abuelita Ignacia,
solas para tejer, solas para amasar!
¡qué medias más calientes las que ella me tejía!
y la borona de oro, ¡qué riquísimo pan!

Y nieto de un soldado y de un contrabandista,
de una aldeana recia, de una mujer ideal,
cuatro rosas de sangre circulan en mis venas
y cada una tiene distinto perfumar;
cuatro rumbos se abren delante de mis ojos...
¡y no sé cual tomar!

VIEJO ESTANQUE

AQUEL estanque de la infancia
en la gran huerta patriarcal,
es un recuerdo de fragancia
para mi mundo espiritual.

Es un recuerdo de frescura
que me acaricia muchas veces,
aquel estanque de agua pura
y de tornasolados peces.

El agua entraba a borbotones
en un continuo resonar,
por la boca de dos tritones
del verde y vecino mar.

Con sus vestidos estivales,
entre los labios un clavel
y un oro mate de trigales
sobre las rosas de la piel

entre bromas y dulces riñas
hasta el estanque de agua oscura
llegaba el coro de las niñas
a refrescar su carne pura.

Y fué escondido en la enramada
donde muy niño pude ver
a flor del agua, la rosada
punta de un seno de mujer.

ROJA INICIAL

YO te he soñado en esta larga noche,
toda desnuda en tu esplendor moreno
sobre el rojo damasco de mi cama.

Lacios, negros, opacos, tus cabellos
en aislados mechones, descendían
hasta el heroico cisma de tus senos.
Luego el vientre fugaz, luego el triángulo
encrespado y oculto de tu sexo,
luego las piernas finas y nerviosas
y los menudos pies. La luz del techo,
en antiguos cristales prisionera,
era en tus ojos un punto de fuego,
un brillo de saliva entre tus dientes,
un relámpago de oro por tu cuerpo,
una escama de nácar en tus uñas
y una oleada de púrpura en mi lecho.

¡Como brazos de cruz eran tus brazos
para el Niño Jesús de mis deseos!

INSOMNIO

DORMID tranquilos, hermanitos míos,
dormid tranquilos, padres algo viejos,
porque el hijo mayor vela en su cuarto
sobre la càsa y el reposo vuestro.

Estoy despierto y escuchando todos
los ruídos de la noche y del silencio:
el suave respirar de los dormidos,
alguno que se da vuelta en el lecho,

una media palabra de aquel otro
que sueña en alta voz; el pequeñuelo
que se despierta siempre a media noche,
y la tos del hermano que está enfermo.

Hay que educar a los hermanos chicos,
y aseguraros días bien serenos
para la ancianidad, ¡oh padre y madre,
dormid tranquilos que yo estoy despierto!

ELEGIA A LOS FUNERALES DE UN BREVE AMOR

ERA la sombra del amor,
la sombra del amor ¡no pudo ser!
Ya pasó por mi vida otro dolor,
ya pasó otra mujer.

No era su pecho mi cabezal,
no eran sus manos las guiadoras
por el camino triste y fatal...
No era el consuelo para mis horas,
no era la lumbre para quemarme,
no era la fuente para beber,
ni el tronco firme donde enredarme,
dar unas flores y envejecer...

Era la sombra del amor,
la sombra del amor ¡no pudo ser!
Ya pasó por mi vida otro dolor,
ya pasó otra mujer.

DE

"INTERMEDIO PROVINCIANO"

1916

VERSOS A JUAN VILAS

YO quisiera ser, Señor,
un poco como Juan Vilas.

Haber nacido muy pobre,
trabajar toda la vida
en un puesto muy humilde
en un lugar de provincia,
y jubilarme después
y meterme en mi casita.

Yo quisiera ser, Señor,
un poco como Juan Vilas.

Así, bueno como es él,
con esa dulce sonrisa,
con esos ojos tan claros
bajo la frente tan lisa...

Se levanta muy temprano,
tiene un huerto que cultiva,
come tranquilo a sus horas,
después de comer, dormita;
y agente, por distracción,
de dos o tres Compañías,
con un poquito de abeja
y otro poquito de hormiga,
aumenta cómodamente,
el hombre, su pensioncita...

Después de comer al Club,
y aplastadito en su silla,
viendo jugar a los otros
pasa la noche Juan Vilas.

Dame tu alma transparente...
¿Para qué quiero la mía
toda llena de lecturas
como una copa muy fina,
turbia de muchos licores?

Dame tu alma, Juan Vilas,
¡oh, tú!, que sólo has leído
crónicas de policía;
que no sabes que hay estrellas,
que hay rosas, que hay maravillas
de mujeres, por el mundo,
que no son tu mujercita...

Yo quisiera ser, Señor,
un poco como Juan Vilas!

LE DIGO A UN SAUCE

SAUCE: en verdad te digo que me das compasión;
como si fuera un nido se te ve el corazón.
Tu pecho, verde y claro, no puede guardar nada,
te penetra hasta el fondo la primera mirada.

Cuando desciende el sol, ¡oh sauce! a iluminarte,
te atraviesa como un puñal de parte a parte;
y a través de tus ramas pesarosas y bellas,
filtra toda la noche con su milión de estrellas.

Eres, sauce, como una romántica mujer
a quien conozco mucho, María Ester...
Aprende, sauce, de ese ciprés fúnebre y mudo,
grave como un secreto y prieto como un nudo...

—Y tú, poeta, aprende.

INVITACIÓN AL HOGAR

ESTOY solo en mi casa,
bien lo sabes, y triste como siempre.
Me canso de leer y de escribir
y necesito verte...

Ayer pasaste con tus hermanitas
por mi casa, con tu traje celeste.
Irías a comprar alguna cosa...
Ganas tenía yo de detenerte,
tomarte muy despacio de la mano
y decirte después, muy suavemente:
—Sube las escaleras de mi casa,
de una vez, para siempre...
Arriba hay fuego en el hogar;
adereza la cena; tiende,
sobre la vieja mesa abandonada,
el lino familiar de los manteles,
y cenemos...

La noche está muy fría, corre un viento inclemente,
sube las escaleras de mi casa
y quédate conmigo, para siempre.

Y quédate conmigo, simplemente,
compañeros, desde hoy, en la jornada.
Llegó la hora de formar el nido,
voy a buscar las plumas y las pajas...

Tendremos un hogar, dulce y sereno,
con flores en el patio y las ventanas;
bien cerrado a los ruidos de la calle
para que no interrumpan nuestras almas...
Tendrás un cuarto para tus labores,
¡oh, la tijera y el dedal de plata!
Tendré un cuartito para mi costumbre,
inofensiva, de hilvanar palabras.

Y así, al atardecer, cuando te encuentre,
sobre un bordado la cabeza baja,
me llegaré hasta tí sin hacer ruido,
me sentaré a tus plantas,
te leeré mis versos, bien seguro,
de arrancarte una lágrima,
y tal vez jueguen con mi cabellera,
tus bondadosas manecitas blancas.

En tanto pone el sol sus luces últimas
en tu tijera y tu dedal de plata.

CORONITAS DE NOVIA

EN las tres plazas del pueblo
hay coronitas de novia.

Los domingos por la tarde
la Banda Popular, toca.

Pasan las niñas del brazo...
La humilde flor da su aroma.

Y las niñas piensan en
l'alba noche de sus bodas.

En las tres plazas del pueblo
hay coronitas de novia.

Hay para todas las frentes,
niñas mías, para todas.

VARIANTES:
* y colgando del húmedo morro
** Enferma venía la buena, la útil,
la única, de la pobre chacra.
*** —¡que viene empastada!—

LA VACA MUERTA

LENTAMENTE venía la vaca bermeja,
por el campo verde, todo lleno de agua;
lentamente venía, los ojos muy tristes,
la cabeza baja,
y colgando del morro brillante*
un hilo de baba.

Enferma venía la buena, la única **
de la pobre chacra.

—Hazla correr, hombre!
la mujer gritaba
al viejo marido,
¡si viene empastada! ***

Y el viejo marido,
los brazos subía y bajaba,
y la vaca corrió como pudo,
los ojos más tristes, la cabeza baja...

Junto a un alambrado,
salpicando el agua,
cayó muerta la vaca bermeja;
¡el viejo y la vieja lloraban!

Y vino un vecino
con una cuchilla afilada,
y en el vientre, redondo y sonoro,
dió una puñalada.

Un poco de espuma,
de un verde muy claro de alfalfa,
surgió por la herida; y el docto vecino,
después de profunda mirada,
acabó sentencioso: la carne está buena,
hay que aprovecharla.

Los cielos estaban color de ceniza.
El viejo y la vieja lloraban...

PAISAJE

OCRE, y abierto en huellas, el camino
separa opacamente los sembrados...
Lejos, la margarita de un molino.

TARDE DE MARZO

SON las dos de la tarde
de una tarde de Marzo.

El cielo es una seda
rayada por los hilos telegráficos.

El sol, poquito a poco,
está secando el barro.
Una muchacha cose a la ventana;
en no sé dónde da su trino un pájaro.

Silba un tren a lo lejos.
Pasa por la vereda un escribano
todo de negro. Lleva
un montón de papeles bajo el brazo.
¡Qué tristeza, Señor, ser escribano
a las dos de la tarde, una tarde de Marzo!

DE

"CIUDAD"

1917

CALLEJUELA

CALLEJUELA apartada,
humilde callejuela
que ofreces a mi espíritu cansado
de tanta calle recta,
el sencillo misterio de tu curva...
Gracias, hermana callejuela.

CANCIÓN DE CIUDAD

SOÑABA con un palacio,
al palacio renuncié...
Con una humilde casita,
a la casa renuncié...

Siquiera un cuartito mío,
misterioso, a media luz...
—No te faltará, poeta;
tendrás tu lindo ataúd.

PASA UN TREN DE CARGA

UN día, otro día, otro día,
mi juventud se pasa.

Yo soy un niño triste
sentado a una ventana.

La calle polvorienta...
Las barreras se bajan,
las gentes y los coches se detienen
y un tren de carga pasa...

Un lento tren de carga
al resoplar cansado de la máquina...

Los vagones son grises,
¡un kilómetro de vagones grises que pasan!

Mi juventud es ese
tren de carga que pasa.

SETENTA BALCONES Y NINGUNA FLOR

SETENTA balcones hay en esta casa,
setenta balcones y ninguna flor.
A sus habitantes, Señor, ¿qué les pasa?
¿Odian el perfume, odian el color?

La piedra desnuda de tristeza agobia,
¡dan una tristeza los negros balcones!
¿No hay en esta casa una niña novia?
¿No hay algún poeta bobo de ilusiones?

¿Ninguno desea ver trás los cristales
una diminuta copia de jardín?
¿En la piedra blanca trepar los rosales,
en los hierros negros abrirse un jazmín?

Si no aman las plantas, no amarán el ave,
no sabrán de músicas, de rimas, de amor...
Nunca se oirá un beso, jamás se oirá un clave.
¡Setenta balcones y ninguna flor!

PROPOSITO

DESDE hoy en adelante voy a ser reservado,
pasaré por la vida taciturno y callado.

Y en cuanto escucho media palabra bondadosa
se abre mi corazón como un blanda rosa.

Así soy como una casita de oro y seda,
con todo su moblaje al sol, en la vereda.

ENERGIA DE UNA DE LA MAÑANA

YO conozco muy bien esta energía...
Sé cómo viene y sé cómo se marcha.

La taza de café,
la cerveza alemana,
el arpa de oro
que tañe esa mujer toda de plata.

Yo conozco muy bien esta energía
de una de la mañana...
Dentro de unos instantes
no habrá nada.

Se va como el aroma
del fondo de la taza;
se deshace lo mismo
que una burbuja de cerveza vana;
se pierde como nota
postrimera de arpa;
se desvanece como en la profunda noche
la cola del vestido de la mujer de plata...

DE

"POR EL AMOR Y POR ELLA"

1918

DALMIRA

TU nombre es terso, claro,
como la hoja de una espada.
Se aguza como el aire
y corre como el agua.

Tu nombre es hermano de la lira.
Es una campanita de plata
que está diciendo cómo eres:
nerviosa y un poquito rara.

Nombre de tierras de maravilla,
Indias, Persias, Arabias...
Para ser pronunciado en los desiertos
bajo el penacho verde de las palmas,

o suspirado misteriosamente
al fondo del harén, a una sultana,
entre un rebaño pálido de eunucos
y el brillo corvo de las cimitarras.

TRAJE PRIMAVERAL

ROSAS sobre muselina...
Me pàreces una enana
tacita de porcelana
de la China.

Tacita de porcelana
llena de un pálido te;
tacita fragil y enana
tengo sed...

QUIERO

INCRUSTAR tu cabecita
en mi pecho de diamante
con una ternura de
padre, hermano y amante.

Romperme de trabajar,
liquidarme de sudor
para que dé pronto fruto
nuestro amor.

Aderezarte una casa
blanca con estrias de oro,
donde todo sea silencio
y todo sea sonoro.

Y meterme en mi casita
—sol y nieve—
hasta que llegue la hora
definitiva y me lleve,

MATINAL SONETO DE AMOR

NO ha de apagar su lámpara el poeta
aunque el fino pincel de la mañana
el desnudo cristal de la ventana
pinte con el azul de su paleta,

sin tejer otra lírica violeta
en la ideal corona que engalana
tu divina cabeza soberana,
por buena, por hermosa y por discreta.

Vaya hacia tí mi ofrenda matutina
en la luz y en el pájaro que trina.
Una dulce mañana te deseo.

Así, mientras te vayas levantando,
verás mi puro corazón cantando
en un rayo de sol y en un gorjeo.

INDICE

PÁGS

De "LAS INICIALES DEL MISAL"

INICIAL DE ORO 3
HABLA LA MADRE CASTELLANA 4
GENEALOGÍA 5
VIEJO ESTANQUE 7
ROJA INICIAL 8
INSOMNIO 9
ELEGIA A LOS FUNERALES DE UN BREVE AMOR 10

De "INTERMEDIO PROVINCIANO"

VERSOS A JUAN VILAS 11
LE DIGO A UN SAUCE 13
INVITACIÓN AL HOGAR 14
CORONITAS DE NOVIA 16
LA VACA MUERTA 17
PAISAJE 19
TARDE DE MARZO 20

De "CIUDAD"

CALLEJUELA 21
CANCIÓN DE CIUDAD 22
PASA UN TREN DE CARGA 23
SETENTA BALCONES Y NINGUNA FLOR 24
PROPÓSITO 25
ENERGÍA DE UNA DE LA MAÑANA 26

De "POR EL AMOR Y POR ELLA"

DALMIRA 27
TRAJE PRIMAVERAL 28
QUIERO 29
MATINAL SONETO DE AMOR 30

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

PROSAS DE JVAN MONTALVO.

EDICIONES MINIMAS.
BVENOS AIRES. MCMXVIII.

DIBUJO DE DONNIS

Juan Montalvo nació en Ambato (Ecuador), el 13 de abril de 1832. Apenas entrado en la adolescencia comenzó a desarrollar las nobles inclinaciones de su espíritu, entregándose al estudio de la antigüedad clásica y al conocimiento de las principales obras filosóficas y literarias de sus contemporáneos. La posesión de este bagaje acreció el acervo que aportaría a su obra futura, vigorizándola en forma depurada y perfecta. Tenía veinte años cuando publicó sus primeros artículos en un hebdomadario de Quito, y desde entonces no desmayó nunca su pluma de escritor y polemista. Atormentado por el infortunio de su patria al verla conducida hacia la abyección moral por las violentas y sombrías dictaduras teocráticas que se sucedían, dignificó su vida combatiendo a los tiranos, y desde su destierro de Ipiales, en Colombia, marcó la ignominia con el mordicante indeleble de sus doce CATILINARIAS. *La intolerancia dogmática de los torturadores de conciencias que invocan una doctrina de amor; el boato de los parásitos que predican la renunciación a las riquezas, y la soberbia de los hipócritas panegiristas de la humildad, hallaron en él un*

severo juez. Las páginas candentes de MERCURIAL ECLESIÁSTICA *resplandecen por su levantada intención. Pero es en los* SIETE TRATADOS *donde Montalvo desenvuelve sus facultades imaginativas y creadoras. Leyendo esos ensayos admiramos primeramente los primores del estilista cuya prosa tiene sabor un tanto arcaico y sorpréndenos después la portentosa erudición atesorada en sus lecturas y prodigada en sus conocimientos lengüisticos, sus reminiscencias históricas, sus teorías estéticas e inducciones morales y filosóficas... En suma, este escritor y moralista que llevó a muy alta perfección la lengua castellana, rindió su vida en Paris, el 17 de enero de 1889.*

Publicó los siguientes libros: SIETE TRATADOS, MERCURIAL ECLESIÁSTICA *y* CATILINARIAS. *Redactó las publicaciones periódicas tituladas:* EL ESPECTADOR, EL COSMOPOLITA *y* EL REGENERADOR. *Escribió cuatro obras dramáticas:* JARA, LA GRANJA, LA BEATA *y* EL DESCOMULGADO. *Después de su muerte aparecieron:* CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON A CERVANTES *y* GEOMETRÍA MORAL.

DE LA BELLEZA EN EL GÉNERO HUMANO

I

LA ADOLESCENCIA FEMENINA

La adolescencia, en el sexo femenino, ofrece admirables ejemplares de belleza: esa agraciada persona que sin ser mujer hecha y derecha todavía, ha dejado de ser niña, da una idea remota y vaga de lo que fueran los ángeles en situación de estar asomándose al amor y la malicia, si malicia y amor culpable no fueran gajes, muchas veces funestos, de la tierra. Mirad esa joven erguida con el donaire y elegancia que da su paso de princesa, alta la frente, ingenua la mirada, como quien endereza su camino hacia el trono que le han erigido las Gracias en la cumbre de la felicidad. Los catorce años, derramándose en flores y rocío por toda ella, le concilian esa frescura primorosa con la cual ha de sazonar luego el fruto de la vida: la cabellera, dividida en dos madejas rubias, se le cuelga a la espalda y corre por ella hacia abajo cual dos chorros de luz espesada al calor de la sangre: la tez sirve de capa al líquido viviente que circula repartiendo calor a los miembros: en las mejillas hace alto este perpetuo viajero, y arde un instante, aprovechándose del fuego que allí tiene depositada la vergüenza. Los ojos, no enturbiados aun por esas lágrimas que son testigos de dolores criminales,

miran francamente, y en el centro de ellos estamos viendo la prefiguración de la suerte de esa niña, si feliz, si desgraciada. Cuando sonríe, el arco iris, reducido a proporciones pequeñuelas, está acreditando su presencia con las curvas en que se mueven esos labios: cuando se ríe, la música del paraíso, música perdida junto con la inocencia, oímos brotar de pecho humano y salir por una garganta en gorgoritos que nos hartan de armonía los oídos, de alegría el corazón. El pecho no provoca aun con esos blancos panecillos coronados de fuego con que han de producir en nosotros mil delirios: a esa edad, el pecho de la mujer es altar inconcluso, no consagrado por el sacerdote de la malicia, cuyo ídolo permanece dormido entre cortinas nunca abiertas. Pero así, nadando en un océano de inocencia, esa niña es hermosa: la admiramos sin codiciarla, la amamos sin mancillarla con malos pensamientos, pero le estamos envidiando al mortal dichoso que ha de plantar en ese corazón el árbol de la vida, ese que suda lágrimas, gime al viento del mundo y da fruto de dolores perpetuos después de tal cual manzana de felicidad.

II

EN LOS SERRALLOS

La belleza es idea abstracta, sujeta a los sentidos: así como el filósofo Simónides interrogado por Hierón nunca acertó a definir a Dios, así nadie será capaz de manifestar en lo que consiste la belleza. Belleza material es lo que simpatiza con los ojos y llena el corazón, pudiéramos decir; pero éstos son efectos de la belleza y no la belleza misma. ¿Por qué son bellas una pintura, una estatua, una mujer? Porque nos agradan: está bien. Ahora, ¿por qué nos agradan? Porque son bellas. Ni sabio ni poeta saldrá de este círculo vicioso dentro del cual se están

desenvolviendo perpetuamente los misterios de la hermosura y el amor, sin que nos puedan ser revelados en ningún tiempo. Si decimos que la belleza consiste en la perfección, volviéndonos un paso atrás veremos que la perfección misma no es sino la belleza. Belleza, armonía inextricable de mil voces, conjunto de facciones acomodadas artísticamente por el sabio invisible que pergeña en el seno de la nada las obras maestras; universo donde concurren todos los elementos de que Dios hizo los ángeles y los hombres, pero dispuestos de tal modo, que si lo vemos y lo palpamos, no nos es dado averiguar ni descubrir la naturaleza de cuestión tan fácil para la vista, como difícil para la investigación y la fórmula con la cual nunca daremos. Blancura y suavidad del cutis: viveza, tamaño y resplandor de los ojos: lineamentos atrevidos y elegantes en la nariz: esponjosidad voluptuosa y sangre hirviente en los labios: mejillas de curvas levantadas adonde la rosa vuela en pensamiento y se imprime por obra del espíritu que tiene a su cargo la gracia femenina: cabello abundante, ondeado y luengo, que así parezca manto natural con que la mujer cubra sus primores, desde los hombros hasta la pantorrilla: ceja arqueada, cuyo rabo está apuntando a las sienes con poética ufanía: cuello alto, recién salido del torno aéreo donde el amor labró el de Berenice, el de Estatira: pecho que parece vestíbulo del templo dentro del cual los dioses están entregados a los juegos florales, saltando desnudos, medio locos de consumidora licencia: porte donairoso, paso regio, movimientos de Musa que cansada de la austera virtud, está ensayando tímidamente la seducción y la malicia: sobre esto una blanca, apretada gordura, de esas que resisten el atrevido pellizco; de esas de las cuales nadie da fe, si las Gracias no le han iniciado en los misterios de la soledad y la dicha; tales son los caracteres de la belleza en general aunque los pueblos difieren de concepto en varias partes de la tierra, siendo tachas para unos lo mismo que son timbres para otros. Las naciones civilizadas de Europa y las que de ellas se derivan tienen un solo modo de mirar las cosas: no así los turcos, verbigracia, para quienes frisan con la perfección las mujeres que, no estoy en un tris de pensarlo, causan despego en nosotros. La abundancia de carne y grasa es toque de alta belleza para los musulmanes; y tanto más bellas sus

mujeres cuanto más obesas y enormes. A esta cumbre llegan fácilmente con el escaso movimiento de su vida sedentaria y ociosa, encerradas en las cuatro paredes del serrallo, aspirando las flores de sus jardines, deleitándose con la miel de sus abejas. No obstante, a nadie que no tuviese el corazón a la jineta dejarían de volverle loco esas odaliscas de tres a cuatro lustros que harto tienen en su persona de las huríes del Profeta, deidades puestas por Alá en los Campos Elíseos para recompensa de los fieles que prevalecen por las virtudes en el mundo. Una Zoraya de diez y siete abriles, con su pantalón abombado de raso purpurino, que frunce y estrecha al tobillo por medio de un agarrador de Hevila: la chinela de grana cuya capellada bordada de hilo de oro está figurando las travesuras del niño ceguezuelo: la chaqueta compuesta por unas Aracne de Stambul, que sirve de cárcel a esas tórtolas blancas sujetas hasta medio cuerpo: la manga anchísima que flota en pomposo vuelo no más abajo del codo: la manecita de ninfa de la fuente ajustada en la muñeca por el brazalete sembrado de rubíes: la uña sonrosada, la yema del dedo como si brotara sangre: las mejillas ardiendo en llamas prohibidas: los ojos de resplandor siniestro... siniestro, porque la pérfida está pensando en la manera de huir de su encantado calabozo e irse con su amante a despecho del sultán y sus guardianes: esta mujer, digo, es uno de los modelos más cumplidos de la belleza en el género humano. ¿Qué maravilla? su dueño la obtuvo de un rico bajá, quien a su vez la había comprado a un viejo musulmán que la trajo de Circasia.

Ahora ved si el serrallo de Ispahan abriga más beldades que el cielo de los muslimes contiene seres femeninos, de esos cuya profesión es el amor y la felicidad de los bienaventurados. Zizi, la bella Zizi, ganó el primer premio en la exposición de hechizos que el gran Sofí mandó prevenir en la capital de su imperio. Zizi es oriunda de Georgia: sus padres, magnates de esa tierra, se prometen la honra de ver a su hija de sultana, y bien adornada con el oro y las pedrerías de Zafir, la envían a presentarse a los ojos del príncipe. Vino, vió y triunfó la bárbara hermosa, cual César de corazones, contra la cual nadie da batalla que no quede vencido y prisionero en la red de miradas y sonrisas que le tien-

de allí a su propia vista. Zizi deslumbra con las preseas que trae sobre sí y los primorosos vestidos que la cubren; pero el amor, como la verdad, es desnudo: preciso es dejar a un lado esa elegante carga, y encomendar a la limpia y pura naturaleza el éxito de su causa. Sus ojos están resplandeciendo tras el pudor que les obliga a bajar los párpados de cuando en cuando: sus mejillas son fragua donde chisporrotea la vergüenza en lucha con el deseo: su boca es puerta por donde se atropellan mil amorosos ayes: la garganta es en ella parecida al muslo del dios de los amores: el seno, descubierto, es todavía prominente, a pesar del encorvamiento delicado con que esa mujer divina procura ocultar los secretos más recónditos de la hermosura: los pechos, erguidos, parecen dos trozos de mármol en forma de pan de azúcar pulidos por el cincel de Polycleto: las curvas de su vientre desafían a la comba del arco de Cupido: las caderas se levantan en promontorios alomados, por cuyos derrames suben y bajan los Genios del placer: el muslo, grueso, blanco, de redondez perfecta, va adelgazando hasta los hinojos: la corva es un abismo profundo entre dos gorduras, la de arriba, y la de la enorme pantorrilla que asombra por su riqueza, deleita por su pulidez, y conmueve horriblemente por los caudales de voluptuosidad que de ellas corren a inundar los sentidos. El pie es levísimo: náyade no lo sienta en los dorados guijos de su fuente ni más pequeñuelo ni más blanco.

Esta es Zizi, la reina del harén. Bella es, pero no sin rival: allí está Dalís disputándole la palma en el corazón del sultán. Dalís descuella por la estatura y el donaire: alta, garbosa, rubia, se parece a Diana cuando está bañándose desnuda en un recóndito manantial de la selva sagrada. Si la miráis con ojos indiscretos, convertiros ha la diosa en ciervo, y devoraros han vuestros propios perros. Dalís no deja el cetro sin pleitarlo palmo a palmo: Dalís tiene ojos para ver, y como ellos son azules, del color más limpio de la bóveda celeste, cada mirada suya es una inspiración divina. Su mata de pelo, admirable: aunque en orden, ni los dioses incorpóreos pudieran romper por esa perfumada maraña; así es de tupida y abundante. Dalís no ostenta en sus miembros el volumen de una turca vencedora; pero está lejos de pecar por esa delgadez helada de que huye la divinidad

golosa que se llama lascivia, divinidad satánica, más hambrienta, mientras más repleta. Dalís no es flaca: dígalo el brazo hacia el hombro si tiene el manjar suficiente para el amor convertido en dragón insaciable: dígalo el pecho, mullida cama de deseos; dígalo la boca, estrofa de Anacreonte encendida en el aliento de Safo: díganlo esos ojos, hervidero de malos pensamientos que brotan afuera en chispas invisibles y meten fuego al alma de los que están delante de ella en maravillado silencio.

Dalís no tiene competidora, sino es Zizi: Zizi a nadie temiera si no estuviera ahí Nardina. Esta sí que le vuelve loco al marido común a despecho de todas las demás: esos ojos de gacela, como dicen los poetas árabes, contienen un mundo de seducción y gloria para el dichoso mortal que ha ganado tal corona en las justas del amor. Nardina está celosa: en dolor no articulado, su cabeza gravita melancólicamente sobre el seno: dos hilos de lágrimas descienden lentos y le bañan las mejillas: las manos están colgando de indolencia que no es sino pesadumbre sin esperanza de remedio. Raddin Ined, Raddin Ined, he allí tu obra. Esas beldades y otras muchas, tuyas son; esos corazones henchidos de amor y deseo tuyos son; esos senos esponjados con los suspiros impetuosos del cariño, tuyos son: tuya la luz de esas pupilas, tuyo el carmín de esos labios, tuyo el aliento que por ellos sale impregnado de los olores del alma. ¡Ah, cruel! ¿qué órdenes son esas? ¿por qué pones el látigo y el hierro destructor en manos de ese feo negro, ese monstruo que llamas tu primer eunuco? Mira cómo las toma a media noche, las despoja de sus vestidos, las aherroja... ¿Has oído, miserable, el chasquido del azote mezclado con los gritos de tus víctimas? Esas carnes están inundadas en su propia sangre: esas manos, atadas, no pueden implorar misericordia: esas lágrimas corren sin esperanza de compasión ni de perdón. ¿Qué te hicieron tus queridas, tus mujeres? ¡Gran Dios! el primer eunuco ha descubierto tres mancebos en la alcoba de esas pérfidas: levanta el brazo, castiga, extermina; duda de ti mismo, entrega tu alma al diablo, sultán dichoso, cuando sepas que no te amaron ni un instante. Amarte, ¿y cómo? no fuiste su consorte, sino su dueño; no su amigo, sino su tirano; no su salvador, sino su verdugo.

El corazón es águila: gusta de la libertad; en espacio inrrestricto se bebe los aires y se encumbra al firmamento. ¿Dirás por ventura que a esa Zizi, esa Dalís, esa Nardina las habías ganado por el amor y la seducción? Si tú las compraste, no es mucho que ellas te hayan vendido. Sabe que la correspondencia es obra de voluntad, no de mando ni tesoros.

III

LA DESNUDEZ

Venus, diosa de la belleza, desnuda brota de la espuma del mar; Tetis, ni por cursada en todo género de primores, deja de admirar el fruto de sus entrañas, y da un ¡ay! profundo de alegría cuando ve toda formada a su hija comparecer y recibir los homenajes del sol, bañados de luz sus divinos miembros. Las estatuas griegas de Corinto, los restos admirables de los tesoros antiguos que hoy guardan con amor los museos de Roma, Nápoles y Florencia, ninguno trae sobre sí vestido ni cosa que hurte a los mortales las perfecciones acabadas de esos cuerpos. Verdad es que la naturaleza, si nos pone desnudos en la tierra, parece estar prescribiéndonos el vestido con esta afección indefectible que llamamos pudor, o ahinco de ocultar lo que no quisiéramos fuese visto ni en pensamiento por nuestros semejantes. Razones positivas y materiales militan además por la ropa que nos cubre, y son la falta de toda defensa natural, la delicadeza de la piel, la nimia sensibilidad que nos hace encogernos como la mimosa al menor ruido de la atmósfera, digamos así, poseídos de una afección que tanto tiene de física cuanto de moral, siendo como somos heridos en la carne y el espíritu. Desde el pontífice de los animales, ese personaje grave y majestuoso que se va paso entre paso rom-

piendo con la trompa las breñas de las selvas africanas, hasta el perro, el más humilde y sufridor de los seres vivientes, no hay uno que no tenga en sí mismo el resguardo necesario contra las intercadencias del aire y los rigores de las estaciones. El cuero espeso y bronco del elefante es caparazón impenetrable, que así resiste los ardores de la zona tórrida como los hielos del norte. El león viste su greña, que cual muceta grandiosa le comunica seguridad y arrogancia en torno al cuello y la cabeza, mientras el tupido pelo le cubre los miembros prepotentes. El jabalí está vestido de cerda inquebrantable, a modo de loriga, donde se amocha la saeta. El caballo no teme el frío ni el calor. La oveja carga consigo blanca estufa que calienta sin fuego, y se opone a los rayos encendidos del sol. ¿Pues las aves? Mirad esa pluma con que el águila se levanta y posa en la cima de los Alpes, sin advertencia a la nieve ni al cierzo helador que no sufre vegetación en sus dominios: manto impermeable, debajo de sí mantiene la temperatura que ha menester ese forajido de los montes; y cuando abiertas las alas se tiende de barriga en medio de su balanza propia, y rompe vientos y se bebe mundos, ellas mismas van fraguando el céfiro que le sirve de contrarresto a la cadencia del astro hacia el cual va remontada. Ni el miserable habitante de las cavernas, el húmedo murciélago, adolece de falta de ropa natural: esa lana sutil, odiosa a nuestra vista, es suave franela para el hijo de la obscuridad y el frío. Todos, todos los seres vivientes reciben de la madre naturaleza lo que han menester para el abrigo, no que para la vergüenza: el hombre, el hombre sólo viene al mundo con ese cutis fino y terso donde el hielo hace estragos y el calor produce incendios que le afean y descomponen. Entre los salvajes del Amazonas hay tribus tan desheredadas e infelices, que aun no conocen el uso de la ropa: el sexo femenino, principalmente, anda del todo descubierto, donde el otro apenas lleva un taparrabo sin eficacia ni primor. Los negros del Africa central, impúdicos por ignorancia, atrevidos por necesidad, gustan por extremo de la desnudez absoluta; y aun en pueblos civilizados esta raza suele ser propensa a infracciones de las cuales pudicicia recibe daños irresarcibles. Los negritos de uno y otro sexo, en las ciudades cálidas de Sud-América, andan desnudos, y se arrastran junto con los marranos en sus revolcaderos. Pero esto es

gloria para con lo que no pocas veces hemos visto nosotros mismos en pueblos cultos que por ningún caso debieran sufrir esas transgresiones brutales con que algunos individuos dan en rostro a la honestidad pública y las buenas costumbres. Los bogas de ciertos ríos echan de sobre sí el último harapo, y graves como el dios de esas regiones silenciosas, andan de popa a proa apalancando contra la corriente. Habrán por ventura algunos viajeros reparado en el negro del istmo de Panamá, cómo está subiendo una colina, la piel de su cuerpo resplandeciendo al sol mientras la locomotora pasa con su temblor ruidoso por los bosques medio rendidos ya a las armas de la industria y el comercio. En estado de naturaleza los hombres tienen apego insuperable a la desnudez: cuando la civilización alborea en el horizonte, echan mano por las bragas, y esperan, de medio abajo vestidos, que la religión y las artes vengan a ponerles la camisa.

Desnudos vivieron en el paraíso terrenal nuestros primeros padres, sin frío ni bochorno, y lo que suena mejor, sin vergüenza ni peligro. Mía fe, hermanos en Adán, que ni nosotros, con ser la sensitiva, hubiéramos necesitado franela, camelote, paño ni lienzo de ninguna clase: la espada del ángel del Señor, encendida en la gloria eterna, daba de sí un calorcillo vivificante, que era una primavera ese dichoso clima. Pero avino que una sabandija sacase un día la cabeza de entre un montón de hojarasca que allí estaba debajo de un cinamomo, y le clavase a nuestra madre Eva unos ojillos como carbunclos de luz fascinadora. Arrastróse luego, y en graciosas sortijas se fué desdoblando y extendiendo afuera, calladita, como quien se apercibe para el asalto. ¡Y digo si era linda la enviada de Satanás! Los colores del iris, cambiados y revueltos, la adornan de la cabeza a la cola y la convierten en camaleón encantado. La hija de la inocencia, al aire sus más íntimos primores, no tuvo miedo; ni este afecto, ruinoso en ocasiones, salvador en otras, había nacido. La enviada de las tinieblas se la acercaba haciendo dengues: "¡Psit! le dijo, ¡hermosa eres! ¿cómo te llamas, vida mía? — Eva me llame, para servirte: ¿y tú? — Yo soy la Rosarito Veintimilla; pero allá abajo me llaman la serpiente: buena amiga, nada chismosa, inclinada al bien del prójimo. ¿Quieres

esta manzana? mírala cuán redonda, madura y suave: no te hace daño: tómala". La ingenua señora tomó, olió, probó, le gustó, comió. Adán vino y le dijo: "Qué has hecho, mujer?—He tomado de esta fruta, Adán: está buena: pruébala y verás". El inocentón tomó, olió, probó, le gustó, comió. Al otro día el hombre dijo a la mujer: ¿Por qué te has cubierto con esa hoja? y la mujer dijo al hombre: ¿Por qué te has cubierto tú también? La vergüenza había nacido: el vestido estaba inventado.

La pintura es más honesta que la estatuaria. Desde luego a ningún artista le ha ocurrido hasta ahora figurar vestidas a las tres Gracias; pero, bien así los retratos de las beldades antiguas como los de los héroes, todos tienen cubiertos los miembros, y de entre la púrpura que de los hombros se descuelga abajo arranca divinamente la cabeza. Los griegos rendían una como adoración a la desnudez: Aristóteles tributaba a su mujer Pithia el propio culto que sus contemporáneos a Céres Eleusina. El filósofo fué acusado de esta impiedad, pero no fué artículo de acusación el que la adorase desnuda. Eros y Antéros, Genios del amor, desnudos salían de sus fuentes a las evocaciones de Jámblico, le abrazaban las rodillas, y se volvían al agua conforme se lo mandaba el mágico. No he sabido que Cástor y Pólux se hubiesen presentado en Roma con el capotillo corto, la trabea, el paludamento o casacón, chambergo hasta los talones: desnudos se aparecieron en la ciudad augusta y dieron sus avisos proféticos. Los juegos en los cuales Niso y Eurílo se llevan la palma, no se efectúan con los miembros debajo de la empachosa levita ni la ridícula casaca, si ya Virgilio tuvo conocimiento de estas extravagantes piezas: pues digamos que habrán luchado a la carrera con pantalón esos muchachos, hermosos como la luz, veloces como el viento. Brillando están sus miembros con el aceite benéfico que da suavidad y ligereza: la blancura de sus carnes les proporciona aspecto de cisnes encantados que vuelan en medio de la ansiedad y los aplausos de los circunstantes: la negra mata de pelo va flotando por los hombros y la espalda: ¿cuál ganará? ¿si Niso, si Eurílo en ese torneo de habilidad y gentileza? Esto no hace a mi propósito, sino admirar los graciosos lineamentos de esos cuerpos desnudos, la suavidad encantadora de esos contornos primorosos.

LA FLOR DE NIEVE

En el año de 1863, un naturalista ruso llamado Anthoskoff se encontraba en la Siberia septentrional, después de haber recorrido el Cáucaso, siguiendo el hilo de ciertos secretos de la ciencia, que él tenía en el ánimo sacar a la luz del mundo. Esas comarcas desdichadas no conocen la vegetación, ni los ojos del viajero hallan nunca sombra de árbol donde se pongan en cobro del resplandor hostil que los persigue. El haya, hija de fierro de la roca fría, se detiene en las pendientes de los Montes Urales, sin atreverse a dar un paso hacia las planicies áridas donde reina el hielo, describiendo con su cetro un círculo aterrante alrededor del polo. La yerba es desconocida para esa tierra: ni el verdor de las plantas gramíneas, ni la amarillez de las flores silvestres comunican a el alma esa como alegría o esperanza que aun los degraciados suelen concebir misteriosamente en el regazo de una bella, amable naturaleza. La paja silbadora, el frailejón solitario y triste de los altos páramos sirven de placer y consuelo, si contemplamos en la aridez mortal de esas regiones. El sol las mira desde lejos, y se vuelve desconfiando de ellas; el calórico, sangre invisible de la naturaleza, no tiene cabida en ese limbo descubierto, donde impera el frío, dios enemigo de la vida. Ni plantas ni animales: alguna vez una sombra rápida cruza a lo lejos ese mar empedernido, y se desvanece a mayor distancia: es el rengífero que pasa de un abismo a otro en busca de un amor imaginario o el alce que va huyendo de un fantástico cazador que le persigue en sueños. El hombre mismo, animal de todos los climas, no habita la Siberia septentrional. El groenlandés salvaje, el kampchadal helado, el lapón cu-

bierto de pieles se agencian sus moradas debajo de la nieve; en sus obscuras yurtas viven y se juzgan felices: la Siberia septentrional es todavía más ingraciable que la Groenlandia, Kampchaka y la Laponia. Allí no hay bosques en cuyas profundidades faunos y silvanos persiguen a las ninfas; ríos que humedecen la tierra y la excitan a dar fruto; fieras que dan testimonio de la vida, bramando de cólera o mugiendo suavemente de placer; aves que llenan de música los árboles y vuelven nuestro planeta un globo de armonía.

¿Qué pasos lentos van retumbando por allá? Es el elefante que rompe la selva con su movimiento de rey majestuoso, y se dirige a beber a orillas del Lualaba. Ruge el león y comparece infundiendo terror a todo ser viviente con esos ojos encendidos: el tigre, agazapado al pie de un tronco, está acechando al boa que se viene con su meneo formidable: manadas sin cuento de monos llenan de ruido los vetustos robles: un orangután gigantesco, recto como persona, camina paso a paso con semblante meditabundo; bandadas de loras y guacamoyos atraviesan la atmósfera con grito colectivo que asorda todo un continente: culebras de mil colores van haciendo eses por el suelo, o prendidas de las ramas por el extremo de la cola se están columpiando por el aire. El sol resplandece y abrasa; el cielo se halla limpio, su azul purísimo se derrama desde el cenit, y desaloja las nubes hasta más abajo del horizonte. Esta es el Africa, cuna del fuego, asiento preeminente de la zona tórrida. No es así la Siberia septentrional: despoblación, tristeza, silencio vasto y profundo son caracteres de esa tierra desventurada. Allí no hay sol sino cuatro meses al año: la noche es de dos mil quinientas horas; noche larga, horrible, durante la cual Muerte anda devorándolo todo, invisible en medio de la palidez obscura que envuelve ese hemisferio. La rosa no se abre ni sonríe a la luz que comparece alegre por atrás de la montaña; la azucena no tiene sol a quien provocar con su voluptuosa elegancia; el clavel no arde en su pura rubicundez, porque no hay fuego que lo encienda. La sangre de la tierra, cuajada en esas partes, las priva del movimiento; el alma del mundo, retirada de ellas, las dejó cadáveres. Fuego, santo fuego, símbolo de la vida, tú eres principio y sostén del universo: sin ti no hubiera

luz, sin ti Dios mismo no ardería en su inmortalidad eternamente. Dios está tras las llamas devorantes del Africa: fuego es poder, y Dios todo es fuerza. Dios está sobre la luz del Ecuador: la luz figura la inteligencia, y Dios todo es inteligencia. En la mansión helada de la muerte no está Dios, porque Dios es vida, vida alta y profunda, vida eterna. En la Siberia septentrional no está Dios.

¿Qué estás diciendo ahí, blasfemo? Su imagen se presenta en la bóveda celeste, y fulgura con divinos resplandores: inocencia, amor, felicidad animadas por el aliento del Todopoderoso, teñidas por esos sus ojos que las miran, están acreditando su presencia. La aurora boreal, en las regiones septentrionales, es la sombra de Dios: fenómeno desconocido para nosotros, es la incarnación más bella de las leyes naturales. La Soberana esencia, vista en delirio por poeta que hubiese perdido la razón a puro amor divino se le presentaría en forma de aurora boreal. La aurora boreal es música de otro mundo cuajada en los colores del arco iris: es oleada de poesía cristalizada en el horizonte, que está brillando suavemente por los cien lados de un prisma fabuloso. Aurora boreal, malicia de la inocencia, beatitud de la naturaleza adormecida por dolor profundo, tú eres espejo en el cual los míseros habitantes del círculo polar están viendo esa promesa de perdón con que el Altísimo los consuela. Aurora boreal, asomo vago de felicidad, puerta lejana de la gloria, tú eres humilde, pero feliz suplente de la luz del día. Aurora boreal, alma tranquila del sol, alma desnuda de sus rayos, tú eres la patrona del Norte, tú le protejes, le salvas cuando él se retira y le abandona. Feliz recobro de las desventuras de ese clima, este hermoso fenómeno es muy común para los hijos del septentrión: la aurora boreal les proporciona uno como día, o si decimos, espíritu sin fuerza, ensueño feliz de sol dormido que llena de alborozo y esperanza a los míseros que, hartos de obscuridad, levantan la cabeza en su larga noche, y aspiran esa brillante memoria de la luz como alimento de la vida.

Anthoskoff, sabio moscovita, después de largos y penosos viajes por las Montañas Rifeas, llegó a la Siberia septentrional. Desembocando en un mar de nieve, se detuvo de improviso, poseído de admiración, experimentando en el alma placer de esos que suele propor-

cionar la sabiduría únicamente. Hay en un autor alemán una historia de lo más extraño: Dos naturalistas han cultivado desde la infancia amistad que no le va en zaga a la de Pílades y Orestes: siempre juntos desde niños, estudiaron, vivieron, se engrandecieron con la fama, sin que discrepasen jamás en la menor cosa. Un día, infatigables en el estudio práctico de la naturaleza, viajando por un monte, hallan un insecto desconocido, hacen un descubrimiento: la ciencia va a recibir alborozada este recién venido. ¿Cuál de los dos le vió desde luego? ¿Cuál le tomó? ¿Cuál hizo notar que esa mosquita resplandeciente no estaba en ninguna de las clasificaciones científicas? Ni Linneo, ni Cuvier, ni Buffon la han conocido; es cosa nueva, admirable: ¿á cuál la palma? ¿a cuál la gloria? Las disputas, porfías, injurias, amenazas, ferocidades, venganzas, desesperaciones; los odios, arrebatos, celos, acometimientos, propósitos criminales que se pusieron entre los dos amigos, sólo Dios en su infinita sabiduría lo puede concebir y graduar. Largo fué el litigio, "¡Pérfido!, le escribía el uno, ¿te atreves a decir que Aimatocare es tuya? ¿y lo sustentas, hombre sin fe ni justicia? ¿Con que la viste, la tomaste primero que yo? ¿Y has de pasar a la inmortalidad por medio de un hurto escandaloso al que te hizo la honra de llamarte amigo y la fineza de quererte como a hermano? Hábil fuiste en el engaño, miserable; te tuve por sincero, y resultas aleve; te juzgué afectuoso para conmigo, y no era el tuyo sino aborrecimiento disfrazado de cariño; te reputé hombre bueno, y vienes a parar en malvado. ¿Qué es sino malvado el que se burla de la conciencia, habla contra verdad y obra contra hombría de bien? Abusas de la sencillez del amigo; en esto eres pérfido. Ocultas o cambias la verdad; en esto eres mentiroso. Te apoderas de lo ajeno; en esto eres ladrón. Pues a uno de éstos, yo le desprecio. Le desprecio por lo ruín y canalla, por lo salteador, me le voy encima, le echo en tierra, le piso, le mato, y junto con la vida le arranco el inestimable objeto de que se llama legítimo y perpetuo poseedor, sin más escritura que la que firma con su puñal el facineroso a media noche... Carlos, amigo, hermano mío, vuélveme mi Aimatocare".

"¡Infame!, contestaba el otro, el enternecimiento con que das fin a tu carta es ficción que sirve para fomen-

tar el odio inspirado en mí con tu maldad. Amigo me llamas y tus obras, más que tus palabras, están acreditando la enemistad más negra; hermano, y andas en busca de la quijada del asno con que piensas asesinarme. No soy hermano ni amigo tuyo, porque soy hombre de bien y cultivo la moral: tu amigo es el ladrón de caminos, tu hermano el rufián de ciudad: el verdugo es tu amigo y hermano, y el patíbulo el lecho donde él y tú dormís juntos. Aimatocare... ¿no sabes que Aimatocare es mía? Arráncame los ojos, exprímeme el alma, quítame la vida; Aimatocare no será tuya jamás. Aimatocare... Este divino insecto era, sin duda, el objeto de esas aspiraciones vehementes que me agitaban, causándome los dolores misteriosos de los cuales en vano procurabas aliviarme. El vacío profundo de mi corazón, ese anhelo inmotivado de mi espíritu, los arranques vertiginosos de mi pensamiento, la angustia, la desesperación de mi vida tenían, ya lo he visto, causa y fin. Poseo, poseo el objeto de mis ansias; mis ambiciones están cumplidas, mi alma satisfecha. Aimatocare es mía: ni todos los reyes coaligados contra mí podrán arrebatármela. Y tú, mezquina y baja criatura; tú, salteador de encrucijada; tú, desleal y perjuro, ¿tú piensas privarme de ella? Te he ofendido, pobre amigo; te he cubierto de vilipendio en esta carta. Teodoro, las lágrimas me están corriendo por las mejillas: los insultos que acabo de hacerte me matan de vergüenza: compadéceme, perdóname; pero no me vuelvas a hablar de Aimatocare; con esto me privas de la razón. Casa, fincas, títulos, todo cuanto poseo es tuyo: nos repartiremos mis bienes de fortuna como dos buenos hermanos. De Aimatocare, no me hables, te lo repito. ¿Puede nadie exigir a su amigo que le entregue su esposa? ¿Pondrías tú la tuya en mano del que la estuviese codiciando? Aimatocare es para mí más que mi mujer, más que mi honra. Deliras, infortunado, si piensas disputármela: te arrancaré el corazón con un puñal buido, te ahorcaré con mis manos... Teodoro, Teodoro, loco estoy".

Esta pasión científica, este amor frenético por los secretos de la naturaleza, nos parecerán inverosímiles a los hombres desprovistos de la sensibilidad de la sabiduría; y en realidad es una de las pasiones más violen-

tas que pueden caber en pecho humano. Sabido es que Arquímedes se dejó matar, por no distraer su espíritu del problema que estaba a punto de resolver: muchos sabios se olvidan del alimento cuando están embebecidos en sus lucubraciones. Los cuentos fantásticos de Hoffmann no se fundan en la imaginación puramente: casi todos ellos se levantan sobre teorías respetables, o sobre hechos reales y positivos. Los dos sabios que se vuelven enemigos mortales, disputándose un insecto, no se pleitan el insecto mismo, mas aun la gloria de su descubrimiento: cosa muy puesta en razón, que vemos cada día en el mundo de las ciencias y las buenas letras. El Tasso anduvo fuera de sí, desesperado, medio loco, porque imaginó que su poema iba a salir a luz con nombre distinto del suyo. Robarle al Tasso su *Jerusalén libertada*, allá se hubiera ido con robarle el alma; la poesía es el alma de los poetas. ¿Y digo si Phidias hubiera quedado contento de que su Minerva pasase a la posteridad como obra de un rival aborrecido? En las ya citadas de Hoffmann hay una historia de un lapidario que comete más de cincuenta asesinatos misteriosos, por volver a apoderarse de las preseas que él mismo había vendido, o que le habían mandado hacer. El móvil de esa sed de sangre no era codicia, sino amor a la obra primorosa que había salido de sus manos. Y, quien lo creyera, el maestro Cardillac es personaje histórico: las muertes de que habla el autor alemán ocurrieron positivamente. Recreábase tanto el lapidario en sus hechuras, embelesábale su perfección con tal extremo, que no podía vivir sin poseerlas. Tan luego como entregaba una joya, se valía de cuanto ardid cabe en la astucia del hombre para volver a apropiarse de ella. En último caso, un homicidio ponía en su poder la prenda maravillosa. Ahí está mademoiselle Scuderi que no nos dejará mentir ni a Hoffmann ni a mí. Los que, viajando a París, capital de Francia, se hallen en el Palacio Real, hagan por saber cuál de esas ricas tiendas habrá sido la del maestro Cardillac. En cuanto al que está haciendo estos recuerdos, no le falta sino advertir que las cartas de los dos naturalistas son de su propio caudal, y no transcritas del libro tudesco, donde no consta sino el germen de esta amplificación. Y con esto volvemos a Anthoskoff, el sabio moscovita, pero no antes de dar a saber a los lectores que Aimatocare era el nombre de pila,

nombre de amor con que los consabidos filósofos habían bautizado a la mosca que tanto pudo. Desde la bella egipcia que trastorna a Salomón, hasta doña Isabel de Segura, no se ha visto hembra más querida que esa pizpireta de Aimatocare. Su nombre científico, puesto en latín por los discípulos de Linneo, lo puede ir a buscar el curioso lector en cualquier entomología moderna: si lo buscare en el tratado de los pájaros del americano Auduvon, no lo hallará ; pues ya he dicho que Aimatocare no es pájaro sino mosca. Mosquita resplandeciente de cuatro alas: las que le tocan al cuerpo son uno como tul claro, fino: son la ropa blanca, las confidenciales enaguas que forman los bajos de la pulcra retrechera. Bajos, en buen idioma castellano, son los centros del vestido, ¡oh vosotros que anheláis por hablar la lengua de Cervantes! Si queréis pruebas, aquí sale por mí don Francisco de Quevedo.

La otra loca perenal
Piensa, cubierta de andrajos,
Que tiene mejores bajos,
Que la Capilla Real.

Los bajos de la Capilla Real son todo ese rico almacén que, bien aplanchado, la vuelve hermosa y elegante los días solemnes, cuando los devotos monarcas van a echar corazón humilde al pie de los altares: son los manteles con blondas de encaje de Flandes que cubren las aras; la blanca pelliz; el alba deslumbrante; el diminiuto lavabo. Todos éstos son los bajos de la Capilla Real, así como los tres o cuatro *fustanes* son los de las judías que nos quitan el juicio. ¿Este pillo los habrá contado? va a decir algún mojigato que sabe y no confiesa, o algún santurrón que a fuerza de fealdad y bobería no da noticia de estas cosas. No los he contado; mas sabemos todos por tradición que Clitemnestra se ponía desde luego enaguas de lienzo medianamente suave, hasta sobre la corva; en seguida unas de liencillo asargado con cordones azules gruesos como el dedo mayor, hasta la pantorrilla; después unas de anascote con vuelos de lo mismo, hasta la garganta del pie; y, en fin, unas de *grano de oro* circuidas de encaje hecho a mano de vieja de anteojos, la cual, por más señas, chupa tabaco y ayuna los cuarenta días. Estas últimas enaguas tienen el pri-

vilegio de mostrar las orejas al mundo, y estar oyendo los disparates con que los enamorados de profesión regalan a su dueña. Dicen los malsines que hasta ahora poco nuestras Cleopatras se echaban en lo más recóndito una cosa como pollera de un género como bayeta, la cual suele ser blanca, y algunas veces, para mayor condenación, amarilla. Quédanos el consuelo de que nosotros no hemos alcanzado esos feos tiempos, y de que nuestra inocencia no se hundiría, puesto caso que triunfase la serpiente, sino en abismos de inmaculado virgen lino.

Y nuestro ruso ¿dónde se halla? Tenemos especie de haberle visto en la Siberia septentrional, contemplando maravillado un objeto que está llenando sus ojos y su espíritu. Mas no pasaremos a tratar de él, antes de que hubiésemos concluído de vestir a la linda Aimatocare, camareros y gentiles hombres de esa princesa del monte; Aimatocare, serafín del reino animal, suspiro de poetisa consolidado por el céfiro que desciende por los nevados, bajando del arco iris. Las dos alas primeras, como queda dicho, eran de tul fino y transparente, blancas, puras como el alma de un niño de dos santos; las de encima, las principales, al contrario, eran el resumen de los colores y los resplandores juntos, revueltos en inextricable laberinto. Desde la simple línea recta hasta el círculo, obra maestra de la ciencia de Euclides, todas las figuras geométricas estaban allí. Paleta que manejara un ángel para pintar el cielo, las alas de Aimatocare contenían matices y tintes desconocidos para nosotros. La luz, en sus mil secretos con las materias colorantes, había formado un mundo reducido en la figura del insecto prodigioso. Del blanco al negro, pasando por todas las combinaciones, todos los colores hacían figura en esa frágil tela: azul oscuro, azul celeste: rojo subido, sangre de toro: verde vejiga, verde madroño: amarillo tostado, semejante al de las águilas americanas; amarillo claro, como el de las onzas godas: negro superfino: violado: púrpura de Melibea, de todo había, por menor, en esa arca de Noé de los colores, juguete admirable donde el sol estaba haciendo un nuevo milagro a cada rato. Si las alas blancas le servían de enaguas a la bella Aimatocare, las segundas eran como la casulla bordada de oro con que pontifica el arzobispo; o como el lati-

clave primoroso con que se ennoblecían los romanos en los grandes días de la libertad y los dioses. Aimatocare, tesoro de la ciencia, hubiera sido la corona del gran museo zoológico de Londres, el alma del Jardín de Plantas de París. Los dos naturalistas no hicieron mucho con haberse anonadado a puros ultrajes; debieron haberse rompido la cabeza. Antonio perdió el cetro del mundo y la vida juntamente por la reina de Egipto, esa bellaca digna del amor de Júpiter y de Julio César. El hijo de Sofronisco y Fenareta fué el más virtuoso de los griegos, Platón el más sabio, Diógenes el más pobre: Xenócrates, en mi humilde opinión, fué el más tonto de todos: el que no se ha suicidado siquiera dos veces por dos o tres mujeres, no alcanza ni mención honrosa en los Arrestos de Amor. Leandro y Diego Marsilla valen más que el hombre de mármol de la hermosa Lais.

Ahora venga de nuevo nuestro ruso Anthoskoff, el cual, si se ha llamado Ivon, será don Juan, pues habéis de saber que Ivon en lengua moscovita es Juan en castellano. Sucedió por casualidad que fuese 2 de enero el día en que el sabio llegó a la Siberia septentrional. Un océano de nieve se dilata a sus ojos: todo es albo y cristalino; mas si el viajero no estaba dejado del poder del sueño, no era otra cosa que un jardín real y positivo el que tenía por delante. Tallos erguidos, a un metro de altura, sustentan cada uno tres ricas flores en figura de estrella. Esta flor prodigiosa se compone de tres hojas: cinco son sus estambres: mil diamantes diminutos están brillando en sus extremos, diamantes como cabezas de alfiler, donde se mete el iris achicado adrede en culebritas como espíritus casi invisibles, y se mueve a modo de colibrí que no aquieta las alas ni un segundo. Estos diamantes pequeñuelos son la semilla de la planta, semilla que, regada en el Paraíso, hubiera dado una generación de ángeles animados del amor del mundo. Los estambres se entrelazan de mil maneras, y forman un inextricable tejido, que no es sino la red donde se queda presa la sabiduría. Bien así los pétalos como el tallo está propendiendo al Norte, reino de la nieve. Anthoskoff, medio despierto, medio en sueños, temblando de placer, se llega a una de esas plantas, la toca... Un montoncito de polvo luminoso cae debajo de su mano. La flor había sido de nieve, frágil y delicada

como quimera de felicidad que se desvanece al menor ruido. El sabio recogió con mucho trabajo una narigada de ese polvo, y lo guardó como si fuera la viva ceniza de la ciencia, reliquia que liberta de los maleficios de la ignorancia. Cuando volvió otro día a ese campo de azucenas fantásticas, todo había desaparecido: concurso de almas bien aventuradas tornaron a la gloria, después de haber cumplido algún piadoso objeto. La flor de nieve no se produce espontáneamente sino en la Siberia septentrional: rompe el hielo el primer día del año, vive dos más, y muere para doce meses. Anthoskoff, alborozado, feliz con su simiente divina, vuela a San Petersburgo y la siembra en una capa de hielo. La inquietud, el ansia con que esperó un año, no son para descritas. El 1.° de enero el emperador, su corte, la Academia de Ciencias, convidados por el naturalista para ese casto y puro alumbramiento, vieron con sus ojos que el alma de la nieve la había roto y se estaba presentando al mundo. El emperador le echó los brazos al cuello al sabio, y le agració en seguida con el título de conde. Mirad si una rústica flor de la Siberia no ennoblece tanto como la Rosa de oro del Vaticano, o como el Toisón que condecora a los nobles de primera clase. El naturalista Anthoskoff, hombre de humilde origen, es hoy conde Anthoskoff: sus hijos serán nobles desde la cuna y ornato del imperio.

DEL GENIO

I

GENIO E INGENIO

Hombres de ingenio, en Francia, son Luis Veuillot, Emilio de Girardín, Julio Verne: ¿acaso a éstos les aplican sus compatriotas el dictado de genios? Genios son Corneille, Racine, Molière; genios Bossuet, Fenelón, Mirabeau; genios Talma, la Rachel, la Malibrán. Mirad qué mundos entre los hombres de ingenio y los genios en la Gran Bretaña: sus oradores de mérito son muchos: ¿con cuál calificativo distinguís de ellos a lord Chatham, *el gran pechero,* ese que se las hubiera tenido tiesas a Demóstenes? Alfredo Tennyson es bardo de ingenio; pero no es el genio, como Byron. Y si a cualquier hábil almirante de los que gobiernan las flotas de la reina de los mares le ponéis en docena con el vencedor de Trafalgar, en vano se habrá levantado Nélson sobre todos los hijos del Océano y mirándolo para abajo, como si su tierra se hallara entre la nuestra y la bóveda celeste. Villeneuve, Gravina, don Cosme de Churraca son oficiales valientes y entendidos: Napoleón en tierra firme, Nélson en el teatro del agua eterna, son genios. Los hombres de ingenio abundan en Italia; los genios allí mismo son raros: entre los de nuestro siglo, no hay ninguno, si no es en la política el conde de Cavour; en las letras humanas, Manzoni mismo, ni por alto, alcanza las proporciones del genio; es hombre superior, eminente; pero no de la talla de Dante, el Ariosto, el Tasso. ¿Y qué atrevimiento es ese de robarle en Alemania a Goethe la mayor parte de sus grandiosas facultades llamándole ingenio a secas? Goethe es un genio, Schiller otro: Enrique Heine es hombre de ingenio, buen poeta. Si ni por notoria queréis apreciar esta diferencia en haciéndola yo, probad a disputarle a Horacio la verdad de ella, y

veamos cómo os tomáis con el padre de las humanidades. "No honréis, dice, con el hermoso título de genio sino al ingenio sublime que se expresa en noble y majestuosa manera (1)". El sublime, el sublime de Longino es requisito indispensable del genio. El ingenio puede ser modesto, humilde, y hasta bajo: el genio es sublime, siempre sublime; y sublimidad no existe sin grandioso atrevimiento, fuerza incontrastable, ímpetu irresistible. El ingenio es juicioso, tímido muchas veces: su vuelo no traslimita el espacio de una apocada sensatez: el genio se agita en una como demencia celestial, bate las alas impetuosamente y, encendidos los ojos, se dispara, bien como el rey de los aires desde la cumbre del Atlas, o como el nuncio de Dios atraviesa el universo cual meteoro divino. El genio, puesto sobre su trípode, levanta la frente al cielo, sacude la melena, devora el espacio con la vista y exclama: *Veni creator, spiritus.* El espíritu creador desciende sobre él, le ilumina, le posee, y ese mortal divinizado por esa temible visita echa afuera torrentes de inteligencia en forma de poemas, templos, óperas, estatuas, cuadros y batallas.

Para que estas cosas sean grandes, para que alcancen la admiración perpetua del mundo, y se estén allí expuestas en el museo universal como obras ante las cuales el deseo de imitación es osadía, preciso es, quién lo creyera, que en su seno lleven escondida la imperfección que nace del grano de locura que no puede faltarle al genio; ese grano de locura que el mismo Horacio exige como condimento de las obras de alta inspiración, y Séneca requiere aun en la filosofía. El grano de locura de Séneca y Horacio es la pimienta que comunica el mordicante delicioso, tan necesario para la lengua y el paladar civilizado; es la mostaza con que los europeos más descontentadizos dan fuerza y gusto formidable a sus manjares. Yo supongo que el ingenio pulido es leche, miel que recogéis en vuestro panal doméstico: el genio es vino fuerte, pero generoso, productor de embriagueces y devaneos celestiales; carne de león compuesta de manera que pase con agradable furor por el gargüero de sólida contextura, y el estómago bien templado la resista, sacando de ella las vísceras humanas esos jugos creadores de la potencia olímpica. El genio es Musa en-

(1) Sátiras.

furecida: el hombre de genio, si piensa, piensa con profundidad; si padece, padece con intención; si ora, ora con violencia, como la Magdalena: tira para el un lado, y se da contra el polo ártico; echa para el otro, y se estrella contra el antártico: se levanta, y rompe con la cabeza el firmamento; desciende, y cae en el centro de las tinieblas. El genio es loco; empero de su locura corre la sabiduría en raudales que bañan e iluminan la tierra. Ingenio no es sino inteligencia aguda; genio es facultad múltiple, compuesta de facultades muchas y muy grandes. El carácter entra en el genio; el ingenio no necesita de él: valor, audacia, don de profecía, entendimiento excelso, voluntad poderosa, sensibilidad exquisita, ímpetu, orgullo, tesón, partes del genio: incompleto sería éste si le faltasen las principales. Sin audacia, no acometiera las obras que acomete: sin valor, su audacia fuera alevosía. Sin don profético, sus aciertos fueran acasos; sus vaticinios, fallidos casi siempre. Sin elevado entendimiento, no anduviera recogiendo por el mundo su gran caudal de ideas. Sin fuerte voluntad, le faltara empuje: sin tesón, nada concluyera. Sin sensibilidad extraordinaria, no sintiera esas cosas que siente, tan terribles unas veces, tan agradables otras. Sin orgullo, no mirara de hito en hito al sol, como el águila; no sacudiera la greña en majestuosa fiereza, como el león: el genio es león, águila, tórtola apasionada, viento encendido del desierto, tempestad del océano, sensitiva que se encoge y oculta al menor ruido de la atmósfera, volcán que vomita fuego, trueno que revienta y va rodando del un extremo al otro de la bóveda celeste. ¿Le convienen al ingenio por ventura estas grandezas?

En el genio hay mucho de irregular y salvaje: mirad esta colina que parece redondeada por mano del hombre: sus derrames bajan hasta el prado en suave declivio: su comba alrededor semeja los abultamientos excitadores de la mujer hermosa. Cubierta está de verde hierba, de entre la cual brotan a salto de mata florecitas de colores varios, amarillas, azules y purpúreas. Un toro negro, lucio, con su cara de braveza apacible, va subiendo mugiendo lentamente: allá en la cumbre está una vaca pintada, la cual tiene con él sus primeros amores. Doy que al pie de esta culta prominencia corra un arroyo saltando por entre guijos blancos, cubiertas sus orillas de reta-

mas odoríferas; esta colina agraciada, elegante, voluptuosa si gustáis, es el ingenio. Todo es regular y fácil en ella: ni ásperas quiebras, ni bravíos torrentes, ni hayas gigantescas, ni bóreas desencadenados. Ahora ved en la cordillera cómo arranca para arriba esa montaña, rompiendo las nubes que le ponen sitio, y muestra por sobre ellas la frente luminosa! Desde sus faldas principia la aspereza que la vuelve inaccesible; romped por esas breñas: he allí esa grieta profunda en cuyo fondo obscuro se pierde la vista intimidada: el buitre está sentado sobre una piedra grande como una casa, que parece a punto de rodar al abismo: la paja silvestre gime en brazos del viento, víctima de esas caricias heladas con que intenta seducirla y esa fuerza con que la está arrastrando eternamente hacia un teatro desconocido de placeres funestos. Allá, a la distancia, un raudal estrepitoso se desprende por entre quemados pedernales y cae, como las aguas del Aqueronte en las quebradas del Averno. Subid, subid la vista: una banda de nubes le ciñe la cintura, cual si la montaña fuera el monarca de la naturaleza; más arriba, capricho de las cosas, esa reina de la sierra muestra la frente, y los rayos del sol en el ocaso la coronan de luz, llegando a ella en largos chorros horizontales. Este es el genio.

II

EL VIEJO HOMERO

Un anciano está bajando a tientas por un cerro del Atica apoyado en un bordón: paso entre paso, en una hora no ha descendido diez toesas. Cada guijo un tropezón, cada hoyo una caída. Ni un perro le guía al infelice, porque es ciego tan desgraciado que el lazarillo fuera en él boato reprensible. Por dicha le importa poco que el sol se ponga: oriente y occidente, mañana y tarde, día y noche, todo es lo mismo para él; sus ojos duermen a la luz, y él anda por el mundo a tientas paredes, hijo de las sombras, cuyo seno conmueve con dolorosos suspiros. Llegó por fin a la ciudad: palpando las murallas, cerca de una tienda, supo que estaba donde

oídos humanos pudieran reconocer la presencia de un hambriento, sediento y desnudo, y levantó la voz y cantó un fragmento de poema. ¡El ciego! exclaman adentro; el ciego de la montaña ha venido! Pide pan en nombre de sus héroes; démoselo en nombre de los dioses: Homero es una bendición en todas partes. Y una mujer caritativa sale, toma al viejo, le entra en su tienda, le da de comer y le abriga con sus propias mantas. Al otro día el ciego besó la mano a su bienhechora, se despidió y se fué a cantar a otra puerta y pedir caridad en otra parte. Había trabajado cuando mozo; fué mercader, corrió mares, visitó puertos: el ciego había sudado la santa gota de la actividad humana, buscando la vida, combatiendo a la muerte, ganando terreno sobre la miseria: fuerza intelectual, fuerza moral, fuerza física estuvieron en continuo movimiento en esa persona dotada de todas las fuerzas; y sin embargo la desgracia, andando sobre él, bien como tigre que se aferra sobre el elefante, le siguió y le devoró sin consumirlo muchos años. Ese antiguo estaba en la última vida como Job: por la inteligencia, la sensibilidad, la virtud y las desgracias, iba a entrar en la categoría de los entes superiores, después de haber vivido siglos en mil formas.

¿Quién negará el influjo de una divinidad recóndita sobre ciertos individuos providenciales? Ni el talento, ni la habilidad, ni el trabajo pueden nada contra su suerte; suerte negra, en cuyos laboratorios no se destilan sino lágrimas para los predilectos de la naturaleza, y vino de Chipre y ambrosía para los hijos de la fortuna.

III

BENVENUTO CELLINI

Había en otro tiempo en Florencia un poeta que hacía epopeyas de bronce y de plata; epopeyas que viven aún en los museos de esa ciudad, primera entre las más famosas. Cada figurilla de metal de las de Benvenuto Cellini es un canto de poema, si ya no la saboreamos como suave madrigal que encierra en sus entrañas

la flor de los panales del monte Hibla. Los que viajáis por la Toscana, llegaos al palacio Pitti y llamad a sus puertas: esa roca negra, escarpada, abrupta, es un palacio de los más espléndidos con que los Médicis enriquecieron la ciudad de su cuna. Allí, en los departamentos a pie llano, hay un museo sobre el cual habitaba el Gran Duque esas salas magníficas que hoy están desiertas: en ese museo topáis a cada instante con las obras de ese mágico que, volviendo cera entre sus dedos los metales, ha dado batallas en bronce, figurado entradas reales, coronaciones de pontífices y otras grandes escenas de la grande vida. Pasos mitológicos que os llenan de satisfacción: Citerea, desnudos brazos y piernas, está sonriendo con labios donde el amor da mil vueltas encantadas en forma de serpientes divinas: Cupido, pequeñito, gordo, crespo, una banda en los ojos, va, y dispara sobre una ninfa que cae herida de amor en el lecho del placer: las Gracias, en grupo seductor, cogidas unas con otras, se están contemplando cada cual su cuerpo, como para cubrir con la mirada su desnudez, de la cual, por otra parte, quedan satisfechas. Las Musas, coronadas de rosas, no tienen por qué agacharse avergonzadas, pues son inocentes, y no delinquen ni con la imaginación ante su reina y directora la inmaculada Vesta. Benvenuto Cellini, poeta de la piedra y el metal, tiene genio para el bajo relieve: el cincel de Miguel Angel, ese instrumento cargado de la inspiración grande, la inspiración épica con que desbasta un trozo de mármol de Carrara a golpes de cíclope y arranca de sus entrañas un profeta vivo; ese cincel sería el martillo de Encélado para el delicado labrador de figurillas celestiales.

INDICE

PÁGS.

INTRODUCCIÓN 3

De la belleza en el género humano

LA ADOLESCENCIA FEMENINA..... 5

EN LOS SERRALLOS..... 6

LA DESNUDEZ 11

La Flor de Nieve..... 15

Del Genio

GENIO É INGENIO 25

EL VIEJO HOMERO..... 28

BENVENUTO CELLINI 29

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

ANDRÉS TERZAGA

Líneas

EDICIONES MÍNIMAS
BUENOS AIRES
1916

Una nueva voz, clara, serena y armoniosa, pronúnciase ahora entre las voces más armoniosas, más serenas y más claras de América. Esa voz se manifiesta desde un recogido lugar de provincia, y es la expresión de un espíritu solitario y meditativo, maduro de graves y amables pensamientos. De ahí que, leyendo las prosas fragmentarias de Andrés Terzaga, —pues a él nos referimos—hallemos en cada oración la síntesis luminosa de un proceso mental certero y penetrante. Así, cada línea de sus LÍNEAS *es algo más que una simple sucesión de palabras... Y es así también como, siendo Andrés Terzaga un escritor,—un admirable escritor,— no es un profesional de las letras. Refugiado en su fortaleza interior, lejos de la vocinglería ramplona, él monologa calladamente sobre cosas humanas y sobre cosas divinas...*

La noche es la escuela de la muerte. Pizarrón de cifras milagrosas ante nuestra insaciable y legítima curiosidad, en ella empezamos por tantear, y concluímos por aprender, el a, b, c del gran misterio. Aparecen en ella, divinos e intangibles, colmando su ambiente, los "profesores" del porvenir, mientras la maga blanca llega con su paso que no hace ruido. Jamás hubo para ti, en la tierra, tales lecciones de esperanza, tales promesas de vida inmortal. Jamás maestro alguno dejara oir su voz en escenario parecido. Con la sabiduría, que da poderes, vas recibiendo el consuelo, que ayuda a bien morir.

Tiende la vista y aprecia el consuelo: la maravilla estelar, como recién surgida; el azul, esencia y síntesis de turquesas; la amplitud, seno y regazo superiores a los de tu madre; la hondura hacia arriba, escalera por donde suben los dioses; la vaguedad ideal de las nebulosas, lejanas como tu ensueño; el rumor pitagórico, apenas perceptible...

Baja a ti mismo y aprecia, ahora, el consuelo: sientes forrado de seda el pozo negro de tu alma; alguien, no sabes quién, te ha despojado del cuerpo; tus deseos son aladas espirales en la sombra; se te aclaran las ideas; tienes la intuición — aun la certeza — de que te ven y te oyen. Convertido en un sér de cristal, filtras una luz extraña, siéndote imposible ocultar nada.

Ya recibida la lección, insinuada fácilmente en tí por la ayuda del consuelo, te duermes sabiendo y creyendo, bajo la piedad vigilante de tu invisible maestro...

Leo de nuevo el "Quijote", y se despiertan en mí, para redimirme de las ruindades diarias, la buena risa, la piedad, la ternura, el fervor, el respeto, — un inmenso respeto. Me colma no sé qué loco orgullo de raza; me visto de no sé qué loca dignidad; reparto perdones y bienes y castigo injusticias; me armo caballero bajo los milagrosos cielos de florecidos silencios; idealizo mi dama hasta la levedad del suspiro, y me siento capaz de orar y bendecir; me parece rescatadora la brutalidad irreflexiva de mi lanza; me creo con la boca anciana de consejos; hago de mis sueños llanuras manchegas, y de cada pensamiento una temeraria aventura, y de cada sombra un gigante a quien matar; me empurpuro de entusiasmo y me solemnizo de tristeza; alargo mi mano, lirio de seda, para acariciar la cabeza de Sancho, ese mal filósofo de buena entraña; lo doy todo: bienes y corazón. Y ya concluída mi aventura, que fué honor y justicia, y mi deber, que fué resignación y fué amor, me voy lejos, muy lejos, a mi patria, a descansar. Me voy convertido en un par de alas, en un trasunto de nube, en un cuerpecito de pluma, en una columnita de éter, en un temblor de rezo...

Era en mi infancia, durante un crepúsculo pampeano y bajo un cielo altísimo. Las lejanas sierras, de un violeta casi negro, compacto, dibujaban la línea de sus cumbres en la palidez del poniente. Se abrían en el silencio las primeras estrellas...

—Sí, niño; es bien cierto lo que le digo.

—¡Ay, qué miedo! ¿Y cómo no se caen?

—Es que se acomodan de lo lindo, los pícaros!

Don Rosario, un criollo de setenta años, el hombre de confianza de "las casas", me contaba, pegado el pucho a la comisura de los labios, que los cisnes viajan llevando su cría sobre el lomo.

El los había visto, en las grandes lagunas desamparadas del sur, remontar el vuelo con los pichones entre las alas. Yo me quedaba bobo, no pudiendo com-

prender que "los pícaros" no se matasen de un porrazo. Entonces don Rosario añadía, calmoso:

—¡Qué quiere, niño! Dios les da maña...

El cuento me quedó impreso para siempre, aromando, a través de los años, dolores y miserias; asociado en mi memoria a la figura de don Rosario y al recuerdo de aquel crepúsculo y aquellas sierras lejanas, estrechamente unido a la visión de una inefable, alada maternidad.

Muchas veces, al acordarme de tu alma, se me presenta claro ese cuento. Pienso en un cisne de vuelo infinito que, desde el fondo de los siglos, va hacia el Señor, cargado con las inocencias y las ternezas que han de salvarte: pichones que no ha podido matar la vida!

Tenemos maestros — ¡tantos! —que se pasan la vida enseñándonos a ignorar, y tenemos ignorancias que nos aleccionan y nos confortan como maestros.

He aquí una verdad muy común, pero muy saludable:

Pasamos la mitad de nuestra vida aprendiendo muchas cosas, y la otra mitad tratando en vano de comprender lo que aprendimos. La muerte nos sorprende convertidos en niños de primeras letras, encorvados sobre la primera cartilla: a, b, c...

El consuelo no sólo cae de manos cándidas...

Séate dado sentir la alegría de tu dolor y la alegría de tu silencio, y te dormirás tranquilo como los niños.

Vives monologando y resignado a monologar. Las respuestas de tus semejantes no son sino los ecos de tus propias palabras. En vano conversas, en vano lees, en vano meditas. Ni el amigo, ni el libro, ni las insinuaciones de tu cerebro, te enseñan nada. Eres una pobre boca parlante en presencia de los miles de bocas mudas de la naturaleza ambiente, que no se dignan contestarte. Te veo solitario y desnudo, portador de una carga imposible, superior a tus fuerzas. Te oigo clamar allá en el fondo de la noche, que es densa en el Génesis y que no concluye en el Apocalipsis...

A los dos lados del tren, yendo de viaje, miraba la pampa extenderse hasta la línea del horizonte. Y me acordé de nuestra alma, que es así, como esa pampa: una tierra abierta a todos los sembradores, bajo el eterno enigma del cielo; ofrecida al trabajo de todos los arados; removida por mil afanes. Y pensé que la misión de cosechar nos está reservada a nosotros solos, eligiendo a nuestro gusto la calidad del producto.

Al margen de "Ligeia", de Edgard Poe

...La vida no se detiene. Brilla "extrañamente" en otros rostros y otras horas y otros días que no sabemos; solivia las losas de las tumbas; llena ámbitos y espacios por sobre nuestras cabezas. Sólo las formas cambian. La "voluntad" de vivir es eterna! — gritan, en silencio, los ojos de Ligeia, luciendo en la cara espectral de Rówena. Y, en silencio, gritan su terror:

—La muerte tampoco se detiene!...

No hay beso de amor que equivalga al consuelo infundido en nosotros por un pensamiento puro.

Conozco el mal de que mueres, sé de lo que te reprochas: has sufrido tanto, que hoy permaneces indiferente ante el dolor ajeno, y en presencia de tus debilidades, vicios y errores, se atenúan los errores, vicios y debilidades de tus semejantes. Sin saber compadecer has llegado a perdonar, mas — ¡pobre de ti! — sin perdonarte a tí mismo.

El peligro del silencio no consiste en poner al hombre frente a frente de sí mismo, sino en hacerle creer que está solo; pero quienes saben o sienten que el silencio está lleno de hermanos — hermanos buenos y malos, como en el sol de la calle — esos tales no le temen. Se entregan o se ponen en guardia, exactamente lo mismo que ante grupos visibles y gesticulantes.

Una cabeza muy grande, un cuerpo muy pequeño, unos ojos de buho, un corazón seco y unas manos de cadáver: he ahí el análisis, — monstruo que mata la poesía y desconoce la madre.

No hay enfermedad más temible que la fiebre de confesión. Devora como el fuego, nos entrega maniatados a las pedradas públicas, y hace que saquemos a la puerta de calle el cajón de la basura...

Crecemos como el árbol: hacia abajo y hacia arriba. Como el árbol, nos perpetuamos en dos sentidos. Quieran tus ángeles — ¡oh hermano mío! — que seas un árbol creciendo siempre hacia arriba, desprendido en absoluto de la noche de tus raíces, de las gredas sin luz donde se clava tu instinto. Un árbol mara-

villoso que, zafándose del suelo, suba; suba llevando en la copa, cada vez más frondosa, el coro inocente de sus pájaros...

La razón cabe toda entera en la imaginación, como una provincia en un territorio. De la misma manera, la una no es más que parte de la otra. Razonar no es sino imaginar con método, trazar rectas y ángulos y recovecos en la imaginación. Razonar es bordar en esa tela, hacerse una casa en ese espacio.

De la primera nace la lógica: arma no siempre noble, moneda con la cual tratamos en el mundo de comprar la verdad... o de obscurecerla. De la segunda nace el celeste y terrible ensueño: ala y garra de espíritus, sabiduría de sabidurías, lobo de corazones. Y existe entre una y otra la diferencia que va de un peinado jardín a una selva virgen.

Tocar una cosa, o poseerla, es ya violarla. Pierde desde ese momento su virtud íntima para caer bajo el dominio de nuestra sensualidad. Debiera bastarnos el ojo para hacernos dueños y señores de mil formas y objetos. El espíritu de contemplación — aun en sus planos subalternos — es lo único que nos lleva a las posesiones puras. Los goces del tacto son propios de lujuriosos y ladrones.

La naturaleza no habla sino con quienes la entienden. En vano el hombre común aguzará el oído y se estrujará el cerebro en el afán de inquirirla. Será por siempre un niño temblando de miedo en las tinieblas. El diálogo sagrado y secreto, grave y sencillo, lo entabla la Esfinge con los hijos del silencio, — sus hijos; y en presencia de invisibles muchedumbres, — sus muchedumbres.

Entre varios que te escuchen siempre habrá un ingénuo dispuesto a recibir tu palabra, y un desconfiado dispuesto, de antemano, a rebatirla. El pri-

mero suele encontrar su igual en el discípulo ansioso de saber; el segundo en el sofista gustoso de complicar las ideas.

Todo es "necesidad" en el hombre, desde el amor hasta el odio. Eso es lo que no comprende la justicia, y de ahí que sus fallos resulten, casi siempre, palos de ciego.

Cuida de que tu optimismo no se torne demasiado rosa. Ser niño es bueno, pero ser hombre es mejor. A los cándidos se los almuerza el diablo.

Cuando la novia — esa nube — se disipa, llega, alucinante y proteiforme, la mujer. Quisiéramos, también, hacerla nube, vestirla de novia. Pero... ¡ya es tarde!

Nuestros amores no los bendice Dios. Los aconseja Ovidio y los relata Boccacio.

El hombre no se asusta de su sombra — proyección estéril — sino de algo más feo: huye de sí mismo como de una mala bestia. Esto lo comprende sin esfuerzo apenas se pone a meditar. Sus proyectos, sus pensamientos, sus sueños y esperanzas — lo mejor de él — tienden, en él, a sacarle de sí mismo. Existe el inconsciente miedo de la propia personalidad, así como existe aquel otro miedo que entra por los ojos. Sin las innumerables legiones de ángeles de la guarda, siempre inclinados sobre nosotros, la locura acaso fuera una ley general al servicio de los reyes de la noche...

La gloria ha sido impuesta siempre a los muchos por unos pocos. Los muchos no sabrían responder concretamente por qué se elevan estatuas a los grandes hombres, aunque aplaudan y finjan admirarse y comprender; y aquellos pocos que les imponen la gloria llegan más tarde, recién — a veces muy tarde — a convencerse de la verdadera grandeza del glorificado, si no sucede al revés... como suele suceder.

Los libros más claros, más demostrables, no suelen, frecuentemente, resultar los libros mejores. Hay una especie de innominado crepúsculo formando el supremo encanto, la sutil sabiduría, el misterio, el celeste peligro infundido por los fuertes y los sencillos Diríase el vaho que sube de las extrañas aguas subterráneas sondeadas por el escritor o el poeta, la atmósfera de una vida ignota, la muselina o gasa inasibles con que aparecen semivelados los entrevistos y fugitivos cuerpos de la belleza y la verdad. Santo hermetismo, remota luz de ensueño, penumbra lunar, alegría y pavor posibles acentuándose a medida que el ojo se torna más y más sabio. Excelente hermetismo, llave de las altas obras defendiéndolas del parecer común y del zarpazo de la crítica gruesa. Precioso hermetismo pregonando la insuficiencia de la palabra, la locura de lo concreto, lo inaccesible del ideal. De ello nos dan testimonio, entre otros, el nunca bien ponderado Emerson, cándido y casto, ave de esperanza que llevaba el alba prendida a las alas; Carlyle, religioso y grave ante los hombres-leyes, vivos y heroicos clarines de la divinidad; Maeterlinck, meditabundo señor incautado de las vertiginosas profundidades del Destino, navegante solitario en mar de almas...

Nadie como un buen lector comprensivo, sabe lo desacertado y lo pernicioso de eso que vulgarmente se llama crítica. Los jueces de las letras, a semejanza de los de la ley, se lo pasan en expedienteos y consultas para condenar o dejar en salvo exterioridades, haciendo caso omiso del hombre. En los tribunales de jus-

ticia se vela por el código; en los literarios por un eunuco: el buen gusto fraseológico. Si en los primeros hay falta de amor y desconocimiento respecto del prójimo, en los segundos la misma falta de amor y desconocimiento respecto de la obra a juzgarse. Un libro es un hijo, vale decir una entidad responsable, y por lo tanto superior al traje de palabras con el cual se muestra a nosotros. Son sus intenciones y la bondad de su sangre lo que debe ser juzgado. Son el "acto" y el "hecho" entrañados en el libro, las cosas que toda crítica debe poner de relieve, sin olvidar las virtudes cristianas del consejo falto de malevolencias.

La crítica actual, concretada a peritajes de sastrería, ha enfermado de retórica al escritor y al público que le lee. Pero hay algo más grave: el público digiere las monstruosidades más canallas en honor a la bella retórica. De cien lectores, no hay dos que sean capaces de comprender las obras-madres del genio; ni dos que se interesen por el espíritu-madre, religioso y filosófico, de la antigüedad.

Las pocas, firmes cabezas de estos últimos tiempos, han sido juzgadas por las palabras que dijeron y no por los amplios conceptos que meditaron. Es así como los grandes muertos viven cada día menos en la intimidad de los hombres, y los grandes vivos refugiados en el silencio de los muertos...

Los más empedernidos luchadores contra la retórica, concluyen por formarse una para su uso particular, tan perniciosa, en sus efectos, como la excluída; concluyen por caer y creer en lo mismo que combaten. Es una lucha peligrosa, de la cual es difícil salir con la "personalidad" incólume y aun con personalidad.

Tal ha pasado en nuestra América con cierto escritor argentino, retórico genial, gran luz ficticia; tal pasa, en la majada literaria, con poetitas "modernos". tan vacíos como vanos. Viven por y para la retórica. Son retórica ellos mismos, desde la copa del sombrero hasta la suela de los zapatos. Retórica es su concepto histérico, retórica es su musa cocotte que tiene la desvergüenza — ¡pintarrajeada! — de contar entre sus "maestros" al ingénuo y hondo Darío.

Desdichados quienes luchen por formas, por moldes, por modos de decir, pretextando una ilusoria independencia. Esos paran en modistos, en acomodadores de vidrieras. Jamás olvidaré, en mi insignificancia de ilustre desconocido, el precepto zolesco, precepto macho: "La cuestión no está en gustar o disgustar, sino en ser uno mismo." Y ser uno mismo equivale a mostrarse sincero, en el arte y en la vida, con los baches de sus lagunas y las luces de sus virtudes. No me hará cambiar de ruta la opinión del transeunte, así venga hecha flor de seda o golpe de puñal. Soy como Dios quiso que fuese y no puedo ni podría ser de otro modo. En el órgano de la naturaleza — en la vasta y compleja red de tubos del órgano de la naturaleza — represento un pequeño tubo y he de resignarme, a pesar de todo, fatalmente, a emitir "mi" sonido, "mi" voz. Pueril, inútil aflicción la mía si, predestinado para tenor, suspirase por el medio tono del barítono o la sombra trémula del bajo...

No temas ser como el agua. Prefiere, por lo contrario, imitarla. Ella te ofrece una gran lección. La inconstancia que viera en la onda el creador de "Hamlet", es — en cierto modo y aplicada a un fin estelar, — una sublime virtud. Adapta tu alma al seno de cada cosa, de cada hecho, de cada fenómeno, en lo que te ofrezcan de ley, de trascendente, de eterno. Penetra en el recinto de todos los dioses, derrámate por todos los rincones, llena todos los huecos, eleva la música de tu canto en todas las tinieblas. Sé atrevido. No te asemejes al señor Fulano de Tal, despensero que no conoce más viaje que el de la boca al vientre.

Considera todo lo que existe como un vaso en el cual has de volcarte hasta colmarlo. Sé agua viva, inteligente. Sé agua ansiosa. Que cada sol que muere te encuentre reposando en un lecho distinto, lejos, bien lejos de tu primer arranque...

"El hombre — te dice Emerson — es un río, cuya fuente está oculta." Y bien: no te quedes en el deseo de descubrirla, porque violarías un orden superior, retrocediendo. Río imposible, sea inacabable tu corriente. de tal modo que no encontrando ya en la tierra un

cauce propicio, lo halles en el aire, en el espacio, en las estrellas. Más allá aún; siempre más allá. Para quien quiere ser no existen límites.

Abandónate a las alas, mísero pájaro de duda y de remordimiento, pero sin abandonarte a tí mismo. Vuela rigiendo tu vuelo, pero sin detenerlo: y llegarás, encontrarás tu fuente. El punto de llegada te reserva — así te parezca devaneo — la clave del punto de partida, a la manera de cómo la madurez del fruto te muestra todo el trabajo de la raíz...

Muchas de las doncellas de Shakespeare, exceptuando, acaso, la romántica Julieta y alguna otra romántica, resultan muy poco virginales, muy poco inocentes para ser doncellas: mariposas de fantasía entre los quince y los diez y siete años. Hablan un lenguaje demasiado sabio y sentencioso, hasta retórico, impropio de flores intactas, de niñas ignorantes. Algunas bromean algo grueso; pregustan candentemente los abrazos; se incendian y afiebran ante la primer mirada del varón que les está predestinado; hacen proezas con suma facilidad; no suelen desconocer "in mente", ciertas posibilidades de la infamia, y de vez en cuando hasta las sacan a flote en sus conversaciones. Resulta extraño que Desdémona, casada, sea todavía más pura que Julieta, virgen. Porcia, la del "Mercader de Venecia", y Rosalinda, la de "Como gustéis" — vayan dos ejemplos — forman, no obstante sus buenas almas, un precioso par de víboras filósofas. Con mucha frecuencia eso es lo que hace la mayoría de las doncellas shakesperianas: filosofar, engañar con disquisiciones la premura ardorosa del sexo. Derrochan un ingenio poco común, poco real, difícil en la vida ordinaria femenina. Su suspicacia, sus impulsos, sus trampas, sus anhelos, son femeninos; su talento, no. Mitad mujeres, mitad pensadores, faldas con barbas: así se muestran a mis ojos las doncellas del inmenso dramaturgo. Lo impagable, en tales caracteres, es Shakespeare mismo, diciendo a cada paso cosas eternas, dejando caer palabras de hierro.

Shakespeare acaso aparezca de medio cuerpo en sus mujeres, por lo que respecta a la creación de figu-

ras "vivas". Verdaderas creaciones en tal sentido son, sí, sus hombres, moviéndose desorbitados dentro del destino; sintiendo obrar en sus espíritus el mundo de las leyes inexorables; asistiendo, hora por hora, al proceso de sus vidas. Dentro del crimen, pongo por caso, Macbeth es lo perfecto, lo completo, en tanto que su esposa resulta "defectuosamente" horrible en su frialdad calculadora y asáz helada para ser mujer, madre de varios hijos. Se siente que falta algo en esa figura. Se ve que esa figura queda en el terreno de las excepciones. Lady Macbeth es más una mujer de pesadilla que una mujer, y representa, en la tragedia, más a un agente de la fatalidad que a ella misma. En Otelo encontramos, también lo completo, lo perfecto. Desdémona, en cambio, no nos satisface mucho con su pasividad casi artificial y su falta de artes — ¡tan femeninas! — para defenderse de los celos de su marido, para endulzar y apaciguar un tanto las furias del moro. ¿Y no resulta "defectuosamente" casta, y bastante niña, esa mujer que se acuesta todas las noches con un hombre fogoso y que se deja matar como una oveja, sin siquiera el instinto de la defensa, y sabiendo que Dios y la razón están de su parte? ¿Por qué toda esa inocencia sin legítimas armas y toda esa ignorancia de brazos atados? ¿Por qué ha de obrar a sus anchas el asqueroso Yago?...

Hamlet es, asimismo, lo perfecto, lo completo: en su egoísmo, en su tormento, en su duda, en su inquietud, en su ociosidad, en su falta de fe, en su análisis, en su náusea de existir y comprender. Ofelia... Ofelia es única y tiene, al lado de tanta pena y tanta tiniebla realísimas, la consistencia de un suspiro.

Doncellas dadas a filosofar, más ingeniosas que recatadas, más virtuosas que inocentes, y esposas por lo general serviles, esclavas ignorantísimas de sus más naturales derechos, aunque consecuentemente puleras en sus deberes, hay no pocas en el teatro de Shakespeare, en mengua de la "vida" de ese teatro. La idea, la intención, en veces el símbolo del dramaturgo, en sus mujeres, son otra cosa y merecen el elogio y el himno de pluma menos literaria que la de este obscuro tragalibros.

Lo que me importa, en Shakespeare, por sobre sus caracteres, por sobre su conocimiento del corazón hu-

mano, es la eternidad de sus palabras, la libertad de la expresión, el inmenso soplo de destino que hay en su obra. Tal es la médula que la mantiene y la mantendrá en pie. Balzac ha creado figuras vivas tan grandes como las de Shakespeare, y algunas todavía mejores, todavía más vivas. Sus mujeres, precisamente, "viven" más que las mujeres shakesperianas. En el amplísimo poeta inglés, hasta los criados y los rústicos dicen cosas sublimes. El poderoso genio del autor, siempre rebasándose, mata un poco la acción "natural" de sus tipos, que ostentan, en sus palabras, cierto sostenido tono de discurso.

El animal humano — el desconfiado y perverso animal humano — culmina y brilla divinizado, casi, en la madre. Nos asombra tal desarrollo del instinto, tal madurez fructífera de la carne, tal sabiduría, tal conciencia del sexo redimiéndose, ahora, ante el hijo "parido con dolor"; abrazando, besando y presintiendo, ahora, con una pureza de fuego santo. Se olvidan los preliminares de la génesis allá en la alcoba, llena, acaso, de secretos inconfesables; se lustra y se dora el barro; se constela en plata estelar el espasmo al rojo blanco; llueven virtudes y bendiciones sobre las sienes de una mujer; se atenúan la hipocresía, el engaño, el adulterio; le crecen cándidas alas a la serpiente y se ilumina con una amorosa sonrisa la cara de la esfinge; se eleva un solo templo universal sobre cuya sola puerta de entrada hay escrita una sola palabra, — Madre; se nivelan los hombres para una misma, sola adoración; no se cree en la caída de semejante divinidad, y entonces el genial y el imbécil suelen fraternizar en un mismo prejuicio, atiborrarse de una misma ceguera. Todas las verdades pueden ser dichas, pueden ser gritadas, menos la verdad materna, que ha de vestirse, forzosamente, de verdad-emperatriz. La madre lo gobierna todo, lo rige todo. Desde su sexo, convertido en dios, acalla y desvía la conciencia de sus hijos.

¿Caben gloria y triunfo mayores en el perverso y desconfiado animal humano?...

Nada hay más difícil que mostrar a los viciosos el horror de sus vicios. Nos hacen pedazos nuestras virtudes mendigas armados de una lógica implacable. Nos sacan al rostro las vergüenzas que tenemos buen cuidado de ocultar. De consejeros resultamos aconsejados y de jueces nos convertimos en reos.

Siempre leo lo mismo en los distraídos ojos de los hombres:

—¿Cuándo, Dios nuestro, nos darás a descifrar tu clave? ¿En qué día del tiempo infinito aprenderán tus hijos a estar alegres?...

Simplezas, simplezas y más simplezas: desde las paradojas del genio hasta las razones del labriego. Las primeras son simplezas hondas. Las segundas, simplezas pandas. En un mundo donde nadie tiene la seguridad de nada, todas las cuestiones se reducen a metro más o metro menos...

Vivir imaginando es vivir degollado. La cabeza separada del cuerpo, vuela convertida en un enorme pájaro: pobre pájaro enorme y absurdo engañado por cuatro reflejos. ¿Qué me traes al volver a tu sitio, pájaro absurdo y enorme? ¿Tus cuatro reflejos? Ellos te engañaron, se quedaron allá...

Tú no me traes nada, pájaro enorme y absurdo. Mi pequeña lámpara me da, sí, más luz que tus cuatro reflejos, que el recuerdo de tus cuatro reflejos.

No obstante sé que me dejarás degollado una y mil veces más, pobre pájaro absurdo y enorme.

(¿Dónde está el asesino?...)

Se cuenta que el mar, uno por uno y en virtud de una ley, saca todos sus granos de arena a la playa para que tomen el sol. Las razas hacen lo mismo con las divinas arenas del alma. Siglo por siglo, año por año, grano por grano, las van revelando a los curiosos ojos de los hombres. Sobre la playa del Tiempo, cuando el hermano Caín sea un ángel, no habrá aguas que oculten los infinitos, milagrosos granos de arena que hoy reposan en el fondo de nosotros.

Bendita, santa tristeza! Eres un crepúsculo que me esclareces. En tu penumbra aumento de volumen... y florezco, a semejanza del cielo cuando se ha puesto el sol.

Veo arder ese leño y se me ocurre que esa llama, despertada por mis manos hace un instante, es una de las infinitas formas del alma. Queda luego un poco de ceniza, un cadáver. Sí, un cadáver...

Sabiendo que todo vive, que en lo menos significativo existe "un algo" pugnando por ascender, creo, con mi acto, haber libertado al leño. Así libertará Dios el fuego que, prisionero, arde en mí...

Hay quienes, revestidos de la más alta autoridad, enseñan que una palabra maldiciente no muere nunca, como tampoco muere una palabra de amor, y que a través del tiempo y del espacio recibimos eternamente su influjo malo o bueno.

Ya lo sabes: no hagas mal uso de tus palabras...

Procura, en tu silencio nocturno, cuando te halles frente a frente de ti mismo, no traicionarte, no pensar mal, no ser insincero, pues ante la mirada de

la Sombra — que es la Luz — no te valen disfraces, encontrándote desnudo, tornándose de cristal las cuatro paredes de tu cuarto.

Sé bueno, sé resignado ante el sufrimiento y te nacerán alas aunque tú no las sientas crecer, y ascenderás aun sin quererlo tú mismo.

Aprende en tu soledad a "sentir" la suprema Presencia, — esa desde donde te llegan los grandes pensamientos, las videncias y las certezas.

Toda la mujer, incluyendo el sexo, reside en sus ojos. Mejor dicho: en la mirada, en aquella luz dulce o terrible, pálida o ardiente, bienhechora o mortal, que la poseedora parece aumentar o disminuir a voluntad en un juego misterioso; en aquella mirada que la inunda de pies a cabeza envolviéndola en un velo sutilísimo. Nadie sabe la postergación o el ascenso que allí le espera, el alba o la noche que perpetuarán su ángel o su bestia.

En presencia de una mujer hermosa nos invade a menudo algo como un vago temor. Es un sentimiento indefinible el que se posesiona de nosotros en su presencia: repulsión instintiva, poniéndonos en guardia ante lo desconocido que hay en ella; atracción animal, casi pregustando los deleites de un posible ayuntamiento; admiración de artista por el arco inefable de las cejas, o por la noble recta de la nariz, o por la gallardía del busto, o por lo diminuto del pie...

Recuerdo muchas lecturas, muchos autores, muchas sugestiones. Recuerdo unos ojos inmensos y asesinos, negros de toda negrura, por los cuales me sentí hombre. Pienso en el pobre Maupassant: "la mujer, con los brazos tendidos y la boca entreabierta, es un cepo donde se precipita el hombre." Pienso en Schopenhauer — tan calumniado como mal comprendido — y en Heine y en Nietzsche y en una conversación de Alma-

fuerte. Pienso, sobre todo, en los Padres de la Iglesia, que son, a mi juicio, los que supieron ver mejor a la mujer...

Te llama el Arte, o la Belleza? ¿Deseas producirla para consuelo u enseñanza, para domesticar la bestia brava que vive en el fondo del instinto? ¿Deseas para tu arte o tu belleza las virtudes del agua y del pan?... Pues vuelca en la palabra el ritmo de tu sangre, tu heroica intención de amor; refleja en ella el azul estrellado de tu pensamiento sin anhelar la gloria, — esa gloria que aquí en la tierra no va nunca más allá del mármol de su estatua...

Entre aquello de echarme a volar, así sea en delirio, y esto otro de vivir encorvado sobre mí mismo, comiéndome las entrañas, mi elección por lo primero es decisiva: echarme a volar. Dicho queda que prefiero la imaginación al pensamiento, y que no habiendo alcanzado la serenidad del filósofo, arrostro la sonrisita irónica de quien presuma serlo. Mi preferencia — permitidme — es la de Goethe, que llegó hasta colocar la imaginación por sobre la misma santísima esperanza. Es ella la "materia prima" del Poeta, la aérea fuga de Pegaso, el regalo de los dioses, la escala de Jacob, toda armoniosa de alas angélicas, lo único verdaderamente celeste y creador que hay en el hombre, lo único que lo liberta. Lo demás camina o se arrastra en él, jadea o suda sangre...

Pensar es vivir bajo tierra, trabajando en posturas de suplicio, emporcados con la negrura del minero, armados de su piqueta que siempre encuentra lo mismo, alumbrados con su pobre lámpara que puede provocar la explosión del grisú, expuestos a la avalancha de las aguas... Semidesnudos, indefensos, en las tinieblas... ¡para que nos llamen escépticos y volterianos!

Beber espacio, pregustar el suspirado cielo, respirar infinito; ceñirse por corona, tal cual vez, un arco-iris; arder en la dorada sangre solar, madre de sangres, vestirse de azul, como el alto firmamento; escoltarse

con montes; abrirse el pecho para criadero de águilas; rimar y sufrir como un océano; despeñar truenos y niágaras con el músculo de la palabra; ser inasequible, ignoto y lejano como las nebulosas; suprimir las distancias y el tiempo; conocerlo todo antes de haberlo visto; dar intención a las sombras y hacer hablar las piedras; asumir el cuerpo y el alma de lo visto y lo soñado; ser racha en el viento, perfume en la flor, savia en la hierba, vago contorno en la nube; adaptarse a ángulo, triángulo y esfera, y sentirse por siempre un poliedro incircunscripto; escapar a todo peso y resistir a toda fuerza; hacer que hombres y cosas vengan, sumisos, a servir de arena, ladrillo y hierro para levantar palacios tan solemnes y constelados como la noche:—he ahí algo de lo muchísimo que nos ha sido dado por la sola aptitud de imaginar.

Ya es algo, me parece...

VOLTAIRE

A EDMUNDO MONTAGNE

I

Quien lee a Voltaire, asiste a una fiesta de risa y de maldad, dispuesta con mucho más ingenio que genio, y tiembla por su flora celeste ante la amenaza de aquellas manos prontas a segarla. Disciplinas o ideales cimentados en lo metafísico y lo abstracto, sueños realizables en un plano superior al de la existencia ordinaria, luchas por rasgar el velo que nos oculta el secreto de causas y principios, fervorosos anhelos del más allá... ¡ay de todo ello cuando cae bajo el hacha jacobina de su pluma!

Voltaire es un ciego en el palacio del alma. En vano invoca la presencia de su dueño: él no se muestra a los astutos, ni a los maliciosos, ni a los sordos. No se penetra en tan sagrado lugar "razonando", así sea de un modo admirable, ni es la indigente argumentación del sentido común el arma propicia para conquistar sus tesoros. De ahí que el filósofo que llenara el siglo

XVIII, fuera toda su vida un deísta a obscuras, amarrado, en su vejez, al suplicio de la duda y al regocijo poco noble de la sátira.

El autor del "Cándido" no monta en Pegaso; teme caerse de las estrellas. Pasea su célebre sonrisa jinete en un mulo sagaz que ha aprendido dialéctica. Reconozcamos, no obstante, que no es tiempo perdido el empleado en leerle. Trátase de un "sabio" hecho a prueba de amarguras, con un conocimiento grandísimo del mundo y de los hombres, vale decir: con un grandísimo conocimiento de la ruindad y la miseria humanas, pero incapaz de comprender lo eterno que alienta en los profetas y en los Libros Santos. Espíritu sin intuiciones, alicorto para los altos vuelos por sobre la vida, asaz concreto, frío, exento de tonos y matices, siempre a flor de asunto, resulta bajamente vulgar cuando pretende burlarse de ciertas cosas...

Apenas si hay algo que le apasione de una manera profunda. Muéstrase cobarde ante el misterio, socarrón y malo para con lo que no entiende. Tiene, sí, de vez en cuando un chispazo divino, mas se apaga al renglón siguiente. Es una piqueta en lo tambaleante, un demoledor de ruinas. Jamás lo hubiera sido de murallas enteras, firmes. ¡Desgraciado el débil a quien cautive la lógica volteriana!

II

La Iglesia estuvo muy puesta en razón al combatirle tan encarnizadamente, pues Voltaire es un enemigo terrible. Embaucadores, escribas, mercaderes y fariseos, concluyen por dejar en manos del filósofo la máscara tras la cual ofician, siendo, por otra parte, de la índole de su pensamiento, ese su empeño tenaz en mostrar de los sepulcros blanqueados sólo la gusanera interior. La farsa monstruosa de los antiguos papas, tan duchos en crímenes como en teología; las depredaciones de los reyes, tanto más voraces cuanto más insaciables; los privilegios absurdos de los grandes señores, aliados naturales de toda injusticia; la vanidad rotosa y mendigante — aunque bien compuesta

y soberbia — de poetas sin estro y escritores sin letras; la envidia malhumorada y tuberculosa de zoilos y aristarcos... recibieron, pegado sin asco, el latigazo de Voltaire.

III

A pesar de su ceguera respecto de lo dual en la naturaleza, de su irreverencia para con lo que ni siente ni comprende, el filósofo nos resulta simpático, atrayente, honrado, y nos hace reir. Había un clown imponderable en ese hombre agrio y acaso triste. No creemos en el dictado de "alegre", que le diera Schopenhaüer.

Con todo, Voltaire ha servido a Dios quizá no dándose cuenta él mismo, como en nuestros días lo ha servido Nietzsche, quien se llama a sí mismo — en cierto prólogo profundamente doloroso — "abogado del diablo". Más alta que las más altas montañas, más alta que las estrellas, más alta aún que nuestra esperanza, hay una línea en la cual cabe Marat al lado de San Francisco de Asís...

LAS PALABRAS

I

Jamás pronunciarás "tristeza", o "misericordia", con el mismo tono con que pronuncias "infamia", o "serpiente"; y es porque las palabras, como las personas, te muestran una fisonomía, un gesto y una intención. Las hay en extremo simpáticas; las hay odiosas y que te causan miedo.

II

En tu viaje de siglos, tú no has creado las palabras. No has hecho más que descubrirlas y recogerlas a medida que fuiste avanzando. Ellas son espíritus nacidos a la par del mundo.

III

¿Nunca te paraste, meditando, ante esos raros, misteriosos espíritus? No te hablo solamente de cuando

las sientes pronunciar, envueltas en la música propia de la voz que las emite: certeza de tu oído. Me refiero también a sus "cuerpos" estampados en el papel, inagotables de elocuencia en su mudez: certeza de tus ojos.

IV

La fatalidad de la cual dependen las palabras, está por encima de esa otra fatalidad a que obedecen el mar y la mosca.

V

Nombras una cosa. La cosa es, en cierto modo, la cara, lo exterior. Su nombre es su alma, o, al menos, la aproximación a su alma.

VI

Las cosas te ofrecen su alma al ofrecerte la palabra.

VII

La palabra tiene, lo mismo que la cosa, su faz doble. No en vano los hombres de leyes te hablan del espíritu de la ley. No te quedes en la ley: penetra en su espíritu...

VIII

Nunca alabarás suficientemente al alfabeto. El te ayuda a balbucir el alfabeto de los mundos.

IX

Todo cabe en el a, b, c,...

X

Yo sé que tu mejor recuerdo no lo forma tu primera novia — primer turbio dolor — sino la última cartilla que garabateaste en la escuela.

XI

Un libro — aun el más banal — es una urna de signos vivos, que hablan, gesticulan, lloran o cantan, a la primera vuelta de hoja. Cierras el libro... ¿y qué? Ellos siguen allí mismo, viviendo con vida propia y profunda, independizados de toda tutela, de la mente que los ordenó, de la mano que les puso una firma.

XII

Un libro de amor, o de esperanza, es superior, muy superior a tu estrellita predilecta:—pobre estrellita bruta que te sonríe y te llama, cuando, en las noches, abres tu postigo.

XIII

Las palabras de la carta de tu madre, de tu amigo, de tu hijo, te orean la frente con una brisa celeste. Tus afectos salen a la puerta, como a la espera de alguien, en tanto que unas campanitas humildes repican gozosas en tu corazón, vistiéndote de aldeano despreocupado en un día de la Virgen. ¿Qué ha motivado tan buen acontecimiento? ¿Por qué todo ese azul, y todo ese oro, y todas esas estrellas? Muy poca cosa, en apariencia. Al llegar el cartero te dejó un pedazo de papel, lleno de signos pequeñitos, o gruesos, o estirados, que se expresaban maravillosamente.

XIV

Hoy he llorado y he reído con aquellas lágrimas y aquella risa que tuve siendo niño. ¡Eran tan buenas, tan altas tus palabras!

XV

De esa página veo levantarse, mientras la leo, una espiral toda alas. De esa otra, una fila de bestias terribles que vienen a devorarme el corazón:—recta negra que se me clava como una flecha!

XVI

Hay, pues, palabras-ángeles y hay palabras-demonios.

XVII

—"¡No me hables así! ¡Tus palabras me hacen daño!"

—"¡Háblame así! ¡Cuánto bien me producen tus palabras!"

Esas exclamaciones de tu prójimo te advierten todo el poder de las palabras, la manera cómo debes usarlas, y, lo que es mejor, el alma que atestiguan.

XVIII

Tu dolor, tu esperanza y tu sueño están poblados de palabras. Aprende a "sentirlas" para que puedas pronunciarlas.

XIX

"Su silencio era elocuente"...

¿Quién, casi tan elocuente como aquel silencio, fué el primero que asió esa frase? Ni lo sabes, ni lo sé; pero tus manos y las mías han trabajado juntas para fabricarle un arco de triunfo,

XX

No creas que el grito y el rugido, porque se nombren grito y rugido, dejen de ser "palabras". Al rechazar la teoría cartesiana respecto a los animales, abriste, en lo moderno, una puerta divina.

XXI

El aullido de un perro, bajo la luna, es tan expresivo y tan triste como tu más triste y expresiva elegía; y la selva, al despertarse, tiene clarines más puros que esos de tu himno.

XXII

El canario que hace la felicidad de tu hermanita, que corona sus bucles de musical transparencia, ¿no te enseñó nunca, mientras cantaba, el anhelo celeste de la palabra?

XXIII

¿No oíste, a veces, levantarse de la piedra una voz sorda, que te decía:—Yo simulo la inercia?...

XXIV

Cuando escucho, por las mañanas, la diana del gallo, me parece que el sol la recibe y la comprende.

XXV

Todo habla, todo tiene su palabra. En el universo no hay nada inexpresivo; pero tampoco hay sér, ni cosa, que se exprese con tu consciente deseo y clarovidencia.

Además de descubrir y recoger "tu" palabra, has descubierto y recogido la palabra de los seres y de las cosas.

XXVI

Asistes, diariamente, al murmullo de una infinita oración: columna espiritual, ascendente columna hecha con todas las formas de la palabra: voz del hombre y voz del mar, de la tierra y del viento, del cielo y de la bestia.

XXVII

Con sólo una palabra me coronas, y me hundes con sólo una palabra. Tu negación apaga el cielo a mis ojos. Tu asentimiento lo despliega en el más estupendo milagro de estrellas.

Admiro tu grandeza, hijo de Caín...

DIRECTORES:

ERNESTO MORALES Y LEOPOLDO DURÁN

VERSOS DE JOSÉ MARTÌ. INTRODVCCIONES DEL AVTOR Y NOTAS DE RVBÉN DARÍO.

EDICIONES MÍNIMAS.
BVENOS AIRES. MCMXIX.

José Martí (1853-95), el héroe cubano digno de un capítulo de Carlyle, era un gran poeta. Es acaso necesario recordarlo porque otros aspectos de su personalidad tan compleja han dejado en la penumbra su significación como tal. Nadie ignora que Martí decoró su vida con todas las excelencias del Hombre. Verbo y acción del movimiento que independizó a Cuba, sus obras y sus días alientan esa suprema esperanza que el prócer no vió cumplida, pues cayó acribillado de heridas en el encuentro de Dos Ríos, a los cuarenta y dos años de edad. Pero Martí, a pesar de encontrar la muerte en campos de batalla, no fué un soldado. Su mano, presta y fuerte para embridar "potros y hienas", era suave y graciosa ¡y cuánto más! en la actitud de sembrar y recoger rosas de pasión y ternura. Y es en esta última y grata tarea que descansó de sus "dolores injustos". Así escribió *Ismaelillo,* expansiones de blandura viril por el hijo; así sus *Versos Sencillos,* cancionero de amor y devocionario

de amistad; y así sus *Versos libres*, agudos como la espina y bellos como la rosa que aquella defiende. Durante los años 1881 - 89, publicó Martí extensos artículos en "La Nación", nuestro gran diario. La admiración piadosa de su amigo Gonzalo de Quesada ha recogido y compilado en volúmenes esos artículos y otros, a los cuales deben sumarse versos, cartas, memorias y discursos. Su prosa es inconfundible por las cualidades que acusa: períodos vibrantes y rítmicos, encadenados de metáforas y torbellinados de pensamientos. Si nos referimos a su poesía, repitamos que fué un precursor de las tendencias modernas, pues lo dijo Darío y él supo lo que dijo.

ISMAELILLO [1]

(1882)

Hijo:

Espantado de todo, me refugio en tí.

Tengo fe en el mejoramiento humano, en la vida futura, en la utilidad de la virtud, y en tí.

Si alguien te dice que estas páginas se parecen a otras páginas, díles que te amo demasiado para profanarte así. Tal como aquí te pinto, tal te han visto mis ojos. Con esos arreos de gala te me has aparecido. Cuando he cesado de verte en una forma, he cesado de pintarte. Esos riachuelos han pasado por mi corazón.

¡Lleguen al tuyo!

---

(1) Martí adoraba a su hijo Ismael, "Ismaelillo", y para él escribió este minúsculo devocionario lírico, un Arte de ser Padre, lleno de gracias sentimentales y de juegos poéticos. Diríase en veces el rey famoso que ha sido pintado con sus hijos a horcajadas. — *R. D.*

PRINCIPE ENANO (1)

PARA un príncipe enano
se hace esta fiesta.
Tiene guedejas rubias,
blandas guedejas;
por sobre el hombro blanco
luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
estrellas negras:
vuelan, brillan, palpitan,
relampaguean!
El para mí es corona,
almohada, espuela.
Mi mano, que así embrida
potros y hienas,
va, mansa y obediente,
donde él la lleva.
Si el ceño frunce, temo;
si se me queja,—
cual de mujer, mi rostro
nieve se trueca;
su sangre, pues, anima
mis flacas venas:

---

(1) El niño es todo para el poeta paternal: corona, almohada, espuela, esto es, triunfo, descanso, estímulo. El varón fuerte se deja gustoso dominar, como el león de Hugo, por el índice infantil. El puede ordenar lucha, vida o desmayo. Su voluntad es omnipotente. "Déjenme que la vida — a él, a él ofrezca!" El gran padre sueña, puede soñar tempestades, fieras terribles del desierto; pero siempre aparecerá ante su espíritu la imagen del infante... — *R. D.*

con su gozo mi sangre
se hincha, o se seca!
Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.
¡Venga mi caballero
por esta senda!
¡Entrese mi tirano
por esta cueva!
Tal es, cuando a mis ojos
su imagen llega,
cual si en lóbrego antro
pálida estrella,
con fulgores de ópalo,
todo vistiera.
A su paso la sombra
matices muestra,
como al Sol que las hiere
las nubes negras.
¡Heme ya, puesto en armas,
en la pelea!
Quiere el príncipe enano
que a luchar vuelva.
¡El para mí es corona,
almohada, espuela!
Y como el Sol, quebrando
las nubes negras,
en banda de colores
la sombra trueca,—
él, al tocarla, borda
en la onda espesa,
mi banda de batalla
roja y violeta.
¿Conque mi dueño quiere
que a vivir vuelva?
¡Venga mi caballero
por esta senda!
¡Entrese mi tirano
por esta cueva!
¡Déjenme que la vida
a él, a él ofrezca!
Para un príncipe enano
se hace esta fiesta.

BRAZOS FRAGANTES

Sé de brazos robustos,
blandos, fragantes;
y sé que cuando envuelven
el cuello frágil,
mi cuerpo, como rosa
besada, se abre,
y en su propio perfume
lánguido exhálase.
Ricas en sangre nueva
las sienes laten;
mueven las rojas plumas
internas aves;
sobre la piel, curtida
de humanos aires,
mariposas inquietas
sus alas baten;
savia de rosa enciende
las muertas carnes!—
Y yo doy los redondos
brazos fragantes,
por dos brazos menudos
que halarme saben,
y a mi pálido cuello
recios colgarse,
y de místicos lirios
collar labrarme!
¡Lejos de mí por siempre,
brazos fragantes!

PENACHOS VÍVIDOS

Como taza en que hierve
de transparente vino
en doradas burbujas
el generoso espíritu;

Como inquieto mar joven
del cauce nuevo henchido
rebosa, y por las playas
bulle y muere tranquilo;

Como manada alegre
de bellos potros vivos
que en la mañana clara
muestran su regocijo,
ora en carreras locas,
o en sonoros relinchos,
o sacudiendo al aire
el crinaje magnífico;—

Así mis pensamientos
rebosan en mí vívidos,
y en crespa espuma de oro
besan tus pies, sumisos,
o en fúlgidos penachos
de varios tintes ricos,
se mecen y se inclinan
cuando tú pasas—hijo!

SOBRE MI HOMBRO (1)

VED: sentado lo llevo
sobre mi hombro:
oculto va, y visible
para mí solo:
él me ciñe las sienes
con su redondo
brazo, cuando a las fieras
penas me postro:—
cuando el cabello hirsuto
yérguese y hosco,
cual de interna tormenta
símbolo torvo,
como un beso que vuela
siento en el tosco
cráneo: su mano amansa
el bridón loco!—
Cuando en medio del recio
camino lóbrego,
sonrío, y desmayado
del raro gozo,
la mano tiendo en busca
de amigo apoyo,—
es que un beso invisible
me da el hermoso
niño que va sentado
sobre mi hombro.

(1) Como Cristóbal, lleva el niño al hombro. Y uno piensa en el hijo del héroe troyano ante el casco crinado de su padre. — *R. D.*

VALLE LOZANO

DÍGAME mi labriego
cómo es que ha andado
en esta noche lóbrega
este hondo campo?
Dígame de qué flores
untó el arado,
que la tierra olorosa
trasciende a nardos?
Dígame de qué ríos
regó este prado,
que era un valle muy negro
y ora es lozano?
Otros, con dagas grandes
mi pecho araron:
pues ¿qué hierro es el tuyo
que no hace daño?
Y esto dije—y el niño
riendo me trajo
en sus dos manos blancas
un beso casto.

MI DESPENSERO

QUÉ me das? Chipre?
Yo no lo quiero:
ni rey de bolsa
ni posaderos
tienen del vino
que yo deseo:
ni es de cristales
de cristaleros
la dulce copa
en que lo bebo.
Mas está ausente
mi despensero,
y de otro vino
yo nunca bebo.

ROSILLA NUEVA

Traidor! Con qué arma de oro
me has cautivado?
Pues yo tengo coraża
de hierro áspero.
Hiela el dolor: el pecho
trueca en peñasco.

Y así como la nieve,
del Sol al blando
rayo, suelta el magnífico
manto plateado,
y salta en hilo alegre
al valle pálido,
y las rosillas nuevas
riega magnánimo;
así, guerrero fúlgido,
roto a tu paso,
humildoso y alegre
rueda el peñasco;
y cual lebrel sumiso
busca saltando
a la rosilla nueva
del valle pálido.

VERSOS SENCILLOS

(1891)

Mis amigos saben cómo se me salieron estos versos del corazón. Fué aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar, y revienta la ola, en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores.

¿Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando, y no mis encrespados *Versos Libres,* mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como

riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes? ¿Y mis *Versos Cubanos*, tan llenos de enojo, que están mejor donde no se les ve? ¿Y tanto pecado mío, escondido, y tanta prueba ingenua y rebelde de literatura? ¿Ni a qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito, o los gradúo y agrupo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos, cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa? Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad, algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez (1), y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.

Nueva York, 1891.

---

(1) La sencillez de Martí es de las cosas más difíciles, pues a ella no se llega sin potente dominio del verbo y muchos conocimientos. ¡Con decir que en determinados poemas el verso menor privado del consonante se ha creído en Francia recientemente invención y originalidad de tal notorio "unanimista"! El capricho del gran cubano, en rima y ordenación, es de lo más ordenado y de base clásica, y en señalados puntos, reminiscencia de sus relaciones con el parnaso inglés. Un profano, — y profanos ilustrados, que los hay, — confundiría tales redondillas con la manera de Campoamor, pongo por ejemplo; pero la personalidad se descubre en seguida por la comparación, por el inesperado adjetivo, por un hervor de tierra cálida y un relámpago que en seguida se revelan. — *R. D.*

I

Yo soy un hombre sincero
de donde crece la palma,
y antes de morirme quiero
echar mis versos del alma.

Yo vengo de todas partes,
y hacia todas partes voy:
arte soy entre las artes;
en los montes, monte soy.

Yo sé los nombres extraños
de las yerbas y las flores,
y de mortales engaños,
y de sublimes dolores.

Yo he visto en la noche oscura
llover sobre mi cabeza
los rayos de lumbre pura
de la divina belleza.

Alas nacer ví en los hombros
de las mujeres hermosas:
y salir de los escombros,
volando, las mariposas.

He visto vivir a un hombre
con el puñal al costado,
sin decir jamás el nombre
de aquella que lo ha matado.

Rápida, como un reflejo,
dos veces ví el alma, dos:

cuando murió el pobre viejo,
cuando ella me dijo adiós.

Temblé una vez—en la reja,
a la entrada de la viña,—
cuando la bárbara abeja
picó en la frente a mi niña.

Gocé una vez, de tal suerte
que gocé cual nunca:—cuando
la sentencia de mi muerte
leyó el alcaide llorando.

Oigo un suspiro, a través
de las tierras y la mar,
y no es un suspiro,—es
que mi hijo va a despertar.

Si dicen que del joyero
tome la joya mejor,
tomo a un amigo sincero
y pongo a un lado el amor.

Yo he visto al águila herida
volar al azul sereno,
y morir en su guarida
la víbora del veneno.

Yo sé bien que cuando el mundo
cede, lívido, al descanso,
sobre el silencio profundo
murmura el arroyo manso.

Yo he puesto la mano osada,
de horror y júbilo yerta,
sobre la estrella apagada
que cayó frente a mi puerta.

Oculto en mi pecho bravo
la pena que me lo hiere:
el hijo de un pueblo esclavo
vive por él, calla y muere.

Todo es hermoso y constante,
todo es música y razón,
y todo, como el diamante,
antes que luz es carbón.

Yo sé que el necio se entierra
con gran lujo y con gran llanto,—
y que no hay fruta en la tierra
como la del camposanto.

Callo, y entiendo, y me quito
la pompa del rimador:
cuelgo de un árbol marchito
mi muceta de doctor.

IV (1)

Yo visitaré anhelante
los rincones donde a solas
estuvimos yo y mi amante
retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
solos, con la compañía
de dos pájaros que vimos
meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,
en la pareja ligera,
deshizo los lirios rojos
que le dió la jardinera.

---

(1) El vasto patriota fué un formidable amante. Su lenguaje pasional no es el de los corrientes madrigales, sino el de la misma vida. La naturaleza es su cómplice. Las cosas más comunes le sirven poéticamente. Y narra en verso, con la sencillez de la prosa de los sucesos usuales; mas con cuánta emoción comunicativa. — *R. D.*

La madreselva olorosa
cogió con sus manos ella,
y una madama graciosa,
y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
abrirle su quitasol;
y ella me dijo: "¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el Sol!"

"Nunca más altos he visto
estos nobles robledales:
aquí debe estar el Cristo,
porque están las catedrales".

"Ya sé dónde ha de venir
mi niña a la comunión;
de blanco la he de vestir
con un gran sombrero alón".

Después, del calor al peso,
entramos por el camino,
y nos dábamos un beso
en cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
al lago mudo y helado:
clavaré la quilla triste:
posaré el remo callado!

V (1)

Si ves un monte de espumas,
es mi verso lo que ves:
mi verso es un monte, y es
un abanico de plumas.

(1) En la eclosión primero y en la reticencia después, ¿quién no mira la novela de amor dicha con modos filomélicos? Y luego,

Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor:
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido:
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
mi verso, breve y sincero,
es del vigor del acero
con que se funde la espada.

VIII

Yo tengo un amigo muerto
que suele venirme a ver:
mi amigo se sienta y canta;
canta en voz que ha de doler.

"En un ave de dos alas
bogo por el cielo azul:
un ala del ave es negra
otra de oro Caribú.

"El corazón es un loco
que no sabe de un color;
o es su amor de dos colores,
o dice que no es amor.

"Hay una loca más fiera

él encontrará lo que piensa de su vigor y de su gracia líricos, pues bien sabía, como todos los grandes conscientes, el valor de su verbo armonioso y melodioso: su dominación ideal y su ágil instinto de ave, según el instante águila o ruiseñor. — *R. D.*

que el corazón infeliz:
la que le chupó la sangre
y se echó luego a reir.

"Corazón que lleva rota
el ancla fiel del hogar,
va como barca perdida,
que no sabe a dónde va".

En cuanto llega a esta angustia
rompe el muerto a maldecir:
le amanso el cráneo: lo acuesto:
acuesto el muerto a dormir.

IX

QUIERO, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala, (1)
la que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos,
y las orlas de reseda
y de jazmín: la enterramos
en una caja de seda.

... Ella dió al desmemoriado
una almohadilla de olor:
él volvió, volvió casado:
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores,
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.

... Ella, por volverlo a ver,

(1) Señorita María García Granada. — (*N. de la D.*).

salió a verlo al mirador:
él volvió con su mujer:
ella se murió de amor.

Como de bronce candente
al beso de despedida
era su frente—¡la frente
que más he amado en mi vida!

... Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor:
dicen que murió de frío:
yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador:
¡nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor!

X

El alma trémula y sola
padece al anochecer:
hay baile; vamos a ver
la bailarina española.

Han hecho bien en quitar
el banderón de la acera;
porque si está la bandera,
no sé, yo no puedo entrar.

Ya llega la bailarina:

soberbia y pálida llega:
¿cómo dicen que es gallega?
Pues dicen mal: es divina.

Lleva un sombrero torero
y una capa carmesí:
¡lo mismo que un alelí
que se pusiese un sombrero!

Se ve, de paso, la ceja,
ceja de mora traidora:
y la mirada, de mora:
y como nieve la oreja.

Preludian, bajan la luz,
y sale en bata y mantón,
la virgen de la Asunción
bailando un baile andaluz.

Alza, retando, la frente;
crúzase al hombro la manta:
en arco el brazo levanta:
mueve despacio el pie ardiente.

Repica con los tacones
el tablado, zalamera,
como si la tabla fuera
tablado de corazones.

Y va el convite creciendo
en las llamas de los ojos,
y el manto de flecos rojos
se va en el aire meciendo.

Súbito, de un salto arranca:
húrtase, se quiebra, gira:
abre en dos la cachemira,
ofrece la bata blanca.

El cuerpo cede y ondea;
la boca abierta provoca;
es una rosa la boca:

lentamente taconea.

Recoge, de un débil giro,
el manto de flecos rojos:
se va, cerrando los ojos,
se va, como en un suspiro...

Baila muy bien la española,
es blanco y rojo el mantón:
¡vuelve, fosca, a su rincón
el alma trémula y sola!

XI (1)

Yo tengo un paje muy fiel
que me cuida y que me gruñe,
y al salir, me limpia y bruñe
mi corona de laurel.

Yo tengo un paje ejemplar
que no come, que no duerme,
y que se acurruca a verme
trabajar y sollozar.

Salgo, y el vil se desliza
y en mi bolsillo aparece;
vuelvo, y el terco me ofrece
una taza de ceniza.

Si duermo, al rayar el día
se sienta junto a mi cama:
si escribo, sangre derrama
mi paje en la escribanía.

Mi paje, hombre de respeto,

(1) Habla de su paje... Y torna entonces la apariencia de balada del norte. Se evoca el lápiz de Durero... — *R. D.*

al andar castañetea:
hiela mi paje, y chispea:
mi paje es un esqueleto.

XII (1)

En el bote iba remando
por el lago seductor,
con el sol que era oro puro
y en el alma más de un sol.

Y a mis pies ví de repente,
ofendido del hedor,
un pez muerto, un pez hediondo
en el bote remador.

XIII

Por donde abunda la malva
y da el camino un rodeo,
iba un ángel de paseo
con una cabeza calva.

Del castañar por la zona
la pareja se perdía:
la calva resplandecía
lo mismo que una corona.

Sonaba el hacha en lo espeso,
y cruzó un ave volando:
pero no se sabe cuándo
se dieron el primer beso.

(1) Hay antítesis huguescas. — *R. D.*

Era rubio el ángel; era
el de la calva radiosa,
como el tronco a que amorosa
se prende la enredadera.

XV (1)

Vino el médico amarillo
a darme su medicina,
con una mano cetrina
y la otra mano al bolsillo:
¡yo tengo allá en un rincón
un médico que no manca
con una mano muy blanca
y otra mano al corazón!

Viene, de blusa y casquete,
el grave del repostero,
a preguntarme si quiero
o Málaga o Pajarete:
¡díganle a la repostera
que ha tanto tiempo no he visto,
que me tenga un beso listo
al entrar la primavera!

(1) Esto es fino y sano y trasciende a rosas frescas. Así había de esos trozos floridos y llenos de sol puro en el alma de Martí. — *R. D.*

XVI (1)

En el alféizar calado
de la ventana moruna,
pálido como la luna,
medita un enamorado.

Pálida, en su canapé
de seda tórtola y roja,
Eva, callada, deshoja
una violeta en el te.

XVII

Es rubia: el cabello suelto
da más luz al ojo moro:
voy, desde entonces, envuelto
en un torbellino de oro.

La abeja estival que zumba
más ágil por la flor nueva,
no dice, como antes, "tumba":
"Eva" dice: todo es "Eva".

---

(1) Versos que pintan una pareja amorosa. Aparece una Eva, a quien pinta con hermosura y viste de maravilla. Ella anima la naturaleza y pone resplandor en todo.

Y lindos versos, más lindos versos, por dos alfileres de Eva; o por un instante de celos; o por el desencanto y creencia en el engaño femenino; o porque la ve en un salón de pintura. — *R. D.*

Bajo, en lo oscuro, al temido
raudal de la catarata:
¡y brilla el iris, tendido
sobre las hojas de plata!

Miro, ceñudo, la agreste
pompa del monte irritado:
¡y en el alma azul celeste
brota un jacinto rosado!

Voy, por el bosque, a paseo
a la laguna vecina:
y entre las ramas la veo,
y por el agua camina.

La serpiente del jardín
silba, escupe, y se resbala
por su agujero: el clarín
me tiende, trinando, el ala.

¡Arpa soy, salterio soy
donde vibra el Universo;
vengo del sol, y al sol voy:
soy el amor: soy el verso!

XVIII

El alfiler de Eva loca
es hecho del oro oscuro
que lo sacó un hombre puro
del corazón de una roca.

Un pájaro tentador
le trajo en el pico ayer
un relumbrante alfiler
de pasta y de similor.

Eva se prendió al oscuro

talle el diamante embustero:
y echó en el alfiletero
el alfiler de oro puro.

XXXI (1)

PARA modelo de un dios
el pintor lo envió a pedir:—
¡para eso no! ¡para ir,
patria, a servirte los dos!

Bien estará en la pintura
el hijo que amo y bendigo:—
¡mejor en la ceja oscura,
cara a cara al enemigo!

Es rubio, es fuerte, es garzón
de nobleza natural:
¡Hijo, por la luz natal!
¡Hijo, por el pabellón!

Vamos, pues, hijo viril:
vamos los dos: si yo muero,
me besas: si tú... ¡prefiero
verte muerto a verte vil!

---

(1) Es de una concisión, de un vigor, de una potencia poética en verdad admirables. El idioma se flexibiliza en la facilidad expresiva. Era aquél un lirio natural, y si su prosa contiene muy a menudo versos, por sus versos corren cristalinas y fluyentes linfas de prosa armoniosa. Y por todo, un estremecedor aliento romántico que anima doblemente lo real de la visión o del recuerdo. Así cuando rememora escenas de los tiempos de la esclavitud, él, que amó tanto a los pobres y bravos negros, dulces en la paz de los ingenios y terribles en los entreveros de las manigua. Pues en verdad, los mal pagados, ¡ay! por la fatalidad de su raza hicieron patria con su sangre, tanto o más que los libertadores blancos. Patria... esa es, sobre todo, la idea obsesora de Martí. Una patria que él soñaba en absoluto libre, y por la cual temía las invasiones de un amo nuevo... — *R. D.*

99

XXXIX (1)

Cultivo una rosa blanca,
en junio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo:
cultivo la rosa blanca.

XLIII (2)

Mucho, señora, daría
por tender sobre tu espalda
tu cabellera bravía,
tu cabellera de gualda:
despacio la tendería,
callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
baja lujoso el cabello,
lo mismo que una cortina

(1) Era generoso de contínuo. La amistad, para él, cosa sagrada. La infancia, cosa sagrada. — *R. D.*

(2) Su manera es clásica y castiza, y en algunos pasajes trae a la memoria los galantes y viejos layes y decires. — *R. D.*

que se levanta hacia el cuello.
La oreja es obra divina
de porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
por desenredar el nudo
de tu roja cabellera
sobre tu cuello desnudo:
muy despacio la esparciera,
hilo por hilo la abriera.

XLIV (1)

TIENE el leopardo un abrigo
en su monte seco y pardo:
yo tengo más que el leopardo,
porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,
la mushma en un cojinete
de arce del Japón: yo digo:
"No hay cojín como un amigo".

Tiene el conde su abolengo:
tiene la aurora el mendigo:
tiene ala el ave: ¡yo tengo
allá en México un amigo!

Tiene el señor presidente
un jardín con una fuente,
y un tesoro en oro y trigo:
tengo más, tengo un amigo.

---

(1) La amistad de nuevo, la amistad, que mira como un don celeste, la buena, la leal, la incomparable amistad, que sabía comprender y alabar el espíritu magno del emperador Marco Aurelio. — *R. D.*

XLV (1)

Sueño con claustros de mármol
donde en silencio divino
los héroes, de pie, reposan:
¡de noche, a la luz del alma,
hablo con ellos: de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: las manos
de piedra les beso: abren
los ojos de piedra: mueven
los labios de piedra: tiemblan
las barbas de piedra: empuñan
la espada de piedra: lloran:
¡vibra la espada en la vaina!
Mudo, les beso la mano.

Hablo con ellos, de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas: lloroso
me abrazo a un mármol: "Oh mármol,
dicen que beben tus hijos
su propia sangre en las copas
venenosas de sus dueños!
¡Que hablan la lengua podrida
de sus rufianes! Que comen
juntos el pan del oprobio
en la mesa ensangrentada!
Que pierden en lengua inútil
el último fuego! ¡Dicen,
oh mármol, mármol dormido,

(1) Todo es estupendo, el ritmo, las detenciones, las imágenes evocatorias, y el tema; se diría cosa de Beethoven. — *R. D.*

que ya se ha muerto tu raza!"

Echame en tierra de un bote
el héroe que abrazo: me ase
del cuello: barre la tierra
con mi cabeza: levanta
el brazo, ¡el brazo le luce
lo mismo que un sol!: resuena
la piedra: buscan el cinto
las manos blancas: del soclo
saltan los hombres de mármol!

VERSOS LIBRES [1]

(1882)

Estos son mis versos. Son como son. A nadie los pedí prestados. Mientras no pude encerrar íntegras mis visiones en una forma adecuada a ellas, dejé volar mis visiones: oh, cuánto áureo amigo que ya nunca ha vuelto! Pero la poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Recortar versos también sé, pero no quiero. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo, y al envainarla en el Sol, se rompe en alas.

Tajos son éstos de mis propias entrañas—mis guerreros.—Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, recompuesto, de la mente; sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida.

No surcí de éste y aquél, sino sajé en mí mismo.

---

(1) Y ahora entran sus *Versos libres*, — en el cual título creo que Martí quiso jugar con el vocablo. Versos libres, es decir, los versos blancos castellanos, sin consonancia, que generalmente se han prestado a bizarrías clásicas, en los Moratines, en los Nuñez de Arce, o en los Menéndez Pelayo, — para hablar de los mayores — y versos libres, es decir, de un hombre de libertad, versos del cubano que ha luchado, que ha vivido, que ha pensado, que debía morir por la libertad. — *R. D.*

Van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre. Lo que aquí doy a ver lo he visto antes (yo lo he visto, yo), y he visto mucho más, que huyó sin darme tiempo a que copiara sus rasgos.—De la extrañeza, singularidad, prisa, amontonamiento, arrebato de mis visiones, yo mismo tuve la culpa, que las he hecho surgir ante mí como las copio. De la copia yo soy el responsable. Hallé quebrados los vestidos, y otros no y usé de estos colores. Ya sé que no son usados. Amo las sonoridades difíciles y la sinceridad (1), aunque pueda parecer brutal.

Todo lo que han de decir, ya lo sé, y me lo tengo contestado. He querido ser leal, y si pequé, no me avergüenzo de haber pecado.

---

(1) ¿No se diría un precursor del movimiento que me tocara iniciar años después? Estos *Versos libres* fueron escritos en 1882, y han permanecido inéditos hasta ahora. Versos de sufrimiento y de anhelo patriótico, versos de fuego y de vergüenza, versos de quien debía caer en una hora futura de la guerra, dando sangre y vida por el ideal de su Estrella solitaria. Versos de martirio, de recuerdos amargos. ¿No había llevado el apóstol cadena de presidiario en lo florido de su juventud? Y canta en el verso libre clásico, harto conocido para su cultura, en un verso libre impecable de cesuras y lleno de gallardías y bizarrías; mas un verso libre renovado, con savias nuevas, con las novedades y audacias de vocabulario, de adjetivación, de metáfora, que resaltan en la rítmica y soberbia prosa martiana. — *R. D.*

AL BUEN PEDRO (1)

DICEN, buen Pedro, que de mí murmuras
porque tras mis orejas el cabello
en crespas ondas su caudal levanta.
¡Diles, bribón, que mientras tú en festines,
en rubios caldos y en fragantes pomas,
entre mancebas del astuto Norte,
de tus esclavos el sudor sangriento
torcido en oro descuidado bebes,
pensativo, febril, pálido, grave,
mi pan rebano en solitaria mesa
pidiendo ¡oh triste! al aire sordo modo
de libertar de su infortunio al siervo
y de tu infamia a ti! Y en esos lances,
suéleme, Pedro, en la apretada bolsa
faltar la monedilla que reclama
con sus húmedas manos el barbero.

---

(1) Usa con parquedad de la sátira, pues la piedad posee siempre al sagitario. — *R. D.*

HIERRO (1)

GANADO tengo el pan: hágase el verso,
y en su comercio dulce se ejercite
la mano, que cual prófugo perdido
entre oscuras malezas, o quien lleva
a rastra enorme peso, andaba ha poco
sumas hilando y revolviendo cifras.
Bardo, ¿consejo quieres? Pues descuelga
de la pálida espalda ensangrentada
el arpa dívea, acalla los sollozos
que a tu garganta como mar en furia
se agolparán, y en la madera rica
taja plumillas de escritorio y echa
las cuerdas rotas al movible viento.

Oh, alma! oh alma buena! mal oficio
tienes!: póstrate, calla, cede, lame
manos de potentado, ensalza, excusa
defectos, tenlos — que es mejor manera
de excusarlos—, y mansa y temerosa
vicios celebra, encumbra vanidades.
Verás entonces, alma, cuál se trueca
en plato de oro rico tu desnudo
plato de pobre!
Pero guarda ¡oh alma!
que usan los hombres hoy oro empañado!
Ni de eso cures, que fabrican de oro
sus joyas el bribón y el barbilindo.
Las armas no, — las armas son de hierro!

---

(1) ...son de hierro los versos, del hierro que despierta, del "hierro" que amaba Hugo. — *R. D.* Nueva York, 4 de agosto.

Mi mal es rudo; la ciudad lo encona;
lo alivia el campo inmenso. ¡Otro más vasto
lo aliviará mejor! — Y las oscuras
tardes me atraen, cual si mi patria fuera
la dilatada sombra.

¡Oh verso amigo,
muero de soledad, de amor me muero!
No de amor de mujer; estos amores
envenenan y ofuscan. No es hermosa
la fruta en la mujer, sino la estrella.
La tierra ha de ser luz, y todo vivo
debe en torno de sí dar lumbre de astro.
¡Oh, estas damas de muestra! Oh, estas copas
de carne! Oh, estas siervas ante el dueño
que las enjoya y estremece echadas!
¡Te digo, oh verso, que los dientes duelen
de comer de esta carne!

Es de inefable
amor del que yo muero, del muy dulce
menester de llevar, como se lleva
un niño tierno en las cuidosas manos,
cuanto de bello y triste ven mis ojos.

Del sueño, que las fuerzas no repara
sino de los dichosos, y a los tristes
el duro humor y la fatiga aumenta,
salto, al sol, como un ebrio. Con las manos
mi frente oprimo, y de los turbios ojos
brota raudal de lágrimas. ¡Y miro
el sol tan bello y mi desierta alcoba,
y mi virtud inútil, y las fuerzas
que cual tropel famélico de hirsutas
fieras saltan de mí buscando empleo;
y el aire hueco palpo, y en el muro
frío y desnudo el cuerpo vacilante
apoyo, y en el cráneo estremecido
en agonía flota el pensamiento,
cual leño de bajel despedazado
que el mar en furia a playa ardiente arroja!

¡Sólo las flores del paterno prado
tienen olor! ¡Sólo las ceibas patrias
del sol amparan! Como en vaga nube
por suelo extraño se anda; las miradas
injurias nos parecen, y el Sol mismo,
más que en grato calor, enciende en ira!
¡No de voces queridas puebla el eco
los aires de otras tierras: y no vuelan
del arbolar espeso entre las ramas
los pálidos espíritus amados!
De carne viva y profanadas frutas
viven los hombres, ¡ay! mas el proscrito
de sus entrañas propias se alimenta!
¡Tiranos: desterrad a los que alcanzan
el honor de vuestro odio: ya son muertos!
Valiera más ¡oh bárbaros! que al punto
de arrebatarlos al hogar, hundiera
en lo más hondo de su pecho honrado
vuestro esbirro más cruel su hoja más dura!
Grato es morir; horrible vivir muerto.
Mas no! mas no! La dicha es una prenda
de compasión de la fortuna al triste
que no sabe domarla. A sus mejores
hijos desgracias da Naturaleza:
fecunda el hierro al llano, el golpe al hierro!

Nueva York, 4 de Agosto.

HOMAGNO (1)

Homagno sin ventura
la hirsuta y retostada cabellera
con sus pálidas manos se mesaba.
"Máscara soy, mentira soy, decía;
estas carnes y formas, estas barbas
y rostro, estas memorias de la bestia,
que como silla a lomo de caballo
sobre el alma oprimida echan y ajustan;
por el rayo de luz que el alma mía
en la sombra entrevé, — ¡no son Homagno!

Mis ojos sólo, los mis caros ojos,
que me revelan mi disfraz, son míos.
Queman, me queman, nunca duermen, oran,
y en mi rostro los siento y en el cielo,
y le cuentan de mí, y a mí dél cuentan.
¿Por qué, por qué, para cargar en ellos
un grano ruin de alpiste mal trojado
talló el Creador mis colosales hombros?
Ando, pregunto, ruinas y cimientos
vuelco y sacudo; a sorbos delirantes
en la Creación, la madre de mil pechos,
las fuentes todas de la vida aspiro.

Con demencia amorosa su invisible
cabeza con las secas manos mías
acaricio y destrenzo; por la tierra

(1) Todo es poesía severa, de una grandiosidad gallarda, y de una impecabilidad límpida y fulgurante. Se pensaría en relámpagos de academia. — *R. D.*

me tiendo compungido, y los confusos
pies, con mi llanto baño y con mis besos,
y en medio de la noche, palpitante,
con mis voraces ojos en el cráneo
y en sus órbitas anchas encendidos,
trémulo, en mí plegado, hambriento espero,
por sí al próximo sol respuestas vienen.
Y a cada nueva luz, de igual enjuto
modo y ruin, la vida me aparece,
como gota de leche que en cansado
pezón, al terco ordeño, titubea,
como carga de hormiga, como taza
de agua añeja en la jaula de un jilguero".
De mordidas y rotas, ramos de uvas
estrujadas y negras, las ardientes
manos del triste Homagno parecían!

Y la tierra en silencio, y una hermosa
voz de mi corazón, me contestaron.

YUGO Y ESTRELLA

Cuando nací, sin sol, mi madre dijo:
"Flor de mi seno, Homagno generoso,
de mí y de la Creación suma y reflejo,
pez que en ave y corcel y hombre se torna,
mira estas dos, que con dolor te brindo,
insignias de la vida: ve y escoge.
Este, es un yugo: quien lo acepta, goza.
Hace de manso buey, y como presta
servicio a los señores, duerme en paja
caliente, y tiene rica y ancha avena.
Esta, oh misterio que de mí naciste
cual la cumbre nació de la montaña,
esta, que alumbra y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
huyen de quien la lleva, y en la vida,
cual un monstruo de crímenes cargado,
todo el que lleva luz se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
buey torna a ser, y en apagado bruto
la escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
como que crea, crece!
Cuando al mundo
de su copa el licor vació ya el vivo;
cuando, para manjar de la sangrienta
fiesta humana, sacó contento y grave
su propio corazón, cuando a los vientos
de Norte y Sur virtió su voz sagrada,
la estrella como un manto, en luz lo envuelve,

se enciende, como a fiesta, el aire claro,
y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
se oye que un paso más sube en la sombra!".

—Dame el yugo, oh mi madre, de manera
que puesto en él de pie, luzca en mi frente
mejor la estrella que ilumina y mata.

AMOR DE CIUDAD GRANDE (1)

De gorja son y rapidez los tiempos.
Corre cual luz la voz; en alta aguja,
cual nave despeñada en sirte horrenda,
húndese el rayo, y en ligera barca
el hombre, como alado, el aire hiende.
¡Así el amor, sin pompa ni misterio
muere, apenas nacido, de saciado!
Jaula es la villa de palomas muertas
y ávidos cazadores! Si los pechos
se rompen de los hombres, y las carnes
rotas por tierra ruedan, no han de verse
dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
de los salones y las plazas; muere
la flor el día en que nace. Aquella virgen
trémula que antes a la muerte daba
la mano pura que a ignorado mozo;
el goce de temer; aquel salirse
del pecho el corazón; el inefable
placer de merecer; el grato susto
de caminar de prisa en derechura
del hogar de la amada, y a sus puertas
como un niño feliz romper en llanto;
y aquel mirar, de nuestro amor al fuego,
irse tiñendo de color las rosas,
ea, que son patrañas! Pues ¿quién tiene
tiempo de ser hidalgo? ¡Bien que sienta,
cual áureo vaso o lienzo suntuoso,

(1) Tiene el tono de las antiguas epístolas morales, mas con tuétano contemporáneo. — *R. D.*

dama gentil en casa de magnate!
O si se tiene sed, se alarga el brazo
y a la copa que pasa se la apura!
Luego, la copa turbia al polvo rueda,
y el hábil catador — manchado el pecho
de una sangre invisible — sigue alegre
coronado de mirtos, su camino!
No son los cuerpos ya sino desechos,
y fosas, y girones! Y las almas
no son como en el árbol fruta rica
en cuya blanda piel la almíbar dulce
en su sazón de madurez rebosa,
sino fruta de plaza que a brutales
golpes el rudo labrador madura!

¡La edad es ésta de los labios secos!
De las noches sin sueño! ¡De la vida
estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
que la ventura falta? Como liebre
azorada, el espíritu se esconde,
trémulo huyendo al cazador que ríe,
cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
y el deseo, de brazo de la fiebre,
cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! Toda está llena
de copas por vaciar, o huecas copas!
¡Tengo miedo ¡ay de mí! de que este vino
tósigo sea, y en mis venas luego
cual duende vengador los dientes clave!
¡Tengo sed; mas de un vino que en la tierra
no se sabe beber! ¡No he padecido
bastante aún, para romper el muro
que me aparta ¡oh dolor! de mi viñedo!
¡Tomad vosotros, catadores ruines
de vinillos humanos, esos vasos
donde el jugo de lirio a grandes sorbos
sin compasión y sin temor se bebe!
Tomad! Yo soy honrado, y tengo miedo!

New York, abril de 1882.

ÍNDICE

ISMAELILLO

Introducción.

Págs.

Príncipe enano 7
Brazos fragantes 9
Penachos vívidos 10
Sobre mi hombro 11
Valle lozano 12
Mi despensero 13
Rosilla nueva 14

VERSOS SENCILLOS

Introducción.

I 17
IV 19
V 20
VIII 21
IX 22
X 23
XI 25
XII 26
XIII 26
XV 27
XVI 28
XVII 28
XVIII 29
XXXI 30

Págs.

XXXIX 31
XLIII 31
XLIV 32
XLV 33

VERSOS LIBRES

Introducción.

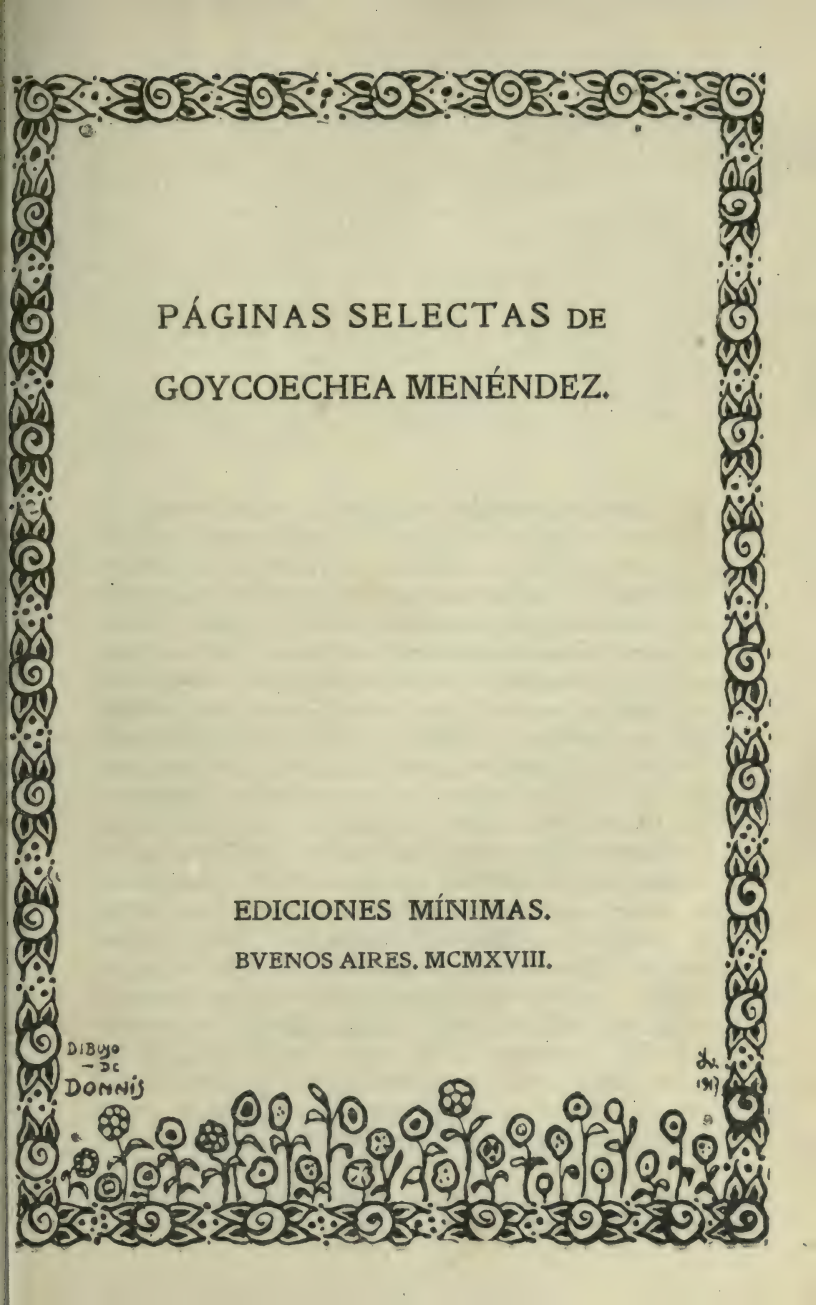
Al buen Pedro 37
Hierro 38
Homagno 41
Yugo y estrella 43
Amor de ciudad grande 45

Dirigidas por LEOPOLDO DURÁN

PÁGINAS SELECTAS DE GOYCOECHEA MENÉNDEZ.

EDICIONES MÍNIMAS.

BVENOS AIRES. MCMXVIII.



Cuando se evoca la figura literaria de Martín Goycoechea Menéndez es indispensable recordar otros días, lejanos ya, a través de los cuales se produjo un movimiento que derivó por nuevos cauces las corrientes estéticas, pues este poeta pertenecía a la generación que proclamó una renaciente tendencia espiritual del Arte, denominada despectivamente de la Decadencia por los retóricos del romanticismo. Surgió en aquel tiempo, precisamente, en que Darío y Lugones realizaban sus primeras páginas de un arte puro, individual y profundo, acremente rechazadas por los corifeos de la vieja escuela. Entre tanto, los poetas citados arrojaban sus dardos a los filisteos desde una revista poco difundida y ya olvidada,—El Mercurio de América—*donde concentraron a su rededor un núcleo de escritores jóvenes de aquella época. Goycoechea Menéndez se incorporó al grupo en 1899. Era un adolescente y venía de Córdoba la conventual por el mismo camino que hiciera Lugones, adolescente también, cuatro años antes. En sus alforjas de peregrino traía dos libritos impresos:* Los Primeros *(1897) y* Poemas Helénicos *(1899). Ellos no le dieron la ruidosa notoriedad de los éxitos fáciles, pero le valieron algo más y mejor, la consideración y el aprecio de los colaboradores del* Mercurio *y de los neófitos del cenáculo de la Siringa, formado por los mismos. Celebróse el estilo magnífico, siempre igual, cadenciado*

y sonoro de los Poemas Helénicos, *en los cuales se advertía, además, serias incursiones mentales por las colinas del Atica y las aguas del Egeo. Goycoechea Menéndez siguió prodigando las brillantes manifestaciones de su talento, y alternando sus períodos de producción con frecuentes y repentinos accesos ambulatorios, hasta que un día, en 1903, desapareció para siempre de Buenos Aires. El doctor Ingenieros posee en su archivo su última carta, tal vez. En uno de sus párrafos, decía: "Espero una resurrección. Pero tarda. Nunca llega! Cómo podría hacer para vencerme a mi mismo, para hacer irradiar la eterna blancura sobre ese vasto pantano "que mis pies amasan y en el cual puedo hundirme para no salir más?" El desdichado poeta esperaba en vano una resurrección. Nunca llegó! Se hundió en la vasta sombra, y no sabemos ciertamente dónde su espíritu inmortal abandonó la carne perecedora...*

Martín Goycoechea Menéndez—Lucio Stella, Timón, Lemis Terieux, Shipman y Geme—*había nacido en la ciudad de Córdoba (R. A.) en 1877 y se cree que falleció en Yucatán (México) en Junio de 1906. Además de los libros citados, deben mencionarse, entre las obras de este poeta, las siguientes:* A través de la vida, *drama en tres actos, (1897;* Un cuento pompadour, *entremés en verso, (1898); y* Guaraní, *en prosa, (1902).*

POESÍAS

OBSEQUIO DE BODA

LA secular pobreza que asedia a los poetas
Hace que sólo ofrezca un ramo de violetas
A vuestra grácil novia, pues en cuestión de amores
Una epopeya ha sido siempre un ramo de flores.

Vuestra novia es graciosa y muy dulce y muy bella;
Lo galante sería ofrendarle una estrella,
O un cordero blanco con grandes moños rosas,
O sobre una azucena un par de mariposas;

Y en su defecto fuera un obsequio cumplido
Dos tórtolas albísimas sobre el plumón de un nido.
Mas como enviaros eso, no puedo, por mis penas,

Aunque haya mariposas, estrellas y azucenas,
Luciendo una sonrisa vá el ramo de violetas
Como la pobre ofrenda que usamos los poetas.

1900.

ÑANDUTÍES

VAN cruzando las mozas por el camino
Con sus faldas de nieve llenas de encajes;
Y en sus crenchas prendidas como celajes
Llevan blancos pimpollos de flor de espino.

Un jilguero modula su breve trino,
Soñando en los lejanos, verdes mirajes;
Y las mozas recubren sus blancos trajes
Con rosas amarillas como oro fino.

Tras las largas pestañas muestran los ojos,
Radiantes de alegría, dulces antojos,
Y los labios incendios son de rubíes.

Y parecen, marchando con leve paso,
Las mozas, diez querubes que hacia el ocaso
Volaran con sus alas de ñandutíes.

EL SALUDO DEL PUEBLO

Al Presidente de los Estados Unidos del Brasil,
Doctor Manuel Ferraz de Campos Salles.

SEÑOR: nuestro saludo es de olivo y de roble.
Queremos presentaros lo grande, bueno y noble;
Por eso con espigas orlamos los cañones
Y junto-a los rastrillos habréis visto los leones.
Al saludar la espada con sus vibrantes brillos,
Pensad que os saludan también nuestros martillos,
Y que, mientras marchando miráis a los soldados,
Por sobre la llanura desfilan los arados.
Nuestros héroes de hoy son esos trabajadores
Que vistiendo la blusa os ofrecen las flores;
Si alguna vez la suerte nuestro pendón abate
Haremos con las blusas banderas de combate.
Recibid el aplauso de las manos callosas;
Ellas algunas veces suelen crear grandes cosas;
Su noble bienvenida tiene sus rítmos grandes
Que agiganta la Pampa y repiten los Andes.
Es ingenuo el saludo del pueblo rudo y bueno;
Dispensad por lo tanto si es fuerte como el trueno.
Vuestra bandera verde se aune a nuestros gules
Como una primavera con los cielos azules.
Por eso el Padre Guido os saludó el primero
Haciendo un oriflama de su barba de Homero,
Y os presentó en un ánfora de líneas vagorosas
Una ideal epopeya de olivos y de rosas
Nacidas en los surcos llenos de promisiones
Por donde va el arado que arrastran nuestros leones.

1900.

BEETHOVEN

MAGNÍFICO poeta; gran monarca
Del dulce ritmo; rey del pensamiento;
Señor de la sonrisa y del lamento,
Todo tu numen imperial abarca!

Cuando tu musa el leve talle enarca,
Resuenan las cadencias del "memento"
De un viejo amor perdido, cuyo acento
Revive en las tragedias de la parca.

Ante tu altar depongo yo los claros
De lunas invernales. Versos raros
Te labró ya Rodín sobre el granito.

Tu epitafio es así: el Genio era,
Grande y triste como una cordillera
Cuya cumbre tocara lo infinito.

"SANTA FE"

BAJO la paja oscura de la ranchada
Junto a las llamas rojas de los fogones,
Mientras el arpa suena casi velada
Atisban a las hembras los mocetones.

En sus grandes, oscuros, brillantes ojos,
Se refleja la fuerza de las pasiones;
Parece que quisieran en sus antojos
Zapatear sobre alfombra de corazones.

Las muchachas ocultan el seno fuerte
Entre ramos de rosas y de alelíes,
Y la carne bronceada, casta, se advierte
Tras impalpables velos de ñandutíes.

Las caderas se enarcan entre la falda
Hecha toda una espuma de albos encajes,
Y las trenzas que caen sobre la espalda
Parecen cintas negras sobre los trajes.

El arpista modula en su instrumento
Un ritmo apasionado, suave, ligero;
En su nido de plumas lanza un lamento
El zorzal que soñaba sobre el alero.

Entre frases punzantes y carcajadas
Van tomando sus puestos las tres parejas;
Las mozas llevan flores anacaradas
Y los hombres claveles tras las orejas.

Vuelan los largos ponchos en amplios giros
Formando vastas combas al agitarse,
Y se escucha que estallan hondos suspiros
Cuando el mozo y la niña van a chocarse.

Las parejas saludan; marcan las notas
El compás pronto y recio del zapateado,
Y los rostros expresan ansias ignotas,
Dulces sueños y besos de enamorado.

El arpa lanza un largo, postrer gemido;
Se agitan bravamente las tres parejas,
Y al terminar el valse han ya perdido
Los mozos los claveles de las orejas.

Y se llevan las hembras de negros ojos
En sus brazos robustos los mocetones;
Parece que quisieran en sus antojos
Zapatear sobre alfombra de corazones.

POEMAS HELÉNICOS

APOLODORO

Un pórtico de Mnesicles. Columnatas dóricas sostienen los chapiteles de mil hojas que brillan como blancas flores gigantescas. En la cúspide del triángulo del frontis, Nereida teje con sus manos de piedra una corona de ensueños. Más abajo, en relieve, las Gracias celebran el nacimiento del Genio. Bajo la sombra del Propíleo, Apolodoro traza un torso en una hoja de bronce laminada bajo los soles africanos. Una doncella, a su lado, muestra ante los ojos de la Primavera los botones de su pecho, que empollan recién sus pétalos purpurinos, al calor de los castos deseos.

La Doncella

MAESTRO: Píntame como a Venus brotando de un copo de espuma, entre el coro fabuloso de las ninfas y los tritones. Píntame como a ella, engalanada con las perlas con que las esposas de los sátiros entretejen sus cabelleras; con sus labios rojos, como la savia que enciende la vida de las rosas; con su rostro luminoso, como un lirio que se colora bajo la caricia de la Aurora!

Apolodoro

¿No quieres que coloque sobre tus sienes el casco refulgente donde brilla la centellante aureola de Minerva? ¿No quieres que encierre tu busto en la coraza de mil escamas, donde se estrellan las asechanzas y la ignorancia de los hombres?

¿No quieres que sobre tu frente blanca como una Luna, haya un copo de luz tomado al Alba?

La Doncella

¡No! Quisiera ser Diana anhelante bajo las frías bóvedas de las frondas a la espera de la presa que viene a abrevarse en el seno de plata de un manantial. Quisiera verme estampada allí, entre el iris de tus colores con mi figura juvenil desnuda, confundiéndose bajo los toques de tu pincel la pureza de mi carne con la pureza de tu genio.

Apolodoro

¿No quieres que haga surgir el día en tus pupilas, al colocarte sobre la nube de Juno? ¿No quieres verte entre lo azul, con tus vestiduras flotantes sostenidas por céfiros alados que tañen entre sus manos liras de pétalos de azucenas?

¿No quieres ver ante tí reunida la falange fulgurante de los Dioses?

La Doncella

¡No! Píntame como a la estrella, vagando entre la noche, con su cabellera de rayos reflejándose en la nieve de las altas cordilleras. Envuelve mi cuerpo en el rojo cendal de los cometas y pónme después sobre un ampo de sombra para que mis formas tracen sus líneas onduladas sobre la noche profunda que crearon tus colores.

Apolodoro

¿No quieres ser la vestal vestida de lino, con los cabellos aprisionados en el arco de oro fino de Arabia? ¿No quieres verte encendiendo el fuego virginal ante el plinto de la Diosa velada, sólo tocada por tus manos? ¿No quieres calzar la argentada sandalia bajo tus pies cuidados por cien esclavas y perfumados en esencia de acacias?

La Doncella

¡No! Quiero renacer en las curvas de tu pincel como la ondina en el seno de una gruta, coronada de vides, deslizándose por entre el alabastro de las es-

talactitas. Quisiera verme con el cuello rodeado de guijarros encarnados y mis cabellos engarzando los esplendentes ópalos de los nenúfares.

Apolodoro

¿No quieres ser Ceres con la corona de mieses y los pechos despidiendo raudales inagotables de la leche de las uvas? ¿No quieres verte en la eterna Primavera haciendo surgir a tu paso nubes deslumbrantes de luciérnagas y de mariposas? ¿No quieres vestir un traje de rocío y llevar entre tus manos el cetro del arado?

La Doncella

¡No! Píntame en un jardín azul donde las fuentes despidan rubíes rojos como la grana de mi boca; donde las pomas sazonadas sean tan gratas al labio como al olfato; donde haya alondras de alas de oro y luceros que vaguen como libélulas!

Apolodoro

Te crearé como tú quieras. Tú serás Venus, tú serás la ondina, tú serás la estrella. A tu lado el esposo cantará a tu oído las cadencias de los tálamos nupciales y una Gracia gentil bordará en la orla de tu manto la frase delicada de los primeros amores.

Mira cómo naces bajo mi impulso. Contémplate en tu casta belleza. Besa esos labios húmedos que son tus labios; recréate en esos ojos azules como una onda del Egeo, que son tus ojos; en ese cuerpo de durezas incitantes, que es tu cuerpo; en esa cabellera como una nube de rayos de sol cayendo sobre un ánfora de hojas de rosa!

¡Mira cómo surges del azul, del carmín y de la blancura de nieve de mi pintura! Tú estás ahí, eterna como los senos fecundos de las montañas; grande, con la grandeza de lo inmenso.

Tú has salido ya del polvo, y sobre el bronce de esta plancha tienes una gota de la esencia de mi inmortalidad!

FIDIAS

El Partenón. La Criselefantina alza su cabeza centellante, entre la pompa del Ocaso. Su rostro se destaca luminoso, bajo los caballos que se encabritan en la visera de su casco. Sus ojos son semilleros de estrellas; — a lo lejos semejan girones de la Vía Láctea. Sobre la cimera, y bajo su penacho de Aurora, la esfinge alada habla al pensamiento. Sus pupilas son ópalos tallados; sus alas se entreabren en vislumbres de rubíes. La Diosa parece un gran astro caído entre una selva de columnatas floreciendo en chapiteles.

Fidias mira a la estatua, con sus ojos levemente entreabiertos. La barba le cae sobre el pecho, como el torso de una nube. Rosas bordadas en hilos argentinos, forman la orla de su manto. A su lado, Calímaco y Paneno. Este rasga con el labio el velo del silencio.

Paneno

HERMANO: la última amazona del escudo tiene ya cincelado su último emblema. Calímaco ha labrado los chapiteles en hojas vaporosas de una intacta blancura. El friso centellea en sus relieves. Las guirnaldas que han de perfumar tu triunfo han sido ya tejidas por las vestales de Palas Atenea.

En el Pecile hay un gran rumor de voces que te aclaman, al estampar tu nombre en el granito. Del Atios, del Peloponeso, de la Tesalia, se te envía el homenaje del laurel. Tú estás en todos los labios, en todas las almas y en todos los corazones; y sin embargo, en tu rostro pinta su palidez la Tristeza; en tu boca existe el gesto de un supremo dolor; en tus ojos entreabiertos brilla el astro de una lágrima, y vive el Desaliento en toda tu figura. ¿Es acaso que te intimida la gloria?

Calímaco

¡Habla, maestro!

Fidias

El silencio es dulce ante los Dioses, cuando el labio puede producir la palabra de desaliento o la frase de la injuria. Quiero callarme como Hipodemo. Las flores del mal no deben entreabrirse sobre unos labios que se conservan puros. Deja que oculte el rostro con mi manto. Quiero ahogarme en mis suspiros.

Calímaco

¿Es acaso que no has llegado a donde tú querías, o que tu obra es pequeña en su grandeza? Quizás el oro es escaso en el ropaje, o el marfil pálido en las carnes? O la columnata por mí labrada es una injuria a tu creación? Habla, maestro, y ella caerá como un bosque segado por el rayo!

Fidias

Las Gracias te prestaron sus manos de espuma para labrarlas; los Dioses te enviaron un cincel olímpico para que hicieras surgir las redondeces inmaculadas en la carne del mármol, y tu genio vive en las volutas que se encrespan en los chapiteles; en las cornisas de prodigiosa tersura; en las columnas de esbelteces sumas; en el conjunto que asemeja un gigantesco haz de lirios sosteniendo la fimbria de una nube! Mi dolor es mío, en mí mismo.

¡El yace sin lápida dentro del túmulo del corazón!

Paneno

Acaso el zafir que he colocado en el fondo del relieve de las Panateneas es menos azul que el seno del espacio? Será, quizás, que la orla que lo circunda, y en donde dejé caer mi pincel, no tiene la belleza de lo inspirado, o que el dorado de los bronces es menos rubio que el Sol?

Fidias

Del vientre de mi madre surgiste bajo los gratos auspicios de un oráculo. Llevas germen de grandeza en las venas. Tu zafir es bello como los ojos de Leda; tu orla es hermosa como el Iris levantando su arco sobre el mundo.

Paneno

Hay en tus palabras la amargura de Arístides; acaso tu espíritu columbra ya las márgenes del Erebo?

Fidias

No! Ayer, cuando la Aurora era sólo un matiz en el Oriente, vine a elevar mi espíritu bajo la sombra del templo. Los labios de la Noche, en su agonía, sólo exhalaban mudez. La Diosa en su plinto estaba velada por el crepúsculo rojizo que se elevaba desde los trípodes cercanos. Los caballos del casco se desbocaban en la penumbra, la esfinge de la cimera no hablaba en el callado lenguaje de su sabiduría; sólo los ojos miraban con sus ardientes pupilas, y al oscilar de la llama, la pedrería de que están formados se destacaba en una erupción de cambiantes. Parecían las pupilas de Prometeo hirviendo de ira.

A medida que la luz avanzaba, descubría el torso oculto en la coraza de escamas afiligranadas; las manos finísimas, empuñando el escudo con avasalladora majestad; los labios, donde el gesto es todo a la vez, lo terrible, lo grande, lo magestuoso, lo imponente.

Y cuando quise consagrarla en el sacrificio, ungiéndola con mi sangre, por las venas de mi brazo no corría una sola gota. Y al mirar la Diosa, ví sus pupilas entornadas y sus pechos caídos, como tumbados por la muerte. El fuego de los trípodes habíase apagado, y a los pies de la figura de Pandora yacía mi cincel hecho pedazos. La Impotencia llegaba entonando su cantata en la hora postrera de mi genio!

Fidias, el que esculpe, ha muerto. Ya no hará surgir sobre el grano de Paros las líneas vagorosas de las venus!

Calímaco

Maestro, divagas! No oyes ya las trompetas que anuncian tu triunfo entre un gran florecimiento de laureles?...

Fidias

Paneno: coróname de rosas. Voy a asistir a mis propias exequias!

NARCISO

Una gran selva. Claridades de sol se filtran por el ramaje y penden gasas de oro en el borde de los nidos. Un manantial corre silencioso haciendo estremecer los tallos de las margaritas al pasar. Narciso se contempla en las vislumbres de la linfa. Bajo un inmenso cedro, un fauno lo mira tendido sobre la yerba con sus cerdas erizadas. Una driada despeina sus bucles de oro que se enroscan como pétalos aurinos; sus brazos se extienden hacia Narciso y en sus labios vibra el arrullo de una queja.

La Driada

ABRE los labios y pronuncia la palabra que suena al oído con dulzuras ignotas. Fija tus ojos en los míos, tus ojos grandes y luminosos, tus ojos azules teñidos en el oscuro zafir que pinta el cauce de una vena. Sonríe con la fuerte sonrisa del deseo, y que tu cuerpo sea a mi cuerpo lo que dos rosas hermanas son sobre el mismo tallo en la conjunción sonrosada de sus pétalos.

Narciso

Tu rostro es bello, esplendoroso y dulce. Tu cuerpo casto y magníficamente ondulado se estremece como una gota de rocío sobre la seda verde de una hoja. Tu cabellera es una noche con una constelación de lirios. Pero tus frases no llegan hasta mí con rumores de besos que estremecen.

El Fauno

La primera palabra de Zeus fué una palabra de amor.

La Driada

Bajo la cubierta de la carne existe el corazón; y entre sus tibias y palpitantes paredes hay un germen que los ojos femeninos encienden con una chispa de luz. Y cuando él abre su flor candente dentro del alma, en el alvéolo del pecho resuenan cantos, risas, sollozos, frases vagas, tenues, incomprensibles, que vuelan con plumaje de llamas o con alas de libélulas.

Narciso

Yo llegué hasta el palacio del Amor. Yo contemplé la gran guardia de los encantos armados con varas de azucenas. Yo he visto mil mujeres, con semilla divina entre la sangre, que me llamaban con sus ojos, con su boca y con sus manos, convidándome al reposo bajo los pinos poblados de cantos y de nidos.

Y, sin embargo, mi alma permanecía fría como el alma en reposo de un cadáver!

La Driada

Para amar es preciso querer amar. Deja que me acerque y te cantaré al oído el aire con que el viejo Pan enamora a las sirenas cuando descubre en las penumbras llenas de frescura los secretos olímpicos de la belleza.

Narciso

¡Que tus labios sean carne de granito! ¿No ves cómo se refleja mi rostro en la tersura de la linfa?

El Fauno

Los dioses y los hombres fueron creados para amar. Nadie puede esquivar la flecha de diamantes con plumaje de astros. La púrpura de Cupido es la púrpura de Aurora y de Ocaso.

Narciso

Mi amor es mío. ¿Acaso no soy el hijo mayor de la Belleza? En el seno de mi madre las Gracias me

modelaron. Cuando me aduermo en el jardín azul de los luceros y mi torso se destaca cerca del lecho centellante de la Madre Venus, los Dioses palidecen de envidia al contemplarme desde sus tronos de nubes fulgurantes.

El Fauno

Acércate a las jóvenes sin mancha, y diles la palabra que hace estallar en melodías todas las fibras del cuerpo. La gloria suprema del hombre son los hijos. Toda la grandeza humana está concentrada en las entrañas de una mujer. En cada vientre de madre hay mil gérmenes, desde el eterno del laurel hasta el rojo del puñal.

Narciso

Yo soy aquel que nació para amarse a sí mismo. No hay mayor nobleza que la nobleza que se desprende de mi figura; no hay hermosura mejor que esta que vive en mi rostro, en mi rostro delicado y gentil que lava la noche con gotas de rocío recogidas en ánforas de adelfas y enjuga la mañana con el gran paño de los rayos del sol.

La Driada

Tu labio callaría, si te dejaras cubrir con el manto de mi cabellera. ¿No has escuchado nunca sobre tu carne la vibración de un beso?

Narciso

Cuando quiero sentir esa caricia, voy a que me besen los labios de espuma de mi madre.

El Fauno

Fecunda a la mujer. De su amor todo te habla: la nube que besa a la nube, el lucero que ama al lucero perdido en los confines del espacio, la burbuja que se funde en la burbuja toda vestida de iris, la ola que

sigue cadenciosamente a la ola, las caricias del mar sobre las suavidades de las playas...

Todo ello es apenas un remedo del amor humano. Cuando veo caminar a los donceles hacia la pompa umbría de las selvas, mis ojos relampaguean y mi flauta toca alegremente una extraña cantata.

La Driada

¡Narciso, ámame!

Narciso

Yo no nací para admirar las carnes que florecen sobre los cuerpos en que sueñan los silenos. Yo debo permanecer puro, con la dulce pureza de las vestales.

La Driada

Clava tus ojos en mis ojos, y dime: ¿no sientes en tus nervios una cadencia?

Narciso

Cuando tú me miras sólo entreveo la calma fría y húmeda del sepulcro.

El Fauno

Quien injuria al amor se injuria a sí mismo. Tus canas blancas sólo recojerán oprobio. ¡El macho de una bestia es más noble que tú!

Narciso

Mira cómo sonríen mis labios; ¿no parecen una flor que se entreabre? Mira cómo se encrespan mis cabellos; ¿no semejan mil ondas de espuma? ¡Quiero morir contemplándome sobre el escudo brillante de los mares!

. . . . . .

Y desde lo alto miran dulcemente los ojos azules de Leda. Más arriba, centellean las pupilas de Zeus incendiadas de ira.

HOLOCAUSTO

El dolmen de grano pentélico donde se celebraban los sumos sacrificios. A su alrededor, todo un oleaje de hojas de rosa con espumas de lirios y burbujas de jazmines. Los sacerdotes forman ancho círculo a su alrededor, y sus canas brillan venerables bajo la cinta de oro bruñido que se ciñen en sus frentes. Sus anchas clámides caen en pliegues de levísima forma, tal como si la trama del tejido hubiera sido urdida con filamentos de bruma. Tras de ellos, una multitud con rumores de invocaciones en el labio. Más allá, y entre una penumbra llena de calma augusta, el coro de vestales se destaca como una gran pincelada blanca.

Agamenón se acerca, vacilándole el cuerpo en su marcha. El dolor pinta su oscura palidez sobre su rostro. Ifigenia viene tras él, coronada de rosas, con las mejillas encubiertas bajo el velo diamantino de sus lágrimas.

Ifigenia

Ya siento dentro de mí la frialdad horrible de los descansos eternos. Ya siento sobre mi frente la caricia llena de tibieza de la Pálida, de la que seca en el Otoño la savia de las hojas y hace callar en el Estío el canto cristalino de los torrentes. Voy a morir cuando Flora tenía para mí el himno rumoroso de sus céfiros.

Agamenón

Yo te engendré para que fueras fuerte como una roca. Alza la frente y recibe el rayo que te hiere sin que se apague la aureola azul de tus miradas.

El Sacerdote

Tu sacrificio será grato a la Diosa que vaga en la penumbra de las selvas. Sobre tus cenizas alzarán los rosales sus pomposas constelaciones, y en el sueño de la tarde las alondras cantarán entre sus gajos el dulce himno de tu breve historia.

Ifigenia

La vida es dulce, con dulzuras ignoradas, cuando se siente correr entre las venas el caudal bullente de

la sangre que quema el corazón. Quiero vivir, porque la vida es bella; porque siento en la noche, en las horas de la vigilia, besos tibios, perfumados, silenciosos, que se acercan a mi tez y la encienden; que caen sobre mi pecho y lo estremecen; y esos besos no brotan de un labio que se acerca todo lleno de suavidad y de deseo, sino que vienen de lo desconocido, como si una palabra dulce y rimada llegara hasta mí en las alas de un divino crepúsculo para envolverme en una rara e intensa caricia.

El Sacerdote

Bello es morir cuando no se tienen penas en el alma. Seca tus lágrimas y que tu manto caiga ante la magestad de la Diosa, para presentar el seno cuajado de encantos, como una ópima prebenda.

Ifigenia

¿Por qué morir cuando la Aurora ríe bella y grandiosa presagiando el Sol? ¿Por qué morir cuando el alba tiene besos radiosos de su blanca luz? ¿Por qué morir cuando en mi pecho siento una ancha hoguera devorante arder, que crece y crece y en el Oriente enciende flores de soles en un brillante azul?

Agamenón

Inclina tu cabeza, desciñe la cabellera, y presenta el cuello en que ha de hundirse el hierro sagrado purificado por la sangre de los corderos. Ello es preciso; mis barcos, con las proas enclavadas hacia el Sud, aguardan la hora en que han de lanzarse como caballos desbocados por la pista centellante de las ondas.

El Sacerdote

¡Mujer, no llores! Cae sin ruido, como un lirio que se troncha.

Ifigenia

Mis cabellos son aún rubios y sus cambiantes deslumbran. Mi talle es grácil y fino, con la finura de una leve columna; movible, con la movilidad esquiva de una ola. Mis labios recién florecen en la promesa del beso, y mis párpados se entornan a la caricia vaga de un ensueño...

El Sacerdote

El amor es sólo una hora en la vida. Tras de él, está amargo e implacable el Dolor con su vaso de hieles.

Ifigenia

A amar todo me convida, y yo sueño en amar. ¿Acaso no es el amor el iris que todo lo tornasola? Cuando las margaritas agonizan en el invierno, mis ojos se llenan de lágrimas, y cantando una canción melancólica voy por los campos y las recojo en la orla de mi manto para que tengan una tibia y suave tumba en la piel sonrosada de mi mano.

Agamenón

Yo recojeré tus cenizas y ellas revivirán bajo mis besos.

El Sacerdote

Tu cuerpo descansará bajo una gran acacia en flor.

Ifigenia

Deja que viva. Yo existiré para amarte, y cuando tu cabellera esté blanca vivirás en una vida endulzada por la miel que se derramará de la boca de mis hijos, en tanto que yo pronunciaré en tus oídos las frases en que se relatan tus homéricas hazañas.

El Sacerdote

Regaremos tu tumba con sangre tibia y llena de vahos de vida, día a día, cuando la víctima caiga, en el instante en que el Sol mira de frente desde la cúspide del cenit.

Ifigenia

Quiero vivir eternamente bajo la caricia temblorosa de un abrazo.

El Sacerdote

Sobre tu corazón se extenderán las raíces de los laureles, y ellas te envolverán en el espeso manto de sus mil tentáculos. Baja la cabeza, que la piedra luce tersa como una luna, y ya de todos los labios se escapa la primera frase del cántico con que ha de celebrarse tu holocausto. Cae, pero túmbate con la grandeza de una montaña que se derrumba!

Ifigenia

Ya oigo a la distancia los cánticos de las vestales que anuncian el comienzo de mis exequias. Y en tanto aún mi seno palpita suavemente.

Las Vestales

La sangre es la promesa de todas las victorias.

Ifigenia

Los muros del templo se rasgan y columbro desde aquí un inmenso miraje. Veo a lo lejos un hogar todo lleno de luz y de perfumes; un vago murmullo de palabras argentinas vuela por el ambiente; el fuego arde en los trípodes áureos ante los Dioses benevolentes; las alondras cuchichean entre las ramas de los robles, y bajo de ellos, un ejército de pimpollos agitan sus lanzas y sus pompones...

El Sacerdote

Alza tus ojos hacia la Diosa y ofrécete llena de pureza y de ingenuidad. ¡Invoca, con la palabra dulce como un acorde!

Agamenón

¡Hija, obedece!

Las Vestales

Las vírgenes que mueren se cubren de sonrisas,
y vuelan sus suspiros en alas de las brisas.

El Sacerdote

El fuego agoniza lentamente. Abre tus pupilas y llénate de luz.

Las Vestales

Y sangre es un Ocaso y sangre es una Aurora,
de sangre al mediodía la rosa se colora.

Ifigenia

No moriré, porque siento un algo grande que me impulsa a vivir. Parece que caminara sobre una nube y que sobre mi frente cayera un inconmensurable velo de estrellas.

Las Vestales

Las vírgenes que mueren se duermen en la calma,
y sobre sus cenizas se agita verde palma.

Y antes de que la espuma de los lirios se tiñera de púrpura, Ifigenia bogaba hacia Occidente sobre el tirreme de plata de la media luna, por el mar de zafir de lo infinito.

PROSAS

EL BESO DE LA MONJA

ERA una gran procesión de seres velados la que, marchando lentamente por las naves, se dirigía hacia el altar mayor de la iglesia, todo cubierto de negras colgaduras y de azuladas luminarias. En lo alto y bajo la noche estallando en estrellas que posaban sus labios inconmensurables en los apóstoles de las altas vidrieras, una campana doblaba pesada y funerariamente y el eco de sus vibraciones llegaba a confundirse, modulando un lamento con el ritmo de los salmos, en los que los acentos de las iras divinas volaban prepotentes como la cadencia de una enorme tempestad.

En los altares, vírgenes de rostros maculados miraban asombradamente aquella extraña pompa, con sus fijas pupilas de cristal, y los arcángeles, destacándose sobre las descoloridas telas de los retablos, sobre los capiteles de las gruesas columnas y entre la augusta magnificencia del presbiterio, parecían agitar sus grandes alas de nácar y oro a la caricia vacilante de la llama de los cirios.

El órgano gemía en el coro con la voz de sus mil flautas, para estallar de pronto en un turbión de notas que asemejaban el eco formidable de un Apocalipsis; y los incensarios humeando ante los finos facistoles parecían sostener la bóveda, que retemblaba, con sus leves columnas azuladas, que de pronto se desflo-

cában en guedejas como el tul desgarrado de una novia.

Era aquel un solemne acto de desagravio por la apostasía de una monja teresa, que en la noche del 19 de Abril de 1758 fué encontrada en el jardín del convento en brazos del capitán de la Real Infantería don Antonio María de Allende. Un enorme escándalo produjo en la ciudad la noticia de semejante hecho, y en la curia eclesiástica, en el cabildo, en la universidad, en los conventos, en los estrados, en todo lugar donde se reunieran dos personas, fueran nobles, cuarterones o mulatas, se hablaba del hecho con inmenso terror e indignados extremos.

Todo el mundo vestía de negro como en los días de los lutos solemnes, y hubo devotos que hicieron pública penitencia para conjurar las terribles catástrofes que se presentían, penetrando a la catedral con las carnes desgarradas por el cilicio y barriendo las losas con la lengua.

La comunidad entera, después de una semana de penitencia y de crueles suplicios, conducía a la culpable ante el tribunal de Cristo, al cual había apelado de la sentencia de eterna reclusión que sobre ella había recaído, y en aquel momento el pueblo entero se encontraba de rodillas congregado ante las puertas del templo clausurado para todos aquellos que no ejercieran un mandato de Dios sobre la tierra. Y un coro de jóvenes, vistiendo de blanco y con el rostro velado, llevaba las flores frescas que habían de reemplazar a las que se habían deshojado en los vasos después de un largo abandono de siete días.

Sor María de los Angeles, la esposa adúltera de Jesús, estaba prosternada ante el ara, con la cabeza cubierta de ceniza y las espaldas desnudas y sangrientas. Esperaba allí su última sentencia. Para que sus labios volvieran a tener la casta limpidez de las patenas, era preciso que los aplicara sobre la frente del Cristo y que una milagrosa señal hiciera conocer los designios de lo alto.

Las campanas habían dejado de doblar y el órgano sólo hablaba a las almas con la callada voz de un gran silencio. Las vírgenes ancianas miraban aterradas la faz de la imagen esperando el momento en que al contacto de los labios impuros cayera hecha peda-

zos; los canónigos se inclinaban bajo el peso de sus largas capas de duelo, y de vez en cuando un vago clamor traía los acentos del pueblo, que pedía clemencia con las frases balbuciantes de una enorme plegaria.

El obispo, vistiendo capa magna y empuñando el báculo, se acercó a la adúltera para guiarla hasta el tabernáculo. Ungió con óleo santo sus ojos para que alcanzara a columbrar la verdadera luz; purificó sus oídos para que escuchara la voz de la verdad; limpió sus manos del limo del pecado; sólo dejó sin ungir los labios mancillados por la boca de un profano.

Tras de la consagración de la hostia, el momento de la prueba llegó. El Cristo se erguía en el altar, con los brazos abiertos, como encerrando en ellos un universo. Por instantes se creía oír el rumor de los corazones conmovidos.

La monja ascendió por la gradería y modulando un sollozo, aplicó su boca en la frente del Cristo. Un grito de inmensa admiración se escapó de todas las almas. Dios había entreabierto sus pupilas y una sonrisa encendía una aurora entre sus labios marchitos.

Y sobre la hostia consagrada hablaban dulcemente al sentimiento los pálidos pétalos de una triste pasionaria.

1899.

EL DERROCHE DEL BRONCE

ESTAMOS encanallando el bronce. Las aldeas y las ciudades se van llenando de los bustos fundidos en el metal glorioso de larga vida en la marcha de los tiempos, pertenecientes a hombres que sólo supieron ser buenos y que no dejaron tras de sí ninguna de esas cosas superiores indicadoras de un resurgimiento o siquiera de una sencilla evolución en el espíritu humano.

El perfil del mediocre se anticipa al del héroe; la silueta del individuo que sólo supo vivir un punto más arriba que el nivel de la turba, se pospone a la del abuelo que encajó en los flancos del mundo el organismo de una nacionalidad. En el granito de la base y de las columnas que sostienen esos bronces sin enseñanza se estampan las ironías de las inscripciones pomposas, que propician las excelencias de las lápidas que encubren a la anonimia.

Mañana, cuando nuestros hijos o nuestros nietos se paren ante uno de esos monumentos para investigar el nombre del glorificado y su actuación en la vida de la patria, abrirán las páginas de la historia y encontrarán que la posteridad ha borrado ese nombre porque nada o poco hizo para merecer ese honor que nuestra prodigalidad de "gente rica" le ha discernido, por el prurito de hacer semidioses necesarios para llenar el olimpo de próceres de "papier maché" que estamos creando.

Fundimos águilas, leones y tirsos de laureles para engalanar los plintos donde se alzan las figuras con

que se quiere perpetuar a los desconocidos del futuro, y entre tanto en Buenos Aires las cenizas del General Paz están tiradas en el rincón de un cementerio; Moreno y Pueyrredón aguardan desde hace un siglo sus monumentos; Güemes recién va mereciendo algún testimonio admirativo de aquellos por quienes realizó una epopeya de centauros sobre los flancos de Aconquija y del Famatina; los caudillos del interior, los verdaderos constitutores de la Patria, yacen olvidados de las generaciones por las cuales alguna vez penetraron de "usutas" a los cabildos por no gastar zapatos con cuyo importe comprarían el sable o el fusil con que iban a armar a un ciudadano que triunfaría en Ituzaingó y en Montevideo; la Convención constituyente del cincuenta y cuatro no tiene siquiera una inscripción que diga lo que ella representa; Avellaneda no tiene aún su mármol; y, por fin, hace ya muchos días que el tiempo—el gran justiciero—se ha encargado de descubrir la tumba de Alberdi porque ninguno de sus conciudadanos se atrevía a descorrer el velo que la ocultaba.

Cuando los hombres del futuro consideren este procedimiento "sui géneris" de generaciones que hoy vocean su patriotismo a cada amago bélico que les hace cualquier vecino inquieto que viste poncho para hacer el gaucho malo, y que, sin embargo, olvidan el honrar a los que merecen ser honrados, han de arrasar de un solo golpe con esa estatuaria de celebridades de bazar como llenamos en el presente los receptáculos de nuestra satisfacción.

Una estatua debe ser siempre una suprema lección. La Gran Naturaleza, que guarda en su todo magníficas enseñanzas, puso el metal heroico y el granito triunfal en las eminencias de las montañas. Para simbolizar lo que ellos representan hizo color de mármol las calvas de las cordilleras y le fundió al águila un plumaje de bronce. Luego, las colocó entre el azul del espacio. Los grandes hombres tienen del espacio la inmensidad del alma y lo infinito del cerebro.

Violar esa ley es rebajarla: confundir un graio con un cóndor, una personalidad de barranco con la que confunde su cabeza con las últimas eminencias del espíritu, es algo que sólo tuvo su explicación lógica y racional cuando a las puertas de Roma decré-

pita y venal iban a amarrar sus caballos los bárbaros de occidente.

Este mismo fenómeno se produce hoy entre nosotros, pueblo joven, casi sin historia y sin hombres superiores, que aspira a hacerse sabio ya que no con el tiempo con la experiencia y la grandeza de sus hijos. Miramos desde muy cerca a las personalidades, las juzgamos prematuramente, vemos un genio donde sólo hubo un buen hombre y hacemos hervir las retortas y chispear el mármol bajo la caricia aguda del cincel para llenarnos de monumentos sobre los cuales van a caer las amargas ironías de los venideros tiempos.

Qué merece, pues, un grande hombre si a un "cualquiera" se le concede el honor supremo de la estatua? Esta reflexión abisma. Aun bajo las estrellas no se ha producido la respuesta.

1900.

INDICE

PÁGS.

INTRODUCCIÓN 3

POESÍAS

OBSEQUIO DE BODA..... 5

ÑANDUTIES 6

EL SALUDO DEL PUEBLO.... 7

BEETHOVEN..... 8

"SANTA FE"..... 9

POEMAS HELÉNICOS

APOLODORO..... 11

FIDIAS..... 14

NARCISO 17

HOLOCAUSTO..... 21

PROSAS

EL BESO DE LA MONJA..... 25

EL DERROCHE DEL BRONCE..... 28

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

LOS POEMAS DE LA SERENIDAD, por Ernesto A. Gvzman.

EDICIONES MÍNIMAS.
BVENOS AIRES - MCMXXI.

Buenos Aires, 12 de enero de 1915.

A Ernesto A. Guzmán. — Santiago de Chile.

Señor y poeta:

Entre el aluvión de libros de versos que aparecen sin destino y sin acción sobre la sociedad, y que no son el testimonio de una vocación inconsciente, aparece a veces alguna joya que es necesario coger y salvarla del olvido. Así debiera acontecer con su obra LOS POEMAS DE LA SERENIDAD, *título, por lo demás, modesto y al mismo tiempo significativo.*

Si yo tuviera autoridad y competencia para apreciar las bellezas que contiene su obra, dedicaríale un estudio minucioso en el cual relevaría la delicada conciencia artística que posee y expresa usted en sus versos; su talento vigoroso, varonil y complejo; la fuerza de su lenguaje y el esmero de su forma; la energía y el vigor del verso libre, manejado por usted a voluntad y con pericia y habilidad raras, dándole a todas las composiciones un cuño de novedad y originalidad; la profundidad y vastedad de su educación filosófica, significadas en sus altas y generosas concepciones; y diría, por último, todas las cosas sugeridas, afirmadas y pensadas vagamente mientras leía su libro, sobre una nueva civilización que se aproxima, y que ha de transformar los ideales de arte del mismo modo que transformará las doctrinas filosóficas y las instituciones sociales.

Pero nada de todo eso puedo expresarle a usted como quisiera y debiera. Ruégole, entonces, que acoja usted graciosamente la intención malograda.

Y deme usted, ya que me despido, sus "buenas manos, fuertes y cálidas", para que las oprima entre las mías, también francas y leales.

LEOPOLDO DURÁN.

hace pensar a
Chevreuse a
veces.

X

AL LECTOR

Hombre de ojos profundos i mirada
comprensiva i serena, hombre lejano
que no he de acompañar; desconocido
lector de sangre roja: entra i no pidas
las cosas que no caben; las que han sido
estrañas para mí, i que tú has palpado
en otras ocasiones i otros libros.
Para el andar ajeno, no tenia
tierra fácil de huellas mi camino...

Colabora conmigo en estas pájinas:
ajusta tu latido a mi latido;
tu corazon al mio; tu pupila,
a la mia tambien ¡cójeme entero!
Tocarás las raices de mi vida;
saldrás entibiecido de su tacto;
¡me vivirás entero!
Todas estas
sensaciones diversas que llegaron
a sacudir mi carne i que se unjieron
del calor de mi sangre: las que hacian
liviana mi niñez; las que agruparon
fervorosa oracion en las iglesias
de esta mi juventud, si tú pudieras
fijarte tanto, habrias de tocarlas
en la ruda raiz que vigoriza
las hojas que te doi de mis poemas.
De cuál de ellas, no sé; pero es de alguna
de que vive este verso que yo trazo
en este mismo instante; de ellas viene
este fresco rumor de fuerza viva

que oirás en mi libro; en este libro
donde, si sabes escuchar, tú debes
sentir hasta el aliento de mi tierra,
de mis bosques distantes, mi terruño
que me enseñara a ver i me enseñara
a comprender i a amar.
Si tú pudieras
suprimir una sola de mis altas
sensaciones, o hubieran conseguido
amortiguarla, acaso acabaria
mi personalidad; porque yo mismo
no sé de cuál de todas coje tierra
más dadivosa i fresca su estructura...
i a no haberla sentido, no veria
nada de esto de hoi del mismo modo...

Lector de ojos profundos i serenos,
que tienes el mirar maravillado:
este libro es resúmen de esas cosas
i mi sangre mas roja lo ha teñido;
¡coje mi plenitud, víveme entero!

CONMIGO

CONTIGO

Eres, mi corazon, una limosna
que no pidió la Vida i que le dieron:
En tí siento sonoro i siento cálido
a todo el universo: en tí rejistro
la piedad de las nubes por las hierbas
i la misericordia de las plantas
por las bocas hambrientas.
Tú eres todo
para mí; me has dado el infinito
dolor de mis pasiones, porque has puesto
esta pareja del amor i el odio
que trasmitan sus sangres a mis obras;
i porque en tí ya olvide, ya recuerde
o arraigue ensoñaciones, la conciencia
de mí mismo es tu dádiva.
Tú fuiste
un vago ofrecimiento impronunciado
ya en la ansiedad de ser que aquellas rocas
primitivas soltaron al ambiente...
I por eso eres triste; i por la espera
infinita, tambien eres humano.
Eres mi compañero i mi enemigo;
eres mi regocijo i mi diatriba;
mi rechazo i mi aplauso, mi alabanza
i mi reconvencion. Yo te mantengo
de realizaciones; tú, de impulsos.

Te hago senda a lo largo de mis brazos
i la pongo nutrida de anhelantes
deseos silenciosos, cuando te echas

camino de mis manos a ofrecerte
a las manos ajenas, a las buenas
que se dan en alivio con la hostia
i el vino de la injenua preferencia.
Las invades ansioso, i allí entero
se te acaricia el rostro a flor de palma.
Eres la cara interna, la que tiene
sólo jestos sinceros; la que pide,
asomada a mis ojos, que la entiendan...

Yo te pongo en mi boca i en mis labios,
que saben de tu carne i que la muestran
en el mundo esterior para dejarlo
restregado de tí; por eso suenan
con ansia i con pasion mis alaridos.

Yo te pongo de sello en toda cosa
i en la vida del rostro, porque tienes
las acciones sencillas, los pensares
de injenuas trasparencias; porque sabes
las palabras profundas que no mienten
i las meditaciones ampulosas.

I cuando para todos te repartes
como una hostia humana ¡por qué entónces
has de ser, para mí, incansable puño
que agolpa sobre el pecho de mi vida
su infinito teson de destrozármelo!...

MIS MANOS

Oh, buenas manos mias, precursoras
de la entrega, sembradoras felices
de mí mismo en los actos, compañeras
de mis íntimos jestos; no haceis nada
que no sea resúmen, i no muestre
el temblor del intento i las calladas
palabrerías de mi ensueño!
Fáciles
se tornan en vosotras los sentires,
i a las realizaciones vais seguras
como alas que se comban. No os sustraigo
a los diarios quehaceres: cada uno
da la miel que se puede, i el intento
queda justificado en lo que resta.

No rechazais oficio; habeis sentido,
al cultivar las flores i las plantas,
cómo os iba la tierra penetrando
del estremecimiento de sus fuerzas;
i cómo de los tallos se vertian
calladas resonancias en vosotras;
i hasta igual conmocion habeis tenido
al guiarme esta pluma, cuando llena
de vibracion, en sendas de palabras
ha fijado una huella al pensamiento!

Devotas manos mias! Temblorosas
de irrealizados actos; fuertes, cálidas
por la sangre del ansia, en ocasiones
habeis estado plenas de llamados

fervorosos i amargos, porque nadie,
sino vosotras mismas, ha sabido
de ellos i el objeto: erais entónces
bocas que se torcian i estiraban
bajo las turbulencias del secreto
i las desesperanzas del contacto...
Devotas manos mias! los llamados
que os han solemnizado, sean santos
para la eternidad! i que por ellos
no os puedan confundir!
Ninguna cosa
dejará de saber, al ser tocada,
la fértil devocion de lo que os resta!

MIS OJOS

Ojos mios, amigos del sendero
que conduce hácia el campo; par de hermanos
perpetuamente acordes en los actos
i en las apreciaciones; buenos padres
de mi serenidad; colectadores
de múltiples aspectos; peregrinos
con innúmeras cargas de horizontes;
pequeños ojos mios!

Sois los dedos
con que palpo a distancia, i siento tibios
del amigo contacto de los rostros
que por vosotros entran en mí mismo
para habitarme el corazon. Sois manos
de finísimo tacto, manos blandas
cuyas palmas no siente ni la misma
persona que acarician... dolorosos,
oscuros ojos mios!

Par de hermanos,
alabais en silencio en esta vega
la paz inconfundible de los árboles;
i os contais presurosos los secretos
que suben de la tierra; i seguís llenos
de atención bondadosa la segura
palpitacion del viento sobre el pasto.
I tomais posesion de aquestas cosas
con segura insistencia, i es un blando
dominio el de vosotros: ellas se hacen
personales del todo, i no os rehusan
ninguna parte de sí mismas; vienen

a haceros luminosos con su entrega
i las iluminais agradecidos!

Oscuros ojos mios, buenos padres
de lo que yo he pensado i he querido,
de todos mis amores i alegrías,
de mi dolor tambien... os llevo en alto,
porque deseo aun mostrar orgullo
por lo que yo he gozado i he sufrido!

LOS PASEOS DE LA SERENIDAD

ACCION DE GRACIAS

Santo dia de sol; porque haces claro
el templo de mi cuerpo, en él resuena
esta locuacidad del regocijo.

Santo dia de sol; seas bendito
porque eres bienvenida, eres ofrenda,
i añoranza tambien: tú me despiertas
en la oscura memoria del instinto
el recuerdo perdido del primero
de los dias hermosos para el hombre,
cuando en su íntimo fondo se posara
toda la enorme gloria de la tierra
con la solemnidad de sus iglesias
de bosques i colinas; i él probara
esta alegría de vivir que has puesto
ahora en mi interior... ¡El entusiasmo
de vivir el minuto i entregarse
a darle eternidad, i no hacer nada
de las diarias labores, i olvidadas
dejar preocupaciones i manías;
dejar que este espesor del universo
se apoce en la conciencia; iluminarse
todo este barro interno con la fresca
claridad de los cielos i los árboles,
i sentir el obrar de este bautismo
de estas cosas de Dios en mis pasiones!...

He salido a observarme, a hacerme grande
i victorioso de mí mismo. Nada
he dejado pasar sin humanarlo
con probabilidades e intenciones.

He conversado a solas, i mis perros,
que me oyeron hablar, me contemplaron
i corrieron despues; se restregaban
el pelo blanco i crespo sobre el pasto
con alegría jactanciosa; entónces
el contajio ha venido a hacerme fuerte
i poderoso de actos i de votos,
i me he tendido sobre el campo. I ellos
han recibido bendiciones mias,
porque era su contento como el mismo
contento de los hombres.
Como un niño
que dejara las trabas del mandato,
mi voluntad salia i yo la amaba.
He gozado corriendo tras mis perros,
porque es sano su juego i está lleno
de solicitaciones, i me hablaba
del inmediato parentesco. Lleno
de relijiosa uncion, los he besado
i apretado a mi pecho, i yo sentia
latir mi corazon agradecido...
I en plena comunion con sus espíritus,
ha saludado al sol mi acción de gracias.

No habia indiferencia por las cosas
en la mañana espléndida; las jentes
al mirarlos correr me saludaban.
Cada nuevo animal en el camino
me ha dicho una palabra diferente.
He llegado a mi casa i he notado
una solemnidad en cada objeto.

JESUS

Aquí bajo este sol que me liberta
de las malas pasiones, porque es tibio
como mano de madre; en esta tierra
toda nueva de flores i llamados
sucesivos i pródigos, suprema
por la reciente lluvia i puesta hermosa
de solemnes comienzos; bajo todo
esto que solemniza en mis adentros
i de envíos me sacia, en que el espíritu
es resplandecimiento i es propósito;
Jesus, yo te comprendo.
Eternizaste
tu yo en algun instante parecido,
pero mas grande que este mismo instante
que me hace soberano de la hora
i de la eternidad i de la tierra.
Ahora te comprendo, Jesus!
Fuiste
en todos los minutos de tus años
sereno enteramente; como hierba
húmeda sobre el suelo, tus acciones
i tus voces sumian sus raices
lozanas en tu cuerpo ¡qué de estraño
que sintieran los hombres un callado
rumor de tierra que elabora i nutre
al acercarse a tí! porque en tu cuerpo
hacia resonancia toda cosa
i dentro de tu alma se agrandaba
el alegre universo!
¡Saturado
de todos los aspectos, poseido

de los ecos diversos i la gracia
de horizontes sobrantes!...
Tus dos ojos
eran dos corazones, e infundian
en la profundidad del organismo
cálidos crecimientos; suscitaban
en los hombres maduros una fuerza
que los hacia niños, i ponia
bajo sus rudos sueños la confianza,
que fertiliza todos los instantes.
Eras el admirado permanente
del minuto i la brizna: los hallazgos
acudian a tí desde la hierba,
desde el astro lejano o la partícula
de polvo del camino; ningun hecho
te negó su recóndita sustancia,
ninguna sensacion, su preferencia,
i ningun pensamiento dejó su obra
para tí sin cumplirse: tú tenias
mas atencion que el sol i penetrabas
todos los hemisferios del espíritu.

¡Oh Infinito Remanso serenado
de mirar a los cielos cara a cara!

Todo lo mas pequeño, lo superfluo
i lo insignificante se tornaban
magníficos en tí: se hacian hondos
los gritos de las bestias; la montaña
turbadora i estéril, florecia
meditaciones altas; el comienzo
del balbuceo humano se llenaba
de grandes pensamientos; los endebles
i diminutos brazos se cubrian
de resueltas acciones; i la nube
tenia una conciencia bienhechora.

Maravillado i Pródigo, tus manos,
mensajeras de tí, manos de siembras,
no pudieron cerrarse, como fuente
que por las altas cimas con el cielo
comunica, i agotarse no puede.

AGUA DE RIEGO

Agua de manos blandas i livianas,
agua maravillada, agua de riego!...

Como frase de niño que refresca
los áridos pensares del abuelo
i le ablanda durezas del espíritu,
así vas penetrando en el sembrado
i haces tuya la tierra: te agradece
el terron, i los brotes te hacen sombra
con injenua insistencia, porque no halles
tan caluroso el sol; i te saludan
con temor infantil aquellos tallos
todavía distantes... i tú sabes
que gravita en el aire un regocijo
i una inmensa ternura; i nada dices
que son los hijos tuyos!
Agua, corre
i fecunda este valle, i pon tus labios
en todas las raices: tú refrescas
el corazon del campesino; agrandas
sus ocultos monólogos, i abrigas
de santidad su aspiracion. Son hondos
tus rumores para él, pues que le saben
a encantos de arboledas, a cercanas
desenvolturas de hojas, a visiones
de creceres continuos, i le envuelven
en un sonar de espigas el espíritu.
Vienes a ser impulso en su latido;
verdura i claridad, en su esperanza;
acelerada sangre, en el abrazo;
calor de besos i arrullar de cunas.

Algun grano de trigo saldrá un dia
de estos endebles tallos que hoi empapas
a contar en las hostias el milagro
continuo de tus dedos fervorosos.

MI CASA

Corazon del amigo, estás presente
en el recinto de esta casa; en ella
resuena el ritmo de tu sangre, pleno,
presuroso de accion!
Seas bendita,
casa mia, por todo: por la ayuda
a que debes tu orijen i el apoyo
que te doi con mi afan, i la confianza
que pones en los ojos i en las manos
de mi buena mujer; en ellas siento
aleteos de pájaros que me hablan
de las fatigas i ansias de los viajes
i la promesa del descanso.
Nunca
he sentido a las cosas mas humanas,
ni todos los objetos mas amigos,
ni he olvidado mejor lo pasajero:
al detener la vista en tus rincones
yo los pueblo de ensueños, de los mios
i tambien los ajenos de las varias
personas que han venido, i se han dejado
un poco de sí mismas en cada una
plenitud personal que desplegaron;
así son desde entónces, i las palpo
presentes todavía: alguna hermosa
actitud yo diviso en este sitio
i que me da frescuras de agua clara;
i en ese otro, algun jesto cariñoso
de un amigo; i surjiendo del conjunto,
esta materna paz que me serena.

Eres abrigadora: yo he aprendido,
dentro de tí, el valor de lo pequeño,
cuando ha entrado un insecto diminuto
a alguna de tus piezas i buscaba
la salida angustiado; i poseido
de una piedad fecunda, lo he tomado
i dado libertad, porque de nuevo
fuera a sentirse poderoso i útil.
He aprendido el valor de toda cosa,
i he vivido la vida de las plantas
que ha plantado mi mano: cuando he visto
marchitarse sus hojas i he notado
endurecerse el suelo, he comprendido
que padecian sed i que sufrian
con algun corazon como este mismo
corazon de los hombres i las bestias;
i que al abrir sus flores, florecian
sus visiones internas.
Tú me tornas
abundante: comprendo los afanes
de la tierra por darse; de los frutos,
por entregar sus jugos; i del agua
i el sol para verter su impulso.
Miro
por tus puertas el cielo, i se hacen blandas
i serenas mis luchas: me avergüenzo
de las malas pasiones que los otros
me impusieron con jestos i con actos,
i procuro que el barro del instinto
vaya fertilizándote i bendiga
tus amparos.

NUBES!

Buenas i santas nubes de verano
que me haceis los obsequios de esta sombra
reconfortante i fértil!...
Porque siento
en mí la ajitación de vuestra marcha
i vuestra liviandad; porque ha llegado
vuestra sonoridad imperceptible
hasta mi corazon, i habeis venido
a darme juventud i me habeis hecho
poderoso de anhelos; sed tan sólo
portadoras de anuncios: que ninguna
de estas manos que os ruegan, logren nada
concreto de vosotras. Sed promesa
visible i alejada, ésa que siempre
guarda en pólen su fruto i santifica
a estos dedos que esperan i no cojen...
dedos magnificados por el ansia,
i que son mas humanos i mas puros!

Así amorosas en ofertas, pródigas
de probabilidades, hareis bella
i sonora la vida; a la manera
de la amada perfecta, la Suprema
que hemos puesto distante i que nos hace
inmensos i profundos; soberanos
de todo lo que vemos; moradores
del encanto continuo; los profetas
de nuestras voces íntimas...

Sed, nubes,
la caridad suprema, ésta que sabe
prolongar el minuto de la oferta
hasta la eternidad...

LA VIDA SUPERFLUA

Las hojas que se ajitan en la verde
profundidad del árbol me dispensan
del trabajo de ver i de fijarme.
Mi atencion se diluye i queda sorda
a mi grito interior, el doloroso
que hacen nacer la lucha i el deseo.
Yo me olvido de todo, i soi un niño
tras de las maravillas de lo fútil.

Benditas hojas de árbol, todas trémulas
de dejaros en fácil abandono
i no aspirar a nada, ni siquiera
a manteneros separadas unas
de las diversas de otras ramas; hojas
que poseeis sin ansia con la misma
raiz única el suelo, i no tuvisteis
jamás afan de atormentar a alguna
venida de otras plantas ¡Hojas verdes
en el árbol profundo; hojas henchidas
de savia jenerosa; daos todas
a las instancias de esta brisa!
Cómo
me refresca la accion de haber venido;
de dejarme cojer entre estas raudas
oleadas... i absorbido permanezco
en la diafanidad de sus instantes!

Este trabajo de no hacer esfuerzos
i no crear caminos hácia el logro
de los próximos frutos anhelados;

pero dejar que se hagan los acopios
de ocultas enerjias!...
Yo os admiro
por la sana labor de no hacer nada
que me impusisteis, hojas!... Ajitaos
indefinidamente ante los hombres
de cansado mirar, i hareis acaso
la obra de sus manos mas perfecta.

CAMINOS!...

CAMINOS del terruño, caminitos
tendidos en el campo por la mano
piadosa de algun hombre para el viaje
de los sueños del niño!

Me habeis dado
relijiosos deleites cuando han ido
por vosotros mis pies, i muchas veces
un ájil fantasear: tras de los bosques
de la orilla del rio, he colocado
maravillosas tierras, guardadoras
de todo lo anhelado. Me he sentido,
en vosotros, señor: las cosas eran
súbditos obedientes; mensajeras
de mandatos, las aves; la llanura,
un reino dilatado; i renacia
la tierra ante el dominio vigoroso
de mi infantil espíritu.

Caminos
de los anchos potreros i los verdes
i espaciosos trigales! os adeudo
la devocion de inmensidad i el voto
de robustas acciones, que no cesan
de trabajar en mi.

Como unos brazos
largos i abrigadores, acudiais
a recibir mi encuentro: encima de ellos,
glorificado el cuerpo, mis sentidos
se abrian plenamente i recibian,
sin ningunos propósitos ni fines,

lo que les daba el cielo, el sol, la tierra
i la vega cercana.
Caminitos
de mi mejor vision, yo aun os debo
la intencion del recuerdo: sed lo mismo
que brazos llamadores para todos
los niños que se acerquen a vosotros,
i hareis mi gratitud resplandeciente!

EL REGRESO

AHORA que camino al lado tuyo
por esta amplia avenida i siento el grato
calor de tu regreso, me parecen
los ojos de estas jentes todos blandos
al posarse en nosotros, i brillantes
de jenerosas bienvenidas. Miro
con gratitud sus pasos, i me lleno
del poderoso agrado de saberme
tan cerca de los otros.
Porque siento
que me aman estas jentes i está henchido
de corazon el mundo, me penetro
de una amistad universal i pongo
ternura hasta en las cosas. Mujer mia,
tu regreso me aclara: en este instante
hasta mis enemigos me parece
que me aman con sus odios, con sus odios
que son su reverencia i tu aureola.

AGOSTO DE 1913 A MAYO DE 1914

INDICE

Págs.

Al lector 3

CONMIGO

Contigo 7
Mis manos 9
Mis ojos 11

LOS PASEOS DE LA SERENIDAD

Acción de gracias 15
Jesús 17
Agua de riego 19
Mi casa 21
Nubes!. 23
La vida superflua 25
Caminos!.... 27
El regreso. 29

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

POESIAS ESCOGIDAS DE EDMVNDO MONTAGNE.

EDICIONES MINIMAS.
BVENOS AIRES. MCMXIX.

Conocemos desde antaño a este poeta desconocido para vosotros, jóvenes lectores de la última generación a cuyas manos llegue esta selección de sus versos. La primera cosecha de belleza realizada por él en edad temprana, hace veinte años, fué recogida en un librito, ahora inhallable, titulado FRASES RÍTMICAS. *Esta obra de afortunada iniciación por la extrema variedad de las combinaciones métricas y sus efectos musicales, no suscitó el elogio unánime de los cancerberos del Arte, pero atrajo sobre el autor la atención de sus pares, los más peregrinos ingenios. Comenzaba, pues, la ascensión de su espíritu en la escala de claridad que ilumina y embellece la vida, cuando, de pronto, inesperadamente, la noche cerró el camino y ensombreció sus visiones. Y erró "gimiendo a tientas" por la selva maldita, blando "el seso roído de demencia". Muy de cerca, y con el corazón*

apretujado, seguímosle en sus nuevas y extrañas excursiones mentales. Avanzó internándose en laberintos antes inexplorados de su propio mundo. Y en los largos vagares desolados exaltó todo su fondo espiritual y emotivo, encrespado en cantos de sentido esotérico. En los VERSOS DE UNA JUVENTUD *está señalada esta etapa de las rutas del poeta. Allí, también, se inicia una nueva etapa: la del poeta recobrado al mundo de las cosas cotidianas. Y celebra esta resurrección en "La velada", uno de los cantos más puros y austeros de la lírica moderna. Después nos han llegado las canciones del* PORDIOSERO DE AMOR, *donde advertimos que permanece siempre ajeno a las fórmulas y procedimientos de los amanerados, que acicalan el continente para disimular la inanidad del contenido. Este* PORDIOSERO *"une a una alma pagana; la de un religioso como San Francisco". Su canción tiene el fervor de la plegaria y se eleva fiel al Amor, que es ternura y piedad. Y como el aire liberta en aroma el alma de la rosa, así ofrenda el poeta su corazón en canciones de una ardorosa pureza.*

TARDE PÁLIDA

QUIETAS horas de una tarde
sin arrebol. Agonizan
como los sueños sin gloria
que vuelcan sombra en la vida.

En el poniente se espesa
una enorme franja lívida
que al mirarse, hiela. Y toda
la altura descolorida
ve sin piedad cómo es triste
el anochecer.

Pristina
flor de un lejano misterio,
o gloria en luz florecida,
tú, oh estrella de la tarde:
mira cómo se marchita
yendo a un ocaso de angustia
sin bien de amor esta vida.

RUEGO

PADRE que estás en los cielos,
¡cómo el corazón me late
en este oscuro combate
por alcanzar tus consuelos!

¡Fosco nudo el de mis duelos!
¡Haz que por fin se desate!
El fué numen y acicate
destos mis divinos celos.

Hoy que me has dado el camino,
hoy que me sé peregrino
por toda la eternidad,

junto a mi madre, la buena,
torna mi vida serena
como tu inmensa piedad.

RENDICIÓN

DULCE enemiga mía,
cuya lid de anhelosas esquiveces
ocupaba mis horas; hidalguía,
fineza, sumisión de lo que es alma,
hondo recato de lo que es mujer:
a tus pies, ya lo vés, tienes la palma
del combate primero del querer:
esta mi rendición que bien no sabe
dar su gemir divinamente suave.

Ves cómo insisto en levedad que asciende,
que ya no soy rigor desde lo alto,
ni fragor que se enciende,
ni escudo de basalto
a tu inquirir la luz de verdad mía.
Escabel a tus plantas es mi orgullo,
mi ardor trueca en sahumerio su osadía,
y al calor de tu fiel melancolía,
todo extasiado el pensamiento es tuyo,
dulce enemiga mía.

Brote el gemir de este dulzor de duelo
de un rendido de amor:
un roce de aura, una tibiez de cielo
en estival albor.
¡Oh lento penetrar en el consuelo
del reposo mayor!

Bajo tus ojos todo caridad,
dado a tus labios que serán renuevo
de una vida humildísima en bondad,
como ave herida entre mis manos llevo
mi corazón, ofrenda a tu piedad!

AL PASAR

DAMA de rostro velado
por extraña palidez,
y en los ojos la altivez
de un hondo duelo callado:

Si vuestro mirar sombreado
brilló tan dulce en mi prez,
mi corazón a su vez
ha latido y os ha amado.

Y os ama aún, mucho más
cuanto que nunca jamás
vuestro encanto suave y serio,

ay, ha de herirme en la vida,
con súbita y santa herida
de amor grave y de misterio.

EL PASÒ

traducción

(HELÉNE VACARESCO)

PASABA él: sin duda en el camino
no debí aparecer, mas era en vano,
mi casa da en el borde de la ruta
y yo tenía flores en la mano.

Él habló: yo debí no estremecerme
embriagada en su voz; mas la mañana
era un reflorecer en el boscaje
y un torrente de luz en mi ventana.

Él me amó: yo debí sin duda alguna
no amar así con tanta decisión;
mas ay! que cuando el corazón escucha,
es siempre quien responde el corazón.

Él partió al fin: yo debería acaso
ya no esperarlo, no quererlo ya;
mas nuevamente el bosque dará flores
y este cielo sin él se nublará.

CANCION ALGO IRÓNICA

TUS ojos me dicen "ven",
tus labios me dicen "no",
tus manos huyen también
cuando las persigo yo.

Si sólo tus ojos dan
alivio a mi corazón,
tus labios callen su afán,
tus manos mueva el perdón

Mas como esperas en mí,
has palidecido ayer
cuando grave adiós te dí
para nunca más volver.

Fué que una estrella rodó
al tiempo que yo partí:
tu pecho se estremeció,
yo sin querer me volví.

Tus ojos decían "¡ven!",
tus labios clamaban "¡sí!"
¡Tus manos las ví también
agitadas tras de mí!

LAS TRES VAGAS CANCIONES

EL VANO INTENTO

YO la quería olvidar.
¿Por qué, por qué olvidaría
si ella me quería amar?

Anidaba aún su amor
en mi recuerdo. Recuerdo
que olvidarla era un dolor.

Mi afán no pudo vencer.
Quedé ahogándome en la pena
que está entre ser y no ser.

LA DOBLE ORFANDAD

BRILLABA en su palidez
la belleza de su alma.
Diciéndoselo temblé.

Ella más palideció.
Con las quejas de su otoño
a mi pasión respondió.

Sus ojos inmensos ví
piadosos sobre mi amor.
Oh su dolor... mi dolor...:

Dolor que en ella y en mí
fueron el goce mayor.

EN LA NIEBLA DEL SENTIR

ES sensible vaguedad
este cielo del recuerdo
en donde hundiéndote vas.

Etérea, mirando a mí
quedas, distante en la niebla.
Eres de una luz sutil.

Amante mujer que amé,
hoy fantasma de ternura
en el fondo de mi ser.

Cuán intensa es tu belleza,
amante mujer que amé.

EL FANAL DE LOS MALDITOS

ACASO el genio ignoto
de los esfuerzos vea
mi esfuerzo, y su palabra
pueble de ecos mi senda.
Y esos ecos proclamen:—
Eres rey de la selva,
de la selva maldita
de árboles de tinieblas
que florecen espantos
bajo un riego de penas.

Y entre sotos y noche,
en mi marcha siniestra,
esos ecos repitan:—
Eres rey de las penas.
Y acaso el genio ignoto
que los esfuerzos premia
y me habrá coronado
con la sombra hecha piedra,
haga arder una estrella
como esmeralda heráldica
en mi negra diadema.
Y el clamoreo aclame:—
Eres rey de las penas.

Ah, para los que marchan
en la horrible miseria:
ah, para mis hermanos
los vestidos de lepra,
cuyo corazón es
un nudo de culebras,
los que llevan el seso
roído de demencia;
ah, para mis hermanos,
podre gimiendo a tientas;
ah, para los transidos
de la selva siniestra,
flor de luz del martirio
brillará mi diadema!

A LOS POETAS NOVELES

ME siento ir llorando de envidia hacia la muerte,
ay, sin consuelo, hermanos, si no me dais las manos.
Yo quiero remozarme con armonía en todos
los hermanos menores que traigan bellos modos,
suspirosos de cielo
mas templado el anhelo,
cual vosotros que sois los del gran gesto infante,
los hermanos del verbo y el mirar rebosante!

Brille la pedrería de vuestra fantasía
en esta tarde mía,
como constelaciones que dieran los perdones
con su luz de ambrosía,
para todas las hieles de mis flacas pasiones
en que ahogado moría.

Que no vaya a la muerte muriendo corroído.
¿No os he dado sufrida mi canción toda humana?
¡Vengan las dulces manos! Que vuestros cantos sanos
hasta el umbral me lleven henchido de alborada,
mis líricos hermanos!

EN LA MUERTE DE RUBÉN DARÍO

Oh maestro. En el linde más distante se advierte
el rumor de que zarpa tu aprestado bajel:
Rey del canto en la vida que al país de la muerte
querrás llegar cantando para reinar en él.

Por el cisne y la rosa y el ruiseñor y el astro,
por las cortes galantes y el edén pastoral,
por la mujer y el alma de su tibio alabastro;
por el siglo y la raza y el misterio eternal...

Por Pan, que el gusto incógnito de las cosas te diera,
por Jesús, que es lo blanco tras de la azul esfera:
ansia vital y anhelo divino, por los dos...

El hierro de las forjas de tus odas de hierro
batirá en las campanas que al clamar tu destierro
te abrirán una puerta gigantesca hacia Dios.

CONSEJOS DADOS A MI MISMO

NO te afanes buscando, ya que todo te aleja
del motivo que en júbilo trocará tu honda queja.
No te afanes rindiendo pleitesía a lo estulto
que rige en los salones y atruena en el tumulto.
Mas sin odio ni amor, sé incoloro y sensato:
inquiere de las cosas el sentido inmediato
que todas estas gentes juzgan bueno cumplir
por ser hilo en la red del común existir,
y cumple ese deber consecuente a las horas
que pasan, mas no intentes ni prisas ni demoras,
hazlo como una vieja costumbre rutinaria
que fuera del ritmo único de una ley voluntaria;
y vive en paz con todos... y vive en paz con todos
en los comunes brillos y en los comunes lodos.
Ah, pero cuando llegue a tu social acato
día tras día el fin, no toques a rebato
por todo lo sufrido, por todo lo llorado,
por todo lo invisible de tu cumplir callado.

No seas la venganza ni seas la pujanza
que lanza el grito en pro de una loca esperanza.
Perdona a los falsarios del sencillo deber:
al hombre buitre, al fatuo, a la impura mujer,

al que expone y trafica las palabras sagradas,
a cuantos tus ingenuas pupilas azoradas
vieron mezclar al agua de tu copa el veneno
que te impidiera ser un vulgar hombre bueno.

No toques a rebato: que tu social prudencia
es de todas las ciencias la más difícil ciencia.
Ni te creas el justo. Mas si sientes latir
en el alma el tesoro de un soñado existir,
busca el rincón más solo de tu casa y protege
la dulcedumbre arisca de tu ensueño que teje.

Cuando tengas tu ensueño hecho verso, hecho flor,
hecho estrella bendita sobre un mundo de horror,
déjalo ir al alma de los malos hermanos
como cosa sin precio que se va de las manos.

LA COPA DEL JARDIN

ES una copa de vetusto mármol
del que jamás el musgo cicatriza
las heridas ramosas que lo matan
con el sigilo ávido del tiempo,
y en cuyo pie muerde una hiedra
celando la crueldad de sus raíces
con la mancha sombría de sus hojas
llenas de polvo.

El agua que las nubes
descongelan en gotas como llanto,
en la amplia cuenca de la copa aduerme
su virgen transparencia.
Y en el borde
de comba suave como la que agracia
un joven pecho femenil, de pronto
se posa un ruiseñor, con la soltura
divina propia de él que tiene toda
la inmensidad para expandir su vida.

Lánguidamente, en el opuesto borde,
se columpia una flor inmaculada.
Labio de nieve, su corola es símbolo
de un alma candorosa franquëando

la pueril esquivez de su perfume
a lo ignorado de un amor. Se deja
caer sobre sí misma en el intento
vano de sacudir sus abismantes
filosofías de lo azul.

En tanto,
el ruiseñor ganoso mira el agua,
la intacta superficie agujerea
y eleva el pico y bebe, estremecido,
el efímero sorbo.

De la herida
en contorno, rugándose, la inmóvil
superficie, mil círculos aleja,
que más anchos y lentos y rendidos
expiran en los flancos de la copa.

La flor, labio de nieve presto al roce
de un beso, triste piensa que, abstraída
en sus meditaciones de infinito,
no escuchó el canto que volcara el ave
en el silencio nítido del agua.
Pero a poco mitígase su pena
creyendo ver en las ligeras ondas
que se mueven aún, las sucesivas
modalidades plásticas del canto.

LA VELADA

EA, hermanas: corramos la carpeta
de fondo rojo y áuricos diseños
sobre la mesa familiar que amamos,
y a la luz de la lámpara, callemos.

Es propicia a la calma que ennoblece
esta noche de invierno
que en la creciente primavera quiere
prolongar el dulcísimo recuerdo
de las veladas íntimas.

Ya trae
y lo coloca abierto,
nuestra madre, en la mesa, el libro suyo
habitual y severo
con que quizá al leerlo infunde en torno
ritmo de eternidad al afán bueno.

Nos miramos. Sentimos
que acaba de agravarse este silencio,
ahora que la madre reflexiona
sobre su libro austero.

Y la hacendosa hermana de ojos almos
que en la blanca labor buscan un ruedo,
calza el dedal, la aguja enhebra y, lista,
aproxima a la lámpara su asiento.

Y la de rostro mate
y ojos de luto, imitará su ejemplo
cuando la vuelvan de un vagar sin causa
los ocho sones ásperos y acérrimos
del reloj, o la vívida consulta
sobre el detalle de un adorno nuevo
en los vestidos claros
que han surgido del lóbrego ropero.

Mas no es así, que al ruido de mi pluma
con una silla nos demanda un puesto
y rëanuda su tarea: un traje
humildísimo y negro,
para el menor de los tres niños pobres
que en nuestro barrio se han quedado huérfanos.

En la calma imperante
que parece rodearnos desde lejos,
va acentuándose, crece y se agiganta
el bronco traqueteo
del carretón que viene de las quintas
todas las noches, lento,
al paso de los bueyes cadencioso
y al vocear canturreado del boyero.

Retiembla entonces todo
en nuestros aposentos:
puertas, muros y muebles, y hasta a veces
despierta y canta loco mi jilguero.

Mas esta noche pasa
el carretón y aléjase esparciendo
su rumor venerable que se acalla
en un magno silencio
más alto que las cosas de la vida.

Y yo pienso y más pienso
no sé bien en qué cosas, pues son hijos
de mi sentir los vagos pensamientos:
hijos de este sentir de cosas tiernas
que bullen y rebullen en mi pecho
y tal vez me ahogarían si en la pluma
no lograran fugar al són del verso.

Sé que en mi hogar me estrechan
con especial aunque velado afecto,
pues soy un recobrado a esa desgracia,
más bien a ese misterio
del que muy pronto o nunca se regresa,
y que llaman locura, y que yo creo
que no es locura, no, sino que es algo
de dulce, de profundo y de soberbio
que nos lleva distantes de las cosas
donde hay más de lo Eterno
y quë hace sufrir porque nos deja
entre el mundo y Aquello.

No me sumo en los antros de mï alma
como solía hacerlo,
pues a la luz dë oro de la lámpara,
en fugaces encuentros,
los rostros se iluminan
hasta en sus pensamientos.

Y escribo. Mas en vano he pretendido
rondar con mis miradas lo superfluo,
por no labrar sino dejar que corran
naturales mis versos,
inspirados en cuanto en la velada
traduzca un sentimiento:
pues no ví que una hermana preparase
el amado licor, dulce y acerbo
como el vivir: el mate, con que acaso
selló su amor a América el abuelo.

Ya su legado, la bombilla gruesa
de facetado argento,

besa mi madre y sorbe, saboreando
a un santo y mismo tiempo,
el zumo de la verba que Dios crea
y la oración con que se va a su reino.

Comienzan a flotar leves palabras,
inconsciente pretexto
de amenguar el sondaje sensitivo
que callando en el alma nos hacemos.
Y ya nos animamos, y en los muros
nuestras sombras defórmanse y al techo
llegan a veces, súbitas,
por sólo un simple gesto!

De pronto percibimos que nutrida
rompe a caer la lluvia desde el cielo.

Sentimos más cercano y más solemne,
a su rumor, el nocturnal imperio.
Un toque aislado de campana; un silbo
largo y triste, nos vienen desde lejos.
Y nada más. La gran ciudad parece
que se hubiese perdido en un ensueño
vagabundo, fantástico, o que acaso
bajo la lluvia fría hubiese muerto.

¡Las once!—nos advierte el reloj, grave,
cual fuese un receloso guardián viejo.

A sus sones, la hermana de ojos almos,
del contiguo aposento
que permanece en sombras,
trae lleno de rosas el florero.
Y cuando cuidadosa va a dejarlo
de la mesa en el centro,
sobre el traje del niño ya concluido
caen pálidos pétalos.

Mi madre se incorpora, entrecerrado
toma el libro severo,

y al seguir lentamente a mis hermanas
me contempla de un modo dulce y serio,
mitad caricia al hijo,
mitad alto y tranquilo pensamiento.

Y yo que quedo solo y un suspiro
exhalo sin quererlo,
bajo la luz de oro desta lámpara
que a la pieza materna llevar debo,
voy a dejar la pluma y sin besarla
no la puedo dejar, y me estremezco.

■ ■ ■ ■

QUIERO un féretro claro como la luz del día
y en los que en él me pongan un suave sonreír
más dulce si es posible que aquel que yo tenía
cuando calladamente comenzaba a morir.

Me depare una tarde la buena muerte mía
hecha para embeleso de un divino vivir,
y aves, flores y niños la inocente alegría
de mi suerte proclamen bajo el cielo zafir.

¡Ah si mi madre entonces como para otros fuera
quien sobre el cuerpo frío la mortaja pusiera
con el hondo sentido de su gran majestad...

para que de los buenos más pobres que ignoramos
derramara las hierbas de los humildes ramos
sobre ese lienzo puro de la humana piedad!...

LA IMAGEN

de

(CONTESSE MATHIEU DE NOAILLES)

traducción

REFLÉJAME en tus pupilas,
pobre fauno que te mueres,
y haz que dance mi recuerdo
entre las sombras perennes.

Dí a esos muertos que en mis júbilos
gozaran, que en ellos pienso
cuando por bajo los árboles
pequeñuela y blanca yerro.

Diles qué expresan mi frente,
mi cinta, mi breve boca
y mis dedos regordetos
que con las hierbas se aroman.

Diles mis gestos ligeros
que cambian como la sombra
en los vergeles mecida
por innumerables hojas.

Diles que suelo tener
laxos y lentos mis párpados,
que danzo en la tarde y mueve
mi falda el aire pasando.

Que adormida, los desnudos
brazos bajo la cabeza,
mi carne es igual que el oro
junto a las venas violetas.

Diles mis cabellos dulces
que aciruelados se azulan,
mis pies como dos modelos,
mis ojos color de luna.

Y diles que en la hora ardiente
tendida junto a las aguas
tengo ansias de sus amores
y abrazo sus sombras vanas.

A LA SEÑORA DOÑA

MARIA MARCADÉ DE MONTAGNE.

CON el límpido timbre de tu nombre
quiero sellar el libro
de aquesta juventud rugiente o plácida,
pálida o fulgurosa que he vivido,
clamando en el desierto con palabras
de amor o con blasfemias, mi destino.

Hoy que los grandes de la luz más alta
de mi voz se han dolido,
e hicieron en mi frente
la caridad de un signo,
y sé que es uno solo el fin del trance
por que tú y yo vivimos,
y que la fe de infinitud que hambreo
es tu misma fe en Cristo,
siento un bien más sagrado y reverente
que el que es humano bien de madre a hijo,
ante tu ingenuo rostro iluminado
de bondad y sentido.

Por eso acudo a tí que acaso ignoras
lo grande de tu espíritu,

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

AFORISMOS de Baltasar Gracián.

EDICIONES MÍNIMAS.
VENOS AIRES - MCMXXII.

BALTASAR GRACIÁN

(1601 - 1658),

JESUÍTA ARAGONÉS.

DESTILÓ LA CLARA ESENCIA DE SU ESPÍRITU

EN OBSCUROS ORÁCULOS

Y

«PROCURÓ LOS MEDIOS HUMANOS

COMO SI NO HUBIESE DIVINOS

Y LOS DIVINOS

COMO SI NO HUBIESE HUMANOS»

TRATAR CON QUIEN SE PUEDA APRENDER. — Sea el amigable trato escuela de erudición, y la conversación enseñanza culta; un hacer de los amigos maestros, penetrando el útil del aprender con el gusto de conversar. Altérnase la fruición con los entendidos, logrando lo que se dice, en el aplauso con que se recibe, y lo que se oye en el amaestramiento. Ordinariamente nos lleva a otro la propia conveniencia. Aquí, realzada, frecuenta el atento las casas de aquellos héroes cortesanos, que son más teatros de la heroicidad que palacios de la vanidad. Hay señores acreditados de discretos, que a más de ser ellos oráculos de toda grandeza con su ejemplo y en su trato, el cortejo de los que los asisten es una cortesana academia de toda buena y galante discreción.

SABER CON RECTA INTENCION. — Aseguran fecundidad de aciertos. Monstruosa violencia fué siempre un buen entendimiento casado con una mala voluntad. La intención malévola es un veneno de las perfecciones, y ayudada del saber malea con mayor sutileza. ¡Infeliz eminencia la que se emplea en la ruindad! Ciencia sin seso, locura doble.

PAGARSE MAS DE INTENCIONES QUE DE EXTENSIONES. — No consiste la perfección en la cantidad, sino en la calidad. Todo lo muy bueno fué siempre poco y raro; es descrédito lo mucho. Aun entre los hombres, los gigantes suelen ser los verdaderos enanos. Estiman algunos los libros por la corpulencia, como si se escribiesen para

ejercitar antes los brazos que los ingenios. La extensión sola nunca pudo exceder de medianía; y es plaga de hombres universales, por querer estar en todo, estar en nada. La intención da eminencia, y heroica, si en materia sublime.

EN NADA VULGAR. — No en el gusto. ¡Oh, gran sabio el que se descontentaba de que sus cosas agradasen a los muchos! Hartazgos de aplauso común no satisfacen a los discretos. Son algunos tan camaleones de la popularidad que ponen su fruición, no en las mareas suavísimas de Apolo, sino en el aliento vulgar. Ni en el entendimiento: no se pague de los milagros del vulgo, que no pasan de espantaignorantes, admirando la necedad común, cuando desengañando la advertencia singular.

CONOCER SU REALCE REY. — La prenda relevante, cultivando aquélla y ayudando a las demás. Cualquiera hubiera conseguido la eminencia en algo, si hubiera conocido su ventaja. Observe el atributo rey, y cargue la aplicación: en unos excede el juicio, en otros el valor. Violentan los más su minerva; y así, en nada consiguen superioridad: lo que lisonjea presto la pasión, desengaña tarde el tiempo.

SABERSE DEJAR, GANANDO CON LA FORTUNA, — es de tahures de reputación. Tanto importan una bella retirada como una bizarra acometida; un poner en cobro las hazañas, cuando fueren bastantes, cuando muchas. Continuada felicidad fué siempre sospechosa: más segura es la interpolada, y que tenga algo de agridulce, aun para la fruición; cuanto más atropellándose las dichas, corren mayor riesgo de deslizar y dar al traste con todo. Recompénsase, tal vez, la brevedad de la duración con la intención del favor. Cánsase la fortuna de llevar a uno a cuestas tan a la larga.

CONOCER LAS COSAS EN SU PUNTO, EN SU SAZON, Y SABERLAS LOGRAR. — Las obras de la naturaleza todas llegan al complemento de su perfección; hasta allí fueron ganando; desde allí, perdiendo. Las del arte, raras son las que llegan al no poderse mejorar. Es eminencia de un buen gusto gozar de cada cosa en su complemento: no todos pueden, ni los que pueden saben. Hasta en los frutos del entendimiento hay ese punto de madurez; importa conocerlo para la estimación y el ejercicio.

SENTIR CON LOS MENOS Y HABLAR CON LOS MAS. — Querer ir contra el corriente es tan imposible al desengaño cuanto fácil al peligro. Sólo un Sócrates podría emprenderlo. Tiénese por agravio el disentir, porque es condenar el juicio ajeno; multiplícanse los disgustados, ya por el sujeto censurado, ya del que lo aplaudía: la verdad es de pocos, el engaño es tan común como vulgar. Ni por el hablar en la plaza se ha de de sacar el sabio, pues no habla allí con su voz, sino con la de necedad común, por más que le esté desmintiendo el interior: tanto huye de ser contradicho el cuerdo, como de contradecir: lo que es pronto a la censura, es detenido a la publicidad de ella. El sentir es libre; no se puede ni debe violentar; retírase al sagrado de su silencio, y si tal vez se permite, es a sombra de pocos y cuerdos.

DILIGENTE E INTELIGENTE.—La diligencia ejecuta presto lo que la inteligencia prolijamente piensa. Es pasión de necios la prisa, que como no descubren el tope, obran sin reparo. Al contrario, los sabios suelen pecar de detenidos, que del advertir nace el reparar. Malogra tal vez la ineficacia de la remisión lo acertado del dictamen. La presteza es madre de la dicha. Obró mucho el que nada dejó para mañana. Augusta empresa correr a espacio.

HOMBRE DE ESPERA, arguye gran corazón con ensanches de sufrimiento: nunca apresurarse ni apasionarse. Sea uno primero señor de sí, y lo será después de los otros. Hase de caminar por los espacios del tiempo al centro de la ocasión. La detención prudente sazona los aciertos y madura los secretos. La muleta del tiempo es más obradora que la acerada clava de Hércules. El mismo Dios no castiga con bastón, sino con razón. Gran decir: "el tiempo y yo a otros dos". La misma fortuna premia el esperar con la grandeza del galardón.

MAS SEGUROS SON LOS PENSADOS HARTO PRESTO, SI BIEN; lo que luego se hace, luego se deshace; mas lo que ha de durar una eternidad ha de tardar otra en hacerse. No se atiende sino a la perfección, y sólo el acierto permanece. Entendimiento con fondos logra eternidades: lo que mucho vale, mucho cuesta, que aun el más precioso de los metales es el más tardo y más grave.

SABER NEGAR.—No todo se ha de conceder, ni a todos. Tanto importa como el saber, conceder; y en los que mandan es atención urgente. Aquí entra el modo. Más se estima el no de algunos que el sí de otros, porque un no dorado satisface más que un sí a secas. Hay muchos que siempre tienen en la boca el no, con que todo lo desazonan. El no es siempre el primero en ellos, y aunque después de todo lo vienen a conceder, no se les estima porque precedió aquella primera desazón. No se han de negar de rondón las cosas; vaya a tragos el desengaño; ni se ha negar del todo, que sería desahuciar la independencia. Queden siempre algunas reliquias de esperanza para que templen lo amargo del negar. Llene la cortesía el vacío del favor, y suplan las buenas palabras la falta de las obras. El no y el sí son breves de decir, y piden mucho pensar.

NUNCA APURAR NI EL MAL NI EL BIEN. — A la moderación en todo redujo la sabiduría toda un sabio. El sumo derecho se hace tuerto, y la naranja que mucho se estruja llega a dar lo amargo; aun en la fruición nunca se ha de llegar a los extremos. El mismo ingenio se agota, si se apura, y sacará sangre por leche el que esquilmare a lo tirano.

CULTURA Y ALIÑO.—Nace bárbaro el hombre; redímese de bestia, cultivándose. Hace personas la cultura, y más cuanto mayor. En fe de ella pudo Grecia llamar bárbaro a todo el restante universo. Es muy tosca la ignorancia: no hay cosa que más cultive que el saber. Pero aun la misma sabiduría fué grosera, si desaliñada. No sólo ha de ser aliñado el extender; también el querer, y más el conversar. Hállanse hombres naturalmente aliñados de gala interior y exterior, en concepto y palabras, en los arreos del cuerpo, que son como la corteza, y en las prendas del alma, que son el fruto. Otros hay, al contrario, tan groseros, que todas sus cosas y tal vez eminencias las deslucieron con un intolerable bárbaro desaseo.

COMPRENSION DE SI. — En el genio, en el ingenio, en dictámenes, en afectos. No puede uno ser señor de sí, si primero no se comprende. Hay espejos del rostro, no los hay del ánimo; séalo la discreta reflexión sobre sí, y, cuando se olvidare de su imagen exterior, conserve la interior para enmendarla, para mejorarla. Conoce las fuerzas de su cordura y sutileza para el emprender; tantee la irascible para el empeñarse; tenga medido su fondo y pesado su caudal para todo.

ARTE PARA VIVIR MUCHO. — Vivir bien. Dos cosas acaban presto con la vida: la necedad o la ruindad. Perdiéronla unos por no saberla

guardar, y otros por no querer. Así como la virtud es premio de sí misma, así el vicio es castigo de sí mismo. Quien vive aprisa en el vicio, acaba presto de dos maneras; quien vive aprisa en la virtud, nunca muere. Comunícase la entereza del ánimo al cuerpo, y no sólo se tiene por larga la vida buena en la intención, sino en la misma extensión.

NO CANSAR. — Suele ser pesado el hombre de un negocio y el de un verbo. La brevedad es lisonjera y más negociante. Gana por lo cortés lo que pierde por lo corto. Lo bueno, si breve, dos veces bueno. Y aun lo malo, si poco, no tan malo. Más obran quintaesencias que fárragos. Y es verdad común que, hombre largo, raras veces entendido: no tanto en lo material de la disposición, cuanto en lo formal del discurso. Hay hombres que sirven más de embarazo que de adorno del universo, — alhajas perdidas, que todos las desvían. Excuse el discreto el embarazar; y mucho menos a grandes personajes, que viven muy ocupados, y sería peor desazonar uno de ellos que todo lo restante del mundo. Lo bien dicho se dice presto.

NO AGUARDAR A SER SOL QUE SE PONE. — Máxima es de cuerdos dejar las cosas antes que los dejen. Sepa uno hacer triunfo del mismo fenecer, que tal vez el mismo sol, a buen lucir, suele retirarse a una nube, porque no lo vean caer y deja en suspensión de si se puso o no se puso. Hurte el cuerpo a los acasos para no reventar de desaires; no aguarde a que le vuelvan las espaldas, que le sepultarán vivo para el sentimiento y muerto para la estimación. Jubila con tiempo el advertido al corredor caballo, y no aguarda a que cayendo levante la risa enmedio la carrera; rompa el espejo con tiempo y con astucia la belleza, y no con impaciencia después al ver su desengaño.

TENER AMIGOS. — Es el segundo ser. Todo amigo es bueno y sabio para el amigo. Entre ellos todo sale bien. Tanto valdrá uno cuanto quisieren los demás; y para que quieran, se les ha de ganar la boca por el corazón. No hay hechizo como el buen servicio, y para ganar amistades, el mejor medio es hacerlas. Depende lo más y lo mejor que tenemos de los otros. Hase de servir o con amigos o con enemigos: cada día se ha de diligenciar uno, aunque no para íntimo, para aficionado; que algunos se quedan después para confidentes pasando por el acierto del delecto.

SEÑORIO EN EL DECIR Y EN EL HACER. — Hácese mucho lugar en todas partes, y gana de antemano el respeto. En todo influye: en el conversar, en el orar, hasta en el caminar y aun el mirar; en el querer. Es gran victoria coger los corazones; no nace de una necia intrepidez, ni del enfadoso entretenimiento; sí en una decente autoridad, nacida del genio superior y ayudada de los méritos.

HOMBRE DESAFECTADO. — A más prendas menos afectación, que suele ser vulgar desdoro de todas. Es tan enfadosa a los demás, cuan penosa al que la sustenta, porque vive mártir del cuidado y se atormenta con la puntualidad. Pierden su mérito las mismas eminencias con ella, porque se juzgan nacidas antes de la artificiosa violencia que de la libre naturaleza, y todo lo natural fué siempre más grato que lo artificial. Los afectados son tenidos por extranjeros en lo que afectan: cuanto mejor se hace una cosa se ha de desmentir la industria, porque se vea que se cae de su natural la perfección. Ni por huir la afectación se ha de dar en ella, afectando el no afectar; nunca el discreto se ha de dar por entendido de sus méritos, que el mismo descuido despierta en los otros la atención. Dos veces es eminente el que encierra todas las perfecciones en sí, y ninguna en su estimación, y por encontrada senda llega al término de la plausibilidad.

EL DESPEJO EN TODO. — Es vida de las prendas, aliento del decir, alma del hacer, realce de los mismos realces. Las demás perfecciones son ornato de la naturaleza; pues el despejo lo es de las mismas perfecciones. Hasta en el discurrir se celebra. Tiene de privilegio lo más; debe al estudio lo menos, que aun a la disciplina es superior; pasa de facilidad, y adelántase a bizarría; supone desembarazo y añade perfección; sin él, toda belleza es muerta y toda gracia, desgracia; es trascendental al valor, a la discreción, a la prudencia, a la misma majestad. Es político atajo en el despacho, y un culto salir de todo empeño.

ALTEZA DE ANIMO. — Es de los principales requisitos para héroe, porque inflama a todo género de grandeza: realza el gusto, engrandece el corazón, remonta el pensamiento, ennoblece la condición y dispone la majestad. Dondequiera que se halla descuella, y aun, tal vez desmentida de la envidia de la suerte, revienta por campear, ensánchase en la voluntad, ya que en la posibilidad se violente. Reconócenla por fuente la magnanimidad, la generosidad, y toda heroica prenda.

HACER Y HACER PARECER. — Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que parecen. Valer y saberlo mostrar, es saber dos veces: lo que no se ve es como si no fuese. No tiene su veneración la Razón misma, donde no tiene cara de tal. Son muchos más los engañados que los advertidos; prevalece el engaño y júzganse las cosas por fuera; hay cosas que son muy otras de lo que parecen. La buena exterioridad es la mejor recomendación de la perfección interior.

GALANTERIA DE CONDICION. — Tienen su bizarría las almas,—gallardía del espíritu,—con cuyos galantes actos queda muy airoso un corazón.

No cabe en todos, porque supone magnanimidad. Primer asunto suyo es hablar bien del enemigo y obrar mejor; su mayor lucimiento libra en los lances de la venganza, no se los quita, sino que se los mejora, convirtiéndola, cuando más vencedora, en una impensada generosidad. Es política también, y aun la gala de la razón de Estado. Nunca afecta vencimientos, porque nada afecta; y cuando los alcanza el merecimiento, los disimula la ingenuidad.

BASTESE A SI MISMO EL SABIO. — El se era todas sus cosas, y llevándose a sí lo llevaba todo. Si un amigo universal basta hacer Roma, y todo lo restante del universo, séase uno ese amigo de sí propio y podrá vivirse a solas. ¿Quién le podrá hacer falta, si no hay ni mayor concepto ni mayor gusto que el suyo? Dependerá de sí sola, que es felicidad suma semejar a la entidad suma. El que puede pasar así a solas, nada tendrá de bruto, sino mucho de sabio y todo de Dios.

NO SER INACCESIBLE. — Ninguno hay tan tan perfecto que alguna vez no necesite de advertencia. Es irremediable de necio el que no escucha. El más exento ha de dar lugar al amigable aviso; ni la soberanía ha de excluir la docilidad. Hay hombres irremediables por inaccesibles, que se despeñan porque nadie osa llegar a detenerlos. El más entero ha de tener una puerta abierta a la amistad, y será la del socorro. Ha de tener lugar un amigo, para poder con desembarazo avisarle y aun castigarle. La satisfacción le ha de poner en esta autoridad, y el gran concepto de su fidelidad y prudencia. No a todos se les ha de facilitar el respeto, ni aun el crédito; pero tenga en el retrete de su recato un fiel consejo de un confidente, a quien deba y estime la corrección en el desengaño.

TENER EL ARTE DE CONVERSAR, en que se hace muestra de ser persona. En ningún ejercicio humano se requiere más la atención, por ser el más ordinario del vivir; aquí es el perderse o el ganarse, que si es necesaria la advertencia para escribir una carta, por ser conversación de pensado y por escrito, ¡cuánto más en la ordinaria, donde se hace examen pronto de la discreción! Toman los peritos el pulso al ánimo en la lengua, y en fe de ella dijo el sabio: "Habla, si quieres que te conozca". Tienen algunos por arte en la conversación el ir sin ella, que ha de ser holgada como el vestir; entiéndese entre muy amigos, que cuando es de respeto ha de ser más substancial y que indique la mucha substancia de la persona. Para acertarse, se ha de ajustar al genio y al ingenio de los que tercian; no ha de afectar el ser censor de las palabras, que será tenido por gramático; ni menos fiscal de las razones, que le hurtarán todos el trato y le vedarán la comunicación. La discreción en el hablar importa más que la elocuencia.

PENSAR ANTICIPADO. — Hoy para mañana, y aun para muchos días. La mayor providencia es tener horas de ella; para prevenidos no hay acasos, ni para apercibidos aprietos. No se ha de aguardar el discurrir para el ahogo, y ha de ir de antemano: prevenga con la madurez del reconsejo el punto más crudo. Es la almohada sibila muda, y el dormir sobre los puntos vale más que el desvelarse debajo de ellos. Algunos obran y después piensan; aquéllo más es buscar excusas que consecuencias; otros, ni antes ni después. Toda la vida ha de ser pensar para acertar el rumbo; el reconsejo y providencia dan arbitrio de vivir anticipado.

NO SER FACIL NI EN CREER, NI EN QUERER. — Conócese la madurez en la espera de la credulidad: es muy ordinario el mentir, sea extraordinario el creer. El que ligeramente se

movió, hállase después corrido; pero no se ha de dar a entender la duda de la fe ajena, que pasa de descortesía a agravio, porque se le trata al que contesta de engañador o engañado. Y aun no es ese el mayor inconveniente, cuanto que el no creer es indicio del mentir; porque el mentiroso tiene dos males: que ni cree ni es creído. La suspensión del juicio es cuerda en el que oye, y remítase de fe al autor aquél que dice: "También es especie de imprudencia la facilidad en el querer"; que si se miente con la palabra, también con las cosas; y es más pernicioso este engaño, por la obra.

ARTE EN EL APASIONARSE. — Si es posible, prevenga la prudente reflexión la vulgaridad del ímpetu; no le será dificultoso al que fuere prudente. El primer paso del apasionarse es advertir que se apasiona, que es entrar con señorío del afecto, tanteando la necesidad hasta tal punto de enojo y no más; con esta superior reflexa entre y salga en una ira. Sepa parar bien y a su tiempo, que lo más dificultoso del correr está en el parar. Gran prueba de juicio conservarse cuerdo en los trances de locura: todo exceso de pasión degenera de lo racional, pero con esta magistral atención nunca atropellará la razón, ni pisará los términos de la sindéresis. Para saber hacer mal a una pasión es menester ir siempre con la rienda en la atención; y será el primer cuerdo a caballo, si no el último.

AMIGOS DE ELECCION. — Que lo han de ser a examen de la discreción y a prueba de la fortuna; graduados no sólo de la voluntad, sino del entendimiento. Y con ser el más importante acierto del vivir, es el menos asistido del cuidado. Obra el entretenimiento en algunos y el acaso en los más; es definido uno por los amigos que tiene, que nunca el sabio concordó con ignorantes; pero el gustar de uno no arguye intimidad, que puede proceder más del buen rato de su graciosidad que de la confianza

de su capacidad. Hay amistades legítimas y otras adulterinas; éstas para la delectación, aquéllas para la fecundidad de aciertos. Hállanse pocos de la persona, y muchos de la fortuna. Más aprovecha un buen entendimiento de un amigo que muchas buenas voluntades de otro: haya, pues, elección y no suerte. Un sabio sabe excusar pesares, y el necio amigo los acarrea. Ni desearles mucha fortuna, si no los quieres perder.

NO ENGAÑARSE EN LAS PERSONAS, que es el peor y más fácil engaño. Más vale ser engañado en el precio que en la mercadería, ni hay cosa que más necesite mirarse por dentro. Hay diferencia entre el entender las cosas y conocer las personas, y es gran filosofía alcanzar los genios y distinguir los humores de los hombres: tanto es menester tener estudiados los sujetos como los libros.

SABER USAR DE LOS AMIGOS. Hay en esto su arte de discreción: unos son buenos para de lejos y otros para de cerca, y el que tal vez no fué bueno para la conversación, lo es para la correspondencia. Purifica la distancia algunos defectos que eran intolerables a la presencia. No sólo se ha de procurar en ellos conseguir el gusto, sino la utilidad, que ha de tener las tres calidades del bien. Otros dicen las del ente: uno, bueno y verdadero, porque el amigo es todas las cosas. Son pocos para buenos, y el no saberlos elegir los hace menos. Saberlos conservar es más que el hacerlos amigos. Búsquense tales que hayan de durar, y aunque al principio sean nuevos, baste para satisfacción que podrán hacerse viejos. Absolutamente, los mejores son los muy salados, aunque se gaste una hanega en la experiencia. No hay desierto como vivir sin amigos: la amistad multiplica los bienes y reparte los males: es único remedio contra la adversa fortuna, y un desahogo del alma.

SABER SUFRIR NECIOS. Los sabios siempre fueron mal sufridos, que quien añade ciencia añade impaciencia. El mucho conocer es dificultoso de satisfacer. La mayor regla del vivir, según Epicteto, es el sufrir, y a esto redujo la mitad de la sabiduría. Si todas las necedades se han de tolerar, mucha paciencia será menester. A veces sufrimos más de quien más dependemos, que importa para el ejercicio del vencerse. Nace del sufrimiento la inestimable paz, que es la felicidad de la tierra; y el que no se hallare con ánimo de sufrir, apele al retiro de sí mismo, si es que aun a sí mismo se ha de poder tolerar.

HABLAR DE ATENTO; con los émulos por cautela, con los demás por decencia. Siempre hay tiempo para enviar la palabra, pero no para volverla. Hase de hablar como en testamento; que a menos palabras, menos pleitos. En lo que no importa se ha de ensayar uno para lo que importare: la arcanidad tiene visos de divinidad: el más fácil a hablar cerca está de ser vencido y convencido.

HACER BUENA GUERRA. Puédenle obligar al cuerdo a hacerla, pero no mala: cada uno ha de obrar como quien es, no como le obligan. Es plausible la galantería en la emulación: ha de pelear no sólo para vencer en el poder, sino en el modo. Vencer a lo ruin no es gloria, sino rendimiento. Siempre fué superioridad la generosidad: el hombre de bien nunca se vale de armas vedadas, y sonlo las de la amistad acabada para el odio comenzado, que no se ha de valer de la confianza para la venganza. Todo lo que huele a traición inficiona el buen nombre. En personajes obligados se extraña más cualquier átomo de bajeza; han de distar mucho la nobleza de la vileza. Préciese de que, si la galantería, la generosidad y la fidelidad se perdiesen en el mundo, se habían de buscar en su pecho.

DIFERENCIAR EL HOMBRE DE PALABRAS DEL DE OBRAS. Es única precisión, así como la del amigo, de la persona o del empleo, que son muy diferentes. Malo es no teniendo palabra buena no tener obra mala; pero no teniendo palabra mala no tener obra buena. Ya no se come de palabras, que son viento, ni se vive de cortesías, que es un cortés engaño. Cazar las aves con luz es el verdadero encandilar. Los desvanecidos se pagan del viento; las palabras han de ser prendas de las obras, y así han de tener el valor. Los árboles que no dan fruto, sino hojas, no suelen tener corazón. Conviene conocerlos, unos para provecho, otros para sombra.

SABERSE AYUDAR. No hay mejor compañía en los grandes aprietos que un buen corazón; y cuando flaqueare, se ha de suplir de las partes que le están cerca. Hácensele menores los afanes a quien se sabe valer. No se rinde a la fortuna, que se le acabará de hacer intolerable. Ayúdanse poco algunos en sus trabajos, y dóblanlos con no saberlos llevar. El que ya se conoce, socorre con la consideración a su flaqueza; y el discreto de todo sale con victoria, hasta de las estrellas.

ATENCION A NO ERRAR UNA, MAS QUE A ACERTAR CIENTO. Nadie mira al sol resplandeciente; y todos, eclipsado. No le contará la nota vulgar las que acertare, sino las que errare. Más conocidos son los malos para murmurados que los buenos para aplaudidos; ni fueron conocidos muchos hasta que delinquieron: ni bastan todos los aciertos juntos a desmentir un solo y mínimo desdoro: y desengáñese todo hombre, que le serán notadas todas las malas, pero ninguna buena, de la malevolencia.

USAR DEL RETEN EN TODAS LAS COSAS. Es asegurar la importancia. No todo el caudal se ha de emplear ni se han de sacar todas las fuerzas cada vez. Aun en el saber ha de haber resguardo, que es un doblar las perfecciones; siempre ha de haber a qué apelar en un aprieto de salir mal; más obra el socorro que el acometimiento, porque es de valor y de crédito. El proceder de la cordura siempre fué al seguro; y aun en este sentido es verdadera aquella paradoja picante: "Más es la mitad que el todo".

NO EMPEÑARSE CON QUIEN NO TIENE QUE PERDER. Es reñir con desigualdad. Entra el otro con desembarazo porque trae hasta la vergüenza perdida; remató con todo, no tiene más que perder, y así se arroja a toda impertinencia. Nunca se ha de exponer a tan cruel riesgo la inestimable reputación. Costó muchos años de ganar, y viene a perderse en un punto de un puntillo. Hiela un desaire mucho lucido sudor. Al hombre de obligaciones hécele reparar el tener mucho que perder, mirando por su crédito: mira por el contrario, y como se empeña con atención, procede con tal detención, que da tiempo a la prudencia para retirarse con tiempo, y poner en cobro el crédito. Ni con el vencimiento se llegará a ganar lo que se perdió ya con el exponerse a perder.

NO VIVIR APRISA. El saber repartir las cosas es saberlas gozar. A muchos les sobra la vida y se les acaba la felicidad; malogran los contentos, que no los gozan, y querrían después volver atrás cuando se hallan tan adelante. Postillones del vivir, que a más del común correr del tiempo, añaden ellos su atropellamiento genial. Querrían devorar en un día lo que apenas podrán digerir en toda la vida. Viven adelantados en las felicidades, cómense los años por venir, y como van con tanta prisa, acaban

presto con todo. Aun en el querer saber ha de haber modo para no saber las cosas mal sabidas. Son más los días que las dichas. En el gozar, a espacio; en el obrar, aprisa. Las hazañas, bien están, hechas; los contentos, mal, acabados.

SABER O ESCUCHAR A QUIEN SABE. Sin entendimiento no se puede vivir, o propio o prestado; pero hay muchos que ignoran que no saben, y otros que piensan que saben, no sabiendo. Achaques de necedad son irremediables, que como los ignorantes no se conocen, tampoco buscan lo que les falta. Serían sabios algunos, si no creyesen que lo son. Con esto, aunque son raros los oráculos de cordura, viven ociosos, porque nadie los consulta. No disminuye la grandeza ni contradice la capacidad el aconsejarse; antes el aconsejarse bien, la acredita. Debata en la razón, para que no le combata la desdicha.

EXCUSAR LLANEZAS EN EL TRATO. Ni se han de usar ni se han de permitir. El que se allana pierde luego la superioridad que le daba su entereza, y tras ella la estimación. Los astros, no rozándose con nosotros, se conservan en su esplendor; la divinidad solicita decoro. Toda humanidad facilita el desprecio. Las cosas humanas, cuanto se tienen más, se tienen en menos; porque con la comunicación se comunican las imperfecciones que se encubrían con el recato. Con nadie es conveniente el allanarse: no con los mayores, por el peligro, ni con los inferiores por la indecencia. Menos con la villanía que es atrevida por lo necio; y no reconociendo el favor que se le hace, presume obligación. La facilidad es ramo de vulgaridad.

CREER AL CORAZON, Y MAS CUANDO ES DE PRUEBA. Nunca le desmienta, que suele ser pronóstico de lo que más importa: oráculo

casero. Perecieron muchos de lo que se temían; mas ¿de qué sirvió el temerlo sin el remediarlo? Tienen algunos muy leal el corazón: ventaja del superior natural, que siempre los previene y toca a infelicidad para el remedio. No es cordura salir a recibir los males, pero sí el salirles al encuentro para vencerlos.

LA RETENTIVA ES EL SELLO DE LA CAPACIDAD: pecho sin secreto, es carta abierta: donde hay fondo, están los secretos profundos; que hay grandes espacios y ensenadas donde se hunden las cosas de monta. Procede de un gran señorío de sí, y el vencerse en esto es el verdadero triunfar. A tantos pagan pecho, a cuantos se descubre. En la templanza interior consiste la salud de la prudencia. Los riesgos de la retentiva son la ajena tentativa: el contradecir para torcer; el tirar varillas para hacer. Saldrá aquí el atento más cerrado. Las cosas que se han de hacer no se han de decir, y las que se han de decir no se han de hacer.

SIN MENTIR, NO DECIR TODAS LAS VERDADES. No hay cosa que requiera más tiento que la verdad: que es un sangrarse del corazón. Tanto es menester para saberla decir como para saberla callar. Piérdese con sola una mentira todo el crédito de la entereza: es tenido el engaño por falto y el engañador por falso, que es peor. No todas las verdades se pueden decir: unas porque me importan a mí, otras porque al otro.

UN GRANO DE AUDACIA CON TODO, ES IMPORTANTE CORDURA. Hase de moderar el concepto de los otros, para no concebir tan altamente de ellos que les tema; nunca rinda la imaginación al corazón. Parecen mucho algunos, hasta que se tratan; pero el comunicarlos, más sirvió de desengaño que de estimación. Ninguno excede los cortos límites de hombre; todos tienen su sino, unos

en el ingenio, otros en el genio. La dignidad da autoridad aparente, pocas veces le acompaña la personal, que suele vengar la suerte la superioridad del cargo en la inferioridad de los méritos. La imaginación se adelanta siempre y pinta las cosas mucho más de lo que son. No sólo concibe lo que hay, sino lo que pudiera haber. Corrija la razón tan desengañada a experiencias; pero ni la necedad ha de ser atrevida, ni la virtud temerosa. Y si a la simplicidad le valió la confianza ¿cuánto más al valor y al saber?

HOMBRE DE GRAN PAZ, HOMBRE DE MUCHA VIDA. Para vivir, dejar vivir. No sólo viven los pacíficos, sino que reinan. Hase de oir y ver, pero callar. El día sin pleito hace la noche soñolienta. Vivir mucho y vivir con gusto es vivir por dos, y fruto de la paz. Todo lo tiene a quien no se le da nada de lo que no le importa. No hay mayor despropósito que tomarlo todo de propósito. Igual necedad que le pase el corazón a quien no le toca, y que no le entre de los dientes adentro a quien le importa.

SABER ESTIMAR. Ninguno hay que no pueda ser maestro de otro en algo; ni hay quien no exceda al que excede. Saber desfrutar a cada uno es útil saber: el sabio estima a todos, porque reconoce lo bueno en cada uno, y sabe lo que cuestan las cosas, de hacerse bien. El necio desprecia a todos, por ignorancia de lo bueno y por elección de lo peor.

SABERSE TRASPLANTAR. Hay naciones que para valer se han de remudar, y más en puestos grandes. Son las patrias madrastras de las mismas eminencias: reina en ellas la envidia como en tierra connatural, y más se acuerdan de las imperfecciones con que uno comenzó, que de la grandeza a que ha llegado: un alfiler pudo conseguir estimación, pasando de un mundo a otro, y un vidrio puso en des-

precio al diamante porque se trasladó. Todo lo extraño es estimado, ya porque vino de lejos, ya porque se logra hecho y en su perfección. Sujetos vimos que ya fueron el desprecio de su rincón, y hoy son la honra del mundo, siendo estimados de los propios y extraños; de los unos porque los miran de lejos, de los otros porque lejos. Nunca bien venerará la estatua en el ara el que la conoció tronco en el huerto.

TENER QUE DESEAR. Para no ser felizmente desdichado, respira el cuerpo y anhela el espíritu. Si todo fuere posesión, todo será desengaño y descontento; aun en el entendimiento siempre ha de quedar qué saber en que se cebe la curiosidad. La esperanza alienta; los hartazgos de felicidad son mortales. En el premiar es destreza nunca satisfacer: si nada hay que desear, todo es de temer: dicha desdichada. Donde acaba el deseo comienza el temor.

DICHOS Y HECHOS HACEN UN VARON CONSUMADO. Hase de hablar lo muy bueno y obrar lo muy honroso; la una es perfección de la cabeza, la otra del corazón, y entrambas nacen de la superioridad del ánimo. Las palabras son sombra de los hechos: son aquéllas las hembras, éstos los varones. Más importa ser celebrado que ser celebrador. Es fácil el decir y difícil el obrar. Las hazañas son la sustancia del vivir, y las sentencias el ornato: la eminencia en los hechos dura, en los dichos pasa. Las acciones son el fruto de las atenciones: los unos sabios, los otros hazañosos.

LIBRARSE DE LAS NECEDADES COMUNES ES CORDURA BIEN ESPECIAL. Estan muy validas por lo introducido, y algunos, que no se rindieron a la ignorancia particular, no supieron escaparse de la común. Vulgaridad es no estar contento ninguno con su suerte, aun la mayor, ni descontento de su ingenio, aunque el peor. Todos

codician, con descontento de la propia, la felicidad ajena. También alaban los de hoy las cosas de ayer, y los de acá las de allende. Todo lo pasado parece mejor, y todo lo distante es más estimado. Tan necio es el que se ríe de todo como el que se pudre de todo.

SABER TOMAR LAS COSAS, NUNCA AL REPELO, AUNQUE VENGAN. Todas tienen haz y envés: la mejor y más favorable si se toma por el corte, lastima; al contrario, la más repugnante defiende, si por la empuñadura. Muchas fueron de pena que, si se consideraran las conveniencias, fueran de contento. En todo hay convenientes e inconvenientes: la destreza está en saber topar con la comodidad. Hace muy diferentes visos una misma cosa, si se mira a diferentes luces: mírese por la de la felicidad. No se han de trocar los frenos al bien y al mal: de aquí procede que algunos en todo hallan el contento y otros el pesar. Gran reparo contra los reveses de la fortuna, y gran regla del vivir para todo tiempo y para todo empleo.

SABER REPARTIR SU VIDA A LO DISCRETO, no como se vienen las ocasiones, sino por providencia y delecto. Es penosa sin descansos, como jornada larga sin mesones; hácela dichosa la variedad erudita. Gástase la primera estancia del bello vivir en hablar con los muertos; nacemos para saber y sabernos, y los libros con fidelidad nos hacen personas. La segunda jornada se emplea con los vivos: ver y registrar todo lo bueno del mundo. No todas las cosas se hallan en una tierra; repartió los dotes el Padre universal, y a veces enriqueció más la fea. La tercera jornada sea toda para sí: última felicidad el filosofar.

NUNCA PERMITIR A MEDIO HACER LAS COSAS: gócense en su perfección. Todos los principios son informes, y queda después la imagi-

nación de aquella deformidad; la memoria de haberlo visto imperfecto no lo deja lograr acabado. Gozar de un golpe el objeto grande, aunque embaraza el juicio de las partes, de por sí adecua el gusto: antes de ser todo es nada, y en el comenzar a ser se está aún muy dentro de su nada. El ver guisar el manjar más regalado sirve antes de asco que de apetito; recátese, pues, todo gran maestro de que le vean sus obras en embrión: aprenda de la naturaleza a no exponerlas hasta que puedan parecer.

TENER UN PUNTO DE NEGOCIANTE. No todo sea especulación: haya también acción. Los muy sabios son fáciles de engañar, porque aunque saben lo extraordinario, ignoran lo ordinario del vivir, que es más preciso. La contemplación de las cosas sublimes no les da lugar para las manuales, y como ignoran lo primero que habían de saber y en que todos parten un cabello, o son admirados, o son tenidos por ignorantes del vulgo superficial. Procure, pues, el varón sabio tener algo de negociante, lo que baste para no ser engañado y aun reído: sea hombre de lo agible, que aunque no es lo superior, es lo más precioso del vivir. ¿De qué sirve el saber si no es plático? Y el saber vivir es hoy el verdadero saber.

NO ERRARLE EL GOLPE AL GUSTO, que es hacer un pesar por un placer. Con lo que piensan obligar algunos, enfadan por no comprender los genios. Obras hay que para unos son lisonja y para otros ofensa; y el que se creyó servicio fué agravio. Costó a veces más el dar disgusto, que hubiera costado el hacer placer: pierden el agradecimiento y el don porque perdieron el norte del agradar. Si no se sabe el genio ajeno, mal se le podrá satisfacer; de aquí es que algunos pensaron decir un elogio y dijeron un vituperio, que fué bien merecido castigo. Piensan otros entretener con su elocuencia, y aporrean el alma con su locuacidad.

NO SER COLUMBINO. Altérnense la calidez de la serpiente con la candidez de la paloma. No hay cosa más fácil que engañar a un hombre de bien. Cree mucho el que nunca miente, y confía mucho el que nunca engaña. No siempre procede de necio el ser engañado, que tal vez de bueno. Dos géneros de personas previenen mucho los daños: los escarmentados, qué es muy a su costa, y los aturdidos, que es muy a la ajena. Muéstrese tan extremada la sagacidad para el recelo como la astucia para el enredo, y no quiera uno ser tan hombre de bien que ocasione al otro serlo de mal: sea uno mixto de paloma y de serpiente; no monstruo, sino prodigio.

DISCURRIR TAL VEZ A LO SINGULAR y fuera de lo común, arguye superioridad de caudal: no ha de estimar al que nunca se le opone, que no es señal de amor que le tenga, sino del que él se tiene; no se deje engañar de la lisonja pagándola, sino condenándola. También tenga por crédito el ser murmurado de algunos, y más de aquéllos que de todos los buenos dicen mal. Pésele de que sus cosas agraden a todos, que es señal de no ser buenas: que es de pocos lo perfecto.

SABER UN POCO MAS Y VIVIR UN POCO MENOS. Otros discurren al contrario: más vale el buen ocio que el negocio. No tenemos cosa nuestra sino el tiempo, donde vive quien no tiene lugar. Igual infelicidad es gastar la preciosa vida en tareas mecánicas que en demasía de las sublimes; ni se ha de cargar de ocupaciones ni de envidia: es atropellar el vivir y ahogar el ánimo. Algunos lo extienden al saber, pero no se vive si no se sabe.

—*¿CUANDO SE HA DE DISCURRIR AL REVES?* — Cuando nos hablan a la malicia. Con algunos todo ha de ir al encontrado: el sí es no y el no es sí; el decir mal de una cosa se tiene

por estimación de ella, que el que la quiere para sí la desacredita para los otros. No todo alabar es decir bien, que algunos, por no alabar los buenos, alaban también los malos; y para quien ninguno es malo, ninguno será bueno.

HANSE DE PROCURAR LOS MEDIOS HUMANOS COMO SI NO HUBIESE DIVINOS, Y LOS DIVINOS COMO SI NO HUBIESE HUMANOS: regla de gran maestro, no hay que añadir comento.

NI TODO SUYO NI TODO AJENO. Es una vulgar tiranía. Del quererse todo para sí, se sigue luego querer todas las cosas para sí: no saben éstos ceder a la más mínima ni perder un punto de su comodidad. Obligan poco, fíanse de su fortuna, y suele falsearles el arrimo. Conviene tal vez ser de otros para que los otros sean de él, y quien tiene empleo común ha de ser esclavo común, o "renuncie al cargo con la carga", dirá la vieja a Adriano. Al contrario otros, todos son ajenos, que la necedad siempre va por demasías; y aquí, infeliz, no tiene día ni aun hora suya, con tal exceso de ajenos que alguno fué llamado "el de todos". Aun en el entendimiento, que para todos saben y para sí ignoran. Entienda el atento que nadie le busca a él, sino su interés en él y por él.

NO DESPRECIAR EL MAL POR POCO, que nunca viene uno solo: andan encadenados, así como las felicidades. Van la dicha y la desdicha, de ordinario, adonde más hay, y es que todos huyen del desdichado y se arriman al venturoso. Hasta las palomas, con toda su sencillez, acuden al homenaje más blanco. Todo le viene a faltar a un desdichado: él mismo a sí mismo, el discurso y el conorte. No se ha de despertar la desdicha cuando duerma: poco es un deslizar, pero síguese aquel fatal desempeño sin

saber dónde se vendrá a parar. Que así como ningún bien fué del todo cumplido, así ningún mal del todo acabado. Para el que viene del cielo es la paciencia; para el que del suelo, la prudencia.

SABER HACER EL BIEN, POCO, Y MUCHAS VECES. Nunca ha de exceder el empeño a la posibilidad: quien da mucho no da, sino que vende. No se ha de apurar el agradecimiento, que en viéndose imposibilitado quebrará la correspondencia. No es menester más para perder a muchos que obligarlos con demasía; por no pagar se retiran, y dan en enemigos, de obligados. El ídolo nunca querría ver delante al escultor que lo labró, ni el empeñado su bienhechor al ojo. Gran sutileza del dar, que cueste poco y se desee mucho para que se estime más.

NUNCA LLEGAR A ROMPIMIENTO, que siempre sale de él descalabrada la reputación. Cualquiera vale para enemigo, no así para amigo. Pocos pueden hacer bien, y casi todos mal. No anida segura el águila en el mismo seno de Júpiter el día que rompe con un escarabajo; con la zarpa del declarado irritan los disimulados el fuego, que estaban a la espera de la ocasión: de los amigos maleados salen los peores enemigos. Cargan con defectos ajenos, el propio en su afición; de los que miran, cada uno habla como siente, y siente como desea: condenando a todos, o en los principios de falta de providencia, o en los fines de espera, y siempre de cordura. Si fuere inevitable el desvío, sea excusable: antes con tibieza de favor que con violencia de furor; y aquí viene bien aquello de una bella retirada.

BUSCAR QUIEN LE AYUDE A LLEVAR LAS INFELICIDADES. Nunca será solo, y menos en los riesgos, que sería cargarse con todo el odio. Piensan algunos alzarse con toda la superinten-

dencia, y álzanse con toda la murmuración. Y de esta suerte tendrá quien le excuse o quien le ayude a llevar el mal. No se atreven tan fácilmente a dos, ni la fortuna ni la vulgaridad, y aun por eso el médico sagaz, ya que erró la cura, no yerra en buscar quien, a título de consulta, le ayude a llevar el ataúd: repártese el peso y el pesar, que la desdicha a solas se redobla para intolerable.

PREVENIR LAS INJURIAS Y HACER DE ELLAS FAVORES. Más sagacidad es evitarlas que vengarlas. Es gran destreza hacer confidente del que había de ser émulo; convertir en reparos de su reputación los que la amenazaban tiros. Mucho vale el saber obligar: quita el tiempo para el agravio el que le ocupó con el agradecimiento, y es saber vivir convertir en placeres los que habían de ser pesares: hágase confidencia de la misma malevolencia.

SABER OLVIDAR MAS ES DICHA QUE ARTE. Las cosas que son más para olvidadas son las más acordadas: no sólo es villana la memoria para faltar cuando más fué menester, pero necia para acudir cuando no convendría: en lo que ha de dar pena es prolija, y en lo que había de dar gusto es descuidada. Consiste a veces el remedio del mal en olvidarlo, y olvídase el remedio; conviene, pues, hacerla a tan cómodas costumbres, porque basta a dar felicidad o infierno. Exceptúanse los satisfechos, que en el estado de su inocencia gozan de su simple felicidad.

MUCHAS COSAS DE GUSTO NO SE HAN DE POSEER EN PROPIEDAD. Más se goza de ellas ajenas que propias: el primer día eslo bueno para su dueño, los demás para los extraños. Gózanse las cosas ajenas con doblada fruición; esto

es, sin el riesgo del daño, y con el gusto de la novedad sabe todo mejor a privación. Hasta el agua ajena se miente néctar. El tener las cosas, a más de que disminuye la fruición, aumenta el enfado, tanto de prestallas como de no prestallas. No sirve sino de mantenellas para otros, y son más los enemigos que se cobran que los agradecidos.

NO TENGA DIAS DE DESCUIDO. Gusta la suerte de pagar una burla, y atropellará todas las contingencias para coger desapercibido. Siempre han de estar a prueba el ingenio, la cordura y el valor, hasta la belleza, porque el día de su confianza será el de su descrédito. Cuando más fué menester el cuidado faltó siempre, que el no pensar es la zancadilla del perecer, También suele ser estratagema de la ajena intención coger al descuido las perfecciones para el riguroso examen del apreciar. Sábense ya los días de la ostentación, y perdónales la astucia; pero el día que menos se esperaba, ese escoge para la tentativa del valer.

NO SER MALO DE PURO BUENO. Eslo el que nunca se enoja; tienen poco de personas los insensibles. No nace siempre de indolencia, sino de incapacidad. Un sentimiento en su ocasión es acto personal; búrlanse luego las aves de las apariencias de bultos. Alternar lo agrio con lo dulce es prueba de buen gusto: sola la dulzura es para niños y necios. Gran mal es perderse de puro bueno en este sentido de insensibilidad.

NO CONDENAR SOLO LO QUE A MUCHOS AGRADA. Algo hay bueno, pues satisface a tantos, y aunque no se explica se goza. La singularidad siempre es odiosa, y cuando errónea, ridícula. Antes desacreditará su mal concepto que el objeto; quedarse ha solo con su mal gusto. Si no sabe topar con lo bueno, disimule su cortedad y no

condene a bulto: que el mal gusto ordinariamente nace de la ignorancia. Lo que todos dicen, o es, o quiere ser.

EL QUE SUPIERE POCO, TENGASE SIEMPRE A LO MAS SEGURO EN TODA PROFESION, que aunque no le tengan por sutil, le tendrán por fundamental. El que sabe puede empeñarse y obrar de fantasía, pero saber poco y arriesgarse es voluntario precipicio: téngase siempre a la mano derecha, que no puede faltar, lo asentado. A poco saber, camino real; y a toda ley, tanto del saber como del ignorar, es más cuerda la seguridad que la singularidad.

VENDER LAS COSAS A PRECIO DE CORTESIA, que es obligar más. Nunca llegará el pedir del interesado al dar del generoso obligado. La cortesía no da, sino que empeña, y es la galantería la mayor obligación. No hay cosa más cara para el hombre de bien que la que se le da: es venderla dos veces y a dos precios: del valor y de la cortesía. Verdad es que para el ruin es algarabía la galantería, porque no entiende los términos del buen término.

USAR DE LA AUSENCIA, o para el respeto o para la estimación. Si la presencia disminuye la fama, la ausencia la aumenta. El que ausente fué tenido por león, presente fué ridículo parto de los montes. Deslústranse las prendas si se rozan, porque se ve antes la corteza del exterior que la mucha sustancia del ánimo. Adelántase más la imaginación que la vista, y el engaño que entra de ordinario por el oído, viene a salir por los ojos; el que se conserva en el centro de su opinión conserva la reputación; que aun la fénix se vale del retiro para el decoro y del deseo para el aprecio.

NO DEJARSE OBLIGAR DEL TODO, ni de todos, que sería ser esclavo y común. Nacieron unos más dichosos que otros: aquéllos para hacer bien y éstos para recibille. Más preciosa es la libertad que la dádiva, porque se pierde. Guste más que dependan de él muchos que no depender él de uno. No tiene otra comodidad el mando sino el poder hacer más bien. Sobre todo, no tenga por favor la obligación en que se mete, y las más veces la diligenciará la astucia ajena para prevenirle.

NUNCA OBRAR APASIONADO: todo lo errará. No obre por sí quien no está en sí, y la pasión siempre destierra la razón. Substituya entonces un tercero prudente, que lo será si desapasionado. Siempre ven más los que miran que los que juegan, porque no se apasionan. En conociéndose alterado, toque a retirar la cordura: porque no acabe de encendérsele la sangre, que todo lo ejecutará sangriento, y en poco rato dará materia para muchos días de confusión suya y murmuración ajena.

DEJAR CON HAMBRE. Hase de dejar en los labios aun con el néctar. Es el deseo medida de la estimación. Hasta la material sed es treta de buen gusto picarla, pero no acabarla; lo bueno, si poco, dos veces bueno. Es grande la baja de la segunda vez: hartazgos de agrado son peligrosos, que ocasionan desprecio a la más eterna eminencia. Única regla de agradar: coger el apetito picado con el hambre con que se quedó. Si se ha de irritar, sea antes por impaciencia del deseo que por enfado de la fruición: gústase al doble de la felicidad penada.

DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
7083
P7

Prosa y poesía